

A woman is depicted from the chest up, wearing a vibrant red hood that frames her face. Her skin is painted white, and her lips are a bright, saturated red. Her eyes are closed, and her expression is serene. The background is a deep black, speckled with numerous small white stars, creating a cosmic or ethereal atmosphere. The lighting is dramatic, highlighting the contours of her face and the texture of the hood.

CRISTINA VALIDAKIS

MUÑECA
DE ÉBANO

Podrán encerrarla o esclavizarla,
pero ella seguirá fiel a los designios de su sangre
y no se rendirá ante nada.

MUÑECA

DE

ÉBANO

CRISTINA VALIDAKIS

MUÑECA DE ÉBANO

Copyright © 2019 Cristina Validakis

Imagen de tapa: Engin Akyurt — Pixabay

Diseño y Fotomontaje: Cristina Validakis

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781794328877

Sello: Independently published

DATOS DE CONTACTO

criskis17@hotmail.com

cristinavalidakis.blogspot.com

Cada trazo, cada línea que escribo

se la debo a mis ángeles invisibles.

Esos que me susurran
en las noches, ideas que reclaman papel.

Aguellos colaboradores,
que me hacen llegar información valiosa
—colegas, amigos, profesores—
y que le dan sustento a la ficción histórica
con datos esenciales.

Y principalmente agradezco,
a esos otros ángeles que pueblan mi vida
-mis hijos-
que en su presencia de cada día
me dan alas.



INTRODUCCIÓN

V. R. S. N. S. M. V. S. M. Q. L. I. V. B.

“Vade retro satana; nuncuam suave mihi vana

Sunt mala quae libas; ipse venena bibas.

*Apártate, sataná; nunca me aconsejes tus
vanidades,*

la bebida que ofreces es el mal:

bebe tú mismo tus venenos.”

San Benito

ÁNGELA

Año 1825

Era difícil poder imaginar qué le causaba ese terrible dolor de cabeza y ese ardor de hielo en sus muñecas. Ángela probó de abrir los ojos pero en el mismo momento de hacerlo descubrió con angustia que estaban vendados. Pensó que debía tocarse el rostro, comprobar la verdad de ese horror pero sus manos estaban inmovilizadas aunque podía sentir el ruido de su balangandán^[1] al sacudirse en una de ellas. Tal vez, debía intentar una vez más, salir de la pesadilla “del hombre malo” que la agobiaba desde su infancia y comenzó a gritar y a moverse intensamente. El eco de su voz rebotando en las paredes huecas, le sonó muy real junto al terrible y palpable dolor físico. Sospechó que esta vez no se trataba de un sueño y que realmente, la habían hecho prisionera.

¿Cómo había llegado allí? ¿Qué era lo último que recordaba?

Las callejuelas de Córdoba. El aroma del río. Los griteríos de los niños y los vendedores ambulantes. Los carruajes traqueteando sobre las piedras. Las aguas turbias de las últimas lluvias veraniegas y los charcos ensuciando los bordes de su largo, pero sencillo vestido. Una voz conocida de algún sitio

oscuro, un orificio de miedo ancestral, al oírlo. Y luego esa oscuridad sin fondo. Ese negro total invadiendo su paisaje. Ese vacío, esa declaración de muerte de todos sus sentidos. Volvió a gritar y ahora escuchó con nitidez su propia voz, pero no saliendo del sueño, sino de su garganta dolorida y seca, con el sabor metálico de la sangre. No insistió. Ni en tratar de despertarse, ni en gritar. La pesadilla esta vez, se adueñó de todo. No hay resquicios para la cordura, ni para que alguien, su madre, su padre, su esposo Darío, la rescate de sí misma. Comenzó a perder la noción del tiempo que se desmoronó sobre ella y sobre sus músculos doloridos y su mente anestesiada.

Pensó en su hijo, el pequeño Simón, y en que tal vez estuviera llorando.

Por un momento supo que cometió un gran error y recordó una frase de San Benito: *“Apártate, satanás; nunca me aconsejes tus vanidades, la bebida que ofreces es el mal: bebe tú mismo tus venenos.”*

¡Ah las vanidades! Pecado de los pecados, que nos lleva a creernos superiores, únicos, intocables, mejores que los demás. Veneno que nos carcome y destruye a los que amamos. Ahora sabe que cometió un error, que hubo un segundo en que pensó en volverse a la casa de los Soria, los amigos de su esposo Darío, en vez de proseguir sola con esa investigación inútil y sin sentido. Recuerda que incluso intentó confiar en Darío, pedirle ayuda, pero que por orgullo no lo hizo.

¿Cómo llegó allí? Vuelve a pensar sin entender.

La muñeca de ébano, su juguete desde la infancia, sigue extrañamente en su bolsillo en vez de estar en las manos de su pequeño hijo que seguramente llora. La siente a través del vestido apoyada en una de sus piernas y piensa ahora en esa terrible oscuridad de sombras que la acechan. Debió haber regresado pero no lo hizo, insisten sus pensamientos, como si por seguir ese derrotero, pudiera trasladarse mágicamente a otro sitio.

Pero eso no sucede y ahora se encuentra, en esta pesadilla en la que no logra enlazar una idea con otra, y en la que el terror se ha tornado invasivo. Le hace reflexionar que a veces en la vida, no sabemos si los hechos que determinan lo que nos pasa, son producto de la decisión o del azar, “Fue mi decisión y no el azar, el que trajo el pasado al presente” siguen discurriendo sus pensamientos.

Ángela comienza a temblar, pero no sabe si es de frío o de terror a lo desconocido. Los temblores le sacuden todo el cuerpo, en el mismo momento en que comprende que otra vez, la voz, esa terrible voz de su pesadilla, pero ahora presente en esta realidad que no comprende, comienza a susurrar

amenazas irreproducibles en su oído. Y luego, sin que lo espere, llegan los golpes otra vez, lacerando su piel. Lo desconocido abrumba, atormenta, repliega. El miedo arrasa no sólo porque es invasivo sino porque siempre, es inevitable.

PRIMERA PARTE

TRAICIONES

"La Revolución de Mayo
fue hecha por Buenos Aires y para Buenos Aires,
sin las provincias y contra las provincias. [...]"

La Revolución de Mayo
ha creado el Estado metrópoli, Buenos Aires, y el país vasallo.

El uno goza del tesoro, el otro lo produce."

Juan Bautista Alberdi Escritos Póstumos, tomo V



CAPÍTULO I

SIMÓN

Año 1810

La mañana era fresca y con olor a lluvia serrana. Simón, se había levantado muy temprano para dar comienzo a las actividades de la tienda y hasta tuvo tiempo de avanzar un rato, en el tallado de un juguete para Ángela. Lo había pensado mucho y al final se había decidido por una muñeca africana para la cual consiguió un extraño trozo de madera negra traída de la India, según le dijeron en el mercado. Ya casi la tenía lista, las perfectas facciones miraban hacia un costado en un gesto profundamente femenino y coqueto. Sólo faltaban algunos detalles como adornos y vestidos pero ya lo decidiría. La dejó a un lado porque era hora de abrir el local comercial del que ahora era dueño.

Se asomó por la puerta principal del frente del negocio y miró hacia el oeste. Las sierras se elevaban a lo lejos demarcando el límite natural de la ciudad. La calle comenzó a llenarse de ruidos de carros circulando en el lodo y los excrementos de los animales de carga en tránsito hacia la Aduana de la Calle Ancha y la zona de las tiendas y los comerciantes minoristas. El ruido de las ruedas, el griterío de la gente anunciando productos varios y una multitud de niños de diversas tonalidades de piel se movían en un maremoto preparándose para el Carnaval. Ya se podían ver algunos jóvenes con máscaras arrojándose huevos con agua o vejigas de animales hediondas como parte de la diversión de las Carnestolendas. Simón sonrió y recogió del borde de la puerta varias hojas embarradas arrojadas allí durante la noche. Les dio una mirada rápida, lo de siempre, el bando acostumbrado prohibiendo los “juegos con agua, harina, huevos y otras cosas” que nadie obedecería. Luego le llamaron la atención otros papeles y los recogió.

—Mejor no los junte Simón —dijo su vecino, un comerciante y sastre rico,

dueño de una tienda de trajes— algunos de esos pasquines son maliciosos y podemos acabar presos por el sólo hecho de tenerlos.

Los miró con atención y luego escuchó al hombre gritar.

—¡Malditos niños! —Al parecer acababa de recibir un huevo en la espalda y por supuesto, no estaba relleno con aguas aromáticas sino con algo completamente pestilente.

—Es el carnaval, don Zoilo —dijo Simón con una sonrisa. Pero luego leyó el pasquín y frunció el ceño—. Como usted bien dijo, son maliciosos estos papeles. Si hasta acusan a Don José María Sancho^[2], de estar difundiendo ideas revolucionarias en su cátedra en el Montserrat —agregó.

—Se vienen tiempos difíciles, Simón —agregó el hombre tratando de limpiarse la mancha que quedaría en su camisa— el gobernador Gutiérrez de la Concha ha dispuesto la prohibición de esparcir “especies ni propagandas contra la felicidad de las legítimas autoridades”. Como bien se puede apreciar, ya declaró de qué bando estará, pase lo que pase, decidan lo que decidan los criollos, él seguirá fiel a los españoles.

Simón no respondió y volvió a mirar los pasquines. Realmente todo estaba por complicarse, si lo que se decía en ellos era cierto. Y lo más grave es que él también se vería obligado a tomar partido en uno de los bandos, si se avecinaba una Revolución. Hizo un bollo con los mismos y los arrojó a la basura ni bien regresó a la tienda, donde Felicia, ya estaba acomodando zapatos y preparándose para la mañana que les esperaba.

Se acercó a ella con sigilo y la tomó de la espalda apretándola a él.

—Ay, Simón, qué susto me has dado —le dijo con un sobresalto para alejarse, pero el hombre no se lo permitió y atacó su cuello con su boca ansiosa.

Felicia sintió que se le erizaba la piel, como cada vez la abrazaba y giró intentando poner distancia, pero los brazos de Simón la aprisionaron y sus pechos se apretaron al de él. Sintió que su cuerpo no le respondía y que ansiaba esa boca recorriéndola. Respondió al beso mientras todo giraba a su alrededor, y Simón la apretó aún más. Sus pezones se erizaron bajo la fina y delicada tela veraniega del vestido y el hombre tuvo deseos de apretarlos, pero de pronto, tomó conciencia que estaban en la tienda.

—¡Amor! Puede entrar alguien y vernos —murmuró la joven mientras su boca la devoraba.

—Sólo verán a un hombre besando a su mujer.

—No, Simón, ahora no —tuvo fuerzas de agregar mientras se soltaba y se

arreglaba la ropa y el pelo con coquetería y una sonrisa pícaro.

—A la siesta entonces... —dijo él como en una promesa guiñándole un ojo y secándose el sudor de la frente.

El ardor de la pasión que estaba siempre presente cada vez que se acercaba a Felicia, y el clima tan pesado y húmedo, le habían hecho empapar la camisa. Se tendría que cambiar en breve si la jornada seguía tan calurosa. La verdad es que le parecía incongruente tener que estar con esa ropa todo el día, pero así lo requería su trabajo. Por un segundo añoró sus ropas de antaño, cuando era un esclavo, sueltas y frescas en contraposición con esta camisa ajustada llena de ornamentos y el moño negro anudado al cuello que le daban, por cierto, un aspecto de caballero. Por otra parte, deseó con ansias que llegara esa siesta como una promesa a su pasión. Era bien sabido que las siestas, en el Virreinato eran un rito maravilloso e inevitable y toda actividad se suspendía por varias horas. Incluso ahora, en época de carnaval, el endemoniado movimiento de las calles con gente mojándose de diversa manera, se suspendería por unas horas para retomar a la tarde. Pero para ellos, la siesta, también era el momento donde saciaban las ansias de las pieles.

Pocos y ocasionales individuos de la época colonial lograban superar las barreras que los mantenían en el nivel inferior de la pirámide social, de ser sólo unos mulatos, esclavos, o negros libertos, para alcanzar otra posición de mayor alcurnia y por ende derechos civiles y comerciales. Pero uno de esos hombres era Simón, que no sólo había conseguido comprar legítimamente su libertad, sino que gracias a su capacidad para desenvolverse socialmente, y la posibilidad de leer y escribir había logrado también cierta prosperidad y aceptación en el círculo cordobés. Y así pensaba mantenerlo. La vida de opresión, había quedado muy lejos en el tiempo, o eso creía.

Nunca había tenido espíritu de esclavo, eso era obvio, y si bien había nacido como tal, y durante años había sido explotado y usado, como también alquilado al zapatero Don José González, de quién había heredado profesión y apellido, ese tiempo le había servido también para adquirir habilidades únicas, que sumadas a las enseñanzas de Felicia, ahora lo habían convertido en un hombre poderoso. Su aspecto físico, también jugaba a su favor en elegancia, altura y apostura; su piel más clara que la de los negros esclavos, sus ojos inmensos color miel, y el cabello que llevaba siempre alisado y atado en una coleta o con sombrero, le daban una apariencia de criollo o de señor,

inobjetable.

Por supuesto, la vida parecía estar llena de estos altibajos, momentos en los que tocas el cielo con las manos, y otros en los que te consumes en el infierno. Él bien sabía de infiernos, pero de ellos, había salido fortalecido como el hierro puesto en la fragua, hasta lograr un pequeño ascenso social y haberse adaptado a determinadas reglas aprendidas de la mano de sus nuevos amigos del centro cordobés, como Don Zoilo Ortega. Sin embargo, todos estos hechos, no hacían que fuera más fácil para él y Felicia, de ser aceptados como una pareja multirracial y desde que había traído con él a la muchacha y se habían presentado como pareja, no había sido invitado a ninguna de las fiestas o tertulias locales. Las estructuras esclavistas y clasistas no sólo permanecían vigentes, sino recrudescidas.

Pero Simón, sabía muy bien los motivos subyacentes. Doña Inés de Villarreal, su principal nexo en el pasado, con los círculos de poder y ex amante, parecía estar furiosa por la ocultación de hechos que consideraba graves e imperdonables: haber tomado una mujer blanca, que no era ella, y como si esto fuera poco, haber tenido una hija con la misma, que había mantenido escondida. Por supuesto, Simón no había vuelto a ver a la mujer, pero sabía que su silencio era más peligroso que cualquier insulto. Y es que hay personas, ocultas entre las sombras, cuya principal capacidad es crear desórdenes, e Inés era especialista en estas artes. Como también, es bien sabido, que la luz atrae a los bichos, mejor sería dejar de pensar en cosas del pasado, incluyendo a esa mujer a la que le debía favores, es cierto, pero que también sabía podía llegar a arruinarle la vida. Por lo que era preferible no llamarla ni con el pensamiento.

Nada debía opacar la felicidad que tenía, esta etapa tan plena de luz y de amor en la presencia de su mujer y de su pequeña Ángela. Al fin y al cabo su sueño se había cumplido: ya no era esclavo, salvo del amor de Felicia, y de esas siestas cálidas a su lado. Y es que a veces, lo que más se anhela, sólo está a la sencilla distancia de un ruego.

CAPÍTULO II

FELICIA

Desde el momento en que se instalaron en el centro, Felicia sólo había vivido para Simón y Ángela, siendo su mayor preocupación cómo promover las ventas del negocio y cómo convencer a su amiga Rosario y a su hija Ana, de que abandonaran el rancherío y se vinieran con ellos, a trabajar en el comercio en auge.

Rosario había antepuesto miles de razones para no modificar su libre estilo de vida junto a los negros, mulatos y mestizos que conformaban la amplia comunidad del Rancherío, en la que se había refugiado para criar a su hija. Apelaba a que la necesitaban, que con sus palabras sanaba y ayudaba, que sus talismanes y su magia heredadas de África, eran poderosos y necesarios para los negros y una serie de objeciones más, pero al fin ante tanta insistencia de su amiga, la mujer había decidido hacerle caso y optar por una forma de vida más holgada y cómoda en el centro de la ciudad.

—Al fin y al cabo, Felicia, eras lo que me pareciste desde el día en que te conocí —le dijo un día riéndose de ella— una niña rica y caprichosa.

—Si lo dices porque conseguí convencerte de que te vinieras conmigo...

—Tal parece que siempre consigues lo que quieres, amiga mía —agregó la mujer abrazándola con afecto—. Me alegra tanto verte feliz con Simón. Y nosotras también lo somos —agregó.

—Ah, pícara... ni que fuera yo la causa de tanta felicidad... —le contestó dándole un sonoro beso.

Rosario había accedido finalmente a instalarse con ellas no sólo porque separarse de Felicia y Ángela le resultaba difícil, sino porque también era acceder a un nivel de vida muy diferente principalmente para Ana.

—Me parece que tú también, amiga —prosiguió Felicia— tienes intereses creados en este asunto —finalizó y Rosario se puso colorada.

Desde que habían llegado al centro, había hecho muy buenas amistades entre los comerciantes vecinos y principalmente con el sastre Don Zoilo

Ortega que la invitaba permanentemente a ver las telas que traía de Buenos Aires, los enormes cueros que compraba en las estancias o se sumaba a sus caminatas al mercado de la Cañada.

En poco tiempo, Felicia y Rosario, se habían interiorizado de todo el movimiento comercial intentando ampliar el mercado de venta de la zapatería que crecía a pasos agigantados con la conveniente intermediación de Don Ortega y su ilimitada provisión de cueros ya que se decía que también era dueño de una estancia y las malas lenguas lo catalogaban de cuatrero, aunque las mujeres, conociéndolo, creían que eran chismes producto de la envidia.

A la producción del taller, habían agregado dos hombres encargados del curtido para botas masculinas de vestir, botas de potro y dos mujeres que ayudaban con los bordados de las telas, sumado al trabajo de las mulatas en el convento. Don Zoilo además de proveer materia prima para el negocio de Simón y exportar sus cueros, estaba incursionando en la elaboración de ponchos, mantas y cobertores para los carruajes y sus ingresos se incrementaban día a día. Podía decirse que pronto sería un hombre rico.

La mayoría de los productos se comerciaban en la misma ciudad y con el convento, algo de lo que se encargaba Magdalena, la fiel empleada de la zapatería. Felicia no soportaba ni la idea de pasar cerca de los muros de piedra, que alguna vez, habían sido su prisión y la habían visto sufrir tanto, y Rosario, también era poco amiga de visitar el convento porque lo asociaba a malos y distantes recuerdos por lo que comenzó a ayudar a Don Zoilo en la comercialización de las mantas y los cueros.

De pronto, Simón cortó el orden de sus pensamientos, tomándola por la espalda y besándole el cuello. A través de la ropa, percibió su erección y comenzó a sentir un temblor en todo su cuerpo y un calor húmedo entre los muslos. Ese hombre tenía el poder de convertir su piel en cera derretida.

—Ah, mi señor... es usted insaciable —le dijo, cuando al fin logró alejarlo de ella con la promesa de proseguir a la siesta.

Se dirigió a la cocina a ver si su niña ya se había levantado tratando de disimular el rostro enrojecido y la piel encendida. Era inevitable recordar la noche anterior. El corazón le dio un vuelco y sintió las tan conocidas ansias que le despertaba el cuerpo de ese hombre cada vez que la tocaba. Por un segundo pensó que no podía ser más feliz y que la vida, al fin y al cabo, había sido generosa con ellos permitiéndoles de alguna manera, vivir este amor tan intenso que los consumía y que alguna vez, había parecido imposible por las diferencias sociales y raciales.

“Mientras dure” pensó. Y por un segundo tuvo un terror atroz por esa frase ilógica e irreverente. “Toda la vida” se dijo en voz baja tratando de contrarrestarla. “Ave María purísima, que así sea” se atrevió a agregar dándole poder a las palabras, mientras levantaba a Ángela de su cama y la apretaba contra su pecho. “Ni bien Ángela esté más grande, cumpliré aquella promesa que hice alguna vez, cuando estaba en el Monasterio, de que si recuperaba a Simón emprendería una labor como la de Leonor de Tejada, ayudando a los desprotegidos” pensó. Pero también se dio cuenta que de alguna manera, ya había comenzado a hacerlo cuando dio acogida a Rosario y su hija, y con los empleados que tenían, muchos esclavos liberados, y mujeres que huían de amos abusivos, a quiénes no sólo les daban trabajo y salario sino, la mayor de las veces, casa, comida y ropa. En este proyecto también era de gran importancia el aporte que hacía Don Zoilo que contaba con una enorme cuadrilla de arrieros encargados de obtener los cueros, aunque Felicia desconocía el detalle de estas faenas. Lo importante era que junto a Simón habían establecido un comercio perfecto de utilización de este producto con vistas a ampliarse. Ya podría avanzar en ese proyecto y quizás armar un comedor en el salón vacío aledaño, o un refugio de mujeres y niños de todos esos empleados. Por el momento, debía ocuparse de Ángela que la llamaba a los gritos desde la habitación.

—¿Qué pasa, mi tesoro? —le dijo viendo el llanto desconsolado de la pequeña.

—Medo... teno medo...

—¿A qué le tienes miedo, hermosa?

—Al home malo...

—No hay ningún hombre malo. Mira... —añadió mostrándole la habitación a la pequeña aterrorizada que la abrazaba y no quería mirar a su alrededor—. Vamos, abre los ojos, no existe “el hombre malo”. Ven, preciosa, vamos a comer algo rico y olvidarás ese sueño feo.

—Quero arroz y lete —reclamó la niña manteniéndose apretada a ella. Felicia sonrió mientras preparaba el arroz con leche endulzado con vainilla, y unas tostadas con dulce de membrillo, pensando en que su pesadilla se resolvía tan fácil, y que ojalá fuera así para los adultos, que una golosina, nos sanara los dolores de la vida. Y luego pensando en que en definitiva, todo estaba tal como lo había soñado, la abrazó y Ángela respondió dándole un beso lleno de dulce.

—¡Cuánto te amo, mi pequeña!

—T'amo mami... ¿none tá Ana? —dijo eufórica, luego se bajó y corrió hacia la sala de costura donde se desarrollaba el trabajo desde hacía varias horas y la pequeña sabía que encontraría a la hija de Rosario, su amiguita de toda la vida.

Felicia la siguió aliviada, de ver que la felicidad había vuelto a sus ojitos y se había olvidado de la horrible pesadilla “del hombre malo”. La observó corretear alrededor de las mesas y esconderse entre los enormes rollos de tela, mientras Ana le seguía la corriente. Pensó preocupada en la pesadilla reincidente y en aquella etapa en la que la había dado por muerta. El corazón le dio un vuelco. Tal vez ese sueño horrible que acosaba a su niña era la consecuencia de ese tiempo de haber estado separadas, o de experiencias que desconocía. Tembló. Nunca volvería a pasar, nada ni nadie lograría separarlas jamás.

CAPÍTULO III

SIMÓN

—La situación en Buenos Aires se está tornando insostenible —decía Don Ernesto Insua mientras Don Fulgencio le tomaba las medidas—. Se habla de que se están reuniendo a escondidas con ideas de separarnos de España.

—He leído algunos pasquines —dijo Simón.

—¿Y qué dicen? ¿Puede ser peligroso? —preguntó Felicia preocupada mientras les cebaba mates con tortas fritas azucaradas.

—Que en Buenos Aires acusan a Liniers de criollismo —respondió Simón—. Pero la cuestión es otra mucho más grave.

—Sí, es cierto. Liniers nos defendió contra la invasión inglesa, puso su vida al servicio de esta sangre criolla. Tú lo sabes mejor que nadie mi amor, luchaste a su lado. ¿Cómo pueden pensar ahora que no es un patriota? —dijo Felicia asustada.

—No debes pensar en ello... —la interrumpió el hombre.

—Vamos Simón, que yo sea mujer, no significa que no me interese por lo que está ocurriendo. No me menosprecies, dejándome fuera de la conversación.

—No quise decir eso —respondió Simón sintiéndose culpable por desmerecerla—. Digo que quizás ninguno de nosotros deberíamos preocuparnos. Yo también entiendo que Liniers es un héroe, claro que lo sé. Y yo su fiel admirador y compañero de armas. Fuimos milicianos, luchamos por esta tierra y no quisiera ver su nombre arrastrado por el fango de las injurias —dijo Simón con fervor—. Pero quiero pensar que son sólo murmuraciones y conflictos entre poderes que se resolverán dialogando —agregó.

—Yo diría que algo más que eso, Don Simón. Mi hijo que asiste al Colegio de Nuestra Señora de Montserrat, dice que sus profesores les han alertado, sobre esto. En Buenos Aires hay grupos que no están conformes con el Virrey Cisneros. Van a aprovechar la ocasión para destituirlo. Acuértese lo que le digo —insistió el hombre—. Se vienen épocas difíciles.

—No entiendo, si los porteños desafían a España y sacan al Virrey ¿quién nos gobernará?

—Los porteños, por cierto —agregó Don Moreira con un bufido.

—¿Y los demás? ¿Acaso hemos sido consultados? Porque España no se quedará de brazos cruzados. Lucharé por sus tierras —dijo Simón con

preocupación en la voz.

—Pero... Empezaremos una guerra —intervino otra vez Felicia—. Una guerra con España...

—¡Ah, mi señora! —dijo Don Moreira— Las historias se escriben con sangre. Si existe la posibilidad de ser libres o de disputarse el poder. Todas las guerras son cuestiones de poder de unos sobre otros.

—¿Y quién decidirá esto? —preguntó Simón— ¿Buenos Aires?

—Así parece, Don González. Dicen que hasta los pasquines ahora están prohibidos. La Gobernación ha alertado sobre el esparcimiento de propaganda contra las legítimas autoridades. Por otra parte tengo familiares en Buenos Aires, y me han alertado. Hay vocaciones emancipadoras dando vueltas...

—El gobernador Gutiérrez de la Concha, está furioso. Ha publicado un bando alertando y amenazando con penas capitales a quiénes difundan o publiquen en contra de España —agregó Simón.

—Hay ideas revolucionarias y Córdoba no las respaldará. ¡Mientras no afecte nuestro mercado! Ahora que se han abierto las posibilidades de enviar carnes y cueros al exterior, sería una pena que nos cerraran las puertas. ¿Serán ciertas esas murmuraciones? —cuestionó Don Ortega.

—¿Qué murmuraciones? —preguntó Felicia con curiosidad creciente. Los hombres se miraron y luego habló Simón:

—Se habla de que los ingleses pueden estar detrás de todo esto apoyando la Revolución. Para que podamos comerciar con ellos, en lugar de con España.

—Bien sabemos que quedaron infiltrados en nuestra sociedad de varias maneras. Pero como dije —continuó Don Ortega— tal vez sea hora de que podamos elegir con quien comerciar. Si los ingleses nos ayudan a liberarnos, nos traen adelantos, y mejores pagos por las mercaderías, por qué negarnos. Esclavos de los españoles, seguiremos limitados a su conveniencia.

—Una vecina de Córdoba, ha manifestado al mariscal Vicente Nieto, que el Rey Fernando ha abandonado el Reino, y que Francia, pronto, dominará a España. Por lo tanto, somos libres de elegir nuestro gobierno. Y que las provincias del Perú ya lo están haciendo —intercedió Don Moreira con gesto preocupado—, no creo que sea un manejo del espionaje inglés, sino más bien una movida americanista producto del desastre monárquico en Europa.

—Pero... es una locura... ¿Y es cierto todo eso? —dijo Felicia con incredulidad.

—Que si es cierto... ¡Mi señora! Hay tantas especulaciones como hechos

reales que quizás no llegaremos a saber. Pero recuerde lo que le dije, veremos correr mucha sangre —contestó el anciano.

Felicia y Simón se miraron con angustia. Ellos ya habían visto correr sangre con las invasiones inglesas. Habían visto morir gente del pueblo, soldados, patriotas, civiles. Simón aún tenía en sus heridas, una clara señal de haber estado a punto de morir en una guerra, y su leve cojera era un recordatorio permanente, como lo eran a veces sus pesadillas, sus sobresaltos ante un golpe. Si bien, ahora estaba mucho mejor, gracias a la hermosa familia que había formado, no le había sido fácil, tal vez, recuperarse de su participación en batalla. Por un momento hasta le pareció que el olor a pólvora invadía su olfato. El ruido del metal, las explosiones, los gritos, los llantos. Los cuerpos cayendo sobre él. La sangre cubriéndolo.

Sobrevivir a esos terribles hechos había sido un milagro, sin embargo la vida le tenía preparada una historia diferente. La búsqueda de Felicia y de su hija, lo habían mantenido con vida y estaba dispuesto a todo por ellas. La guerra no podía volver. No debía volver a correr sangre por esta tierra. Y si los porteños se salían con la de ellos, de provocar una revolución, sería inevitable. Pero, si era necesario para protegerlas, si así debía ser, para salvaguardar sus vidas, y contribuir con la Patria, él volvería a ser un soldado. E incluso, si debía entregar su vida para que la de ellas estuviera a salvo, también lo haría.

Sí, tal vez, lo que decía el anciano era una terrible verdad, la derrota de los ingleses, sólo había sido el comienzo. O nunca había sido una derrota.

CAPITULO IV

FELICIA

La tarde que habían abierto la puerta de la calleja el día de la Invasión Inglesa, había cambiado sus vidas para siempre. Ahora, recordando las travesuras infantiles, Felicia se sintió nostálgica de ese Buenos Aires del Virreinato, que había sido su cuna y que conocía al dedillo.

Cómo no recordar esos juegos y paseos con las señoras por la Alameda, bajo la línea de ombúes; las largas caminatas por la costanera, el oleaje del mar y su olor a sal; los recorridos por la Recova y el enorme Mercado, los chismorreos de las esclavas buscando los mejores precios entre el griterío de los comerciantes con sus ofertas de baratillos, collares y alimentos. Y cuando el calor arreciaba, en esas siestas veraniegas ¡los baños junto a las mujeres en el río, eran el mayor placer!

Cómo no sonreír recordando viejas travesuras junto a Simón: espiando a las lavanderas en los mojones de la costa mientras los muchachotes les gritaban groserías que Felicia no entendía y Simón no le explicaba; la visita al Hueco de las Ánimas: un enorme baldío ubicado entre la Alameda y el Mercado, lugar tenebroso lleno de vagabundos y forajidos de los que Simón inventaba horrorosas historias que luego, no la dejaban dormir.

Ahora, el griterío mañanero en las calles de esta Córdoba que la alojaba, la transportó a esos otros carnavales porteños y los bailes con máscaras en los que las mujeres rociaban con perfume a todos los presentes e incluso los sorprendidos huevos de teruteru llenos de agua de flores, arrojados desde los balcones, en la cabeza a todo paseante sin discriminar raza ni posición social. Todos esos momentos ahora, parecían formar parte de otra vida.

El destino había ido moldeando su carácter, y modificado las vivencias en muy poco tiempo. Se le cayó una lágrima recordando la música de las gaitas en época de las Invasiones Inglesas y al hermoso inglés, su primer amor, al que ocultaron en los túneles, como si sólo fuera una aventura sin importancia pero de consecuencias desastrosas.

Pero allí había estado Simón, para salvarla, para protegerla, para rescatarla de su propia locura juvenil. Se acarició el rostro, donde aún, unas pequeñas y diminutas cicatrices, ya casi invisibles, eran el recordatorio permanente del incendio en el sótano, de la terrible travesura compartida y que

estuvo a punto de costarles la vida a ambos.

Y luego como consecuencia de ello, una cadena de hechos catastróficos se habían sucedido de manera increíble: su exilio, obligada por sus padres, en el convento de Córdoba; luego el difícil embarazo y la terrible e injusta creencia de la pérdida de su bebé, para terminar en el rancherío donde había recuperado milagrosamente a su hija. Todos parecían acontecimientos distantes, incluso hasta sentía como que le habían ocurrido a otra persona. Si hasta su identidad, se había visto afectada, al descubrir sus verdaderos orígenes y entender que a veces, no somos dueños, ni siquiera de nuestros nombres. ¿Acaso ella tenía derecho a ser una Iriarte, si su propio padre había renegado de su condición de mulata? ¿Cómo podía entonces, esperar que otros la aceptaran? Pero al fin y al cabo, era una Iriarte y su hija Ángela también, aunque no lo quisiera, aunque estuviera tan enojada con su pasado y con su herencia. Ese era otro tema a solucionar, pensó, al darse cuenta que Ángela, quizás había sido bautizada en el Monasterio con su apellido, es decir que en los registros de bautismos sería Ángela Iriarte y no González. Debería hablar con Simón sobre ello para que encontraran la manera de averiguar y resolver esa situación. Porque la identidad de una persona comienza con el nombre, su primer y principal derecho, en el que se basaban luego, todos los demás. Debían ser previsores y pensar en su futuro y Simón sería el primero en defender los derechos de su hija.

Y es que reencontrar a Simón, la había hecho sentirse nuevamente a salvo. Por primera vez, en esos dos años de desolación, volvía a sentir que nada podía pasarles y que juntos eran invencibles. Pero... ¿y si esa sensación, era sólo pasajera? ¿Un remanso en las aguas turbulentas de la vida, y debían prepararse para otros cambios? La conversación de la tarde, había alterado su ánimo. Si el viejo Moreira tenía razón, entonces nadie en esta tierra, ni blancos, ni negros, ni pardos, ni mulatos, estarían a salvo. Y mucho menos Simón, que era un ex combatiente y héroe de las Invasiones Inglesas y mulato para completar el panorama desolador, aunque lo intentara disimular, porque era lo que más les convenía.

Se desvistió con lentitud, se puso el camisón y miró el cuerpo del hombre recostado entre las sábanas durmiendo plácidamente. Se acurrucó junto a él y lo abrazó con fuerza. Simón se dio vuelta y respondió con la misma intensidad, quitándole el camisón con rapidez y subiéndose sobre ella.

—Dios mío... te deseo a todas horas... —murmuró el hombre sobre la boca de Felicia e introduciendo su lengua en el interior húmedo y dulce. La

joven suspiró y se arqueó apretándose aún más a él, y sin poder esperar por la satisfacción. Con sus brazos lo apretó y se impulsó con frenesí y audacia.

Hicieron el amor, en completo silencio y en la oscuridad, casi con desesperación, como si la vida pudiera serles arrebatada en un instante y se adormecieron. De pronto fueron despertados por unos sonidos distantes en crescendo. Desde la calle se oían tambores, repiqueteos y gritos. Canciones y candombes intercalados con risas.

—El Carnaval... —dijo el hombre apretándola en sus brazos.

—Ecos de tu tierra también —murmuró Felicia— el punto de reunión de ricos y pobres, blancos y negros. Todos, desconocidos y conocidos, de distintas razas, culturas y estatus social, unidos en unos días de diversión pura —agregó rememorando carnavales de niños en los que corrían por las calles mojándose, o esquivando los baldazos de agua arrojados desde las azoteas. Los ruidos fueron alejándose y todo volvió a la tranquilidad.

—Tal vez, deberíamos comunicarnos con tus padres, mi amor —dijo Simón de pronto, rompiendo el silencio, mientras la tenía descansando desnuda y mojada sobre su pecho.

—No... —murmuró la joven poniéndose a la defensiva. Simón notó que a pesar del sudor que los cubría, ella estaba temblando. La cubrió con la sábana y la acomodó a su lado para mirarla a los ojos.

—No pueden hacernos más daño del que ya fue hecho. Pero tampoco podemos vivir escondiéndonos. Además no sabemos, de verdad, qué tiempos se avecinan— prosiguió el muchacho acariciándola con ternura y detenimiento.

Felicia sintió un escalofrío. Un poco por la caricia sensual, que despertaba todos sus sentidos otra vez, pero también porque de pronto la invadió un horrible presentimiento. Cualquier cosa que tuviera que ver con su familia, seguramente no terminaría bien. Pero la conversación de la tarde había arrojado sobre ellos, terribles sombras de oscuros presagios.

—No. Es cierto, Simón, tienes razón. Tal vez, deberían venir a la estancia de Córdoba. Sería más seguro para ellos. Buenos Aires se prepara para algo, allí comenzará todo. Estarán expuestos en muy poco tiempo a otra guerra —murmuró aunque la idea de tenerlos cerca no era muy alentadora, pero los lazos filiales de alguna extraña manera la impulsaban a ser protectora con los únicos seres que conocía por padres.

—Sé que no te agradan, que incluso sientes aberración por lo que hicieron contigo, sé que no quieres volver a verlos y tienes razón. Pero hay momentos

en la vida, momentos críticos donde debemos dejar los rencores atrás. Porque no dejan de ser tus padres —agregó Simón comprendiendo el debate interior de la joven—. Escríbeles, no pierdes nada con ello. Tampoco tienes por qué volver a verlos, aunque te digo que me parece que están muy cambiados, a la luz de mi última experiencia con ellos en la estancia. Hasta me hicieron un lugar en su mesa. Tus padres han cambiado, Felicia. ¡Estaban tan arrepentidos de lo que te hicieron!

—La gente no cambia, empeora. Y si se arrepintieron, fue muy tarde.

—No estás dándoles ni la más mínima oportunidad. Te digo que vi a tus padres marcharse, destrozados por tu pérdida. No creo que sea justo que sigan creyéndote muerta, deben saber que estás viva. Tienen derecho a conocer que tú y Ángela están juntas. Y saber que ustedes están acá, los movilizará al menos a perdonar.

—¿Derecho? ¿Perdón? —dijo de pronto la joven, con furia— ¿Acaso a ellos le importaron los míos, o los de nuestra hija? Pero si de Ángela no les importó nada... Aún tiene esas terribles pesadillas que sólo Dios sabe a qué se deben. No es fácil perdonar. En todo caso nosotros debemos pensar en los derechos de nuestra niña —continuó Felicia cada vez más enojada y levantándose de la cama. Intentó buscar una bata.

—¿Y actuaremos de la misma manera que ellos? —replicó el hombre elevando la voz— ¿Quieres lo mismo para Ángela? ¿Lo mismo que te dieron ellos? ¿Un mundo de mentiras y secretos? ¿Un mundo alimentado de viejos rencores?

—¿De qué hablas? —contestó paseándose desnuda por la habitación ya que no había encontrado con qué cubrirse.

Su cuerpo hermoso estaba tenso, y sus senos, se sacudían al ritmo de sus movimientos nerviosos. Simón, no pudo dejar de admirar su blanca piel, y su hermosura, apenas entrevista con la suave luz de los faroles del pasillo. No contestó. Ella se detuvo frente a él con las manos en la cintura. Sus pezones ahora erguidos se elevaban muy cerca de su cara. Deseó besarlos, en vez de estar peleando con ella, sobre un tema que les causaba tanto dolor a ambos. Deseó estirar sus manos y acariciarlos, y calmarla, como hacía cada noche. Pero ella volvió a alejarse de él, temblando.

—¿Crees que se merecen saber que estoy viva y que Ángela está conmigo? —le gritó la joven con la voz quebrada— ¿O que acaso, les importe? ¿De qué derechos hablas, Simón? —finalizó sollozando y arrojándose a una silla con las manos en el rostro. Simón se levantó de la cama y se acercó. La abrazó con

ternura y ella se apretó a él.

—De los derechos de nuestra hija. Ella no puede desconocer que tiene una familia, saber sus orígenes. Es la única heredera de los Iriarte, su nieta, te guste o no —le murmuró en el oído—. Ella no tiene por qué ser un secreto. Y nuestro amor tampoco. No es justo Felicia para nosotros principalmente —agregó acariciándole con suavidad el cabello y apretándola a su cuerpo.

—No quiero volver a verlos... —dijo por lo bajo aceptando sus caricias, lo único en la vida, capaz de darle consuelo.

—No tienes que verlos, que sepan la verdad y luego que ellos decidan pero no podemos hacerlo nosotros. No podemos decidir por los derechos de Ángela —finalizó notando que el cuerpo de ella, seguía en una tensión insoportable. Simón se sintió excitado, como cada vez, que esa piel se apoyaba en la suya.

—¿Sabes que, ni siquiera sabemos con qué apellido fue bautizada y registrada nuestra hija? Hasta ese derecho han pisoteado. Ese es un derecho que debemos también salvar, proteger.

—Eso lo corregiremos nosotros ni bien podamos —contestó Simón con calma y seguridad.

Felicia se detuvo en las pupilas de Simón, oscurecidas, como se ponían cuando estaba decidido con una idea, y vio en esos ojos que tanto amaba, las señales que podían hacerla cambiar de idea en un instante: la pasión que los envolvía cada vez que se tocaban. Se estremeció, porque tenía razón, ahora el destino estaba en sus manos, no en la de sus padres. ¡Amaba tanto a ese hombre...! Y lo deseó con una mezcla de pasión y odio, porque al fin y al cabo, siempre conseguía de ella, lo que él quería.

—Eres un negro... terco... —masculló, tratando de alejarlo de ella. Pero él la apretó aún más entre sus brazos y no la dejó moverse.

—Y tú una mulata rencorosa —le replicó cerrando su boca e invadiéndola otra vez.

Esta vez, hicieron el amor con furia, como si pudiera ser la última vez en sus vidas. Luego, Felicia se recostó en su enorme pecho oyendo su respiración tranquila y adormecida.

—Debemos resolver el apellido de Ángela, sí —murmuró.

—Lo haremos, mi amor, lo haremos... Resolveremos todo antes de la llegada de tus padres —finalizó el hombre dando por hecho que Felicia le haría caso.

—Si es que les aviso —respondió ella sosteniendo su terquedad, pero

entendió que Simón ya no la escuchaba y se había adormecido con una mano apoyada en su pecho.

Al otro día Felicia escribió la carta. Era difícil hallar las palabras que necesitaba para expresarse, sin que en ellas se vislumbrara, el tamaño del odio y el rencor que sentía por sus padres. Decidió dirigirla a su padre que en definitiva era su único lazo de sangre y en algún momento de sus vidas, también, quién más comprensión y aceptación hacia ella había demostrado.

La misiva fue muy extensa, animándose por primera vez, a contarles la verdad de los orígenes de Ángela y cómo se había reencontrado con Simón.

“Soy tu hija, pero también una mulata. Intentaré perdonar sus pecados, pero deberán perdonar los míos. Y si no es así sigan haciendo de cuenta que estoy muerta, pero si la vida nos da la oportunidad de vernos ahora, tal como somos y aceptarnos más allá de los colores de la piel, y de nuestros errores humanos, entonces, quizás podamos volver a conversar. Y si no es así, entonces, que Dios nos perdone a todos.”

Finalizaba la carta. Cerró el sobre con lágrimas en los ojos y tratando de imaginarse el rostro de Mora.

Y es que hay momentos en la vida que marcan un antes y un después y en los que descubrimos de los seres que amamos un rostro diferente, a veces, en el peor de los casos, un rostro inaceptable. Desde ese instante, el retorno es imposible y ya nada será igual. Sólo se puede volver a intentar, empezar a conocer a ese otro desconocido, o alejarse para siempre.

Mientras tanto, si era verdad que sobre ellos se cernían tantos peligros, no podía actuar con indiferencia, como si no le importara lo que les ocurriese. Los rumores de la revolución iban en aumento y tal vez, todos corrieran peligro. Y si era verdad el dolor que Simón había visto en sus padres al despedirlos, con más razón.

—Necesito que lleves este sobre, por favor, Rosario —dijo, entregándoselo a su amiga.

—¿Para tus padres? —dijo la negra viendo el sobre con curiosidad— Pero...

—No me he vuelto loca, amiga... no. Es sólo que necesito que sepan que estoy viva. Necesito saber de ellos. ¡El futuro, es tan impredecible!

—Y es sano aprender a perdonar —contestó la negra—. Cuando perdonamos a los demás, también nos estamos perdonando y sanando a nosotros mismos. Pero, la verdad, no sé qué haría de estar en tu lugar.

—Tampoco sé si podré perdonarlos, Rosario. Pero Simón me ha

convencido de que no puedo vivir sabiendo que están llorando mi muerte. Deben saber, al menos que estoy viva. Además está esta situación política de Buenos Aires...

—Ah, sí, Felicia. Algo hemos hablado con Zoilo. Los pasquines en la calle abundan, a pesar de las prohibiciones. El mercado es un hervidero de voces, con diferentes lealtades. Pero al parecer, el gobernador Gutiérrez de la Concha es amigo íntimo de Don Liniers y eso los hace fieles a la corona de España.

—Simón también se mantendrá fiel a Liniers... —dijo Felicia con un suspiro y cierto temor en la voz— Y aunque no me lo dice, sé que se ha estado reuniendo con gente, porque es un negro porfiado, le encanta pelear. Tal parece que apenas se está recuperando de una guerra y ya quiere otra.

—También me he dado cuenta, Felicia. Esas noches en el centro, esos viajes... esas llegadas tarde... Zoilo dice que no es bueno. Que se está gestando algo en Córdoba que sólo podrá traernos problemas o iniciar una guerra.

—Los hombres no viven, si no tienen sus guerras, Rosario. ¿Y qué podemos hacer, más que apoyarlos, y rogar que sobrevivan a ellas? —finalizó Felicia sosteniendo aún dubitativa el sobre en sus manos. Rosario suspiró.

—Que la virgen purísima nos proteja, Felicia, si en esta tierra nos enfrentamos unos a otros.

—No debería pasar eso. Deberíamos poder tomar decisiones sin llegar a la guerra. ¿Cómo van las cosas con Zoilo? —preguntó de pronto cambiando de tema.

—Ah... es un hombre tan... amable, tan...

—Se te nota en los ojos Rosario —la interrumpió Felicia sonriendo— estás enamorada de ese hombre.

—Me ha pedido que me vaya a vivir con él —murmuró como en secreto la mujer y sus claros ojos se licuaron de amor pero con una pizca de duda.

—Vive, Rosario. Vive. Sólo eso puedo decirte.

—¿Un hombre blanco rico, con una mulata del rancharío, que además tiene una hija! Dios y María santísima... quién hubiera dicho.

—Si a él no le importa, mucho menos a los demás. No lo dudes, Rosario. Es tu posibilidad de una vida diferente. Para ti, y para Ana.

—¿Sin casarme?

—Don Ortega es viudo, tiene poder y dinero, tú soltera. Si es necesario, solicitarán las dispensas necesarias al obispado y conseguirán casarse

también. No lo dudes, además no te olvides de la Cofradía que ampararán tu pedido o intercederán por ti, llegado el momento —afirmó Felicia con convencimiento y feliz por su amiga, pero sin imaginarse todo lo que pasaba por la cabeza de Rosario—. Escucha amiga, es difícil saber a dónde te lleva el camino de elegir lo que amas. Pero vale la pena intentarlo. Una familia, un hogar y un amor, son nuestras brújulas. Así que siempre sigue el camino de lo que amas

—Lo recordaré: el camino de lo que amas. Y eso me conduce a Zoilo.

—Ya te has respondido amiga. También puede ser tu hogar y tu familia —respondió Felicia con una carcajada.

—Ya lo creo. ¿Qué hago con la carta? —preguntó la muchacha tratando de detener el curso de sus recuerdos.

—Despáchala, y que llegue cuanto antes —finalizó Felicia.

CAPÍTULO V

ROSARIO

Rosario caminó por las calles empedradas, mientras miraba el movimiento intenso a esas horas del día y emitió una sonrisa al recordar una frase que le decía Luisa: “Sólo da un paso atrás para tomar impulso” y pensó que realmente ese era su lema.

Había vivido épocas duras y terribles que nadie imaginaba siquiera, pero todo había quedado atrás y la vida le estaba brindando nuevas oportunidades, a ella y a su pequeña Ana, por lo que mejor era no volver al pasado.

Desde su más tierna infancia su realidad había sido adaptarse a las circunstancias, a la falta de amor, al abandono. No quería ni recordar los hechos ocurridos en la Estancia junto a sus verdaderos padres Anselmo y Amalia, y luego las vivencias del Convento, porque tal parecía que su vida había estado signada por la persecución, el maltrato y el dolor.

La época más feliz y más libre que recordaba era la del rancherío, donde gracias a Luisa, sus hermanas y tantos amigos en sus mismas circunstancias, se había fortalecido y se había hecho mujer y madre pero también había aprendido nuevas artes de curar, el valor de la solidaridad y la ayuda mutua. Ahora, junto a Zoilo, había descubierto lo que era el respeto, la dignidad y la verdadera felicidad. Lo único que extrañaba de esa otra etapa era esa sensación de plenitud que sólo se siente cuando uno realiza sanaciones, cuando uno brinda a través de la energía personal, un alivio a otro ser humano para las afecciones físicas o las heridas del alma. Tal vez, volviera a dedicarse a ello.

Avanzó con tranquilidad hacia la oficina postal para dejar la misiva que le había encargado Felicia y luego de entregarla tomó una calle aledaña para ir al Mercado. Acostumbraba a hacer ese recorrido con Zoilo o con alguna empleada del taller y sabía que al hombre no le gustaba que fuera sola, pero hoy estaba demasiado ocupado y prefería mantener en secreto lo de la carta de Felicia ya que su amiga le había pedido discreción. Por otra parte esperaba comprar alguna carne porcina o una mulita, para preparar un almuerzo especial para Zoilo y Ana. Era un día para festejar, el sólo hecho de estar vivos y juntos. Además, había decidido darle al hombre una respuesta afirmativa a su pedido. Se mudaría con él y olvidaría al fin, ese pasado

tormentoso que tanto costaba dejar atrás.

Los vendedores estaban por doquier. Caminaban por las calles ofreciendo sus productos, buhoneros^[3] y mercachifles^[4] que se atropellaban a los gritos en las estrechas calles sobre el barro macilento. Por esa zona transitaban también algunos carros y recordó que los carreros, hombres brutales y toscos, solían divertirse molestando a los transeúntes pasando adrede por los charcos y ensuciando las blancas paredes de las casas y a quienes caminaran cerca, y decidió evitar esas calles.

Un poco más adelante divisó a varios comerciantes ambulantes rodeados de mujeres y esclavas haciendo sus compras y eligió algunas hierbas especiales, que rara vez veía, para elaborar unas cremas astringentes para la piel, un jarabe para la tos en el invierno y emplastos para las heridas. Guardó todo en una bolsita, sin percatarse de que era mirada con curiosidad. Y es que su piel oscura y sus ojos celestes resaltaban aún más por la vestimenta que usaba. Hacía un tiempo ya, que se había acostumbrado a los bellos ropajes que le sugería Felicia. Estar al frente del negocio de la zapatería y relacionarse con Zoilo habían conseguido al fin, que cambiara sus toscos vestidos estampados y sus delantales por algo más “apropiado” como decía su amiga y ahora llevaba un vestido con volados de color azul oscuro con una camisa superior casi del color de sus ojos con el sombrero del mismo tono. Si se hubiera visto en un espejo hubiera comprendido que su belleza resultaba hasta chocante para el lugar, pero en cambio, no pensó en ello, sino en la cantidad de tareas que le esperaban al llegar y que esa carta que acababa de despachar, tal vez significara un cambio de vida para todos ellos.

“Felicia está equivocada” pensó “pero no tuve el valor de desilusionarla, la gente jamás cambia, sólo se disfraza de cordero para conseguir sus propósitos, como bien lo sé por experiencia propia” continuó con la línea de ideas que la atormentaban desde la charla con su amiga. “Su madre, si es que viene, lo hará sólo para arruinarle la vida a ella y a Ángela. Felicia cree que aceptará su relación con Simón, quiere darle la oportunidad de demostrarle que ha cambiado. Pero esa mujer, si es como la imagino, si es como era mi madre, jamás cambiará... Las serpientes, lo único que hacen con el tiempo, es acumular veneno.”

Se detuvo para guardar la última compra efectuada en su bolso, y en ese momento, unos brazos fuertes la tomaron por la espalda y la arrastraron al callejón. La sorpresa la inmovilizó. Por un minuto que pareció una eternidad se sintió transportada, a otra época, otro lugar, otro ataque diferente, pero tan

similar.

CAPÍTULO VI

AMALIA

Año 1782

“Muy Señor mío: remito a usted, la negrita que me mandó comprar recién llegada de una goleta y traída por la Compañía de Guinea. Como podrá observar ha sido una buena compra por 500 pesos, bella piel y brazos fuertes, impoluta, lo que he comprobado personalmente y pura como la pidió. Se llama Amalia y se le calculan unos 14 años. Hago constar que recibí el pago por ella. Saluda a Ud. Su afmo. y S.S.” Feb. 1782. Finalizaba la carta del comisionado, que Don Anselmo Celis acababa de recibir junto a la hermosa niña negra.

Amalia era dócil y sumisa, tan callada como dispuesta a satisfacer a su amo. En comparación a las penurias del viaje y los miedos de ser asesinada, el trato de ese hombre, cariñoso y amable de inmensos ojos azules, le pareció el paraíso. La joven le llevaba el desayuno a la cama, ordenaba su ropa, planchaba, lavaba y hasta lo ayudaba a elegir lo que vestiría en el día.

Anselmo era un hombre joven, que había quedado viudo sin hijos y que a todas voces, se jactaba ante sus amigos de que jamás volvería a contraer matrimonio. Y por ese motivo, se había hecho traer a la negrita, que hasta el momento era la mejor adquisición de su vida.

Amalia era feliz y en su juventud e inocencia, no llegaba a comprender todo lo que implicaba el hecho de ser la esclava personal de Anselmo Celis. El resto de las esclavas no se acercaba a los aposentos del señor y estaban confinadas a las tareas más pesadas: quintas, huertas, cocinas y patios mientras Amalia daba gracias a sus dioses, por su suerte.

Don Anselmo siempre tenía una palabra amable para decirle y aunque apenas si conocía el idioma, la joven lo iba aprendiendo rápidamente junto a él que se afanaba por enseñárselo. Sin embargo ella notaba por el tono de voz que era apreciada por el hombre, quien no sólo le hablaba con afabilidad, sino que le pasaba la mano por el rostro o tomaba su mano cuando ella le alcanzaba la ropa siempre acompañando sus palabras con gestos de ternura y cariño.

Una tarde de lluvia, cuando hacía casi un año que la joven estaba a su servicio, el hombre le pidió que se le acercara y que se sentara en sus piernas.

Sin dudarle, Amalia lo hizo. El hombre le acarició el rostro y luego con mucha suavidad la besó en la boca. Amalia se sorprendió, pero el beso le gustó, dulce y tierno, con esa pequeña aspereza de la barba de Anselmo sobre su piel estimulando sus sentidos y respondió con movimientos de su boca y de su lengua. Entonces sintió que con la otra mano le levantaba levemente el vestido y acariciaba sus piernas, sus muslos, hasta llegar a la entrepierna. La muchacha se sobresaltó, pero la caricia era increíblemente suave y veleidosa, excitante. Sintió su piel ardiendo y respondió aún más al beso. Anselmo comenzó a acariciar su intimidad que cobró la temperatura del fuego. Si bien Amalia no entendía bien lo que ocurría en su propio cuerpo, la caricia le pareció fascinante y se arqueó para que el hombre continuara. Esto lo enardeció e intensificó los movimientos, mientras sumergía su boca en el escote de la joven y succionaba uno de sus pequeños pezones. La sensación fue tan intensa como sorpresiva, como si brotara de su interior, entonces perdió conciencia de lo que ocurría en su cuerpo y comenzó a moverse en un frenesí descontrolado que la transportó hacia lugares desconocidos. Y luego su cuerpo se aflojó, sobre el del hombre. Jamás había experimentado un placer tan maravilloso, intenso como inusitado. Anselmo sonrió y la soltó, ordenándole que siguiera con el orden de su habitación y de las ropas, dejándola sola en el lugar.

Desde ese día, Amalia no hacía más que estar pendiente de él, de cada movimiento. Ansiaba que llegara y que eso maravilloso que había sentido con él, se volviera a repetir. Pero en los días subsiguientes Anselmo estuvo muy esquivo. Sin embargo había dado indicaciones para que la ubicaran en una habitación para ella sola, lo que supuso era en agradecimiento a sus servicios.

Una noche, mientras Amalia dormía profundamente, fue sorprendida por un sueño extraño, donde esos dedos que la habían acariciado ahora lo volvían a hacer y las sensaciones profundas y placenteras se repetían con una intensidad aún mayor. Abrió los ojos y entonces, para su sorpresa, vio que Anselmo estaba entre sus piernas, lamiendo su intimidad. No pudo resistir la maravilla de esa boca succionándola lentamente y luego algo aún más extraño y asombroso, esa lengua internándose con pavorosa suavidad. Se arqueó en espasmódicas e intensas sacudidas y en ese momento, el hombre la soltó, se arrojó sobre ella y la penetró con algo increíblemente duro y doloroso. Pero el dolor duró un instante y luego volvió el placer. Se abrazó a él y lo apretó a su pecho. Jamás hubiera imaginado que se podía ser tan feliz, pensó, en el mismo momento en que el hombre, luego de obligarla a orar en su extraño lenguaje, la

envió a su habitación.

Las noches subsiguientes fueron una repetición cada vez más intensa de esas extrañas experiencias entremezcladas: intimidad y oraciones. Amalia lo necesitaba cada día más y anhelaba ese cuerpo penetrándola, esos ojos inmensos y celestes perdidos en los suyos, esa boca recorriéndola y llevándola a descubrir, cada vez, una sensación diferente, una locura nueva. Y si bien no entendía nada de las oraciones que luego le obligaba a recitar, lo hacía a su lado como parte de ese rito que empezaba a necesitar de manera inexplicable.

Pero una noche, la llamó a su habitación. La joven acudió solícita, soñando, anhelando las caricias de su amante y ni bien llegó lo abrazó con euforia. El hombre le respondió acercándola a la enorme cama. Allí la acarició y siguió los mismos ritos a los que ella, ya estaba tan acostumbrada, pero en el momento en que estaba por llegar al clímax se detuvo. La tomó de los brazos y la hizo girar colocándola de espaldas. Luego, para su sorpresa le ató los brazos a un soporte y la elevó. La muchacha comenzó a preguntarle qué estaba haciendo, en su media lengua que mezclaba vocablos de Guinea y de español.

—Si no te callas, ya mismo, esto será mucho más doloroso y difícil —fue la única respuesta de Anselmo —Y Amalia obedeció. Algo en su voz, le hizo comprender que todo había cambiado— Ni se te ocurra gritar —dijo de manera sibilante— por cada grito te arrepentirás —continuó, y sin que Amalia lo esperara le llegó el primer golpe con la fusta que atravesó su espalda hasta la base de uno de sus pechos.

No gritar, no era una opción, ya que el dolor era lo más terrible que había sentido en su vida. Y aulló pero no alcanzó ni a respirar cuando llegó el segundo golpe. Esta vez le dio en medio de la espalda y le cruzó el cuello. Inspiró para volver a gritar pero otro golpe en sus muslos impidió que saliera un solo sonido de su boca. Se mordió los labios y luego se desmayó. Cuando se despertó Anselmo estaba sobre ella besando sus heridas.

—Te portaste muy bien, mi pequeña. Así me gusta —le decía con la misma voz dulce de siempre.

Le besaba la espalda y le apoyaba una esponja húmeda para limpiar la sangre que corría por su piel. Le ardía de manera casi intolerable, pero sus besos extrañamente la excitaron también de forma creciente. Intentó darse vuelta pero él no la dejó.

—Espera mi niña, espera. Déjame limpiarte. Ahora sí, te ayudaré a darte

vuelta —prosiguió y mientras lo decía, le pasaba ahora la esponja por la herida que llegaba hasta su seno derecho. El pezón se irguió y él lo notó. Besó la herida y siguió lentamente hacia el centro succionando con lentitud y mirándola a los ojos.

La muchacha, a pesar del terrible dolor en la espalda sintió que cada punzada y cada lamida de esa boca, la instaba al deseo. Con esfuerzo estiró los brazos y el hombre la alzó y la puso sobre su falda tratando de no rozar sus heridas. Ella abrió rápidamente su pantalón y se puso sobre él a horcajadas. Una mezcla de dolor y placer la invadió completamente en una mixtura increíble e impensada y lo cabalgó desafiante, enloquecida. El hombre respondió sorprendido por la reacción hasta que juntos llegaron al clímax. Gritaron y cayeron exhaustos sobre la cama. En pocos minutos ambos dormían abrazados.

Amalia fue la primera en incorporarse después de un rato de sueño. Parecía que el dolor en su espalda había disminuido y sintió rabia. Por un momento lo observó mientras el hombre dormía profundamente. Se levantó intentando no hacer ruido y buscó los cordones de las cortinas. Sin que él lo notara anudó sus manos a los barrales de bronce de la cama. Se despertó sobresaltado en el último segundo mientras ella terminaba de ajustar los nudos.

—¿Qué mierda haces? —preguntó tratando de soltarse y patearla. Pero la joven se levantó rápidamente y sobreponiéndose a su propio dolor, buscó la fusta.

—Nooooo...—fue lo único que alcanzó a decir al verla y entender su intención.

—¿Te gusta pegar? —le dijo ella con una amplia sonrisa en el rostro que la embellecía aún más y con el cuerpo totalmente desnudo, cruzado de franjas rojas. En su rostro ya no quedaban lágrimas y sólo esa sonrisa de dientes perfectos y su cabello rizado alborotado denotaban lo que había ocurrido—A mí también... —murmuró con los dientes apretados mientras descargaba la fusta con toda la fuerza de la que era capaz sobre el pecho del hombre y lo oía gritar.

—Maldita puta... —le dijo con odio, cuando el hombre al fin recuperó el aliento.

—No sé lo que dices. Pero sí, grita... grita... Me encanta oírte gritar —dijo y descargó la fusta otra vez, en sus piernas rozando sus testículos.

—Negra hija de puta... —volvió a murmurar con un hilo de voz— cuando

me sueltes, me conocerás...

—Crees que te soltaré para que me mates... —agregó con una carcajada descargando la fusta varias veces sobre el pecho del hombre, sobre sus piernas, sobre los brazos, hasta que dejó de gritar y sólo la miraba con los ojos celestes agrandados como platos—. Si te gusta pegar, deberás saber que podrás hacerlo, que te permitiré hacerlo, pero yo también lo haré —prosiguió la muchacha en el lenguaje mal aprendido.

Y sacudiendo su cabellera ensortijada y sus pechos casi en su rostro, le pegó varias veces. Al fin Anselmo cerró los ojos agotado y quedó inmóvil.

Entonces, recién allí, Amalia se detuvo y se acercó para besarle con ternura.

—Te portaste muy bien —le murmuró pasando sus labios por el rostro hasta llegar a su boca y pasar lentamente su lengua por ella. Entonces el hombre reaccionó y abrió la boca para recibir sus besos. Amalia introdujo su lengua con suavidad y notó inmediatamente que Anselmo a pesar del dolor, respondía con una erección. Entonces, para su sorpresa, la joven, sin soltar la fusta se subió sobre él de manera que el miembro erecto comenzara a ingresar lentamente en su cuerpo. Se quedó quieta, sintiéndolo en toda su profundidad.

—Respóndeme: “sí mi Ama”.

—Sí, mi Ama... —murmuró el hombre con esfuerzo, abriendo la boca y esperando que ella lo volviera a besar.

—Así me gusta, esclavo —respondió empujando su cuerpo para que el hombre la penetrara aún más. Con espasmódicas sacudidas, Anselmo empezó a moverse en su interior. Las sensaciones la abrumaron y lentamente comenzó a cabalgarlo mientras con la fusta asestaba suaves golpes en las piernas de ambos que se entrecruzaban por detrás.

—Suéltame... —dijo el hombre completamente excitado. Y ella lo obedeció. Dejó la fusta a un lado y soltó los cordones. Entonces, Anselmo la dio vuelta en la cama y la tomó con furia. Gritaron al unísono y cayeron exhaustos otra vez, abrazados, sudados y con sus sangres entremezcladas. Luego, el hombre se arrodilló en la cama, con la vista en el crucifijo del fondo y rezó mientras ella lo imitaba. Finalmente se recostaron uno al lado del otro, la abrazó con ternura y se durmieron.

Así los encontró, al día siguiente, una de las negras encargadas de la limpieza. Y con el mismo espanto con el que llegó, se retiró sin despertarlos.

El comentario entre los negros corrió como reguero de pólvora. Hablaron con espanto de los cordones atados en el respaldo de la cama, de la fusta y las

sábanas ensangrentadas y sus rostros pacíficos durmiendo en esa cama revuelta y sucia donde se habían amado a los golpes. Pero cuando el Amo, llegó a desayunar al gran comedor con un labio lastimado y Amalia se dirigió a las cocinas con el rostro marcado, nadie se animó a decirles nada. Ni siquiera a la negra, que se movía por todos lados con su rostro altivo y su mirada desafiante. Al parecer, el amo había encontrado la horma de su zapato.

Así transcurrió todo el año, y Amalia fue ganando espacio entre los negros, que la respetaban porque sabían que era la única que “domaba al potro”, como le decían al Amo.

Pero todo cambió de pronto: Amalia estaba embarazada y desde el día que Anselmo lo supo, no le permitió que volviera a su habitación. Desde ese momento la asignó a otro cuarto, en otra ala de la estancia y redistribuyó las tareas. Amalia estaba consternada y si bien intentó increparlo, se dio cuenta que no podía hacerlo cambiar de opinión.

—Tienes un niño que cuidar y respetar, así lo quiso Dios —fue la lacónica respuesta de Anselmo Celis con una lógica incuestionable—, dedícate a eso, mujer. Será otro esclavo que le viene muy bien a esta Estancia. Te hago responsable de que ese esclavo, nazca sano y fuerte. Luego habrá tiempo para nosotros —finalizó en la última conversación que tuvieron.

—El Amo volverá a la “Aduana Seca”^[5] —murmuraban los negros por detrás de Amalia burlándose de su actual situación. Pero a Amalia no le importaban los maliciosos comentarios, ya que en su corazón sabía que ella era irremplazable y que esta situación era temporal, porque había notado que él estaba tan enojado como ella y que ninguna negra lo conformaba, las usaba y las desechaba como trapos viejos, pero que no había otras alternativas.

Amalia sufría en silencio y odiaba su panza que crecía al mismo tiempo que disminuía sus posibilidades de movimiento y de cambiar el orden de las cosas.

Parir a su hija, le llevó más de dos días de dolor, entre contracciones que empezaron de manera esporádica hasta llegar al punto crucial del parto, y fue otra razón para odiarla. Rosario salió desgarrando el cuerpo de su madre que ya se había casi rendido en sus fuerzas y por eso no quiso ni mirar a su bebé cuando intentaron ponerla en sus brazos. Sólo quería dormir y que alguien se ocupara de esa molesta niña que había alterado su vida con dolor y llanto.

Tuvieron que pasar más de tres días, cuando al fin se decidió a ver a su hija. Una bebé regordeta, rozagante, de piel café con leche, cabello ensortijado y enormes ojos azules como los de Anselmo. Y desde ese

momento, Amalia, odió aun más a Rosario, si es que eso era posible, porque al ser tan bella sería más una amenaza que una bendición.

CAPÍTULO VII

ROSARIO

Año 1798

Desde muy pequeña había sido confinada a trabajar muy duro en las huertas, en los jardines y luego en la cocina donde se destacó. Creció bajo los cantos melodiosos de las negras en las cocinas, sus ritos y talismanes, oraciones sanadoras que formulaban mientras revolvían mermeladas o cosechaban frutas y hortalizas en las quintas. Las negras relataban todo tipo de historias, impregnadas de hechizos y fórmulas de protección mientras cosían vestidos y trajes, o armaban sus propias joyas de cuentas, semillas, metales y extraños talismanes. Rosario creció entre sortilegios mágicos y música alegre y en un corto tiempo se convirtió en una belleza de color café y ojos impresionantemente claros como el cielo de verano.

—Tus palabras y tus manos son mágicas, pequeña, para cocinar y para sanar. Estamos todos orgullosos de ti, niña hermosa. Eres nuestra mayor bendición —le decía esa mañana la negra Dora viéndola convertir una mezcla oscura en un delicioso dulce de mora, y elaboraba también un unguento cremoso y aromático para las heridas.

—Para todos menos para mi madre —dijo con un sobresalto, ya que era la primera vez que se animaba a decir en voz alta su tristeza ante el rechazo permanente de esa mujer.

—Ella es así, siempre fue una negra distinta, no hables de ella, mejor olvidémosla —agregó tomándola del brazo e instándola al silencio.

—¿Por qué Amalia me odia?

—No te odia, niña. Sólo es una persona fría, distante, huraña... No nació para ser madre.

—Malvada es... —dijo la niña que desde que tenía memoria, el único amor que había conocido era el de Dora.

—No hables así, pequeña.

—¿Sabes quién es mi padre? —preguntó de pronto.

—Debes preguntárselo a ella.

—Ya lo hice. Y me dijo que eso no me incumbía. Que era un problema de ella. Pero yo supongo que es Don Anselmo. Tengo sus mismos ojos, y además

ella es su amante. Pero sobre todo, Anselmo es un hombre tan bueno, me habla siempre con tanto cariño, me enseña todas las oraciones y me lee partes de la Biblia.

—Vamos, niña... no hable así, le dije. No se meta en cosas de adultos. Y Don Anselmo no es tan bueno como parece, aunque le encante masticar biblias —dijo la negra con un escalofrío recordando a todas esas niñas negras que habían desfilado por el cuarto del hombre e incluso con el aval de la perversa de Amalia.

Muchas habían muerto de manera misteriosa. Otras habían sido llevadas en el transcurso de la noche, quién sabe en qué condiciones y adónde. Todos sabían lo que pasaba en el cuarto del Amo, pero nadie hablaba al respecto. Dora tembló. Sí, Rosario era su hija, y de alguna manera creía que Don Anselmo no se metería con ella por ese motivo y la única razón que lo hacía ser bueno eran afectos filiales. No podía ser tan monstruoso de no amar a esa niña. Y Amalia, no podía ser tan malvada, de no protegerla. O eso es lo que prefería creer. Pero si llegaba a saber que esos dos animales se convertían en una amenaza para Rosario, ella ya tenía previsto lo que haría.

—¿Cosas de adultos? Pero si es mi vida también... —dijo la niña interrumpiendo sus pensamientos mientras envasaba el ungüento y picaba otros misteriosos yuyos— “Masticar biblias” ¿Qué es eso?

—Masticar biblias y cagar santos, hija. Eso hace Don Anselmo.

—Que Dios no te escuche Dora y “la boca se te haga a un lao” —dijo Rosario con una carcajada ya que la expresión era tan asquerosa como graciosa—. No digas eso, es un hombre muy religioso. Siempre me ha protegido y cuidado, cuando estuve enferma, me ha contado cuentos en sus brazos para dormirme, me regala las mejores golosinas, me trae ropa de Buenos Aires. Y siempre espera que sea yo, la que le pase la crema para el dolor de su espalda —dijo la niña recordando esos momentos tan gratos en los que el hombre se demostraba agradecido por sus masajes que aliviaban las heridas que tenía, a veces en la espalda, otras en sus piernas, pero que ella desconocía el origen.

O esos otros días en los que la sentaba en sus rodillas, la abrazaba con cariño, leyéndole y explicándole pasajes de la Biblia y la besaba en la frente regalándole un chocolate.

—Vamos Rosario, no te confíes... Y ahora, basta de cháchara que tenemos que envasar los dulces y llevar las cremas para curar las manos de los hombres que estuvieron hachando. Y varios niños para curarles la ojeadura y

el empacho.

—Eres porfiada, negra.

—Y tú una confianzuda con tu amo. Cuídate, niña, cuídate —agregó preocupada viendo sus movimientos sensuales y sus enormes pechos demasiado desarrollados para sus casi 14 años.

—Me cuido, negra... —dijo recordando los ojos oscuros de Rodrigo, un muchacho renegrido de casi veinte años y de amplios músculos que hacía un tiempo se le había acercado con genuino interés.

Se sonrojó al recordar esa tarde en los establos, en la que el muchachito al fin, había cobrado valor y la había besado en la boca por primera vez. Se sintió emocionada de solo recordarlo y con la ansiedad del próximo encuentro previsto para esa tarde.

El Sol estaba alto y la siesta pintaba de luces los campos y las huertas. Caminó entre los surcos para llegar a los establos donde la esperaba Rodrigo. Ingresó al pequeño rancho donde se guardaba el alimento de los animales, con pasos seguros y las ansias desbordando su corazón de joven enamorada. Allí la esperaba el muchacho que la recibió con una sonrisa amplia y los brazos extendidos. Se arrojó en ellos y le ofreció los labios gruesos y anhelantes que el muchacho tomó con pasión. Se besaron estrenando sueños y luego se sentaron entre las pilas de heno apilado.

—Eres tan bella, Rosario, tan bella —le decía en ese momento el joven mientras acariciaba con delicadeza su rostro moreno, con rubores inquietos dibujados en sus mejillas.

Las siestas que siguieron fueron de encuentros dulces y apasionados en el mismo lugar, avanzando en miradas y ternuras, reconociendo lentamente sus pieles y planeando futuros.

—Le pediremos permiso a Don Anselmo y nos casaremos. Yo voy a cuidarte de todo —prometió el muchacho pasando apenas las manos por esos amplios pechos que lo enloquecían, pero sin animarse a avanzar más—. Esperaremos para hacer el amor, mi bella Rosario, la de los ojos color cielo —prosiguió soñador—, esperaremos como Dios manda a que seas mi mujer y Don Anselmo nos dé su bendición. Y también con su permiso empezaré a construir nuestro propio rancho acá en la hacienda. Seguiremos trabajando como siempre, mi hermosa, pero al menos, tendremos un lugar para nosotros,

sin pedirle permiso a nadie para esto, para tener nuestros niños —prosiguió deslizando la mano con lentitud por su espalda.

La muchacha se recostó en él y se atrevió a planear. Era hermoso estar enamorados. Era hermoso imaginarse una vida al lado de Rodrigo.

—Don Anselmo es muy bueno conmigo. Seguro nos concederá el permiso —expresó con soñadora expresión y anhelando el momento en que sus planes se cumplieran. Se imaginó con un vestido blanco en la capilla de la Estancia y a Don Anselmo dándoles la bendición y llevándola al altar de su brazo.

Después de varios días, al fin, Rodrigo cobró coraje y pidió hablar con Anselmo del asunto. El hombre lo miró con seriedad y sólo le respondió:

—Muy bien, Rodrigo. Sólo me tomaré unos días para pensarlo y tendrás la respuesta. Rosario es muy joven aún —agregó obligándolo a retirarse sin más.

Sin embargo la respuesta no llegó en los días subsiguientes y Rodrigo volvió a intentar hablar con él, pero Anselmo no lo recibió.

Pocos días después llegaron unos hombres en un carro junto a varios esclavos negros. Se dirigieron directo al establo, tomaron a Rodrigo por la fuerza y aunque trató de soltarse no pudo y lo golpearon hasta dejarlo inconsciente. Luego lo ataron y lo subieron al carro. El que parecía ser el Amo de todos ellos, sólo se acercó a Don Anselmo para entregarle un fajo de dinero y se marcharon, llevándose a Rodrigo para siempre de la Estancia.

Rosario fue la última en enterarse de la terrible transacción por la que Rodrigo había sido vendido. Angustiada, se dirigió a hablar con Don Anselmo ni bien lo vio llegar:

—¿Por qué... por qué vendió a Rodrigo? ¡Vamos a casarnos... —le gritó con odio pero el hombre sólo la miró fijamente y no respondió. La joven intentó acercársele, dispuesta a golpearlo, pero Dora intervino y la alejó.

—Venga, niña, venga... —dijo asustada viendo la mirada de Don Anselmo mientras la llevaba a la rastra a la cocina. Rosario no podía parar de llorar y de decir que se escaparía e iría en busca de su amor.

—Cállese niña, no diga más pavadas, que la van a azotar —amenazó la negra sabiendo que Don Celis no se lo perdonaría. Al fin, la negra Dora consiguió que se fuera a su habitación y se quedara dormida.

En medio del sueño, se veía en brazos de Rodrigo y que el muchacho la llevaba muy lejos de allí. Se despertó sobresaltada, descubriendo con horror que le habían cubierto la boca con una mano y que la cargaban en brazos por el pasillo a oscuras. Se debatió con furia, pensando que correría el mismo destino que Rodrigo: la venderían y la alejarían para siempre de allí. Pero la

realidad fue mucho peor de lo imaginado. Cuando logró entender lo que ocurría, ya estaba en la habitación de Don Anselmo y el hombre la arrojaba con furia sobre su cama. Sin darle tiempo a reaccionar, la ató a unos tirantes y la elevó. Luego desgarró su ropa y comenzó a pegarle con una fusta. Gritó hasta quedarse casi muda pero el hombre no se detuvo:

—Ahora sabrás que eres mía, negra calentona como tu madre. Mía... nada más que mía... Toda negra de esta tierra es mía. Deberías saberlo puta — agregaba en cada golpe—. Mía... nada más que mía.

Desfalleciente, pensó que moriría allí y que la estaba castigando por su amor a Rodrigo. Después de un tiempo que le pareció eterno, el hombre la soltó, la dejó caer sobre la cama y para su horror más absoluto, se arrojó sobre ella. No supo cuánto duró todo, pero reaccionó cuando escuchó al hombre rezando al lado de la cama, y vio a su madre desatándola y ayudándola a incorporarse para salir dejando al hombre en sus oraciones, como si nada hubiera pasado.

—Esto nunca pasó, niña tonta —le dijo Amalia— y si no te gusta, más vale que te vayas de acá —agregó para su sorpresa llevándola desfalleciente a su propia habitación.

Esperó a que su madre se retirara e intentó levantarse ya que debía buscar ayuda con urgencia. Su cuerpo no le respondía preso de dolores intensos pero aún así, se arrastró hacia la habitación de Dora y cuando llegó, se desmayó a sus pies.

—¡Ay mi pequeña...! ¡Cómo pudo pasarnos esto! —decía la mujer que la había criado, mientras la limpiaba con un trapo mojado con vinagre y el dolor era más insoportable aún—. Nunca debí dejarte cerca de ese hombre, pero cómo iba a saber... él fue tan bueno contigo, te trataba como a su hija... Oh, Dios mío... ¿Cómo pudo pasarnos esto, mi niña? —repetía Dora, mientras Rosario lloraba por las terribles sensaciones que perduraban en su cuerpo y el dolor al que ahora, la sometía la negra.

—No... por favor... Me duele... —decía Rosario con un hilo de voz.

Pero la negra seguía con sus manos hurgando en su intimidad y limpiándola. Si la violación anterior había sido espantosa, a la que la sometía Dora parecía más degradante aún. Y el olor a vinagre era tan intenso que Rosario, sintió que otra vez se iba a desmayar. Intentó incorporarse pero no pudo, el cuerpo le dolía como si la hubieran destrozado a palos, lo que literalmente había ocurrido.

—Quédese quieta mi niña, o le dolerá más... es por su bien. Hay que sacar

toda esa inmundicia de su interior. Hay que sacar la mugre de ese hombre, al que no le gusta usar protección. ¡Cómo pudo pasarnos esto! —repetía, y finalmente Rosario se rindió a la invasión de esa mujer ya que su cuerpo y sus fuerzas no respondían.

Al fin dejó de sentir, hasta el dolor causado por el vinagre, pareció estar evaporándose y sintió sus extremidades pesadas como si de pronto estuviera anestesiada. Dora le pasó con suavidad un ungüento sobre las heridas, le acomodó el vestido y la ayudó a levantarse.

—Tómalo todo —dijo acercándole un extraño brebaje preparado con unas hierbas amargas. Rosario temblaba y las piernas no la sostenían.

—No puedo... —murmuró.

—Se lo toma todo, niña. ¡Todo! Y si Dios nos ayuda, estará a salvo.

—¿A salvo de qué, Dora?

—De un embarazo de ese viejo inmundo.

—Oh, Dios, quiero irme de acá —dijo la muchacha, tratando de evitar las arcadas que le producía el líquido oscuro que le daba de beber y pensando en lo que acababa de decirle Amalia. Comprendió con horror que ni su propia madre la protegería de ese animal.

—Escúcheme bien ahora, mi niña, deberá irse o no sobrevivirá.

—Mi madre... vio todo y no me ayudó.

—De su madre no espere nada, mi niña. Es tan animal como Don Anselmo. Pero con Rosendo hemos previsto todo —le dijo haciéndole una seña a su esposo de que ya podía pasar.

El hombre la levantó con inmensa suavidad y ternura y la cargó en sus brazos hasta salir silenciosamente del lugar. Dora tenía un bolso listo, armado y lo siguió.

Caminaron por la oscuridad con temor de ser vistos hasta que llegaron al carro donde la recostaron y la cubrieron con una frazada y algunos cueros. Lo último que vio fue el rostro de la negra Dora, demudado en lágrimas y una luna inmensa derritiéndose en plata sobre los campos. La noche estaba fría y Rosario tembló. No tenía idea de adónde la llevaban ni qué destino le esperaba a ella y a esos negros que la habían criado y ahora la ayudaban a escapar. Se hizo un ovillo abrazando sus rodillas y llorando de dolor y de tristeza, esperó. Al fin, el hombre azuzó a los caballos y se perdieron en la noche.

CAPÍTULO VIII

ROSARIO

Año 1810

Abrió los ojos, sintiendo unas manos que invadían su intimidad y destrozaban su ropa interior, con ese rostro desdentado muy cerca del suyo. Otra vez, su ingenuidad y distracción la habían puesto en un peligro irreparable. El hombre la había arrojado al piso sobre un montón de basura detrás de unos carromatos destrozados en una callejuela inmundada y oscura, rodeada de muros de piedra.

—Quedáte quieta, preciosura... —le decía en ese momento mientras ella lo miraba con terror.

“No volverá a pasarte” escuchó una voz interna que le gritaba.

Entonces, sin saber de dónde le brotaba esa furia, estiró una mano y lo agarró de los cabellos con tanta fuerza que el hombre gritó. Se alejó unos centímetros de ella y retiró sus dedos de su ropa interior para tomar la mano de la muchacha que estaba prendida de sus cabellos. Rosario aprovechó ese segundo para elevar una de las rodillas y asestársela en la entrepierna con toda la fuerza de la que disponía. El hombre lanzó un grito y la soltó, cayendo al piso. La muchacha se arrastró, alejándose para recobrar fuerzas e intentó levantarse, pero con la otra mano, el hombre la tomó de un tobillo y tiró con tanta fuerza que pensó le iba a arrancar la pierna. Rosario giró y con el otro pie, lo pateó de tal manera que la mano del hombre se deslizó quedándose con el zapato de Rosario apretado en ella. En ese instante, la joven se incorporó y corrió arrastrando su pie descalzo por las basuras y el barro. Al fin, logró llegar a una calleja más transitada y se mezcló en el gentío, que la miraba con cierto asombro. Comprendió que debía parecer otra linyera, descalza, con la ropa embarrada y el cabello desgredado cayéndole en la cara. Se acomodó un poco los mechones sobre sus ojos y siguió corriendo ahora hacia las calles principales. El tiempo parecía transcurrir en forma lenta, como en un sueño, hasta que al fin, ingresó agitada, con el rostro lleno de lágrimas y embarrado, a la zapatería.

—¡Dios mío, Rosario! ¿Qué te ha pasado? —le dijo Simón asustado.

La mujer respiró varias veces, apoyada ahora en una pared para recuperar

el aliento. Al fin, lo miró y trató de sonreír.

—Estoy bien, Simón... —dijo en un murmullo.

—No lo parece, estás cómo si te hubieran atropellado.

—Eso es exactamente lo que ha pasado —respondió la mujer, a quién Simón acababa de darle una idea. Al fin y al cabo, estaba acostumbrada a ocultar secretos oscuros y vergonzosos.

—Pero, cómo... ¿cómo ha pasado eso?

—Soy muy distraída —finalizó Rosario mientras ingresaba a la cocina con los terribles hechos del presente entremezclados con los de su pasado.

Por un momento, los rostros de diferentes hombres, se superpusieron, el desdentado del linyera, y el rostro helado y sin misericordia de su propio padre. Y tuvo un miedo atroz. Ella sabía que la vida podía dar esos giros imprevistos, donde todo se derrumbaba en un segundo y para siempre, ya lo había vivido cuando perdió a Rodrigo y con la increíble y alevosa traición de su propia madre. Ahora, su vida era hermosa, junto a su hija Ana ya crecida, el nuevo amor de su vida en la presencia de Zoilo y el afecto y contención de sus amigos Simón y Felicia. Sin embargo, esa carta que había entregado hoy, de alguna manera le parecía una mala decisión y lo que acababa de ocurrirle además de una experiencia aterradora, un pésimo augurio. Se encerró en la habitación y mientras se higienizaba lloró con una desesperación que no había tenido en muchos años.

En ese momento ingresó Felicia con los ojos desorbitados y se le acercó:

—Ay Rosario... por Dios... ¿qué te ocurrió? Me dijo Simón que fue un carro —Pero en el mismo momento en que Rosario giró y la miró Felicia juntó la cejas—. No fue un carro... —dijo de pronto y en voz baja mirándola a los ojos.

Las muchachas se abrazaron durante un largo rato en silencio mientras Rosario lloraba sobre el hombro de su amiga y ella le acariciaba la cabeza. Finalmente Rosario se separó y se miró en el espejo. Se secó las lágrimas y trató de acomodarse el cabello.

—Por favor... cuéntame... te hará bien. Necesito saber para poder decirle a Simón que busque al desgraciado que ha hecho esto —dijo Felicia mientras las lágrimas corrían por su rostro.

—Tú no harás nada de eso. No ha pasado nada, Felicia.

—¿Cómo qué no? Mírate... ¿Quién fue? ¿Alguien que conocemos? ¿Zoilo?

—No lo menciones, Felicia, ese es el único hombre maravilloso que se me ha cruzado en la vida. Y él no debe saber...

—Pero, por favor, cómo vas a callarte algo así. No puedes ocultar esto, no puedes esconder a un violador.

—No fui violada.

—¡Ay, qué alivio! ¿Y entonces?

—Intentaron hacerlo, pero no lo consiguieron —agregó ufana.

—Pero fuiste víctima de un intento ¿Seguro que no pasó?

—No, Felicia. Le di una buena zurra. Era un pordiosero. Una porquería más de la calle. Un hombre, de los tantos que hay, que se creen con derecho a tomarnos, como un objeto más para su placer y para quien el “no” de una mujer no tiene ningún valor.

—Ay, Rosario... cuánto lo siento...

—Pero no pudo hacerlo, no te preocupes más, dejemos todo como está. No es la primera vez que debo guardar un secreto como éste —dijo terminando de arreglarse el pelo y observando con detenimiento un golpe en su mejilla que empezaba a amarrotarse.

—¿Cómo que no es la primera vez? —dijo Felicia sorprendida.

—Soy fuerte, Felicia. Eso es lo que quiero decirte.

—No. Ahora me explicarás. ¿Cómo que no es la primera vez? —insistió.

—¿Cómo crees que vino Ana al mundo cuando apenas si tenía quince años, Felicia?

—Me dijiste que te habías enamorado del hombre equivocado...

—¿Y qué querías que te dijera, Felicia? Cargas esa inocencia por el mundo, mujer, que da pena destruirla. Ana no fue fruto del amor, ni del consentimiento, fue el producto de una terrible vejación. De un ataque inmundo, inhumano, a una niña. La niña que era yo, en ese momento.

—Oh... Dios, cuánto lo siento. Y ahora esto...

—Nada, amiga... nada. Ya no te preocupes. Aquella vez, juré que jamás me volvería a pasar. Y no pasó, ¿entiendes? —agregó lanzando una carcajada mezcla de euforia y tristeza—. Y jamás volverá a pasarme. Podrán matarme, pero no violarme.

—Ay, querida... Cuánto daño te hicieron. ¿Fue en el convento, eso me dijiste alguna vez? Un hombre santo, que rezaba mucho...

—Aunque no lo creas, sí, era un hombre que se la daba de santo, que le gustaba rezar. Un monstruo disfrazado de cordero, como ocurre tantas veces en la vida. Pero no fue en el convento, esa también fue una mentira.

—Pero... ¿por qué decirme eso?

—Porque la verdad es mucho más espantosa que ser violada en un

convento, Felicia.

—No entiendo... ¿qué puede ser más horrendo?

—¿Qué te parece, ser violada por tu propio padre? —dijo la mujer de pronto.

—Ay Dios...

—¿Viste que podía ser peor aún? —agregó lanzando una carcajada que sonó más a llanto que a risa.

—¿Por qué nunca me contaste? ¿Y Zoilo lo sabe?

—Zoilo sabe lo mismo que tú, que fui violada, tuve que decírselo o jamás hubiera podido ni tocarme un cabello, amiga. Él... él ha sido muy paciente conmigo. Me ha dado amor, ternura, contención. Y cuando mi cuerpo respondió al amor, recién allí pude olvidar el ultraje del que fui objeto, para dar lugar a la pasión. No fue fácil.

—Imagino que no... Y ahora esto.

—Esto no es nada, como te dije. Sólo me ha demostrado que soy capaz de cumplir lo que me he prometido a mí misma: nunca nadie, decidirá por mí. Nunca nadie me obligará a hacer algo que no quiero. Y con lo que acaba de ocurrir, sólo me probé a mí misma, que puedo cumplirlo.

—Admiro tu fortaleza.

—La tienes también. La tienes... Y no soy tan fuerte. ¡Ay, Felicia! Siento que toda mi vida he tenido que huir de algo. De un hombre, de la esclavitud, de la violencia...

—A veces pienso que ese es mi destino también, y por eso Dios nos ha reunido. Pero quizás ahora, Rosario, sea nuestro momento de paz. De liberar esos dolores tan profundos que nos carcomen y de poder contar la historia verdadera. Poder narrarla, tal vez, te haga bien, te haga sentir liberada.

—Ya te la contaré, Felicia, pero ahora voy a descansar. Y luego, hablaré con Zoilo, prometí hacerle un rico almuerzo —finalizó dándole un beso y acompañándola hasta la puerta.

Ni bien la cerró se apoyó en ella sintiendo que esa fuerza de la que alardeaba se le escapaba. No se derrumbaría, no ahora. Debía espantar esos horribles recuerdos y las sensaciones que su cuerpo inevitablemente, revivía. Debía hacerlo por su hija Ana, por Zoilo, por sus amigos, por ella misma. Y oró, pensando en que si tuviera poder, tal vez hallaría la manera de ayudar a otras mujeres a no depender y ser vulnerables a la maldad de los hombres.

¿Es que acaso ser mujer era sinónimo de debilidad, de esclavitud, de sometimiento? ¿Por qué ser hermosa, era una razón válida para convertirse en

un objeto a ser poseído por la fuerza, o manipulado, usado, ultrajado, envidiado? Y si a eso, le sumábamos la condición de mulatas, el tema era mucho más complejo y grave, porque entonces, los derechos eran completamente inexistentes. No pudo evitar pensar en cuánto le había costado a ella, hallar el camino hacia la libertad y forjar su carácter. Cuánto le había costado animarse a empezar otra vez una vida digna al lado de Zoilo. Cuánto le había costado permitir que un hombre la acariciara, sin sentirse violada. El camino recorrido hasta este instante presente había sido durísimo y de innumerables pruebas, pero las había superado. ¿Por qué ahora, entonces, tenía tanto miedo? Se preguntó mirando las magulladuras de su bello rostro, en el espejo y pensando en sus niñas queridas, Ana y Ángela, y en lo que el futuro les depararía. Y es que somos una construcción personal y a la vez, colectiva. Nos moldeamos de elecciones, decisiones y renunciaciones. Nos construyen los otros. Los que nos rodean, los que nos aman, pero también los que nos golpean.

—Ah, si tuviera poder... ninguna mujer en el mundo, volvería a ser mancillada —dijo en voz alta a su imagen en el espejo, aunque eso era un propósito imposible—. Si hubiera un poder que al menos, mantuviera nuestras vidas así... en este estado, en este momento... —le dijo a ese rostro demudado de lágrimas.

Si existiera en su mente la magia que detuviera el tiempo, lo haría sin dudarlo. Pero no podía, no era dueña de esos poderes, apenas de una libertad, conseguida con las joyas que le había regalado Luisa en el convento, aunque esa era otra historia. Apenas una fortaleza endeble conseguida con lágrimas de sangre y tan difícil de sostener. Entonces, antes de salir, a enfrentar la realidad, oró también por esas niñas, Ángela y Ana, y porque el destino que les esperaba fuera más benévolo, de lo que había sido con ella o que también hallaran a su paso, ángeles guardianes que las protegieran de todo mal. Seguramente, ella era uno. Y si estaba en sus manos, no las defraudaría.

CAPÍTULO IX

SIMÓN

El sol, aún no se había levantado sobre el horizonte serrano y Felicia dormía profundamente, abrazada a Ángela. En esas últimas noches, la niña había estado con fiebre y un resfrío constante, sumado a unas extrañas pesadillas que la hacían gritar durante un largo rato. Felicia se había manifestado muy preocupada por las mismas, porque parecían repetirse y en todas ellas hablaba de un lugar oscuro y de alguien que la perseguía, de un hombre malo que la encerraba y la golpeaba. Simón insistió en que seguramente eran producto de la fiebre y que eso jamás había pasado ni pasaría en la vida de la niña. El otoño en Córdoba traía vientos fríos del sur, y por las noches brisas frescas de las serranías; tal vez en una de esas noches, un ventanal había quedado mal cerrado y la niña se había enfriado por lo que seguramente, esa era la causa de todos sus malestares. Más allá de sus explicaciones, Simón se daba cuenta que no lograba tranquilizarla y la fiebre no cedía. El médico había recomendado extremos cuidados para la pequeña, sobre todo en las noches, donde la tos, le dificultaba respirar y para cuidarla, Felicia no se movía de su lado. Había notado también que su mujer no era la misma, estaba irascible, intranquila, triste, desde el momento en que había enviado la carta a sus padres, como si una sombra oscura se hubiera apoderado de su ánimo, sumado ahora a la enfermedad de Ángela.

Las miró con ternura, deseando besarlas, y sanar todos sus malestares físicos y espirituales, pero no lo hizo por temor a despertarlas y se levantó sigiloso. Fue hasta el taller y envolvió el regalo que con tanto trabajo y detalle había estado elaborando durante largas tardes o noches. La muñeca africana había quedado perfecta, hasta le parecía que las facciones eran similares a las de Felicia y por ende, a las de Ángela. Se había tomado el trabajo de pintar los ojos del mismo miel verdoso de los de la niña, tallar el cabello apenas ondulado que ambas tenían y le había agregado, preciosas joyas de oro, pulseras anchas de mica y aros enormes; pintó el rostro en dorado con maquillaje africano y le agregó un vestido de colores vivos, que confeccionó Rosario, quién le hizo prometer que le haría una igual a Ana para que no se pusiera celosa.

Mirando el bello juguete, se sintió satisfecho, sería una sorpresa para las

dos, para madre e hija cuando se despertaran y encontraran a su lado la muñeca negra. Le habían dicho que esa madera de un color tan oscuro y tan brillante, se llamaba “ébano” y era oriunda de África. De alguna manera, representaba para ellos, un origen que jamás deberían olvidar, más allá de lo que la sociedad dijera y de que el color de las pieles fuera cambiando con las cruces y mezclas de razas, de generación en generación.

Las miró por última vez con amor infinito y se marchó. Emilio, el empleado fiel de su taller, lo estaba esperando con el caballo listo.

—Te acompaño, Simón —le dijo preocupado—. A donde sea que vayas a esta hora, no es bueno, puedes necesitar mi ayuda.

—Te necesito acá, Emilio. Tú quedas a cargo de todo cuando no estoy. Por favor, cuida a mi mujer y a mi niña que no anda bien en estos días. Felicia no debe saber...

—No te preocupes. Ya lo sé —dijo el hombre lacónico. Y Simón lo miró.

—No me juzgues... No estoy haciendo nada malo Emilio.

—Pero si no he dicho ni una palabra... —dijo el negro pero no se dignó mirarlo.

—Sé que no has dicho nada, pero te conozco. Adivino lo que piensas.

—Sólo espero que no estés metido en ningún lío de polleras —dijo el hombre—. Esa mujer no traería a tu vida, nada bueno ahora —prosiguió, sin dar el nombre, ya que Simón sabía muy bien de quién le hablaba.

—No se trata de Inés —respondió subiendo al animal y acariciándolo para que no hiciera ruido.

—Te vi reunirte con esa bruja los otros días, así que por lo menos no me mientas. Te miraba como si fueras su golosina preferida y estuviera a punto de pasarte la lengua.

—¡Por favor! —expresó Simón lanzando una carcajada por la frase empleada y las imágenes que le evocaba— Eres asqueroso. Te aseguro que jamás engañaría a Felicia. Tú mejor que nadie sabes, todo lo que hice para encontrarla.

—Incluso acostarte con esa... Mirá... mejor no lo digo. Y ahora, como esa mujerzuela cara, quedó endulzada con tus mieles, difícilmente te la saques de encima... ¿Qué te está ofreciendo, qué te promete, negro iluso?

—No me salgas con esas estupideces, no fue por ese motivo la reunión con Inés. En aquel momento de mi pasado que mencionas, yo estaba solo y tenía mis razones para acostarme con ella. Además eres hombre igual que yo. Puedes entender que uno tiene sus necesidades.

—Pero no engaño a Magdalena.

—Yo tampoco a Felicia. Y esto no se trata de otra mujer.

—Entonces de algo peor... —siguió el hombre parco.

—Oh, Emilio. Dejá de darme lata... No me meteré en líos de ninguna índole y menos de polleras.

—No se habla de otra cosa en las calles, Simón. Yo no soy tonto. Las noticias de Buenos Aires no son buenas. Entonces, no me queda otra opción que preguntarme: Si no es lío de polleras y dinero no te hace falta, en lo que andas metido ¿es un tema político?

—Mejor ni sepas.

—Me lo imaginaba. Y dime... ¿De qué bando formarás parte, Simón?

—De ninguno.

—Sé que eres un héroe de las invasiones inglesas, como Liniers. Pero ojo... se dicen cosas de los verdaderos intereses de ese hombre.

—Ya... no te metas... no te daré explicaciones. Y Liniers no tiene intereses creados en este tema.

—¿Ah no? ¿Y las minas de plata?

—¿Qué tienen que ver, de qué hablas? Liniers es de origen humilde. ¿Sabías que su padre lo entregó a los doce años a una orden militar europea, para que fuera un profesional militar, porque no tenían fortuna?

—Pero se ve que cambiaron las cosas. Ahora se dice que ha hecho una sociedad con las minas de La Rioja. Y que los españoles le han prometido la “Plata Piña^[6]” de Famatina?

—Son sólo murmuraciones...

—¿Cómo lo sabes, Simón? Tal vez no lo sean.

—¿No serán más bien, las ideas revolucionarias, maliciosos intentos de los ingleses de seguir invadiéndonos? Bien es sabido que mantienen muy buenas migas con los porteños, luego de la invasión. Los comerciantes de Londres, tienen sus intereses comerciales en Buenos Aires, y negociados a través del puerto con los cueros. Obvio que te interesa más esa postura.

—¿Por los cueros? Escucha lo que dices. Yo no dependo del negociado de los ingleses —respondió Emilio.

—¿Ah no? ¿Te crees que soy tonto? ¿Qué no sé que a veces ayudas a Zoilo en sus incursiones por animales en el campo? ¿Qué te paga bien por esos cueros? ¿No te has preguntado luego a dónde van, a dónde los vende Zoilo? Por Dios... Y con respecto a los ingleses ¡Claro que les interesa que nos separemos de España! Así nos manejan ellos, aliados a los porteños.

—No voy a permitirte que te metas en eso. No sé qué hace Zoilo con sus cueros ni me interesa, yo sólo soy un trabajador más. Me paga, ahí estoy —se defendió Emilio.

—Tampoco te metas en mis cosas entonces —le respondió Simón furibundo.

—Ah, Simón, yo te aprecio, no quiero que te equivoques y tampoco que peleemos por esto, pero se nota que en tus palabras está hablando Liniers, que odia a los ingleses.

—Es francés.

—Además se están peleando con Francia para ver quién se queda con las colonias. Y allí aparecen los intereses de tu general francés. No es tan inocente su postura —dijo el hombre—. Ser libres de los españoles, no significa que dependamos de otros. Ser libres de todos... españoles, ingleses, franceses...

—¡¡Miren quién habla de seguir dependiendo!! —comenzó a gritarle.

—Pero justamente vos, que has sido esclavo... justamente vos, deberías saberlo mejor que nadie. Y baja la voz que despertarás a toda la ciudad.

—¿Te enoja acaso que sea libre? Si tú también eres un liberto. Nos ha costado mucho serlo.

—Por eso, Simón... Por eso. En el fondo en todas las historias hay una lucha de poderes, donde el dinero y el territorio son una misma cosa. Acá sólo

se trata de que es hora de que seamos libres de España.

—¿Estás seguro, Emilio, que es tan simple como ser libres? Porque yo no. ¡Y no pueden los porteños imponernos una Junta! Dejaremos de depender de España para que nos manejen ellos. Pero de algo sí estoy convencido: si seguimos con estas ideas, empezará una guerra interminable con España.

—¿Y qué opciones tenemos?

—Debe haber otros caminos, convocar a todas las provincias, formar una junta con representantes, buscar el consenso. Así seremos más fuertes.

—Entonces es lo que digo, Simón... Hablas por Liniers. Y estás metido en esto, nomás... Cuidaaaado, negro... cuidaaaado... No quiero verte morir cuando empecemos a matarnos unos con otros —dijo Emilio arrastrando las palabras y con tono paternal y preocupado—. Tienes una mujer y una niña.

—En ellas estoy pensando. Y ahora vete y sigue durmiendo...qué tengo que irme —dijo en un murmullo que destilaba rabia por la conversación que de alguna manera lo había puesto intranquilo.

—Dudo que duerma con lo que acabo de saber... ¡Cuídate hombre! Yo cuidaré las mujeres.

Pero no respondió y con la misma furia, espoleó el caballo y salió. Todo estaba en penumbras, apenas iluminado por los faroles opacos de la calle embarrada. Sintió frío. El aire del otoño descendía por las sierras y anunciaba heladas.

Claro que no quería una guerra, pero Emilio tenía razón en algo, la libertad era un bien preciado y el país la necesitaba, pero... ¿estaríamos preparados para ello? ¿Eran esas las verdaderas intenciones de los porteños? ¿Dar la libertad a todo el territorio? ¿O sumergir a las provincias en otro tipo de tiranía?

El único sonido que quebraba la quietud nocturna del centro eran los cascos del caballo sobre el empedrado y sólo se encontró con un sereno, ya terminando su ronda nocturna. Con trote suave avanzó por las calles más iluminadas, hasta la Plaza, donde las farolas acariciaban los edificios más importantes, la Catedral y el Cabildo. Avanzó lentamente con el amanecer despuntando apenas en un cielo levemente encapotado, y a lo lejos escuchó el ladrido de los perros cimarrones que abundaban en las afueras de la ciudad. Se dirigió hacia allí y muy pronto divisó las siluetas de otros tres hombres a los que conocía bien. Uno de ellos, era también un héroe de las invasiones inglesas. Los otros, un mulato esclavo de Victorino Rodríguez, el asesor legal del Gobernador Gutiérrez de la Concha y otro comerciante como él, del sector

de las afueras.

—Vamos a la Estancia —dijo el mulato—. Nos esperan, y tenemos varias horas de marcha por delante.

—¿Es cierto lo que dicen? —preguntó Simón.

—Sí. Buenos Aires ha formado una nueva Junta de Gobierno. Debemos hacer algo urgente.

—¿Qué ocurre con las otras regiones del Virreinato? —preguntó el comerciante, manifestando la misma inquietud que tenía Simón.

—No lo sé. Pero Córdoba, no aceptará un gobierno porteño, y seguirá fiel a la corona hispana —respondió el mulato mientras cabalgaban hacia las afueras de la ciudad.

El mes de mayo vislumbraba fríos y un aire helado les congeló el rostro mientras cabalgaban por el camino polvoriento. Simón pensó en Felicia y en su hija, durmiendo en el piso superior de la zapatería, ajenas por completo a los peligros y las circunstancias que estaban cambiando la historia del país. Pensó en su niña afebrada y llena de pesadillas y en los resquemores de su mujer. Y un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza.

A pocos días de enterarse de la Revolución de Mayo, el Deán Funes, partidario de los revolucionarios porteños, había comunicado en una Junta en el Cabildo cordobés, el reciente levantamiento. A dicha reunión habían asistido, entre otros, el gobernador Gutiérrez, el ex virrey y general Liniers y el recientemente nombrado rector de la Universidad, el Obispo Orellana, quienes pocos días después iniciaron gestiones y reuniones secretas para que las ciudades de la Intendencia de Córdoba del Tucumán se unieran en contra de la Revolución de Mayo. Pronunciarse en contra del movimiento revolucionario, implicaría la conformación de un ejército y para ello había que reunir con urgencia, las fuerzas suficientes.

—¿Te sumarás Simón? —preguntaba el hombre en ese momento, luego de narrar los hechos, mientras el amanecer dejaba ver colores violáceos y ocres en las sierras, con el sol apenas asomando con timidez entre algunos nubarrones oscuros y proféticos.

— Soy un patriota, y seguiré al lado de mi general —dijo el muchacho, con las palabras de Emilio dando vueltas aún en su cabeza, y sin tener en claro lo que ocurría ni qué consecuencias tendría para sus vidas, pero convencido de que rebelarse contra la corona española, sólo podía traer dolor y guerra.

—Vamos, amigos —dijo el comerciante— no dejaremos que Buenos Aires decida el destino del Virreinato.

—No, señor —dijo Simón—, Córdoba lo hará.

CAPÍTULO X

ROSARIO

Año 1798

La vida conventual de Córdoba de la Nueva Andalucía se inició a poco de la fundación de la ciudad y posterior reubicación. Fue cuando Jerónimo Luis de Cabrera privilegió a sus oficiales de expedición al otorgarles potestad sobre las tierras de la primitiva cuadrícula urbana.

Las familias de apellidos más tradicionales de Córdoba situaron sus viviendas alrededor de la Plaza y se convirtieron de ese modo en los primeros vecinos iniciando la construcción de hermosas viviendas y palacetes.

El capitán Tristán de Tejeda y su esposa, Leonor Mejía y Mirabal ocuparon para la descendencia Tejeda y Mirabal la manzana contigua a la iglesia Catedral. La prolífica familia dio varios ciudadanos ilustres a la ciudad, entre ellos, la hija Leonor de Tejeda y Mirabal, que fundó el primer convento argentino de clausura. La primogénita de Tristán, Leonor de Tejeda y Mirabal, contrajo nupcias con el capitán Manuel Fonseca, muy devota de Santa Catalina de Siena, asistía con frecuencia a la Compañía de Jesús. A pesar de la tristeza por la muerte de su esposo, en 1612, encontró la fortaleza para superar la pérdida e impulsar el viejo sueño de crear un convento de mujeres consagradas a la vida religiosa.

La negra Luisa ya casi era parte del Convento, la noche que Dora y su marido, trajeron a Rosario. La mujer había recibido a la niña, golpeada, ultrajada y casi al borde de la muerte, en esa madrugada fría. La ingresaron por la parte trasera del convento y fue ubicada en la misma habitación de Luisa. Recién por la mañana, la mujer cobró coraje para informar a la Priora del Monasterio de las Carmelitas Descalzas que una nueva “Carmelita” había sido depositada en manos de la Virgen y que ahora, su vida, dependía de la Voluntad del Señor y de las manos mágicas de las carmelitas que lo adoraban.

La Priora se apiadó de la niña al ver el estado en el que se encontraba y aceptó que la acogieran entre las esclavas del Monasterio. No preguntó quién

la había traído, pero era obvio que jamás podría regresar al lugar en donde esa pobre criatura, había recibido ese trato.

Luisa la cuidó como una madre protectora y reconoció en esa joven las mismas vejaciones de las que alguna vez, había sido objeto. Ella también había llegado al monasterio a punto de morir en manos de un amo abusivo que, incluso, había llegado a quemar y marcar su cuerpo con las Carimbas^[7], hasta el punto de arruinarla para siempre. Ahora, una carimbada más, arrastraba las secuelas de la esclavitud, en permanentes dolores de articulaciones y músculos. Apiadarse de Rosario, y adoptarla como una hija, fue todo uno. Luisa estaba feliz, la Virgen la había cubierto con su manto y esta nueva Carmelita, sobreviviría a la maldad y a la prepotencia de los hombres.

Ahora, la miraba trabajando a su lado y se enterneció. La joven no era sólo bella, era una dulzura y con esos ojos tan transparentes, parecía un ángel negro. “Tanta belleza, sólo le traerá problemas” no pudo evitar pensar.

—¿Qué te pasó, pequeña? A veces hablar hace bien...

—Mejor olvidar el pasado, Luisa. Mejor cuéntame tú, dónde te hicieron esas marcas.

—Ah, pequeña. Mira —agregó levantándose la blusa. Todos sus pechos estaban quemados con diferentes marcas. Algunas parecían letras o símbolos. Otras se superponían en lo que Rosario supuso, había sido una tortura. Sus piernas estaban en peor estado aún.

—¿Cómo pasó eso? —gritó Rosario espantada.

—Primero me marcaron cuando llegué a América. Mi primer patrón puso esta carimba que ves acá, la de más arriba. Luego fui vendida y carimbada varias veces, pasé por diferentes haciendas y en cada una de ellas, superponían otra marca.

—¡Dios santo! ¿Con qué te hicieron eso?

—Con hierros al rojo vivo. Se llaman Carimbas.

—Es increíble...

—Claro que es increíble. Que un ser humano le haga a otro, lo que yo y otros como yo, hemos padecido. Que un ser humano se crea dueño de otro, ya es una locura. Pero así está el mundo mi niña. Y es por eso, que un buen día, los negros de la hacienda se organizaron para escapar. Y yo vi en ello mi oportunidad de liberarme de tanto sufrimiento.

—Oh... Dios... y no lo consiguieron...

—Claro que no, Rosario. Hubo una gran revuelta, encerramos a los patrones, revolucionamos a los capataces que hicieron la vista gorda y luego

huimos. Nos separamos y no sé qué pasó con los demás. Yo vagué escondiéndome y caminando por las orillas del río, durante varias semanas, comiendo hojas y frutos. Alcancé a llegar a la ciudad casi muerta, y golpear las puertas del Convento antes de caer desmayada. La Priora me recogió y como estuve varios meses al borde de la muerte, no me denunciaron. Tampoco hubo gente de la hacienda reclamándome. Supongo que me dieron por muerta y abandonaron la búsqueda. Esa fue mi salvación. ¿Y tú, niña? ¿Quién te hizo tanto daño?

—Si te lo dijera no me lo creerías... En mi caso, las carimbas de la vida, han sido tan o más terribles que las de hierro y también me marcarán para siempre —respondió en un murmullo.

—Fue tu Amo, supongo... Pero... ¿No tenías padres que te protegieran en ese lugar? ¿Eras huérfana?

—Ojalá lo hubiera sido... —dijo por toda respuesta la muchacha con los ojos vidriosos.

—Ay... no me digas... Tu padre era un hombre blanco, deduzco por el color de tus ojos.

—Y un maldito santulón come biblias... —agregó la joven con una enorme sonrisa— ¡Y cagador de santos! —finalizó con una carcajada estrepitosa que Luisa acompañó.

En ese momento se detuvo un carruaje lujoso y vieron bajar a un habitual comprador del convento, el señor Gómez, quién no sólo venía a comprar los dulces, sino que también proveía mucha de la fruta de la que se abastecían para fabricarlos y algunas hierbas aromáticas. La negra Luisa lo vio bajar y lo saludó solícita ya que Don Gómez siempre era amable y generoso y en muchas situaciones incluso, se las había arreglado para traer medicamentos que conseguía de sus influyentes amistades.

—Buenos días, Don Gómez —saludó y lo hizo pasar al patio interior.

—Hola Luisa, hoy hace un día especialmente hermoso porque es el casamiento de mi hija. Estoy muy feliz, así que voy a llevarme todas las cajas que tengan, porque tenemos una fiesta —explicó y viendo los cajones que estaban en el piso agregó—, pero con estos no hago nada. Tenemos que armar muchísimos alfajores para la boda. Necesitaré más. Creí que les había dicho la última vez —continuó cambiando el tono de voz y mirando a Luisa de manera reprobatoria.

—En el depósito hay otros cinco —trató Luisa de congraciarse, servil y solícita como acostumbraba, en voz baja y mirando al piso. Admiraba a ese

hombre al que le debía la vida en aquella época en que la habían ayudado las monjitas y muchas de sus quemaduras habían sanado con su provisión de medicamentos—. Están encargados por otro comerciante pero...

—Yo soy el mejor cliente que tienen y no me hará enojar Luisa, tráiganme más...

El hombre se quitó el sombrero y Rosario pudo apreciar un rostro maduro y ojos de serpiente. Por un momento, la recorrió un escalofrío, sobre todo al notar que ahora, habiéndola descubierto detrás de Luisa, la miraba de manera repugnante. La muchacha intentó alejarse.

—¿Adónde vas, Rosario? Ayúdame... —dijo Luisa.

—A buscar más frascos para el señor —respondió sin volver a fijar la vista en esa sonrisa repulsiva, ni en esos ojos tan verdes que tanto le recordaban ahora, la mirada de su padre Don Anselmo Celis.

—A ver Luisa, por favor. Usted sabe muy bien que no puedo irme sin los dulces. Muéstreme dónde están, jovencita, yo los cargaré, dudo que usted pueda hacerlo y no tengo mucho tiempo —dijo el hombre siguiendo a Rosario. Luisa intentó acompañarlos, pero el hombre la miró furibundo —¿Qué esperas negra, para ir cargando todo en el carro? —agregó siguiendo a Rosario— falta que me las roben. ¡Vamos! ¡Muévete, Luisa! Ya venimos con los demás cajones. Y no me mires así... Te pagaré bien... —finalizó el hombre sonriéndole.

La joven había apurado el paso rogando que en la cocina estuvieran las otras negras para ayudarla con el peso, pero también porque el hombre le inspiraba un poco de recelo aunque Luisa le tuviera confianza porque hacía muchos años que venía por el convento. Pero al llegar al lugar, no había nadie, entonces, cerró la puerta con una pequeña traba. Se dirigió a la parte de atrás y abrió la que daba al depósito para retirar los cajones. De pronto un pequeño estrépito le confirmó que en el apuro, había corrido mal el cerrojo y el hombre ya estaba en la cocina. Miró a su alrededor y comprendió que no tenía escapatoria, el hombre ingresaría al depósito y la encontraría en un segundo. Corrió alucinada, con las imágenes de su padre violándola vilmente, hacia el fondo del depósito donde una pila de cajones vacíos se amontonaban entre vigas y maderas. Se hizo pequeñita y con el corazón a punto de estallarle, movió los cajones y se metió detrás de ellos. Empujó aún más y notó que detrás de los mismos había una puerta. Sintió los ruidos de los pasos de Don Gómez en la cocina y entendió que no le quedaba tiempo ni alternativas. Movié el viejo picaporte que gruñó avejentado y lleno de

herrumbre pero cedió. Afinó su cuerpo, escondió lo más que pudo el pecho y se zambulló por la pequeñísima abertura. Tratando de no hacer ruido y escuchando que ahora el hombre ingresaba en el depósito, se internó en la terrible oscuridad del lugar impregnado de olores nauseabundos y rogó porque no la encontrara.

—¿Dónde estás, muchacha? —oyó su voz temblando. Rogó que sus temblores no la delataran, y que el castañeteo de sus dientes no fuera audible —Carajo, que habías sido tan bonita como vaga —prosiguió el hombre mirando hacia todos lados. ’

Rosario se internó aún más en ese espacio oscuro y fétido, sin entender de qué se trataba mientras lo escuchaba caminar y revisar la habitación. Al final el hombre comenzó a acomodar las mermeladas para que entraran en dos cajones y los cargó en sus brazos. Luego lo sintió salir bufando, ya que el peso seguramente era demasiado para él y llegó a la cocina.

—Al fin, negra —escuchó a lo lejos que se dirigía a otra esclava— ven a ayudarme que la negrita linda se me desapareció como por arte de magia. Y no puedo cargar esto solo.

—Sí, Don Gómez, como no —respondió la esclava y se alejaron del lugar.

Rosario prestó atención, el silencio era total pero no se animó a volver a salir. Prefería aspirar ese asqueroso olor putrefacto a que un hombre se le volviera a acercar y ponerla en peligro. Rezó con todas sus fuerzas y el tiempo le pareció transcurrir en una lentitud pasmosa. Al fin volvió a escuchar voces. Ahora eran las de Luisa y la otra esclava.

—¿Cómo que no has visto a Rosario? Pero si vino para acá. ¿Adónde se fue esa niña? ¿Qué bicho le picó? —decía Luisa ingresando al depósito —Acá tampoco está... —dijo y escuchó ruidos al fondo. Entonces, para su sorpresa la vio salir desde el tumulto de cajones —Por Dios, niña... qué hacías allí... —preguntó asustada y viendo el rostro pálido y los ojos desorbitados de la joven. Rosario se arrojó en sus brazos llorando desconsolada y temblando— Ah, no, mi niña... ¿Te hizo algo ese hombre? Dime... Dime...

—No, por favor... No me hizo nada. No se lo permití... me escondí.

—Bien mi niña, pero... Don Gómez es un buen hombre. ¿Por qué te escondiste?

—Mi padre también era un buen hombre. Me cuidaba, me amaba... Y luego... y luego... —intentó contar pero el llanto espasmódico le impedía hablar.

—Bueno, pequeña. Ya me contarás —dijo la mujer, entendiendo que lo que

le había pasado a esa niña era demasiado grave y traumático como para temerle a todos los hombres. La llevó a su habitación y con paciencia esperó.

Al paso de los días, sin que Luisa se lo volviera a pedir y mientras trabajaban en el patio fabricando pacientemente, unas escobas de paja que ataban con cordeles, Rosario le contó todo. Y Luisa lloró a su lado.

—Me juré a mí misma, Luisa, que no volvería a tocarme ningún hombre. Antes me mato.

—No digas eso, pequeña, no digas eso, es mejor olvidar, dejar el pasado atrás. Algún día encontrarás un hombre bueno que te amará y amarás.

—Hay muchos malos.

—Entre tantas piedras, puede hallarse un diamante, mi niña, vale la pena aprender a distinguirlas.

—¿Lo lograré alguna vez?

—De eso se trata la vida. De aprender. Y ese diamante que te espera en algún sitio, será un hombre que te cuidará.

—Gracias Luisa, eres como Dora, las madres de la vida, que mi madre no pudo ser. Siempre dándome consejos y fortaleza.

—Hay madres y madres, niña. La tuya fue un demonio. El mundo está lleno de monstruos, de diferentes colores. La piel no distingue, hay gente buena y gente mala con pieles de diferentes colores. Y los peores monstruos se esconden a veces, en nuestra propia familia. Pero también hay ángeles salvadores y protectores.

—Dímelo a mí... Los monstruos de la propia familia son los peores, los que más daño nos hacen porque a ellos les entregamos nuestra completa confianza.

—Lo mejor es olvidar, pequeña. Hay que dejar el pasado atrás o no se puede continuar diseñando el futuro. ¿Entiendes? La vida es un continuo movimiento de siembra y cosecha. Pero algunos frutos, no están destinados a nuestra cosecha, no olvides esto, algunos frutos le pertenecen al futuro.

—Ahora dime Luisa ¿Qué es ese lugar en donde me escondí?

—¿De qué hablas, Rosario?

—Vamos... no te hagas la inocente, tú sabes que detrás de todos esos trastos hay una puerta.

—¿La abriste? —preguntó la negra asustada.

—Claro que la abrí. Dios...¿qué es ese lugar?

—Las viejas letrinas —dijo la mujer en un murmullo.

—No entiendo, Luisa... qué son... era imposible respirar allí dentro.

—Un basurero de las cocineras y esclavas que se clausuró hace años, después de las inundaciones. No debes volver allí —la amonestó.

—No lo haré, mujer. Es el lugar más horrendo que vi en mi vida.

Al fin, cuando se sintió mejor luego del susto, la negra la dejó volver a las tareas habituales y al menos así, los momentos en que veía esos ojos y la sonrisa malévola de su padre sobre ella, se veían opacados por los cantos de las negras en el huerto y las conversaciones graciosas. Pero luego a solas, en las noches, las imágenes volvían a atormentarla hasta dormirse y continuaban en sus sueños. Muchas veces, se sentía nuevamente arrastrada por su madre, a los brazos de ese monstruo.

Comprendió que el dolor más grave que puede causarnos un ser humano, no siempre es físico. Rosario había aprendido en la Estancia a sanar varias afecciones comunes, y sabía que muchas de ellas eran principalmente ocasionadas por otros dolores del alma o por el daño que otras personas podían llegar a hacer incluso con su mirada. Por eso, había descubierto que “el mal de ojo” puede generarlo la envidia, la codicia, los celos y el odio, el “empacho” a veces es un atracón por falta de afecto o por el contrario resultado de madres sobreprotectoras y la “pata de cabra” la inmovilidad del miedo o la inseguridad. El problema ahora era, cómo sanar sus propias heridas. Y es que las heridas del alma, que no sanamos, perduran y carcomen hasta destruirnos. También sabía que las afecciones del alma tienen curas simples: orar, cantar, bailar, pintar, ayudar a los demás, reír aun cuando se quiere llorar. Entonces mientras trabajaba, cantaba y en algunos ratos, corría de un lado al otro invitando a las negras a bailar. Por las noches, se reunían junto al fogón o con el mate para entonar cánticos de sus ancestros u otros aprendidos en estas tierras y jamás se iban a dormir sin orar, agradeciendo, pidiendo perdón y perdonando. Las mejores curas del alma.

Por otra parte, había aprendido a aprovechar las hierbas y productos del huerto para preparar aquellos ungüentos que tan bien conocía, y que todos empezaron a apreciar para las curas del cuerpo. En el convento comenzó a preocuparse por los demás, para dejar de preocuparse por sí misma.

No es fácil perdonar a quién nos hizo daño ni olvidar a quién nos destruye, pero recordarlo permanentemente era permitir que esa persona, la siguiera violando y destruyendo todos los días, debía al menos intentar olvidar para que sanara su corazón.

Durante varias semanas, pareció que había recuperado la paz. Pero una tarde, mientras estaba en el huerto recogiendo verduras frescas, la negra Luisa

la vino a buscar.

—Vamos, Rosario, apúrate con la recolección que la Priora quiere hacer una entrega urgente. ¿Estás bien? ¿Qué te pasa en estos días, niña? Estás siempre volando por las nubes.

—Duermo mal, Luisa.

—Te daré té de tilo entonces, o unas semillas apisonadas que suele traer Don Gómez que son muy efectivas para el sueño.

—Ni me lo nombres, Luisa.

—Pero es que debes dormir, para que en el día rindamos en el trabajo. ¿Por qué no duermes, niña? Deja de pensar... Vamos...

—No es justo lo que he vivido... —continuó Rosario.

—La vida no siempre es justa. O no estaríamos acá, o no nos habría pasado todo lo que nos pasó —le replicó instándola a abandonar el tema, mientras atravesaban los patios del convento y acudían al llamado de la Priora.

El convento de Santa Catalina^[8] es una obra arquitectónica de increíble belleza, conformado por siete patios donde se observan la ermita^[9] vieja, los claustros, el cementerio. Rosario estaba fascinada y ahora, contemplando la decoración del lugar, las torres y cornisas, podía comprender que el trabajo de construcción y diseño de esa obra, había sido majestuoso.

—¡Al fin Luisa! —dijo la Priora al verlas llegar— Me dijiste que las verduras ya estaban cortadas.

—Perdóneme usted, pero acá está todo... —dijo la negra interrumpiéndose de pronto y bajando la voz.

Rosario percibió el miedo en la voz de la mujer y levantó la vista con cuidado. Al fondo de la sala notó que había un sacerdote de pie junto a la Priora que las miraba intensamente, mantenía una presencia imponente, que inspiraba obediencia, casi miedo. La Priora le sonrió como disculpándose por la tardanza de sus esclavas y volviendo a mirarlas ahora con desdén les dijo:

—Dejen todo allí, el Padre Alfredo se llevará todo para su Iglesia.

Rosario giró sobre sí misma para salir, previo hacer una reverencia al sacerdote que la miraba ahora con intensa curiosidad. Por un momento recordó la mirada de su padre, y luego la de Don Gómez y las piernas se le aflojaron, pero ya Luisa, la tomaba del brazo y la sacaba de allí a gran velocidad. Caminaron por los pasillos como si el Diablo las persiguiera.

—Vamos, qué te pasa Luisa... por qué tanto apuro...

—Más vale que volvamos por donde vinimos cuanto antes —respondió la

negra.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué te has puesto tan mal?

—Ese hombre, mi niña, ese hombre, es el mismísimo demonio.

—Pero... es un padre, un hombre de Dios —dijo Rosario.

—Cállate y hazme caso. Mantente lejos de esta ala del monasterio.

Y fue como si anticipara lo que vendría. Porque varias semanas después, y sin que hubiese podido volver a hablar con Luisa, comenzó a sentirse muy mal. Los mareos y los vómitos no la dejaban ni siquiera hacer sus tareas habituales y si bien con los tés de tilo y las semillas dormía un poco mejor, en el día, los malestares eran una verdadera tortura, sin contar que a eso, se le había sumado un permanente estado de duermevela, como si caminara sobre esponjas y la realidad a veces, se confundiera con los sueños. Finalmente, cuando Luisa la vio vomitando en los patios le dijo:

—No has podido evitar que el demonio ése de tu padre, sembrara en tu vientre el fruto de la maldad —le dijo tomándola de un brazo y llevándola a un rincón— ¿Desde cuándo te sientes así?

—Desde hace unas semanas.

—Semanas... desde que me dijiste que estabas tan cansada... —y la negra elevó los ojos al cielo como haciendo cálculos—. En poco tiempo se te notará la panza.

—¿Qué dices, Luisa?

—Que estás embarazada del viejo asqueroso ese que te violó, niña tonta... Esperas un hijo de tu propio padre. ¡¡Ave María Purísima!!

—Ay... por Dios... no... no puede ser... no puede ser...

—Y encima... encima de todo esta desgracia, ese hombre... ese hombre... Ay, mi niña... ¡qué desgracia que seas una esclava, tan hermosa!

—¿De quién hablas? —preguntó espantada y pensando que antes que volver a caer en las manos de un hombre, se arrojaría desde el campanario.

—Del Padre Alfredo.

—¿Qué pasa con él? —dijo la joven temblando y recordando esos negros y profundos ojos que la desnudaban.

—Le ha pedido a la Priora que te envíe de esclava para la limpieza del Refectorio^[10]. Eso es muy malo.

—Muy malo... ¿Por qué Luisa? ¿Qué puede ser peor que lo que me acabas de decir, que estoy embarazada de mi padre? ¿Puede pasarme algo peor? ¿Puede haber un castigo más horrendo? —continuó la joven mientras no podía parar de llorar y arrodillada en el piso, se apretaba el vientre.

—Ay, mi pequeña... Si pudiera protegerte de tanto dolor.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? Debe haber algo que pueda tomar. Alguna medicina... algún yuyo de esos que cocinamos para que esto que me pasa se termine.

—No, mi niña. Eso debimos hacerlo hace mucho tiempo. Ahora correría riesgo tu vida.

—¿Qué me importa mi vida! ¡Quítame esto! ¿Puedes?

—No, mi niña. No puedo... —agregó la negra llorando a su lado— y un niño... un niño siempre es una bendición Rosario, no lo olvides. Jamás haría algo para matarlo. Por algo ocurren los hechos.

—¡Oh Dios mío! ¿Qué haré?

—No puedes ocultarte mucho tiempo más, ni ocultar tu condición... Tampoco puedes ir de esclava al Refectorio. Ese hombre, el padre Alfredo, es tan demonio como tu padre ¿entiendes?

—Todos los hombres son demonios.

—No todos, pero ese hombre, Rosario, te hará lo mismo que a otras esclavas que conocí en el tiempo que estuve acá. No... yo puedo evitarlo. Ven, levántate... Ven conmigo... —le dijo tomándola del brazo y llevándola hacia la cocina.

—No... no puede ser... —repetía Rosario.

Y es que a veces la vida tiene estos giros imprevistos. Todo cambia en un solo segundo, se da vuelta de cabezas y la única manera de enfrentarlo es a través de la capacidad de adaptación que poseamos.

—¿Y si le dices que estoy enferma? —preguntó, tratando de dejar de pensar en que no había forma de adaptarse a lo que se avecinaba.

—Eso sólo resultará por un tiempo —murmuró Luisa conociendo muy bien el destino de las otras esclavas con las que el Padre, se había encaprichado y a las que sometía a maltrato.

Ya en la cocina, Rosario intentó continuar hablando del tema, pero con una seña la mujer le indicó que se callara, porque había otras esclavas. Rosario se sentó y trató de acomodar las verduras de la mesa, pero sus manos temblaban y el corazón parecía a punto de explotar. Al fin las demás mujeres fueron saliendo nuevamente hacia las huertas y entonces Luisa le dijo:

—La Priora, inocente de todo lo que pasa bajo los techos de ese monstruo, vendrá por ti en cualquier momento, tenemos que estar preparadas —dijo la negra refregándose las manos con impotencia y desesperación— Y tú en ese estado... Dios mío... no resistirás... Sólo hay una solución, si quieres salvar

tu vida y la de ese niño que llevas en tu interior...

—¿Cuál, por favor, dime cuál? Cualquier cosa es mejor que ese viejo asqueroso me toque un pelo... No... por favor... por favor Luisa... ayúdame...

—Ay mi niña... Déjame pensar —dijo la mujer llorando y abrazándola.

Permanecieron así por largo rato hasta que ingresaron las negras trayendo más verduras. Trataron de disimular y con una mirada cómplice, ordenaron nuevamente en cajones lo que acababan de traer y lo fueron llevando el depósito.

Al llegar allí, Rosario volvió a la carga.

—¿Qué haremos Luisa? Debo escapar... —murmuró tomándola del brazo con desesperado ruego. Luisa estaba a punto de responder cuando escucharon voces en la cocina.

—¿Han visto a Rosario? —decía una de las monjas.

—Estaba acá recién... —se escuchó la voz de una de las negras.

—La Madre Superiora la espera en este mismo momento en el Priorato. Vayan a buscarla, acá esperaré para llevarla. No puedo volver sin la muchacha —continuó la monjita, mientras las negras salían en diversas direcciones llamándola.

—No iré... no iré... —decía llorando Rosario dentro del depósito en voz muy baja para que no la escucharan y supieran que estaban refugiadas allí.

—No puedo ocultarte... no puedo evitarlo mi niña querida... —le decía la negra abrazándola y tratando de calmarla.

—Si puedes... si puedes... escóndeme otra vez en las letrinas —dijo Rosario comprendiendo de pronto que era su única salida.

—Pero...

—Como hice la otra vez... Eso me salvó. Permaneceré allí el tiempo que sea necesario.

—Yo... no sé...

—Y les dices que me escapé... no sé... lo que quieras... que no me encuentran por ningún lado...

—Pero... Y luego ¿Qué?

—Luego... no sé... qué Dios y la Virgen me ayuden Luisa. Por la noche, tarde, me ayudas a salir de acá y me escaparé por la puerta principal.

—No la encontramos por ninguna parte... —escucharon de pronto que decía una de las negras ingresando a la cocina.

—¿Cómo puede ser? No se ha esfumado...

—Ah... tal vez en el depósito... —dijo de pronto la mujer, mientras Rosario que acababa de escuchar, comenzaba a temblar. Entonces, Luisa la tomó de la mano y haciendo una señal de silencio la ayudó a esconderse tras los muebles que daban a la puerta secreta. Luego con mucha rapidez, se alejó del lugar hacia la cocina y casi se choca con la otra negra tratando de entrar al depósito.

—Pero si estabas acá Luisa... Estamos buscando a Rosario.

—¿Rosario? No la he visto en todo el día —se mantuvo firme Luisa y la negra no se animó a contradecirla.

—Tengo órdenes de no irme de acá hasta que no la encuentre —afirmó la monjita.

—Entonces, hermanita, se me sienta y se toma unos mates calentitos y con café que ya le cebo, porque me parece que pinta para largo esto... —afirmó Luisa— si Rosario anda por las quintas y los frutales...

—No está allí.

—Ah... pero... ¿no la había mandado a llamar la Priora?

—Por eso estoy acá —dijo la monjita confundida.

—Pero ya debería haber ido para allá. Ya la había mandado a buscar.

—Voy a ver a la Madre Superiora entonces —dijo tratando de demostrar una seguridad que no sentía y se marchó preocupada. Entonces Luisa miró a Florencia, la otra negra y le ordenó:

—Me tienes que ayudar y no dirás ni una palabra ¿me entendiste?

Florencia, sin entender mucho, pero comprendiendo el tono de urgencia de Luisa, sin emitir sonido se abocó a las órdenes que la negra le daba y en pocos minutos preparó una bolsa con insumos básicos y se los entregó a Luisa, que misteriosamente se volvió a meter en el depósito.

—Te vas ahora mismito de acá, mi niña... —le dijo a Rosario que la miró con desesperación.

—No entiendo... Adónde me voy... ¿Y ahorita..?

—A través de las letrinas hay un túnel con una pequeña salida al exterior, a una calle detrás de la Catedral, con una reja. Sólo espero que no se haya derrumbado.

—¿Pero qué dices, Luisa? ¿Estás segura?

—No lo estoy, pero no tenemos alternativas.

—Prefiero eso, a que me lleven con ese monstruo. Y hasta la muerte es mejor.

—No digas tonterías. Podrás salir de las letrinas por el respiradero —

prosiguió la mujer pasando por la abertura e internándose en ese espacio nauseabundo con un farol encendido— No es muy lejos, pero no puedo acompañarte —le dijo encendiendo otra vela para entregársela a la joven— Esperaré un rato. Si no vuelves a golpear esta puerta, es porque hallaste la salida del túnel de la basura. En este bolso hallarás algunas provisiones. No pares hasta la salida. Y luego mantente escondida hasta la noche... tú única posibilidad de libertad es el rancherío de los negros y la protección de la Cofradía.

—Pero... el rancherío pertenece al convento. Me encontrarán más rápido que lo que canta un gallo... Tiene que haber otra solución.

—No, el rancherío del convento, no. Deberás ir mucho más lejos. Hay un rancherío de libertos, fugados y mulatos segregados de la sociedad, bastante más lejos, bordeando el río.

—No sé dónde se encuentra. No sé cuál es, Luisa —dijo con desesperación—. Por favor, ven conmigo, huyamos juntas.

—No puedo acompañarte, niña querida... Escucha con mucha atención: Mantente escondida y al llegar la noche saldrás de la ciudad buscando la vera del río. Luego sólo sigue bordeándolo, en contra de la corriente de las aguas, niña. Pasarás por varias quintas y deberás mantenerte a la orilla del río. No te salgas, así te tengas que internar en el monte. No te salgas. No te metas en las quintas. Recuerda... en contra de la corriente de las aguas y lo encontrarás. Allí viven mis hermanas, ellas te darán acogida.

—No puedo hacer eso... No puedo hacerlo sola. Ven... acompáñame.

—¿Quieres permanecer con vida? ¿Quieres tener a tu bebé y protegerlo? ¿O quieres convertirte en la esclava personal del Padre Alfredo y que te ocurra lo mismo que ya viviste? ¿Y encima, que te quiten a tu hijo o lo maten a golpes?

—No, por Dios...

—Entonces, harás lo que te digo. Es tu única oportunidad. Te seré más útil acá. Yo distraeré lo más que pueda a todos para que, si inician búsquedas, hayas alcanzado a llegar al rancherío y allí nadie te buscará. Es zona de negros de la Cofradía de San Benito. Los blancos no entran, ni a buscar a sus fugados.

—De qué viviré... no tengo nada.

—Tienes esta bolsa que te doy. Y... —Luisa se detuvo un momento a pensar, como considerando algo importante.

Y luego, sin que Rosario entendiera lo que hacía avanzó unos pasos hacia un rincón donde se veía que había un derrumbe de grandes ladrillos de

bloques. Levantó uno de ellos, y con un hueso comenzó a excavar. Retiró una marmita de hierro y la destapó. De allí retiró una cadena de oro, varias monedas y unas pulseras que le entregó a Rosario.

—Con esto te arreglarás. Pero no lo vendas a cualquiera, espera, llegará el día que pueden hacerte falta. Escóndelos muy bien en los ruedos del vestido. Y que Diosito te ayude niña...

—¿Qué es esto?

—Mis ahorros de toda una vida, para ti y para mí. ¡El camino hacia la libertad! —dijo la mujer enterrando nuevamente la marmita y poniendo con gran esfuerzo, el enorme ladrillo en su lugar.

—No puedo aceptarlo. No sé ni qué haría con esto —dijo la joven mirando las valiosas joyas. Pero ya la negra estaba levantándole el vestido y anudando en sus enaguas el pequeño tesoro.

—Algún día sabrás qué hacer —le aseguró dándole un sonoro beso en la mejilla—. Ahora vete. Y cuando llegues al rancherío busca a Carmen y a Antonia. Ellas te ayudarán y te ocultarán si hay búsquedas. Diles que vas en mi nombre. ¡Vamos niña, muévete! Y prométeme que serás una mejor madre de lo que fue la tuya contigo —le dijo por última vez, abrazándola y entregándole la bolsa. Rosario lloraba lentamente y le costó separarse, pero al fin lo hizo y la miró a los ojos.

—Te lo prometo, negra, lo intentaré con todas mis fuerzas. Pero algún día volveré por ti —afirmó al separarse de ella. Y con un nudo en el estómago emprendió la marcha.

Luisa la miró mientras la joven avanzaba con el farol tembloroso por el pasillo del túnel, oscuro y húmedo y elevó una oración a la Virgen. Como si la joven la hubiera escuchado, se dio vuelta y levantó una mano para saludarla y notó que el terror desfiguraba su joven rostro. Elevó su mano también para alentarla a apurarse y luego abrió la puerta y salió al depósito. La cerró con llave a través de las vigas y acomodó lo mejor que pudo los antiguos trastos ocultándola. Esperó un tiempo largo, como le había prometido. Pero Rosario no regresó. Entonces, emitiendo una oración y un suspiro un poco mezcla de alivio y de miedo se dirigió a la cocina, comprendiendo que Rosario había hallado una salida.

—No entiendo... ¿Qué has hecho, Luisa? —le dijo Florencia al verla salir de allí con lágrimas en los ojos.

—Mientras menos sepas, mejor para vos, negra —dijo por toda respuesta secándose las lágrimas y rogando porque esa joven, a la que había protegido

por un corto tiempo, como una hija, hallara el camino hacia la libertad. Una libertad, que ella jamás tendría.

Rosario caminó por el túnel a la lánguida luz del farol, chapoteando entre escombros de los derrumbes, bloques de piedras semienterrados en los sedimentos, ramas, huesos de animales y barro cloacal. La humedad y el olor a moho penetrante, le cerraban las vías respiratorias, pero apuró el paso. Un poco más adelante, una luz le indicó que había llegado a la salida: una reja superior casi cubierta por ramas y piedras que daba a una calle. Tuvo que apelar a todas sus fuerzas para moverla, pero al fin se desplazó unos centímetros, los suficientes para que con un palo pudiera hacer palanca y dejar un espacio suficiente para su cuerpo. Arrojó la bolsa y se colgó de la reja impulsándose y se asomó a la calleja. Por suerte, estaba desierta, bordeada de cajones de madera, ruedas y partes de carros rotos y abandonados y basura de toda clase. Buscó unos trapos sucios para cubrir su cabeza y parte del rostro y una manta raída y nauseabunda que arrojó sobre su espalda. Ahora era una pordiosera perfecta y se podría ocultar e incluso, camuflar entre la gente, hasta llegar al río, como le había indicado Luisa. Con inmenso terror, entendió que toda su vida volvía a cambiar para siempre y que parecía signada por el desarraigo, el abandono y la huida. O tal vez, estaba hallando en el dolor, la persecución y la impotencia, las fuerzas suficientes para hallar el único camino hacia su libertad.

CAPÍTULO XI

FELICIA

—La buscan Felicia —dijo Magdalena, la esposa de Emilio, y la principal ayuda que tenían en la zapatería.

—¿Quién es? —preguntó la joven, notando algo extraño en la voz de la negra.

—Es... una señora... eh... No sé. Tal vez debería decirle que la señora Felicia se encuentra indispuesta y no puede atenderla —dijo la negra como si se tratara de algo peligroso.

—¿Qué pasa Magdalena? ¿Quién es la señora? ¿Por qué debería darle una excusa y no atenderla? —dijo ahora con cierta intranquilidad.

—Bueno, porque... no sé... al señor González no le gustaría que la señora Felicia la atienda.

—Ah, por Dios, Magdalena. Quédate con Ángela, está extasiada con su muñeca nueva, y la verdad no sé qué hechizo tiene que la ha dejado quieta —finalizó Felicia mirando a la niña. Sonrió pensando en la sorpresa que les había dado Simón, y se dirigió al salón.

La desconocida estaba de espaldas, pero se notaba que pertenecía a alguna familia prominente de la ciudad por las ropas lujosas que usaba, el peinado y su largo y fino cuello. Se acercó tratando de predisponerse con su mejor trato y cordialidad, ella estaba acostumbrada desde siempre a tratar con este tipo de señoras caprichosas y pretenciosas.

—Buenas tardes, señora. ¿En qué puedo servirla?

La mujer la miró de arriba abajo y también sonrió. Por un momento, su rostro felino y sus ojos extremadamente claros y fríos le congelaron la sangre y el fuerte perfume, le produjo un leve mareo. Felicia se sintió intimidada por primera vez en mucho tiempo y por un momento, recordó otras épocas, en las cuales, ella también se había vestido de esa manera y había actuado con los demás con esa actitud de superioridad y omnipotencia, poder que suele dar, equívocamente, el dinero. Le sostuvo la mirada, observándola con atención. Era muy hermosa, y lo sabía. Sus enormes ojos celestes estaban surcados de pequeñas arrugas que delataban las cuatro décadas que seguramente tenía pero que disimulaba con polvos y maquillajes. Enormes labios rojos en una boca acorazonada y el largo cabello rubio rojizo recogido con peinetas le daban un aire señorial. Pero su mirada decía otra cosa y por un momento se sintió

expuesta, como si un felino estuviera a punto de saltarle y devorarla.

—Eres joven... —dijo analizando su rostro con detenimiento—. Tal como te había imaginado.

—No entiendo... —dijo Felicia.

—Se habla mucho de ti por ahí, Felicia Iriarte —continuó la mujer—. Una niña rica, hermosa, de buena fibra. De clase. Por eso nadie entiende, cómo es que una joven como tú esté con un... ¿Cómo llamarlo? —prosiguió con voz suave y burlona.

—¿Mulato? —completó la idea Felicia con cierto desdén y comprendiendo por qué Simón no la apreciaba, según había expresado Magdalena.

—Tú lo has dicho Felicia. Mulato.

—¿Y con quién tengo el honor de mantener esta... conversación tan fuera de lugar? —preguntó la joven tratando de serenarse y mantener las formas ante esa mujer que la estaba tratando de una manera tan grosera, sin conocerla.

—Inés de Villarreal —dijo acercándose aún más a la joven que la miraba con desconfianza—. Tal vez Don González le haya hablado de mí.

—La verdad es que no me ha hablado de usted, lo siento. ¿Por qué debería haberlo hecho?

—Debí suponerlo —contestó con sorna—. Pero no tengas una mala impresión de mí por lo que acabo de decirte —agregó—. Sólo me refiero a lo que se habla por ahí.

—No nos interesa lo que se hable por ahí, de nosotros —le retrucó.

—Es que no es mi caso, Felicia. Yo no tengo, ni tuve nunca prejuicios sobre la mezcla de sangres. De hecho, en mi familia hay sangre española, pero también de los moros y los godos y nadie dice nada al respecto. Además estos ojos que me delatan, deben venir del norte, de alguna invasión vikinga. Europa toda, es una mezcla de sangres porque se han invadido unos con otros —continuó—. Y cuando Europa les quedó chica, vinieron a invadir estas tierras. Así que, la mezcla de sangres ocurre, se quiera o no. Producto de las pasiones y la locura de los hombres. ¡Qué nos asombra, que en América ocurra ahora lo mismo! ¿No te parece querida Felicia? —continuó tomándola de las manos.

—No sé qué...

—La gente es muy prejuiciosa —la interrumpió—. Primero traen a los negros, esclavizándolos. Pero son personas, con pasiones, y con cierta belleza, debo reconocer como la de su esposo. Entonces, obviamente, las pasiones nos pueden. Bueno... qué te puedo decir a ti —prosiguió, mientras Felicia sentía

que el calor subía por su cuerpo y su rostro enrojecía de rabia. Se soltó las manos de esa espantosa mujer que de manera sutil, estaba intentando insultarla —. Las pasiones nos ciegan, Felicia, por amor, o por odio. Y se prejuiza aquello que no podemos entender —agregó ante el silencio incómodo de la joven.

—¿Qué quiere?

—Yo he ayudado mucho a Don Simón González, a insertarse en la sociedad a pesar de su sangre.

—No entiendo... No sé de qué me está hablando y no necesitamos nada de usted. Y mucho menos que se meta en lo que no le concierne.

—Te equivocas, me necesitas, y mucho —la volvió a interrumpir con tono imperativo—. Digo que, Don González, también me necesita, mejor dicho, necesita el lugar que yo les puedo ofrecer en la sociedad cordobesa. Sé que se han enriquecido con los productos de cuero y esa extraña sociedad con Don Zoilo Ortega, un... ¿Cómo llamarlo...? Comerciante próspero a la vista, pero que no deja de ser un simple cuatrero, cazador de cimarrones.

—No le voy a permitir que siga ofendiendo...

—En fin... Podrán tener metálico pero de allí a ingresar a la sociedad de Córdoba... hay grandes pasos que dar. Y en eso puedo seguir intercediendo yo.

—No necesitamos...

—Le gustará lo que voy a ofrecerle Felicia. Es sólo una invitación muy especial, que como miembro de esta misma clase y cuna, sabrá valorar y apreciar. No creo que no sienta cierta añoranza de poder relacionarse con la gente a la que está acostumbrada por derecho de nacimiento.

—No añoro ninguna vida diferente de la que tengo y no necesito, ni tengo por qué aceptar nada de usted.

—Lo hará, señora. Porque es inteligente y además está enamorada. Y porque no aceptaré un “no” por respuesta —agregó mientras extraía de su bolsito una tarjeta escrita con letra perfecta y dibujada con mariposas y flores.

— Es mi compromiso.

—¡Qué bien! —dijo Felicia lacónica— La felicito. Pero como ya le dije...

—Ah no, Felicia. Como dije, el “no”, es una opción que no existe. De no asistir tal vez, Don González vea muy perjudicadas sus actividades comerciales. Como usted sabe, el comercio depende de las relaciones. Es hora de que él pueda volver a establecerlas y sostener las que ya había conseguido antes de su llegada.

—Yo jamás haría algo que perjudicara a Simón.

—No, por cierto. Pero está enojada, y yo sólo quiero ayudarla, como he ayudado antes a Simón. Y si lo ama, querrá lo mejor para su hombre. Y le aseguro que, si piensan permanecer en el centro de Córdoba, esto es lo mejor —dijo con una enorme sonrisa que a Felicia más que aliviarla le dio miedo, como si sobre ellos se cerniera un peligro inminente.

—Hablaré con mi esposo.

—¿Ya se casaron? No sabía... lo bien que hicieron. Los cordobeses son gente muy cerrada y adherida a las tradiciones, mi señora. Vengan a nuestra fiesta, eso ayudará también a ser aceptados y a que los comerciantes de Córdoba no cierren filas en contra de su esposo —finalizó, dándole un beso forzado.

Felicia la vio retirarse y se sintió mal, con el estómago revuelto. El perfume de la mujer había quedado en toda la habitación y sus palabras flotando en el ambiente. No sabía que Simón había establecido vínculos tan importantes en los círculos sociales de Córdoba, ni que se había vinculado de manera tan estrecha con altas personalidades, pero tampoco podía imaginarse cuánto podía ella estar afectándolos. Por otra parte, no tenía idea, qué vínculo o compromisos lo unían a Doña Inés, pero por lo visto era una mujer con cierto poder y Simón tenía deudas de alguna clase con ella. Como también, podía tener el poder de destruirlo.

Por un momento se sintió traicionada, como si hubiera un espacio entre ellos, completamente desconocido de una etapa en la que no sólo habían estado separados, sino que lo que habían vivido cada uno, marcaba abismos imposibles de llenar.

Indudablemente, la situación de la pareja era tan irregular como extraña y seguramente la noticia de su unión ilegal, sumada a la presencia de una hija fuera del matrimonio, se había esparcido como reguero de pólvora. Si bien lo de avisar a sus padres, ya estaba en marcha, debía hablar con Simón para cambiar las cosas con urgencia, principalmente antes de que sus padres, sabiendo de la situación que ella vivía, volvieran a Córdoba a separarlos. Tal vez, esa mujer, aunque le desagradara, tenía razón. Debían empezar a insertarse en esa sociedad como pareja reconocida, y como bien había dicho Simón, si no era por ellos, debían hacerlo por Ángela, para que tuviera un futuro diferente. No sabía si Simón él de acuerdo, ya que en estos días lo había notado preocupado, taciturno y el único tema que parecía ponerlo en alerta era el de la Revolución. Sin embargo con ella no quería hablar de ello. Otra vez,

esa vaga sensación de la traición y el engaño, amenazaron con invadirla. Pero no debía dejar que estos pensamientos avanzaran. Más bien, debía ver qué hacer al respecto, urgía que legalizaran su unión y por qué no, tal vez debería pensar en la posibilidad de que se instalaran en la hacienda por un tiempo para acallar las malas lenguas y porque sería una manera de darle a Ángela una vida diferente, más tranquila, lejos de los peligros que se cernían sobre ellos en la ciudad y el estigma permanente de la discriminación.

Más allá de lo que decía Inés, estaba segura de que cambiar su estado civil no mejoraría en mucho, el orden de las cosas o de la aceptación social, pero tal vez, sería para su hija, un tema menos con el cual luchar, una necesidad para la inserción, la herencia material y demás trámites administrativos, pero de ahí a que eso les diera el consenso o la aceptación, era otra cosa. Con papeles o no, ellos seguirían siendo una pareja conformada por un mulato y una blanca, aunque nadie supiera que en ella también corría sangre negra de parte de su madre Mora. Si algo había conseguido esa desagradable mujer era que tomara conciencia de que era un deber de ambos avanzar en un futuro diferente para Ángela.

CAPÍTULO XII

FELICIA

La ubicación geográfica de Córdoba es realmente privilegiada, como centro de una inmensa región, con redes desarrolladas a partir de los “Caminos Reales” comunicándola con Buenos Aires, con Cuyo, e incluso con tierra chilena. Los carretones llegan de diferentes puntos con mercadería, con misivas y noticias. Los carreteros se detienen en la plaza central, descargan sus productos y distribuyen pasquines y cartas. Y luego, sin importarle mucho más de lo que transportan, se entretienen con las chinongas^[11].

Simón revisó la correspondencia mientras Felicia lo miraba ansiosa.

—¿Llegó algo de mis padres? —dijo tratando de tomar los sobres pero Simón, con enojo no se lo permitió.

—Ninguna es para ti —respondió con brusquedad y abrió el sobre mayor. Miró la misiva y frunció el ceño. Felicia lo miró preocupada.

—No me quieres contar, pero yo sé que algo pasa, Simón —le dijo de pronto intentando traspasar su muro de continuos secretos.

—Es un mundo lleno de traiciones, Felicia —le contestó y salió de la habitación llevándose la correspondencia y sin darle más explicaciones.

La muchacha pensó que tal vez él mismo sin darse cuenta, estaba traicionándola al no confiar en ella. Se sintió enojada y defraudada y con la necesidad de hablar con Rosario, quién por su parte, después del incidente horroroso en la calle, había tomado la determinación de ir a vivir con Don Zoilo llevándose a Ana. Su vida ahora oscilaba entre algunas escapadas a la Estancia Vieja y algunos días en el centro para sostener la sastrería. En una de esas visitas de Rosario, Felicia se había enterado que los intercambios de misivas con Buenos Aires eran preocupantes, no sólo para la vida de las familias, sino para el futuro de todas estas tierras.

—Algunas de estas cartas, Felicia, cambiarán el orden de las cosas.

—Simón no confía en mí, y anda en algo que me oculta, hoy ni siquiera permitió que viera la correspondencia. Y eso que bien sabe que espero una respuesta de mis padres. Al fin y al cabo, a veces pienso que sólo te tengo a ti.

Las jóvenes se habían vuelto muy unidas y se confiaban todo, porque sus historias, de alguna manera tenían increíbles nexos: la vida en el monasterio,

la discriminación, el daño causado por sus padres, incluso el hecho de haberse conocido luego en el rancherío. Rosario había contado todos los pormenores de su vida y hasta la manera en que había escapado del convento y el tesoro que permanecía oculto en las letrinas.

—Tengo una gran deuda con la gente del Rancherío, con Luisa y contigo Rosario —dijo recordando los secretos que compartían.

—Yo también tengo una gran deuda con el Rancherío. Ya la saldaremos juntas, amiga. Ni bien podamos ambas establecernos en nuestra vida personal, yo con Zoilo y tú con Simón iremos al Rancherío a ofrecer nuestra ayuda. Quizás a través de las “Cofradías” y esos santos protectores que escucharon nuestros ruegos.

—Y hablando de santos... ¿a qué Santo le rezo ahora?

—Toma —dijo de pronto Rosario, sacando de su muñeca una de las tantas cadenas que llevaba siempre y que al caminar hacían un sonido musical muy particular. Esta que le entregaba era gruesa, con una medalla de plata y otros pendientes, un pequeño cuerno de marfil y cuentas de piedras de colores—. Te regalo mi Balangandan.

—¡Qué hermosa! Pero... no, no puedo aceptarla...

—Pídele a San Benito, patrono del hogar y la familia, que te siga protegiendo como lo hizo el día que las aguas te arrojaron al Rancherío.

—¿Así se llama? ¿Balangandan?

—Sí, es de origen africano, en realidad dicen que cada elemento que lo conforma tiene un significado propio. Esta cadena y su medalla, estaban entre los tesoros de Luisa y me la guardé. Luego le fui agregando otros dijes que para mí simbolizan la fertilidad, el amor y la familia. Ya me ha protegido y me ha dado una familia. Ahora la necesitas tú y tu niña, para que proteja tu hogar. Puedes agregarle los dijes que desees, según la protección que necesites —agregó colocándosela en su mano.

—Y para que Simón no se meta en nada raro que nos ponga en riesgo —agregó pensativa acariciando la joya que ahora colgaba de su mano y hacía un sonido rítmico y característico.

—¡Te queda hermoso! Ahora es tu Balangandan. Llévalo contigo a dónde vayas, y ya elaboraremos otros para las niñas también. No dudes nunca de que Simón te ama.

— No es cuestión de amor sino de confianza. Esa mujer, Inés... ¡Me ha dejado tan intranquila!

—Si Simón te engañase con ella, lo habrías notado.

—No lo sé. Y me desespera. No logro conversar con él, me parece que es grave. Nunca lo vi así.

—Tendrás que averiguarlo entonces, antes de que los destruya. ¿Cómo está Ángela de su gripe?

—Mucho mejor, amiga. Pero sigue con esas pesadillas. No llego a entender por qué son tan reiterativas. Veo que su sueño es casi siempre el mismo. Me pregunto si tiene que ver con algo que haya ocurrido en algún momento de su infancia en el rancherío. ¿Hubo algún hombre que le hiciera daño? ¿Qué las persiguiera, cuando estaba con Luisa?

—¡No, Felicia, nada de eso pasó! Al menos por lo que yo sé.

—Entonces no sé qué puede ser.

—¿Y si fueran sueños del futuro?

—Oh, Rosario. Eso no existe.

—Sí existe. Yo he tenido algunos. Muy pocos. Pero hay personas que tienen ese don. Tal vez Ángela lo tiene. Puede predecir.

—Oh, no quiero ni pensar en esa locura. Si a mis preocupaciones presentes les tengo que agregar las del futuro, me sentiría superada.

—Pregúntale detalles y podrás ir armando lo que le ocurre.

—Ya lo hice, pero siempre repite lo mismo.

—Habrá que prestar atención —finalizó Rosario.

Lo que las mujeres no podían sospechar, como tampoco podía hacerlo el resto de la población es que los dados del destino del país ya estaban arrojados y la suerte de muchos, incluida la de ellos mismos, determinada. Las traiciones se organizaban en lo más oscuro de la historia y la cambiarían para siempre.

El 19 de mayo de 1810, el virrey Cisneros, en Buenos Aires, recibió una carta del ex virrey Santiago de Liniers, quien radicado en Córdoba desde la Segunda Invasión Inglesa se había mantenido, aparentemente, alejado de las tramoyas libertarias. En esa carta el francés Liniers le informaba del creciente plan independentista que se estaba gestando y cuyo inicio se daría en Buenos Aires. Liniers, estaba traicionando la confianza depositada en él por algunos conjurados que desconocían que el ex virrey estaba en contra de la misma y preparándose.

La noche del 25 de mayo de 1810, horas después de la conformación de la

Junta de Gobierno revolucionaria, el ex virrey Cisneros recién destituido, envió a Córdoba a un joven de 17 años José Melchor Lavín portando cartas para Liniers. Cuando el muchacho llegó a Córdoba, el 30 de junio, decidió alojarse en la casa del Deán Funes su antiguo profesor en el Colegio de Monserrat. Con esas misivas Cisneros recurría a Liniers para aliarse contra la nueva Junta de gobierno. Pero el Deán Funes, partidario en secreto de la Revolución, aprovechó la ocasión para hacerles creer que los apoyaba y así participar de las reuniones y de los preparativos y poder estar al tanto de los próximos pasos que dieran los antirrevolucionarios. En sus manos estaba poder impedir que la Contrarrevolución se llevara a cabo y para conseguirlo llevó al joven Lavín a la casa del Obispo Orellana, uno de los líderes de la Contrarrevolución. Se fingió partidario de la resistencia para enterarse de los planes y detalles y finalmente poder comunicarlos a la Junta de Buenos Aires.

Incluso empezó a circular una gaceta manuscrita, “El Duende Americano” alertando contra aquellos que se pronunciaron en contra de la Revolución y tratando de difundir el espíritu emancipador.

Y sin que nadie lo supiera, en el mismo interior de esta Córdoba que se pronunciaba contrarrevolucionaria, se gestaban traiciones que cambiarían destinos.

Pero Felicia sin saber lo que se cocinaba en el espíritu de los hombres, con su intuición femenina, lo temía y quizás los sueños de Ángela lo vaticinaban. Lo había temido con la presencia extraña de Doña Inés y con esa gaceta que acababan de dejar en todos los negocios del centro, con ese extraño nombre: “El Duende Americano”. Un duende que se estaba colando en sus vidas, en sus casas, en sus ánimos, incluso en sus pesadillas. Un duende con nombre independentista, tan anónimo como peligroso.

Y sus temores se confirmaban cada día en el rostro huraño y preocupado de Simón. Lo temía en la carta que había enviado a sus padres y de la que ahora se arrepentía. Lo sentía en sus entrañas que le decían, que algo no estaba bien con las pesadillas de Ángela, quizás también en el futuro de todos. Y no se equivocaba.

CAPÍTULO XIII

SIMÓN

Casi todas las noches mientras escuchaba los acompasados suspiros de su mujer o los de Ángela, el hombre sentía que los peligros que los acosaban podían llegar a ser inquietantes, no sólo por las conversaciones que Simón mantenía con muchos de sus amigos y compañeros del comercio de la ciudad, sino por los efectos que la carta enviada por Felicia a sus padres, traería a sus vidas. Y por eso esta noche, el sueño otra vez, tardaba en llegar. El mundo que conocían de paz y armonía empezaba lentamente a derrumbarse ante sus ojos, sin poder hacer nada para evitarlo.

La guerra parecía inminente y se estaba organizando un movimiento de resistencia a la nueva Junta de Gobierno. Tal vez, les quedaba poco tiempo para la felicidad, pensó el joven, mirando una vez más el rostro de su hija y su mujer.

Y luego estaba esa invitación maliciosa de Inés de Villarreal. Porque no podía ser más que eso. Desde que se había enterado de su unión con Felicia, le había escrito innumerables cartas que le hacía llegar con su esclava, que Simón destruía sin que Felicia se enterara. La última había estado a punto de caer en sus manos, pero había alcanzado a interceptarlas. La situación no podría prolongarse y en la mirada de Felicia, él podía entender que la joven estaba alerta y desconfiaba de él.

Esa última reunión a la que había asistido, había sido el puntapié inicial de su acoso. Si bien, Inés ahora parecía estar más tranquila con respecto a las intenciones románticas hacia él, dada su inminente boda, los motivos eran otros. Su prometido, un notable abogado cercano al gobernador y al General Liniers, había organizado una de las reuniones, por la cual ahora él formaba parte del posible ejército contrarrevolucionario.

Sí, es cierto que como decía Emilio había vuelto a relacionarse con la mujer, pero por cuestiones políticas. Al menos eso creía él. Esperaba no estar convirtiéndose sólo en un peón en estos juegos absurdos del poder, y que en esas movidas, dañaran a Felicia. Temor bien fundado, con la aparición de Inés en su casa. La mujer había tenido la osadía de venir a conocerla e invitarlos a su boda. No creía que tuviera el valor de contarle a la joven sobre su vínculo pasado, al fin y al cabo, a ella tampoco le convenía sacar los trapos sucios al

sol.

Por otra parte él consideraba a Felicia lo suficientemente madura para entender sus necesidades de hombre y que la mujer sólo había sido su amante, en un momento de su vida de vulnerabilidad y desolación. Pero de ahí a comprender, que ahora esa mujer, siguiera en sus existencias y pretendiera ser su mecenas, era otra cosa. Y mucho menos que le contara el vínculo político que lo unía ahora a su prometido. Después de todas esas consideraciones, tomó una decisión que llevaría adelante.

—Me estás viendo mientras me desvisto, negro tramposo —le dijo ella al notar que Simón no le quitaba la vista de encima, con una seriedad inusual—. Hoy no podremos, así que ya date vuelta y duérmete —prosiguió la joven, que desde la más tierna infancia le decía “negro” cuando quería provocarlo y desatándose el vestido con lentitud y cierta pose seductora. Pensó que quizás esta noche, Simón estuviera más dispuesto a mantener una conversación, ya que no habría sexo.

—Inés fue mi amante —dijo el hombre sorprendentemente antes de que Felicia llegara a la cama.

La joven se detuvo en seco y lo miró sin comprender. Abrió la boca para decir algo, pero no pudo emitir sonido, le faltaba el aire, y el suelo comenzó a temblar. Abrió sus ojos enormes y comenzaron a brotar las lágrimas sin siquiera darse cuenta.

—¿Qué dijiste...? —murmuró al borde del desmayo. No era esa la conversación que esperaba tener.

—Y antes de que te enojés y me llames mentiroso, debes saber que eso ocurrió hace mucho tiempo, y que podría haber elegido no contártelo. Podría haber mantenido en secreto ese hecho, ya que dudo que Inés se jacte de esto tampoco. Fue... una locura, lo sé, la necesitaba en su momento, es difícil que puedas entenderlo, lo sé, mi amor... muy difícil, pero si hubieras estado en mi lugar... necesitaba... necesitaba ingresar al medio social para encontrarte. Y ella estaba allí, disponible, y me ayudó. Sé que es difícil para ti... lo sé... Pero te amo —continuó a borbotones sin poderse detener y viendo que el rostro de la joven se transformaba en una máscara gris, pasando del dolor a la furia. Se detuvo y la observó. Lo más terrible era su silencio. Al fin ella levantó la vista y lo miró.

—Inés fue... ¡ay Dios...! ¡qué tonta... qué tonta he sido...! No entendía... pero yo presentía... sí, yo presentía que algo no estaba bien... me lo decían mis entrañas... mi corazón... ¡Ay Dios... es tu amante! —por fin habló Felicia

con sus mejillas húmedas y los ojos convertidos en dos pozos oscuros.

—No, espera... “fue” mi amante. No lo es ahora. Y déjame que te cuente antes de juzgarme —dijo el muchacho poniéndose de pie y acercándose a ella tratando de tomarla de los manos.

—No... no se te ocurra tocarme. No se te ocurra... Maldito... mil veces... maldito mentiroso... desgraciado... —farfulló alejándose de él.

—Por favor... sólo escúchame... —agregó y continuó hablando sin respiro, tratando de contarle todos los pormenores desde su llegada a Córdoba, cómo la había conocido, y qué se había propuesto para poder encontrarla.

Felicia estaba paralizada en la otra punta de la habitación mirando por la ventana. No lo miraba, sólo lloraba con sus manos en su boca como impidiendo que de ella salieran a borbotones una pila de insultos, mientras él hablaba sin dejar un resquicio, como si temiera que si se detenía, ella se marchara sin escucharlo.

—Tienes que entender, conoces cómo es esta sociedad, jamás me hubiera podido acercar a los lugares necesarios para saber dónde estabas. En eso la intervención de Inés, fue decisiva para hallarlas a ti y a Ángela.

—No menciones a nuestra hija... —le dijo con rabia.

—Pero es que gracias a los contactos que logré establecer en las reuniones a las que me llevó Inés, las hallé. No había otra manera, no la había o no supe verla... Me sentí sin elecciones... —intentó explicar pero se dio cuenta que la muchacha, no lo escuchaba. Sólo caminaba de un lado al otro de la habitación sin mirarlo y restregándose las manos.

—Ah, no... —lo interrumpió Felicia— no puedes adjudicarme la responsabilidad de tus actos. Tú decidiste llevártela a la cama. Tú decidiste cogértela para sacarte las ganas de macho en celo. Yo no soy culpable de tus calenturas —le escupió a borbotones furiosa recordando la mirada de esa mujer, seguramente riéndose de ella y su inocencia, mientras rememoraba pormenores de su relación con Simón. Por un momento sintió el estómago revuelto—. Me siento tan... tan estúpida... —agregó mirándolo angustiada.

—Está bien, no puedo pedir que perdones mis locuras de hombre, sólo que me comprendas, es que a veces, es cierto, uno se deja llevar —reconoció—. Pero estaba solo, no sabía si volvería a verte. Sólo sabía que ella, además de darme lo que necesitaba como hombre, también me estaba abriendo caminos para encontrarte...

—¿Te abría las piernas, mientras abría caminos? ¿Eh? Dime... Dime... ¿cómo lo hacía? ¿Mejor que yo? —lo interrumpió con odio acercándose a él

dispuesta a pegarle, pero el muchacho le retuvo la mano en el aire y prosiguió.

—No seas infantil... Sólo fue un escalón para hallarte. Y luego de que supe de la existencia de nuestra hija, de alguna manera también para poder hallarla a ella.

—¡Son excusas! —le gritó debatiéndose para que la soltara— Y déjame... no me toques...

—Y tú no me pegues... sólo escúchame mi amor... y si tengo que arrastrarme para que me perdones...

—No... no... no puedo perdonarte... —dijo ella debatiéndose entre sus manos y tratando de patearlo con rabia.

—Basta Felicia, por favor... Basta... —le gritó y ella aflojó los brazos. Entonces el muchacho la soltó y se alejó. Ella lo miró con un odio como jamás había visto en sus ojos. Simón pensó que de haber imaginado esa reacción en ella, tal vez jamás le hubiese contado, pero ya estaba hecho.

—No son excusas, Felicia. Son razones, que es muy diferente —le dijo tratando de recuperar la tranquilidad pero ella no contestó—. Razones tal vez, que no comprendas, porque no te pones en mi lugar.

—¿Y tú te pones en el mío? Yo también estuve sola y no me fui a la cama con nadie, maldito negro cobarde.

—No te pido que me perdones. No lo hagas... sólo entiende. Y además es pasado, no te traicioné. No estábamos juntos, estaba solo. Es muy diferente para las mujeres... —intentó agregar acercándose otra vez a ella.

—Eso es lo que dicen todos los hombres para mantenernos en nuestros lugares de señoras castas y puras. ¡Pero la verdad es que también necesitamos amar y tener sexo! —volvió a gritarle empujándolo con fuerza.

—Por eso, tuviste sexo con el inglés... —dijo Simón de pronto furioso también. Entonces Felicia lo miró sin poder creer lo que estaba oyendo y le pegó una cachetada. Cuando quiso pegarle otra vez, Simón le tomó ambas manos y la sostuvo con fuerza. Se miraron desafiantes.

—Tú me ayudaste... —dijo en un murmullo sintiendo que le faltaba el aire.

—Porque te amaba. Porque te amo acepté hasta esa humillación sin reprochartelo jamás. Y no lo habría hecho, si me estuvieras obligando ahora con tu actitud de incomprensión. Te acepté aunque me parecieras loca, caprichosa, indomable... Te acepté Felicia, rebelde, mandona, entregada a otro, incluso. Te acepté aún sin saber, si lo seguías amando.

—Sabes que no. ¡¡Que siempre te he amado a ti!!

—Ahora lo sé, pero en ese momento no lo sabía.

—¿Y fue una venganza, entonces?

—Sigues pensando como una niña, Felicia. Nunca me vengaría. Ni siquiera recuerdo ya ese hecho.

—Veo que lo recuerdas muy bien, porque lo trajiste a esta pelea.

—Lo traje a esta pelea, para que entiendas. Yo no soy acá, la única víctima de sus pasiones. Tú también has caído presa de tu cuerpo y sus impulsos. Y en tu caso involucraste el corazón. Yo jamás involucré el mío con Inés. ¿Puedes entender y aceptar eso?

—No puedes... no puedes comparar... —siguió ella mientras sollozaba. Entonces Simón se acercó e intentó abrazarla, pero en ese momento se despertó Ángela, que lloraba y preguntaba por Ana.

—¡Oh mi niña! —le dijo Felicia abrazándola— ¿Qué pasa con Ana? ¿Soñaste que jugabas con ella? ¿Pelearon y por eso lloras? —agregó pensando que Ana, la hija de Rosario, adoraba a su niñq y jamás le haría daño. Se habían vuelto muy unidas y se comportaban como hermanas.

—No, mami. Ana cashó... se hizo bibi...

—Estabas soñando, hermosa. Ana está bien, no se cayó ni se lastimó, no se hizo ningún bibi y está durmiendo, así que vuelve a dormir, amor —agregó con lágrimas en los ojos por la discusión que acababa de tener y aprovechando la oportunidad para alejarse de Simón. La pelea la había agotado de tanto gritarse y reprocharse vivencias y dolores. Y ahora estos sueños extraños de su niña, la angustiaban más aun, si es que eso era posible. Al fin se durmió al lado de la niña y por primera vez desde que eran una familia, sin abrazar a Simón.

Por la mañana cuando Felicia despertó el hombre ya no estaba.

—Dile a Felicia que me fui al campo —le había encargado a Magdalena—. Debo ir por cueros.

Y es que la historia, no sólo la personal, se estaba derrumbando sobre ellos, exigiendo decisiones fundamentales. Liniers, ya tenía su ejército, y era hora de enfrentar la Revolución y darle fin a esa locura de liberarse de España. Mientras tanto estaba también la reunión por la inminente boda en la casa de Inés, un festejo que en realidad, sería una perfecta pantalla para los hechos que se avecinaban y que Felicia desconocía.

Simón pensaba que no podían dejar de asistir a la fiesta, eso implicaría separarse de la causa contrarrevolucionaria, pero tampoco podía ir con Felicia en las condiciones que los unían, las cosas entre ellos habían quedado pendiendo de un hilo y era consciente de que asistir de esa manera, tan

disgustados y sin estar unidos por el sacramento del matrimonio, sólo podía causarle más dolor e inseguridad en el ánimo de su mujer. Tal vez, los recientes hechos ya habían causado un daño irremediable. Simón tembló. Su vida sin Felicia y Ángela no tendría ningún sentido. Debía hallar una solución cuanto antes y a ello se abocó.

—Vamos a resolver las cosas, Felicia —le dijo al otro día mientras la joven concentrada en su tarea, intentaba alimentar a Ángela.

—Vamos niña, come... —apuró a Ángela, ignorándolo.

La niña, que jugaba con su bella muñeca de ébano, trataba de quitarle el vestido, hasta que Felicia se la sacó de las manos y la escondió. Ángela comenzó a gritar encaprichada y ni bien se la devolvieron, la abrazó con fuerza— Si no comes, te la quito otra vez... —la regañó Felicia y la niña la obedeció pero sin soltar su juguete. Desde el día que la había recibido se había convertido en su compañera permanente en todos sus juegos e incluso para dormir. Simón sonrió y se enterneció.

—¿Me escuchaste, Felicia? —insistió.

Felicia levantó la vista enojada sin entender a qué se refería. Desde la discusión, no habían vuelto a dirigirse la palabra ya que Simón, por primera vez en todo ese tiempo, no había regresado en todo el día, ni a la noche a dormir. Lo miró con indiferencia, porque se estaba comportando con ella de una manera intolerable y en su rostro se evidenciaban las señales de haber llorado toda ese tiempo y no haber dormido, sumado a los berrinches de la niña que hoy le resultaban difíciles de sobrellevar.

—¿Estuviste con esa víbora, en esta noche en la que dejaste enfriar nuestra cama? —se atrevió a preguntar, temiendo la respuesta— Ahora no hay nada que puedas resolver.

—Jamás en mi vida, volveré a estar con otra mujer que no seas tú, mi amor —dijo acercándose a las dos y arrodillándose frente a ellas. Ángela hizo bailar su muñeca y estiró la manito hacia él. Simón se la tomó y la besó—. No estuve ni estaré nunca con ella. Estaba planeando nuestro futuro.

—Cómo creerte... —respondió Felicia mirándolos. Y los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas.

—¿Te sirve un juramento ante Dios? —contestó él mientras tomaba también su mano y sacaba del bolsillo una cajita. La abrió lentamente, mirándola a los ojos— ¿Aceptas ser la señora González? ¿Aceptan las dos, ser mi familia, mi vida, para siempre?

Felicia no respondió, miró el hermoso anillo con una enorme piedra

engarzada y rodeada de rubíes y movió la cabeza hacia uno y otro lado.

—No. No quiero que por esa mujer...

—No es por ella, no es por lo que pasó con Inés, no es por lo que piense la sociedad de nosotros, ni para apaciguar tu enojo que tiene toda la razón de ser. Pero debes saber que no hubo ni habrá nunca otra mujer en mi vida ni en mi corazón. Esta decisión, no es por nadie más que nosotros Felicia. Sólo por nosotros dos —le dijo mirándolas con ternura a las dos y acariciando su rostro — porque te amo, porque te amaré siempre. Porque mi vida es tuya, mi amor, y quiero entregártela para el resto de mi vida —agregó con los ojos brillosos de emoción. Felicia comenzó a llorar en silencio—. Y si se quiere, por alguien más: por nuestra pequeña. Para que le demos una vida digna, sin censura. Mi vida es de ustedes —se corrigió— por el resto de mis días.

—Debiste contarme antes lo de Inés...

—No era importante para contártelo. No es importante. Sólo tú y mi hija. Son lo único que importa y por lo que daría la vida. De hecho, les estoy dando mi vida, aunque no valga mucho la vida de un esclavo mulato —agregó y la abrazó con fuerza, como si temiera perderla. Felicia se apretó a él y lloró sobre su hombro.

—Vamos mi amor... no llores... no llores... te estoy proponiendo matrimonio y así me respondes... llorando. ¿Qué debo pensar? ¿Aceptaré mi niñita terca, mi Amita, la proposición de un mulato? —dijo hablándole al oído ante la mirada de asombro de Ángela que comenzó a hacer pucheros y a lloriquear por contagio. Los dos la miraron y lanzaron una carcajada. Entonces Ángela estiró las manos hacia ellos. Simón la levantó en sus brazos y miraron a Felicia expectantes.

—¿Cuál es su respuesta, mi Ama?

—¿Tienes alguna duda, negro cobarde? —murmuró ella también secándose las lágrimas— Y ya era hora de que me lo pidieras —agregó extendiendo la mano izquierda hacia él. El hombre colocó el hermoso anillo y luego la besó. —Y hasta queda bien con el balangandan que me regaló Rosario —agregó sonriendo y haciendo sonar los dijes entre sí.

—A ti, todo te queda bien —contestó besándola apasionadamente.

Se separaron cuando Felicia sintió los tirones de la niñita en su vestido y sus carcajadas felices. Ángela aplaudía, como si entendiera el significado de ese extraño e importante momento de ver a sus padres abrazados y llorando de felicidad.

—Nos casaremos en la capilla de la estancia donde nació mi madre Mora,

mi verdadera madre —dijo ella— porque será más fácil, más privado. Rodeados de gente sencilla y sin tener que invitar a nadie de acá.

—Donde tú quieras mi amor, ya hice preparar todos los documentos necesarios para una boda rápida y el registro del apellido de Ángela —respondió él, pensando que volver a la hacienda era una manera de cambiar los terribles recuerdos que asociaba al lugar y al mismo tiempo, mantener la unión en la intimidad—. Pero tiene que ser pronto.

—Sí, ¡antes de que vengan mis padres a impedirlo! —respondió la joven con una carcajada pensando en la sorpresa que se llevarían al venir, y la que les darían a los esclavos de la Estancia cuando la vieran llegar, y encima supieran que su niña, la que creían enterrada en una tumba cerca de la capilla, en realidad, estaba viva.

—No veo la hora de hacerle el amor, a la Señora González —agregó en su oído, volviéndola a besar, mientras pensaba, que la llegada de los padres de Felicia, era el menor de los problemas a enfrentar, pero no era el momento para pensar en ellos.

No veía la hora de que esta pesadilla de la Revolución terminara para siempre y pudieran tener esa vida digna, que tanto añoraban y merecían.

CAPÍTULO XIV

FELICIA

Era casi el anochecer, cuando arribaron al lugar. Los esclavos a punto de trancar el ingreso, vieron llegar el carruaje y para su sorpresa, del mismo se bajó la Amita Felicia acompañada de un caballero y una pequeña dormida en sus brazos. Unos minutos después bajó una mulata bellísima de contextura gruesa y ojos muy claros, cargando los bolsos de mano de Felicia.

En el mismo momento de reconocerla, comenzaron a gritar y a saltar a su alrededor atrayendo a los demás, sin poder creer lo que veían sus ojos.

—¡Ay niña Felicia, no pensé nunca que la vida me diera esta alegría! —dijo Rudecindo, el capataz mulato de muchos años al servicio de su padre, que fue el primero en atreverse a expresar en palabras la sorpresa que tenían todos y mirándola con afecto y respeto—. ¿Dónde estuvo, niña? La hemos buscado tanto por el río. Pensamos que se había ahogado... ¡¡Oh, Dios!! Apenas puedo creer en este milagro de la Virgencita —agregó y luego miró con extrañeza a Rosario y a Simón—. Ay... pero si es cosa de mandinga. Si no la viera, no lo creería. Don Simón... usted... tanto que la buscó... la encontró al fin. No se dio por vencido. ¡¡¡Y sus padres!!!! Ya deben saber que está sana y salva, qué felicidad tendrán... —agregó sin poder parar de hablar ya que la situación parecía producto de un sueño.

—Gracias Rudecindo, sí, Don Simón me encontró. Mis padres ya fueron notificados de que gracias a él y a mucha gente que me ayudó, mi hija y yo estamos vivas —mientras hablaba todos las miraban sin poder convencerse de que esa niña era hija de la Amita y la acariciaban y le sonreían con una mezcla de incredulidad y algarabía.

—¡¡Su hija!! Pero... cómo es posible... si esta niña... no es la que... ¿es otra? Claro, debe serlo... —dijo el hombre ahora con prudencia ya que no podía entender la situación. Al fin y al cabo, les habían dicho que en la tumba se había enterrado a una criatura hija de Doña Felicia, y ahora aparecía con otra que debía ser de la misma edad. Eso era imposible.

—Es la niña que usted cree —interrumpió la joven sus pensamientos—. Mi hija, mi única hija. Sólo estaba perdida, pero la creímos muerta, por eso se hizo esa tumba para llorarla, pero ya les contaremos con detalle —prosiguió Felicia con una sonrisa enorme de felicidad que contagiaba optimismo. Todos

parecieron distenderse, aceptando las extrañas explicaciones y se apuraron a acarrear con sus cosas hacia la casa, mientras la joven seguía hablando—. Con el Señor Simón, hemos venido para cumplir con algo muy especial para nuestras vidas —Y al decirlo, de pronto, todos lo miraron con una mezcla de curiosidad y desconfianza. Felicia se colgó de su brazo, los miró desafiante y sin dar lugar a réplica les dijo—. Hemos venido a casarnos. Y esperamos nos ayuden a concretar este sueño, mañana. Pero ahora, necesitamos descansar. Por favor, quiero que preparen mi antigua habitación para mí y Simón. Las de al lado, una para la niña y otra para mi amiga Rosario —aclaró Felicia señalando a la mulata.

El ambiente se cargó de una electricidad extraña y la miraron ahora como si vieran a una loca. Era difícil olvidar el estado en que habían conocido a esa niña antes de su desaparición y las circunstancias en las que habían conocido a Simón. Y ahora esto... tan raro, tan inusual, tan descabellado, tan propio de la niña Felicia. Las negras comenzaron a cuchichear por lo bajo y Rudecindo se adelantó.

—¿Sus padres están enterados de esto, niña? —A él no lo engañaban con esos trajes finos y esos aires de caballero y de dama. Tampoco podía concebir que esa mulata fuera amiga de la amita por más vestido elegante que portara y ese revoloteo de ojos claros y mucho menos, que Don Francisco y Doña Encarnación estuvieran de acuerdo con este casamiento. Le parecía una completa locura que esos mulatos, tan mulatos como él, ocuparan una de las habitaciones de la planta principal y más grave aún, que ese negro durmiera con su ama, sin el consentimiento de sus padres. Definitivamente, la amita ya era loca, pero ahora había empeorado—. Esto no está bien, niña, no lo permitiré de ninguna manera. Además creo que lo correcto es que usted avise y espere a sus padres.

Se hizo un silencio incómodo ante la impertinencia del negro. Estaba claro que no respetaría a Simón como patrón y no acataría las indicaciones absurdas de su ama.

—He dado una orden —dijo Felicia— no he pedido su consejo y usted no es nadie para permitirme a mí algo. Mis padres están enterados —mintió— pero mi madre está enferma y no ha podido venir. Lo hará en breve. Mientras tanto, con el señor Simón, mi prometido y futuro marido, seremos quienes daremos las órdenes. Y Rosario, mi amiga, me ayudará con la niña.

—¿El Señor Simón? —se preguntaron todos por lo bajo repitiendo las palabras “prometido” y “futuro marido”

—Sí, no veo por qué tanta sorpresa ya que creo que lo conocen muy bien. Estuvo aquí un tiempo, según me contó, cuando realizaban mi búsqueda.

—Sí, ama, pero no sabíamos... no sabíamos que era su prometido.

—No hay mucho que saber ni cuestionar, ni mucho menos por qué hacerlo. Sin embargo, quiero que les quede a todos algo en claro, el Señor González será mi marido desde mañana, por lo tanto lo respetarán y obedecerán como tal —prosiguió la joven.

—¿Mañana, niña? —dijo el hombre mirándolo por primera vez, y con cierto temor y desprecio a la vez.

—Sí, Rudecindo. Y espero que todo esté listo, la capilla, el almuerzo, las habitaciones. A primera hora irán a buscar al Padre Luciano para casarnos. Ya tenemos la autorización del Cabildo, por lo tanto, los quiero a todos, antes del mediodía reunidos, arreglados y listos para acompañarnos a la capilla.

—¿A todos? —murmuró, porque le costaba entender esa locura que otra vez traía esa niña a la casa y porque de pronto, la alegría de volver a verla con vida, había dado paso a un sentimiento de humillación, desconcierto y enojo.

—A todos, sí señor. Y muévase de una vez y deje de preguntar, que estamos cansados— intervino Simón, por primera vez, con voz firme.

—Muy bien, señor —murmuró con actitud de sometimiento pero poco convencido—. Y en cuanto a los señores Iriarte... —prosiguió, pero Simón lo interrumpió otra vez.

—Mis futuros suegros pueden llegar en cualquier momento. Así que más vale tenga todo listo —amenazó, entendiendo que quizás así, pudieran obedecerlo y no se equivocó.

—Está bien, Amita —dijo el hombre ignorando a Simón— prepararemos sus cuartos también.

—Y también le indicará a las cocineras, que preparen el mejor almuerzo posible con lo que disponemos. Porque habrá un festejo —insistió Simón.

—Como usted diga.

—Ahora, guarden los animales y el carruaje del señor —agregó la joven.

—Yo lo acompañaré —se ofreció Simón con voz firme. Sabía que el camino que le esperaba con esa gente, sería muy duro y cuanto antes se hiciera un lugar, mejor se desarrollaría su estadía por el tiempo que durase. Esperaba que fuera breve.

—No es necesario... señor —dijo el hombre mirándolo con ojos desafiantes.

—Sí, lo es —dijo Simón sosteniéndole la mirada— siempre he hecho las cosas por mí mismo, y hemos venido a este lugar para quedarnos unos días —continuó—. Será necesario que conozca todo lo que atañe a la Estancia. Puedo aprender solo, pero si usted me ayuda lo haré más rápido y podremos darles a Felicia y a Ángela unos días felices, como merecen y como los señores Iriarte esperan para cuando lleguen —finalizó.

El hombre lo miró como evaluando lo que le decían y analizó sus alternativas, y a ese hombre que hablaba tan bien, con amabilidad, y seguridad a la vez. Mulato, era sin dudas, eso él podía darse cuenta, pero... tan diferente a todos los que él conocía. Además recordaba, que cuando iniciaron la búsqueda de la niña, los Iriarte lo habían tratado con respeto más allá de su condición y lo más importante, parecía ser que la niña, ahora, lo traía como patrón.

¡Qué loco se estaba volviendo el mundo! Los esclavos, podían ser patronos. Volvió a mirar al apuesto mulato y sintió una mezcla de envidia y admiración. Notó la mirada inconfundible hacia la Amita Felicia y que la pequeña que acababa de despertar, tenía los mismos ojos color miel verdoso del hombre. No le fue difícil comprender que la hija de Felicia era del mulato. Entonces con un suave movimiento de asentimiento y un tono de voz menos duro, le dijo:

—Como usted diga, señor. En los establos lo ayudará Fulgencio, el encargado principal y nuestro peón de cuadra.

Las mujeres ingresaron a la habitación, el viaje en carruaje y las emociones las habían agotado, pero Felicia se sentía como si estuviera viviendo un sueño mágico y maravilloso.

—Descansaremos Rosario, mañana será un largo día —le dijo a su amiga y se despidieron con un beso.

Ya más tranquila, se dirigió al dormitorio que había sido suyo tiempo atrás y que ahora, increíblemente compartiría con Simón. Mercedes, la esclava de su madre, le había preparado las camas y los artículos de higiene. Se desvistió y se lavó en la bacinilla de porcelana labrada, seguramente traída del viejo mundo. Su madre se había caracterizado siempre por un gusto excelente, por decorar los espacios con objetos raros y muy costosos. Se puso un camisón bordado, que había comprado para esa ocasión y luego esperó a Simón. Sólo dejó una vela encendida y en la penumbra lo vio ingresar. Lo miró mientras se desvestía, y aunque estaba oscuro, pudo captar en el trasluz, en toda su armonía y belleza sus perfectas formas de hombre, sus hombros anchos, los

músculos de sus brazos, su pecho oscuro y su cintura estrecha. El hombre apagó la vela y descorrió las cortinas. Por la ventana un intenso rayo de luna hizo relucir su piel de bronce. Felicia suspiró, y le llegó el intenso aroma a naranjas que parecía formar parte de su piel y que tenía el poder de enloquecerla.

Se acercó hacia ella con lentitud, conservando sólo el pantalón y sabiendo que estaba despierta y mirándolo con atención.

—Tramposa —le dijo con voz ronca y cierto dejo de burla—. Me estás espiando.

—Todas las noches lo haces tú, porque soy yo la que se demora durmiendo a Ángela. Hoy me toca a mí, mirarte mientras te desvistes —le dijo con una risita pícara. Entonces el hombre siguió caminando hacia ella, pero Felicia lo detuvo.

—No, quítate todo —le dijo enfática.

—Ah... pícara. Hace frío —le respondió él, burlón.

Pero se detuvo a pocos pasos de la cama. Lentamente, dejó caer el pantalón al piso dejando todo su esplendor a la vista de la joven. Ella bajó la mirada desde los ojos color miel de Simón y de su rostro, hacia la creciente erección. Se enderezó en la cama y dejó caer la sábana. Estaba desnuda y sus pechos pequeños y firmes, resaltaban sobre las sedas. Simón se movió y el rayo de luz lunar le dio de lleno. Se miraron con un deseo irrefrenable, pero de alguna manera, esos minutos de espera, de admirarse mutuamente, incrementaban las ansias y la pasión, hacia puntos inimaginables. Al fin el muchacho se acercó y le quitó la sábana. La miró completa y luego pasó sus manos por sus pechos, con increíble suavidad. Felicia gimió y se arqueó aproximándolos más hacia él. Pero él continuó con el movimiento etéreo y ondulante, sin acercársele, rodeando el pezón con sus dedos de un lado hacia el otro, hasta que se erizó. Al fin, la joven no pudo más y lo atrajo hacia ella.

—Negro tramposo... ven acá —le dijo apretándolo contra su pecho y exigiendo una pronta satisfacción.

Pero él no le obedeció. Se inclinó y besó sus pechos con increíble lentitud haciendo lo mismo que había hecho con sus dedos, ahora con su lengua. Felicia gimió e intentó otra vez apretarse contra él, pero no se lo permitió. Siguió disfrutando los erectos pezones y jugando con su boca. Felicia le tomó la mano y la llevó a su entrepierna, para que la acariciara e incentivándolo para que la penetrara con sus dedos, pero el hombre no lo hizo. La caricia perduró por un tiempo interminable, pero de pronto, cuando la joven creyó no

poder esperar un segundo más, él la giró y la puso de espaldas mientras siguió recorriéndola lentamente con las manos y luego con su lengua. A punto de enloquecer Felicia se arqueó.

—Ahora, por favor... —alcanzó a decir en un murmullo, mientras la noche era la única testigo de eso tan hermoso que los unía y que en pocas horas, dejaría de ser un pecado a los ojos de esa sociedad prejuiciosa y restrictiva— Dios... ahora, Simón —susurró con las últimas fuerzas mientras el mundo parecía explotar en su interior. “Y que Dios me perdone por desearlo tanto” pensó mientras su piel disfrutaba de ese hombre, sin ninguna culpa y el cuerpo de los dos era uno solo. Cayeron exhaustos, él sobre ella, inclinado hacia un lado pero sin dejar de apretarla.

Antes de dormirse, mientras se quitaba el Balangandan para que su ruido no alterara el sueño, Felicia pensó que de verdad San Benito les estaba brindando su protección y que la próxima vez que hicieran el amor, serían marido y mujer, bajo la gracia de ese Dios que los había reunido y más allá de tantos prejuicios. Más allá de la esclavitud y la guerra.

La mañana estaba clara y luminosa, pero muy fría. Desde las sierras el aire atravesaba los campos blanqueados por la helada mientras el canto de los gallos levantaba a la peonada. Los negros y mulatos prepararon la capilla con algunas pocas flores de estación: crisantemos y calas, y Mercedes le preparó un bello ramo conformado por tres calas y algunos azahares de floración anticipada.

—Se la ve tan bella, Amita —le dijo orgullosa y con un largo suspiro— debió esperar a sus padres.

—Te he dicho varias veces que la termines con ese tema, que llegaremos tarde. Ajusta ese lazo y acomoda mis bucles para que caigan libres, pero luzcan ordenados —le indicó cortando la conversación. Y la verdad es que no tenía una respuesta a esos planteos.

Ella tampoco sabía que todo se precipitaría de esa manera y que se casarían de un día para el otro. Simón lo había querido así y ella no había hallado motivos para postergarlo, al contrario. Le pareció que era imprescindible que a la llegada de sus padres a Córdoba, su matrimonio fuera un acto consumado.

Por otra parte, también había decidido que irían a la fiesta de Inés, como

marido y mujer y nadie en la sociedad de Córdoba podría reprocharles esa irregularidad. En cuanto a lo otro, a la mezcla racial eran como híbridos, y producían rechazo a las dos razas, por lo que había visto en la reacción de los esclavos de la Estancia. También era consciente que los derechos a los que accederían también estarían limitados por la sangre y el color de la piel. Pero debía hacer todo lo que estuviera a su alcance para no perjudicar las actividades comerciales de Simón. Y si ir a esa fiesta, los favorecía en algo, entonces, haría el enorme sacrificio de la hipocresía y sonreiría a sus enemigos, si era necesario para sobrevivir en ese ambiente. Al menos, saber quién es tu enemigo te da una ventaja, pensó, aunque nunca imaginó que llegaría a tenerlos. “Ten tus enemigos a la vista, que a tus amigos, la vida los mantendrá” evocó un dicho popular muy oportuno en esa circunstancia.

Y es que hacerse enemigos, no es un acto voluntario. Los enemigos surgen de la envidia, la ambición de poder y la ignorancia. La envidia puede ser generada por lo que tenemos, pero en la mayoría de los casos es más por lo que somos, y la ignorancia de no entender, que jamás poseeremos aquello a lo que no tenemos legítimo derecho y que cada persona está llamada a cumplir su propia misión irremplazable. Entender esas cuestiones básicas, serían razón suficiente para no envidiar a nadie.

—Vamos, Felicia. El carretero nos espera —dijo Rosario cortando sus reflexiones, mientras ingresaba a la habitación y la miraba con orgullo maternal.

—¡Por la Virgen Santísima! ¡Eres la novia más bella que he visto! —le dijo y la abrazó con inmenso cariño.

—Tú también estás hermosa Rosario. Ayúdame con el Balangandan que no me lo pude poner y hoy, más que nunca, necesito la protección de San Benito —agregó mientras su amiga se lo abrochaba en la mano.

Afuera las esperaba Zoilo, que acababa de llegar de su estancia para acompañarlos a la boda y con mirada de arrobo, tomó a Rosario de la mano. Fulgencio, el encargado de cuadra, ataviado con sus mejores galas, si bien estaba serio, la miraba emocionado.

—Si usted me permite, niña, y no lo toma como un atrevimiento, sería para mí un honor muy grande, acompañarla hasta el altar —le dijo con timidez—. Es que su padre... es para mí... Y él no está hoy... Y Simón fue muy bueno con todos nosotros. La buscó tanto cuando estuvo perdida. Yo... la verdad, bendigo esta unión —finalizó.

—El honor será mío, Fulgencio —murmuró Felicia emocionada también,

mientras la ayudaban a subirse al carruaje—. Y de Simón que lo aprecia — agregó y buscó a la pequeña con los ojos.

Ángela correteaba feliz con su vestido rosa arrastrado entre los pastizales.

—Vamos, niña... no se ensucie, se ha llenado de abrojos —dijo una joven mulata mientras la corría. Al fin la alcanzó y la cargó en el carruaje junto a su madre, quitándole las espinas del borde del vestido y entregándosela a Rosario. Todos rieron a las carcajadas al ver el estado en que la pequeña había quedado en un segundo de distracción.

El camino hacia la capilla era corto, pero el aire de junio, estaba helado. Desde la distancia, Felicia pudo apreciar, que el resto de los empleados y esclavos de la hacienda ya estaban allí, esperándolos afuera, a pesar del frío matinal, formando el acompañamiento nupcial. Un poco más allá, Felicia alcanzó a divisar las cruces de las tumbas del cementerio familiar. Sintió un escalofrío y abrazó a su niña. Por un momento, recordó que en ese lugar había una tumba con el nombre de su hija. Una tumba vacía y ficticia que le traía a la memoria la peor época de su vida. Una época llena de mentiras, odios y soledad. Una etapa en la que había sido recluida forzosamente en el convento para parir a esa niña que le había sido arrebatada con engaños. ¡Cuántos días había llorado sobre esa tumba creyendo que allí estaba Ángela! ¡Cuánto había orado por besar a la hija que creía muerta!

Pero la vida es extraña. A veces nos arrebatamos en un segundo lo que más amamos, pero también tiene el poder de devolvernos la felicidad cuando menos lo esperamos.

—Don Fulgencio, esta tarde misma, usted se encargará de eliminar esa tumba... —le dijo en un murmullo para que Ángela no la oyera, señalando el cementerio y a sabiendas de que el hombre sabría a cuál se refería.

—Amita... ya lo hice, anoche, mientras todos dormían, ni bien comprendimos que la niña que usted traía en brazos era la que todos creíamos muerta. No toleraba mirarla a los ojos, sabiendo que esa cruz y esa tumba que yo mismo escavé, seguían allí —dijo el hombre bajando la cabeza con humillación y vergüenza. Felicia no respondió pero lo miró con agradecimiento antes de bajar del carruaje.

En el momento mismo en que lo hizo, comenzó a escuchar unas voces maravillosas entonando un Ave María. Tomó el brazo que le ofrecía Fulgencio y comenzó a ingresar a la capilla, un poco encandilada por el sol de la mañana. Las voces se elevaron y todos giraron para verlas, mientras empezó a transitar el camino alfombrado hacia el altar, con Ángela de la mano mientras

Zoilo y Rosario que iban de la mano también se ubicaron a un costado. De pronto vio a Simón, parado al lado del sacerdote, mirándolas con amor infinito y supo que nunca en la vida volvería a vivir un momento más sublime y maravilloso que ése.

Apretó la manito de Ángela que a su vez no había querido desprenderse de su muñeca y la acompañaba hacia el altar. Siguió caminando hacia él con lágrimas en los ojos hasta que Simón le sonrió y notó que también estaba emocionado. Desde el lugar donde estaba le envió un beso porque supo que a partir de ese momento él sería su único hogar, su amor, su familia. Su brújula para siempre.

CAPÍTULO XV

SIMÓN

La estancia de Liniers en Alta Gracia es una enorme residencia construida en forma de “L” y en dos niveles. En la planta alta, las habitaciones lindan a las galerías que repiten constantemente bóvedas de crucería y arcos de medio punto que descansan sobre robustos pilares. En sus orígenes había pertenecido a los jesuitas hasta que la Corona puso fin a su trabajo y accionar en América, entonces fue adquirida por José Rodríguez, miembro de una aristocrática familia cordobesa y padre de Victorino Rodríguez, quien por cuestiones económicas no pudo seguir sosteniéndola. Victorino Rodríguez, quien ya había logrado una prominente situación económica en Córdoba en la gobernación, logró rescatar la estancia en un remate y volver a adquirirla. Como también había mantenido una estrecha relación con Santiago de Liniers, decidido a residir en Córdoba luego de las Invasiones inglesas, le compra a Victorino la Estancia de Alta Gracia. Y desde ese momento, el destino une a ambos hombres, no sólo en un vínculo económico sino ideológico en los planes contra la Revolución.

Pero el destino querría también que su permanencia en tan magnífico lugar fuera de muy corto tiempo.

Después de la noticia de la Revolución de Mayo, las reuniones a las que asistió Liniers, fueron permanentes, muchas de ellas en la casa del Obispo Orellana. A esas reuniones comenzaron a asistir varios prominentes representantes de la sociedad cordobesa, entre los que se encontraban el gobernador de Córdoba, Juan Gutiérrez de la Concha, el Coronel Alejo de Allende, el oficial real Joaquín Moreno y el asesor legal Dr. Victorino Rodríguez. Las propuestas militares se sucedieron y analizaron para decidir cuál era la más conveniente.

El gobernador de Córdoba era partidario de juntar las tropas en Córdoba y marchar a Buenos Aires, pero en cambio Liniers, sostuvo que lo mejor era viajar hacia el norte a la espera de los refuerzos de las tropas del Virreinato del Perú y así, más fuertes, atacar Buenos Aires. Pero finalmente, el Deán Funes, convenció a Liniers, de esperar en Córdoba los refuerzos y que fuera empoderando sus tropas. Recurrió a todos los amigos adherentes a la Corona española y comenzó a equipar su ejército contrarrevolucionario. Tal vez, si hubiera escuchado al gobernador en vez de al Deán, la historia hubiera sido otra.

Las noticias que llegaban de Buenos Aires eran totalmente desalentadoras y entre los hombres que alistaba Liniers, los comentarios comenzaban a dividirse y los temores invadían sus ánimos y sus convicciones.

—Podemos triunfar —les decía uno de los generales mientras alistaban las armas— Montevideo y Paraguay también se han rebelado a la Junta. Mendoza amenaza con seguir nuestros pasos. Y desde el norte llegarán refuerzos.

—No deberíamos llegar a la guerra —dijo Simón.

—Por el momento viajaremos al Norte que ya han comenzado el camino de la rebelión —le respondió el hombre—. Cuando comprendan que la mayoría no aceptamos el poder de la Junta, nos tomarán en cuenta sin que corra sangre.

Simón lo escuchó y por primera vez tomó conciencia de que todavía no había hablado con Felicia del tema y que debería hacerlo cuanto antes, ya que la partida era inminente. Tenía que encontrar una manera. Esa noche, quizás, o la siguiente en la fiesta de Inés, hallaría la oportunidad. Porque quizás ya serían las últimas que pasarían juntos si los planes de Liniers continuaban. Por otra parte, ¿él estaba, totalmente convencido de lo que iban a hacer? Varios soldados habían desertado. Si bien por la mañana iniciaban las prácticas y las abandonaban por la noche, muchos, al día siguiente no volvían. El ejército que el General, estaba intentando formar no se mantenía estable, lo que significaba, que muchos como él dudaban del sentido de las acciones, o bien temían a la Junta y a las amenazas de Moreno.

—¿Ya llegaron las remesas y el apoyo del Norte? —preguntaba en ese momento uno de los soldados, desviando el rumbo de sus pensamientos.

—Ha llegado dinero proveniente de Lima. Pero también Liniers ha seguido recibiendo amenazas. Se lo insta a volver hacia atrás en los planes —contestó otro hombre, un joven hacendado amigo del general.

—¿Y qué ha respondido? —preguntó Simón.

—Que mantendrá su apoyo al gobernador Gutiérrez de la Concha porque

el Virrey Cisneros le ha otorgado “plenos poderes para organizar la resistencia en todo el virreinato, obrando de acuerdo con las autoridades del Perú”. Esas son las palabras. Y además, ha enviado a su hijo rumbo al norte para preparar el terreno. Hasta su hijo está en juego, señores, así que a ponernos en marcha —puntualizó, mientras comenzaban las prácticas de armas.

Muchos de ellos eran comerciantes y peones rurales con escaso conocimiento de las artes de la guerra, otros esclavos libertos, tratando de hallar un lugar social diferente; del grupo sólo Simón era un veterano, ex combatiente de las Invasiones. Trató de cortar el orden de sus pensamientos para no atormentarse con las futuras consecuencias de los hechos en los que ya estaba inmerso y siguió con la práctica de tiro hasta que oscureció y algunos regresaron a sus hogares.

Un grupo grande comenzaría a marchar al día siguiente hacia diferentes puntos de la provincia. Otro grupo, seguramente desertaría. La gesta contrarrevolucionaria estaba comenzando con poca gente y muchas dudas.

Se resolvió poner en marcha ochenta hombres de fusil y veinte de lanza al mando del coronel Santiago de Allende; asimismo se dispuso enviar armamentos a Diego Rapela, y hacer saber a los soldados de la expedición de la Junta de Buenos Aires, que todo aquel que desertase y apoyase a la Contrarrevolución recibiría cincuenta pesos, gratificación que sería mucho mayor si alguno de ellos “lograse pegar fuego a alguna de las carretas de la expedición revolucionaria, especialmente las que conducen la Pólvora y las municiones...”

Se sucedían las artimañas para obtener beneficios y frenar la avanzada de Buenos Aires, dispuesta a terminar con la rebelión cordobesa. La Junta ganaba en fuerzas, los contrarrevolucionarios en dinero.

La noche del compromiso de Inés, se notó enseguida que los ánimos estaban caldeados entre Simón y Felicia. Las conversaciones transitaban por temas superficiales y las risas entre ellos parecían forzadas.

El hombre estaba intranquilo, porque no había podido conversar con Felicia sobre su participación en la contrarrevolución y por otra parte, se notaba en ella una terrible incomodidad porque deberían estar en la casa de una mujer a la que jamás dejaría de considerar como su rival. Mientras

viajaban en el carruaje la notó muy seria y preocupada.

—No te sientas mal, Felicia, si esta noche es un motivo de dolor, mejor nos volvemos a casa. Nadie nos obliga a estar acá.

—Ya lo sé —respondió lacónica.

—Estás enojada...

—No.

—Vamos... tú nunca hablas tan poco.

—Tampoco soy la mejor conversadora del mundo.

—Sí lo eres.

—Bueno, no tengo ganas de hablar, entonces. Y no te he notado muy conversador a ti tampoco últimamente —le retrucó mientras llegaban a la casa.

El lugar estaba bellamente iluminado con farolas, que difuminaban su luz con la fina llovizna que había comenzado a caer desde la mañana y no había parado ni un minuto. Simón, un poco como excusa por el clima y los caminos intransitables, y otro poco por su inseguridad, no había ido a las prácticas, ni se había sumado al ejército que ya marchaba hacia el norte. Aún estaba a tiempo de sumarse a los grupos de retaguardia sobre el Río Tercero, si es que ya no habían desertado también; pero primero debía hablar con Felicia.

—Llegamos... —dijo ella, y Simón notó que le temblaba la voz.

—¿Tienes frío? —preguntó inútilmente, porque ella no respondió.

El hombre tomó la capa de terciopelo rojo y la puso sobre las espaldas de la joven, intentando abrazarla. Pero ella se alejó y comenzó a bajarse del carruaje. La noche sería espantosa, en todo sentido, pensó Simón. Primero por hacer un esfuerzo para soportar con la mayor tolerancia a la gente con la que deberían cruzarse en esa fiesta forzosa, y luego la conversación que tenían pendiente. Esa misma noche le contaría todo, se propuso a sí mismo. Simón la ayudó a bajarse del carruaje y corriendo para no mojarse, ingresaron a la mansión de Inés, ubicada en pleno centro de Córdoba.

CAPÍTULO XVI

FELICIA

Ingresar a esa casa, y abrir otra puerta hacia una pesadilla atroz, eran casi lo mismo. El lugar era hermoso, con cortinados hasta el piso y candelabros que iluminaban todos los rincones. Enormes vasijas indígenas pintadas en blanco y negro adornaban la entrada con plantas que sobrevivían a las heladas y un perchero de bronce. Desde el momento en que escuchó la música y vio todos esos rostros desconocidos que los miraban con curiosidad y picardía, Felicia se sintió descompuesta. Había sido una pésima idea aceptar esa invitación sólo por el hecho de tratar de ser aceptados y peor aún ponerse ese vestido rojo con exquisitos adornos de encaje negro. Si bien los tonos y el modelo destacaban con su cabello renegrido, la ponían demasiado en evidencia entre todos esos vestidos claros. Se notaba a la distancia la influencia de las cortes de Europa en el trazado de su ropa bonaerense, que ella misma confeccionaba con la ayuda de Rosario, en contraparte a la sencillez de los vestidos cordobeses. Por un momento pensó que esa gente, jamás los aceptaría. Y eso que no sabían que ella en realidad, no era una Iriarte de sangre pura, sino la hija de una esclava de su padre y que para colmo había vivido casi dos años en un rancherío de mulatos, luego de su huida de la Estancia. Si supieran esa mácula de sus orígenes, sumado a los actos incongruentes e irresponsables que había cometido en su juventud, entonces jamás podrían ni siquiera soñar, con ser invitados a una fiesta.^[12]

Por supuesto, no debía olvidar que en todo esto de la invitación había una intervención directa de Doña Inés de Villarreal cuyos ocultos motivos, desconocía. De sólo recordar la mirada de esa mujer le daban ganas de vomitar. El asco comenzó a subir desde su estómago a la garganta y sintió la boca amarga mientras un negro esclavo, les quitaba las capas húmedas. Tal vez, al recordarla la llamó, porque ni bien ingresaron al recinto y bajo la mirada atenta de una multitud de desconocidos que no querían perderse detalles, de pronto escuchó:

—¡Don González! ¡Qué gusto que hayan aceptado mi invitación! La verdad, nos moríamos por conocer a su esposa Doña Felicia Iriarte —dijo la mujer a la que sus pensamientos habían invocado.

Como siempre estaba bellísima. con su vestido celeste verdoso, el impresionante collar de esmeraldas, su cabello rojizo y los chispeantes ojos claros casi del mismo color de las joyas. Se sintió fea y desubicada y su colgante de seda negra con un camafeo y un rubí, regalo de Simón para la noche de bodas, parecía incluso sencillo a la luz de lo que la mujer exhibía con descaro sobre un escote impresionante.

—El gusto es nuestro —respondió rápidamente Simón tomando la mano que ella le tendía y acercándosela a la boca con una leve pero perfecta reverencia—. Gracias por la invitación.

Felicia lo admiró. Había aprendido a ser cortés más allá de lo que pasara en su interior y nadie podría reprocharle jamás su verdadera sangre, un secreto a voces, pero convenientemente invisibilizado por ese grupo de hipócritas, que preferían asumir, su posición de criollo en vez de su realidad de mulato.

Luego dirigió su mirada hacia Inés, que si bien la había nombrado, no se había dignado mirarla. A Felicia no se le había pasado por alto, que incluso, la había llamado por su apellido de soltera. Con terrible disgusto e impotencia la vio colgarse del brazo de Simón y avanzó entre la gente, dejándola allí parada como si fuera una estatua ignorada. Se sintió a punto de desfallecer de vergüenza, pero un caballero se acercó a ella, y le tomó la mano para saludarla.

—Gracias por venir, señora González —le dijo el hombre haciendo una reverencia y presentándose—. Soy Hernán de la Cruz y Olmedo, el prometido de Doña Inés —Y sin darle tiempo a responder, la tomó del brazo y la arrastró detrás de la pareja que formaban ahora Inés y Simón, conversando muy alegremente.

Por supuesto el hecho, atrajo aún más la atención de toda esa gente que los vio pasar, murmurando por lo bajo con el fondo de la música de piano y violines. Ante su estupor, se abrieron a su paso hasta el centro del salón y comenzaron a bailar. Inmediatamente el resto de la concurrencia se sumó al vals.

—Si me permite y no lo toma a mal —escuchó que el hombre le decía en ese momento— es usted la mujer más hermosa de este salón. Me atrevería a agregar, que he visto en mi vida. Ya lo decían mis amistades antes de invitarlos, pero nunca pensé que encontraría en esta Córdoba, una mujer tan fina y delicada como usted, una rosa inalcanzable —continuó galante.

Felicia lo miró y vio que lo que le estaba diciendo realmente lo sentía. Por un segundo más allá de la mirada lasciva que el hombre estaba dirigiendo en

ese momento a su escote, se sintió agradecida porque sus palabras, levantaban un poco su autoestima destruida por la situación y la presencia impactante de Inés.

—Muchas gracias Don Olmedo, es usted muy amable.

—En realidad, no lo soy. Sólo estoy admirado —prosiguió mirándola a los ojos. Felicia sostuvo la mirada del hombre con desgano, porque en realidad, no quería perder de vista a Simón que en ese momento conversaba muy amenamente con Inés mientras bailaban. Una punzada de dolor le atravesó el pecho y le llegó hasta la palma de las manos.

—¿Admirado? —preguntó.

—Admirado, sí. Me cuesta entender que una mujer tan hermosa, rica, con tantas posibilidades de un matrimonio conveniente, se haya casado con un comerciante del centro de dudoso enriquecimiento, alcurnia y ascendencia, como es Simón González —dijo apretando su cintura y rozando su espalda con sus dedos— ¿Vislumbro alguna traza africana oculta, tal vez, bien disimulada con esos ojos claros?

Felicia alcanzó a percibir su aliento a alcohol cuando acercó peligrosamente la boca hacia la suya. Se puso tensa e intentó alejar el rostro y mirar por sobre el hombro de Hernán. Inés se había acercado demasiado a Simón y le pasaba suavemente la mano por el hombro mientras bailaban y reía con picardía. Simón le respondía.

—Es algo que a usted no debería preocuparle, ni mis posibilidades, ni la ascendencia de mi esposo ya que ambos somos de buena cuna. Nuestros bienes son bien habidos y nuestra herencia un orgullo —respondió altanera—. Y al fin y al cabo usted ya tiene a su prometida, en todo caso debería preocuparse por ella —añadió con una sonrisa pícaro señalando a Inés que en ese momento acercaba su rostro al de Simón.

El hombre percibió lo mismo que Felicia y se tensó. Por lo visto, no era sólo ella la que captaba lo que la mujer estaba haciendo con su actitud juguetona y coqueta.

—Es cierto —respondió cambiando el tono de voz— ya tengo a mi prometida. Doña Inés es una mujer muy... emprendedora, que por cierto, entiende no sólo de moda, sino también de política —añadió sin que Felicia comprendiera el giro que estaba tomando la conversación— y que seguramente conseguirá lo que estamos necesitando. Hombres como su esposo para la causa, líderes naturales, con ascendencia desconocida tal vez, pero antecedentes militares intachables.

—No entiendo... —dijo sintiéndose una tonta.

—Simón es un hombre fuerte, listo, veterano de las Invasiones, con una libertad seguramente conseguida por los méritos en la defensa de su ciudad — agregó dejando en claro que conocía muy bien el origen racial de su esposo—. Por cierto, señora, en eso ha hecho una buena elección. No dudamos también de que nos apoyará, como un modo de seguir haciéndose un lugar en esta sociedad, digamos...prejuiciosa. Digo... para que no se sientan desarraigados. Es bien sabido que los esclavos emancipados no son bien vistos... pero... nosotros sabemos comprender y valorar sus aptitudes excepcionales y necesarias para la causa. Aunque no es un tema para hablar en este lugar y en este momento —finalizó mientras la música también terminaba y el discurso la dejaba totalmente desconcertada.

La gente comenzó a moverse en diversas direcciones, el hombre tomó su mano para volver a saludarla, mientras ella no podía elaborar una respuesta adecuada a la amenaza vedada, pero tan clara.

— Fue un verdadero placer —agregó y se alejó, sin más, en busca de su mujer.

—No era tan mala la idea de venir, mi amor —escuchó la voz de Simón a sus espaldas, mientras permanecía congelada de sorpresa.

—Es cierto, es una fiesta hermosa y muy instructiva —agregó Felicia con esfuerzo y sintiendo que le faltaba el aire. Pero Simón no lo notó, estaba distraído y con el ceño fruncido. Sus palabras no eran correspondientes con sus gestos.

—Muy linda... sí... ¿Podrás arreglártelas un ratito sola, corazón? Digo... ¿Conversar con las mujeres antes de la cena? Necesito hacerle unas consultas a Don Arteaga, mi amor, ya vuelvo... — finalizó dándole un beso en la mejilla y alejándose sin darle tiempo a réplica.

Felicia intentó serenarse mientras se acercaba a un grupo de mujeres que hablaban sobre ropa. Enseguida le preguntaron sobre la confección del vestido. Al parecer, su creencia de estar desubicada era por completo errónea y por el contrario había sido la sensación de la noche con su atrevido color y su escote marcado, una tendencia de las cortes europeas en contrapartida con la sencillez de las mujeres cordobesas. Por otra parte miraron varias veces sus zapatos y le consultaron sobre los últimos diseños de bordados sobre cuero.

—Todas queremos sus zapatos —le dijeron en varias ocasiones además de pedirle que los mostrara.

—Indudablemente la tienda de su esposo es un lugar que deberemos visitar

pronto —dijo otra recibiendo la aprobación de las demás. Al menos, comercialmente, la reunión sería fructífera y se incrementarían las ventas de Simón. Sólo en un momento se sintió incómoda cuando una de las damas le preguntó por la pulsera que llevaba puesta. Aún así, sin preocuparse por lo que pensarán, la miró desafiante y le dijo:

—Es un Balangandán.

—Disculpe, pero... si bien veo que tiene la medalla de San Benito, ese tipo de joya, la he visto mucho en las esclavas —retrucó la mujer con mala intención o quizás tratando de sacar a relucir el origen de Simón.

—Ah, mi señora. Ahora entiendo la intención de mi marido al regalármela —le contestó risueña y todas las mujeres la acompañaron en una carcajada general.

Si bien había logrado incluso, esquivar las estocadas de esas aristocráticas cordobesas llenas de prejuicios y ganarse incluso la simpatía de algunas, en otros aspectos se sentía desmoronada sobre todo cada vez que percibía sobre ella, la mirada burlona de Inés o la amenazadora de su prometido. Al fin, llamaron para la cena y se dirigieron al enorme comedor. Simón estaba tan incómodo como ella aunque nadie lo pudiera imaginar en su rostro sereno y sus sonrisas y diálogos amables. Los sentaron separados y eso la molestó aún más. Quedó al lado de varias señoras parlanchinas y un par de viejos babosos que parecían sumergidos permanentemente en su escote.

Por suerte, Simón había quedado al lado de varios hombres, pero para su consternación, al frente, justo al frente, estaba sentada Inés. “Bueno, al menos no está sentada a su lado”, pensó inocentemente, dispuesta a tratar de sobrellevar la cena y admirando el servicio de mesa. Mantel blancos bordados con vainillas y servilletas iguales, platos de la rarísima Vajilla Reflejo Dorado, fabricada en Valencia y que bien sabía por su madre, estaba directamente asociada a la Realeza y a gente muy pudiente en España. Copas altas de cristal y cubiertos de plata con las iniciales de la familia, le daban un toque completamente aristocrático a la mesa. Esa gente no sólo era poderosa, sino rica. Varias esclavas negras, ataviadas con prolijos uniformes comenzaron a servir la cena: aves pìgmeas sobre un colchón de verduras y una salsa dulce y acaramelada. En maravillosos botellones de vidrio soplado a mano, trajeron el vino y el agua.

—Y así es señora... —escuchaba en ese momento que un señor mayor se dirigía a la mujer que tenía al lado— Córdoba es una ciudad bien equipada con el Regimiento de Voluntarios de Caballería, que desde 1801 cuenta con

cuatro escuadrones de tres compañías cada uno y un total de mil doscientas plazas. A eso hay que sumarle que en La Carlota contamos con la Compañía de Partidarios de la Frontera de Córdoba, con otras cien plazas, una unidad de características similares al Cuerpo de Blandengues^[13].

—Pero se habla de que si nos rebelamos contra la Junta de Buenos Aires enviarán tropas, Don Ibañez.

—No lo harán, no les conviene... —intervino una joven entusiasta sentada a su lado— Mi marido dice que las milicias urbanas también están bien armadas.

—Si bien armadas, puede decirse de un montón de boleadoras y lanzas... No creo que podríamos repeler un avance de Buenos Aires con las escasas armas que disponemos —respondió el mismo hombre con ironía.

—Usted debe saberlo, doña Felicia. Su marido es un veterano de Liniers. Seguramente sabrá mejor que nadie lo que están tramando. Cuéntenos...

—La verdad es que yo... —comenzó a decir Felicia turbada, comprendiendo de pronto, a dónde iba Simón en sus largas ausencias y los secretos que parecían separarlos permanentemente— no puedo hablar de ello —dijo haciéndose la misteriosa pero tratando de escabullirse del tema y porque de verdad, no sabía nada.

—Usted es una pieza de colección, señora. Bella y reservada. La verdad es que mujeres como usted no quedan —expresó Don Ibañez—. Brindo por ambas cosas —y se llevó la copa a la boca.

Felicia respiró aliviada e hizo lo mismo pensando que ese tema era otro del que Simón la había excluido. ¿Sería cierto que se estaban conformando las milicias urbanas, y que Simón tenía una importante participación en ello? ¿Cómo los dejaba parados, esa situación? ¿Cómo héroes o como villanos? ¿Qué tenía que ver Inés y su esposo en todo este tema? Por un momento, toda la verdad de sus vidas de ese último tiempo empezó a caer sobre ella como una cascada. Si Simón estaba tratando con Liniers y lo estaba ayudando para armar una contrarrevolución en Córdoba, entonces corrían peligro.

—Pero es bien sabido, que el gobernador Gutiérrez de la Concha, no aceptará a la nueva junta de gobierno porteña y que junto a Liniers se están alistando milicias urbanas con varios cientos de milicianos reclutados en la campaña por el coronel de milicias Santiago Allende y que han recibido órdenes de estar listos —continuó diciendo el hombre después de vaciar su copa— como también, que si la señora Felicia, conoce algo de los planes de estas milicias urbanas o de la participación de su esposo, tampoco lo dirá —

finalizó con una carcajada que los que estaban a su lado, respondieron.

Felicia no podía dejar de observar en ese momento, el rostro de Simón quién en la otra punta, sin poder escuchar lo que se estaba hablando en esa parte de la mesa, parecía estar más incómodo de lo que lo había visto en toda la noche. Casi deja caer su copa y tenía el rostro rojo, como si de pronto hirviera mientras miraba a Inés con una furia asesina. La mujer, por otra parte, había bajado la vista y se hallaba reclinada en su silla con total inocencia sonriendo con cierta picardía. Por un momento intentó aguzar el oído para captar lo que se hablaba en ese sector, o qué podría haber conseguido ese malestar en Simón, pero sólo pudo entender algunas frases referidas a la situación de Buenos Aires y la reciente revolución, que se entremezclaban con las risas de sus compañeros de mesa.

Por fin, la cena de pesadilla, terminó y fueron invitados nuevamente al gran salón a degustar algunas exquisiteces dulces en tartas elaboradas con mermeladas caseras y alfajores de dulce de leche, y posteriormente a presenciar el intercambio de anillos de compromiso. Luego de todos esos protocolos, llenos de augurios, saludos y felicitaciones, la gente comenzó a dispersarse. Algunos que se iban, otros que se acercaban a la pianista que interpretaba en ese momento algunos conciertos, pequeños grupos de charlas y otros bebiendo ginebra que seguían sirviendo las esclavas.

Comenzó a buscar a Simón por las distintas partes del salón y no lo encontró. Al fin, cansada de semejante abandono, hasta pensó en la posibilidad de irse y dejarlo allí cuando se acercó a la puerta que daba al balcón. Sin saber por qué lo hacía, corrió la cortina. Allí estaba Simón de espaldas, porque no alcanzaba a ver su rostro pero reconociéndolo inmediatamente. Estaba hablando con alguien pero no podía divisar con quién. De pronto, vio que era una mujer, y que lo tomaba del brazo y se le acercaba demasiado. Se sintió paralizada, como si el mundo se detuviera en ese instante, sin entender lo que sus ojos veían a través del cristal de la puerta. Lo más extraño es que una suave llovizna caía sobre la pareja y no parecían notarlo. La mujer movió sus manos por los brazos de Simón y él la tomó también de los brazos y se inclinó. Felicia no pudo seguir mirando. Giró sobre sus pies y salió tratando de que la habitación dejara de girar y no caerse en el camino. Nunca supo cómo llegó a la puerta principal pero al llegar al exterior la llovizna se había intensificado. Varios carruajes se arremolinaban mientras algunas parejas subían. Miró para todos lados para encontrar el vehículo que los había traído. El Señor Ibañez que había estado sentado frente a ella en la

cena, se le acercó.

—¿Pasa algo, Doña Felicia? ¿La puedo ayudar?

—¿Podría acercarme a mi casa? —le dijo de manera imprudente.

—Como no... suba —dijo el hombre sorprendido y ayudándola.

El viaje fue incómodo con el viejo nuevamente obsesionado con su escote y en ese momento entendió que se había olvidado la capa. Tembló de frío y miedo. Nunca debió marcharse así y menos con un desconocido. Tal vez, lo que había presenciado era un error, o una mala interpretación, debería haber esperado a Simón y luego pedir explicaciones.

—Tome —dijo el hombre al notar los intensos temblores que la azotaban, levantándose e inclinándose hacia ella para acercarle su propia capa. Al hacerlo, rozó de manera intencionada sus pechos. Felicia se corrió hacia atrás con asco, pero en ese momento el carruaje se bamboleó para los costados al pisar algunos adoquines y el hombre cayó casi sobre ella. Se removió inquieta y asustada, pero al fin, se enderezó y continuó tratando de colocarle la capa y aprovechando de tocarla.

—No es necesario... —murmuró furiosa, pero el hombre se impuso y se la colocó sobre los hombros volviendo a mirar mejor en el interior de su corpiño, el canal entre sus senos. Se sintió desnuda y vulnerable mientras los mismos se sacudían al compás de los saltos del carruaje. Se cubrió enojada consigo misma y con Simón y el recorrido fue interminable. Finalmente llegaron frente a la casa de dos plantas bajo una lluvia intensa.

—Permítame ayudarla —dijo el hombre mientras intentaba nuevamente acercarse a ella, que luchaba por desenredar el vestido húmedo de sus piernas para bajarse. Se inclinó hacia la puerta y el hombre trató de tomarla por los brazos. No se lo permitió y se soltó bruscamente cayendo casi sobre el barro —Por Dios, Felicia... cuidado... me hubiera permitido...

—Muchas gracias —dijo casi al borde del llanto. Corrió empapada y con parte del vestido embarrado se acercó a su casa. Por suerte, escuchó los cascos del caballo y los ruidos del carro, alejándose.

Y entonces, al fin, se dejó caer en la puerta sin ingresar a la vivienda. El agua de la lluvia helada de julio se confundía con sus lágrimas mientras se escurría por su rostro mojando su vestido y su capa roja, que intentó colocar sobre su cabello estirado. Elevó sus manos al cielo angustiada, cual si un Dios pudiera escucharla. ¿Cómo podría volver a ingresar a lo que creía era el hogar de ella y Simón? ¿Cómo podría entrar y ver el rostro dormido de su hija, y hablar con Rosario, que se había ofrecido a cuidarla esa noche, como si nada

hubiera pasado? ¿Cómo podría siquiera seguir respirando, si Simón estaba al lado de esa mujer? ¿Cómo podría seguir viviendo, si él no la elegía, si le mentía, si la engañaba ocultándole cosas importantes?

¿O todo esto, era sólo una horrible pesadilla que acabaría en cualquier momento?

La lluvia y las lágrimas, continuaron escurriéndose por su cuerpo y por su rostro por un tiempo que pareció interminable, mientras sus sentidos se anesthesiaban. Y entonces, vio a la distancia el carruaje de Simón que se acercaba por la calle. Tal vez, todo era una pesadilla sí... Cerró los ojos con fuerza, como si al hacerlo, en algún momento pudiera despertar.

CAPÍTULO XVII

SIMÓN

—Vamos, Simón... No puedes bajar los brazos también —le decía en ese momento Don Olmedo— Liniers cuenta con tu experiencia y fidelidad.

—Ya hice todo lo que estaba a mi alcance, entrenando las milicias. No se trata de fidelidad, también le debo fidelidad a mi familia, e ir al Norte, significa dejar desprotegida la ciudad y por ende a nuestras familias expuestas a un ataque de Buenos Aires. Creo que lo más prudente es que las milicias urbanas, cumplamos nuestra misión de proteger Córdoba.

—Gutiérrez de la Concha ha ordenado resistir en Córdoba, ya que no disponemos de las fuerzas necesarias y mucho menos en la campaña —argumentó Don Esteban Saravia apoyándolo— Buenos Aires dispone de fuerzas instruidas que pueden llegar en poco tiempo, se dice que ya han partido y estarán acá en unos días y la ciudad estará desprotegida como bien dices, Simón.

—Sin embargo se habla de que se ha logrado reunir mil quinientos hombres y catorce cañones... —intervino otra vez Don Olmedo.

—Muchos están desertando —agregó Simón que podía dar fe de ello.

—Es que Liniers cree que debemos buscar ayuda en el Alto Perú, para poder armar un ejército eficaz y con conexiones con el Paraguay mediante el Chaco. Y no está equivocado —continuó Don Olmedo— están listos para partir, y usted debe sumarse con la gente de la campaña que ha estado entrenando. Sin usted, muchos más desertarán.

—Eso es cierto —lo instó Saravia— confían en su experiencia.

—A cenar, señores —interrumpió la discusión Doña Inés con una enorme sonrisa mientras intercambiaba una mirada cómplice con su futuro esposo y observaban a Simón. El hombre lo notó y supo, que otra vez, estaba en el tablero de juego de esa gente y que sería muy difícil hallar una manera de salir airoso y que su familia no fuera dañada en el intento. Se sintió inmerso en una red de intrigas que no terminaba de comprender.

Ya en la mesa, para su disgusto, se vio alejado de Felicia, con la que prácticamente no había podido compartir nada en esa terrible noche. No podía

imaginar lo que estaría pasando por esa loca cabecita con una situación tan espantosa. Intentó mirarla y acercarse a ella, pero sólo pudo apretarle el hombro al pasar por su lado y tratar de infundirle tranquilidad y contención. Felicia no lo miró, obviamente seguía enojada. Luego a través de la mesa, le dirigió una mirada furibunda al notar que sentaban a Inés frente a él. Otra tramoya seguramente bien planificada. Indudablemente había sido un gran error de su parte, pensar que esa fiesta era positiva para ellos. Por lo contrario, sólo les traería terribles problemas, por lo que acababa de comprobar, con las presiones que estaba teniendo, sólo que ya era muy tarde para cambiar el orden de los acontecimientos. Trató de tranquilizarse y no mirar a Inés que por suerte, parecía tranquila y no le dirigía la mirada, conversando con el hombre a su lado.

Sirvieron la comida y la charla se desarrolló en completa tranquilidad, pasando por todos los temas del momento con diferente importancia: la reciente revolución, la rotura de las calles, la disminución de las ventas en la Aduana por las lluvias, las quejas de los productores textiles rurales, algunas revueltas de negros en las estancias y la exportación de mulas. Un abogado comenzó a dar una larga disertación sobre los últimos litigios originados por arrendatarios y grandes estancieros contra usurpadores ilegales de sus tierras, y otros tantos referidos al ganado aquerenciado o marcado de manera incorrecta.

De pronto Simón se sobresaltó y casi vuelca la copa de vino sobre su camisa. Se puso pálido y miró a Inés que conversaba tranquilamente con el hombre a su lado. Un pie descalzo, obviamente de la mujer, se había apoyado en su entrepierna y avanzaba sobre su miembro de manera acariciante debajo de la mesa y oculto por el largo mantel. Simón se movió intentando alejarse del pie sin retirar las manos de la mesa o quedaría en evidencia. La miró y sintió su rostro enrojarse y hervir como también, sin que pudiera evitarlo, que una erección involuntaria presionara en su pantalón. La mujer se inclinó hacia atrás, e intensificó la caricia al sentir su dureza, y sonrió a su interlocutor totalmente ajeno a lo que estaba ocurriendo. La furia lo invadió, no sólo por el poder que ella seguía ejerciendo sobre sus instintos, sino por la terrible y vergonzosa osadía de invadirlo en semejante situación social que lo dejaba indefenso. Corrió lentamente la silla hacia atrás y dejó caer la servilleta sobre su regazo. Tuvo allí la ocasión de retirar el pie de la mujer mientras la miraba con odio. Inés, bajó el pie y se acomodó en su silla nuevamente, pero no lo miró. Sólo sonrió con picardía y siguió hablando

tranquilamente con sus vecinos de mesa. Simón intentó retomar los temas de conversación y mirar hacia el lugar donde estaba Felicia. La joven parecía estar siendo víctima de las mismas incomodidades ya que estaba seria y con la mirada sobre su plato. Mientras la cena llegaba a su fin, Simón pensó en que nunca más asistirían a esos eventos. No tenía ningún sentido si les causaba dolor. Para su consternación aún faltaba mucho de esa noche, el compromiso, el concierto y los postres. En realidad era una eternidad y le urgía estar con ella, abrazarla, hacerle el amor, contarle todo lo que estaba ocurriendo en la ciudad y su participación en ello, y luego pedirle perdón por no haber confiado en ella. No sería parte de esa locura, no lo haría, tenía que hallar la forma de alejarse de todo eso para pensar sólo en su familia y si era necesario, se marcharían de allí.

Felicia parecía ajena a todo lo que pasaba por su cabeza y lo que los amenazaba. De pronto una sirvienta negra le acercó una copa y un papel. No entendía mucho el sentido de que Don Olmedo lo citara en el balcón, pero se mantendría firme en su postura de no sumarse al ejército. Él no marcharía rumbo al norte con Liniers porque le parecía una completa locura, más allá de su fidelidad a la causa contra revolucionaria. Se dirigió al balcón dispuesto a sostener sus convicciones y decirle que ya había tomado una decisión.

En el balcón no había nadie, se preparó para regresar al interior de la sala cuando entró Inés.

—Ahora voy entendiendo... —le dijo con sorna— al fin y al cabo siempre quisiste que fuera tu títere personal, pero ahora en realidad eres tú, el títere de tu prometido. Don Olmedo te está utilizando.

—Vamos Simón. No te hagas el inocente. Tú también te has visto beneficiado de mis relaciones —dijo Inés, acercándose a él—. Y por otra parte veo que sigues sintiendo por mí las mismas cosas —agregó acercándose aún más y acariciando sus brazos con suavidad.

Simón percibió el fuerte perfume y por un segundo se sintió asqueado, pero no sólo por el aroma francés, sino y sobre todo, por la actitud de esas personas, dispuestas a venderse entre sí para sus propios fines.

—Eres increíble... —le dijo quitándole las manos y sintiendo de pronto, la lluvia sobre sus rostros, que a ella, parecía no importarle.

—Increíble es tu cuerpo —respondió mirándolo con deseo—. Te extraño, y me extrañas, pude notar esto esta noche —agregó.

—¿Quién te mandó? ¿Tu futuro esposo? ¿Son tan arrogantes que creen que con tus burdas actitudes de seducción me podrán convencer de que mueva

hacia el norte, las tropas de la campaña? ¿Por qué no entienden que la gente del campo tiene miedo? ¿Y sobre todo, que ya no quedan tropas? Están desertando, Inés.

—Tú podrías reorganizarlas... Sólo tú puedes hacerlo, Simón. ¿O desertarás también, como un cobarde?

—Yo no puedo ni pienso hacer nada, Inés. Liniers ya ha decidido partir hacia el Norte, y los grupos armados de la campaña se están diseminando. ¿Qué esperas?

—Que los vuelvas a reunir y se unan a Liniers... ese era el plan.

—No puedo hacer nada, Inés, ya lo hablé con tu prometido.

—Estás jugando con fuego Simón... no te olvides todo lo que sé de ti. No te olvides que mi esposo es amigo directo de Santiago Allende y que nuestras donaciones a Orellana son parte del sostén de la iglesia.

—No me amenes...—dijo el hombre tomándola también de los brazos e inclinándose hacia ella en postura intimidatoria. Entonces Inés miró hacia la puerta y se sobresaltó. Él giró y le pareció ver a Felicia que se retiraba dejando caer nuevamente la cortina. Si la muchacha los había visto, quién sabe qué creería. Soltó con brusquedad a Inés y casi la hace caer, pero no le importó, debía buscar a su mujer antes de que cometiera una locura. Pero Inés, en un último intento, volvió a tomarlo del brazo y lo miró con odio.

—No te olvides de lo que te dije, Simón... piensa en ella también. Me estoy cansando de ayudarte. También puedo destruirte. Y sé muy bien cómo hacerlo —finalizó.

El hombre ya no la escuchaba ni le importaban sus amenazas y atravesó el salón a toda velocidad para evitar a quiénes intentaban conversar con él. Al fin llegó a la puerta. Pero Felicia ya se había marchado.

CAPÍTULO XVIII

SIMÓN

Era un bulto rojo, apenas iluminado por el farol intermitente de la calle, arrebujado en el borde de la puerta mientras el agua caía sobre su rostro y su capa. La lluvia daba a todo el paisaje nocturno una apariencia espectral y de pesadilla. Simón se bajó del carruaje y corrió hacia ella. La abrazó con fuerza, percibiendo sus temblores. Estaba helada pero lo más terrible eran los ojos fijos perdidos en un punto desconocido, entonces la ayudó a incorporarse apretada contra su pecho. Al abrir la puerta, Rosario se acercó presurosa, porque había escuchado los carruajes y con el ceño fruncido y una gran preocupación al notar el estado de su amiga, sólo atinó a ayudarlos a entrar.

—¿Qué pasó?

—Luego te explicaremos Rosario... —dijo el hombre con firmeza, sin dar lugar a más preguntas. La mujer asintió.

—Cualquier cosa que necesiten, estaré aquí, sólo estoy a unos pasos. Ángela hace mucho que se durmió y sobre el fuego hay agua caliente para que se entibien —les aseguró tomando su abrigo y retirándose.

Simón permaneció abrazando a Felicia por un largo rato. La joven no se movió, pero tampoco respondió. Sólo lo miraba con mucha tristeza. Entonces Simón comenzó lentamente a quitarle la ropa.

—No... por favor... —dijo la joven— no quiero...

—Déjame hacerlo, necesitamos quitarnos la ropa mojada, o nos vamos a enfermar —respondió enfático, mientras desataba los innumerables lazos del vestido rojo empapado y cubierto de barro y desabrochaba los botones de nácar de la ropa interior. La dejó completamente desnuda mientras ponía el agua que se calentaba en el fogón, en un enorme fuentón de bronce. Luego se desvistió también y la acercó al mismo. Probó el agua, la entibió y la obligó a entrar. Su cuerpo temblaba de manera incontenible. Se metió con ella y tomó una esponja. Con lentitud comenzó a pasarla por el cuerpo de la joven y formando suaves lluvias de agua tibia desde la cabeza a los pies hasta que

dejó de temblar. Mientras lo hacía le hablaba lentamente en el oído.

—Lo que viste, no es lo que crees —comenzó diciendo—. Jamás te negaré lo que esa mujer intenta hacer, porque eres lo suficientemente inteligente para darte cuenta de sus actitudes y por ende de sus intenciones. Pero no es por los motivos que crees —agregó rápidamente mientras pasaba la esponja por sus pechos. Los pezones se elevaron y la sintió estremecerse. Felicia lo miraba a los ojos y él sostuvo su mirada y continuó—. He cometido un error imperdonable, tampoco es el que crees, no tiene que ver con Inés, pero ese error ha sido pensando en la libertad de estas tierras. Me sumé a la conformación de un ejército contra revolucionario, ayudando a Liniers —dijo de pronto y sin dejar de mirarla.

—Lo sé —respondió ella para su sorpresa.

—Lo sabes...

—Lo sé. Lo que no sé, es por qué me lo ocultaste. Por qué nos sometiste a esta humillación. Por qué está metida en todo esto esa mujer repugnante.

—Porque Don Olmedo también la está utilizando. Y sólo me di cuenta esta noche. Soy un total estúpido. Me creí la inocencia de Olmedo. No podía saber... Y ahora... ahora no sé cómo podré evadirme de esta situación. No entienden que es un grave error. Liniers partirá en unos días al Norte, y esperan que yo los acompañe con los pocos recursos militares que he estado entrenando en la campaña. Pero yo no tengo poder, Felicia. Sólo soy un miliciano más, un mulato, ex combatiente, pero sin ninguna influencia sobre nadie, aunque ellos lo crean. Aunque lo intentara, esas tropas del campo que creen tener, ya no existen —prosiguió diciendo en voz baja en su oído mientras la recorría completa con la esponja.

—Pero... por qué... por qué nunca me contaste todo esto...

—Porque tenía miedo de lo que pensarías. No quería que estuvieras en medio de estas luchas de poder político. Por otra parte, creía que lo que estábamos defendiendo era la ciudad. Pero marchar al Norte es otra cosa. Ya no se trata de la ciudad, de defender nuestras familias, ni de oponerse a Buenos Aires. Se trata de iniciar una guerra. Y Buenos Aires enviará tropas... Van a matarnos a todos...

—¿Qué tiene que ver Inés? —preguntó Felicia temblando otra vez. Pero ahora tomó ella la esponja y comenzó a pasársela por el cuerpo a Simón. Él la dejó hacer agradecido de esa caricia impensada y necesaria en ese momento donde el miedo no sólo ahora era por ella, sino también por el futuro que les esperaba a todos.

—No estoy muy seguro... Pero por todos los trucos y artimañas que está usando, creo que Olmedo la ha convencido de que sin las tropas de la campaña, todo se irá al demonio. Y... obviamente debe haber usado el dinero de Inés para ayudar a Liniers. Por supuesto, también debe haber otros motivos que desconozco. Se dice de las minas de plata... De los intereses del General y sus propias ganancias.

—Dios mío... —murmuró Felicia terminando de lavar el cuerpo de Simón. Entonces el hombre se agachó y sumergió parte de su cuerpo en el agua, la ayudó a reclinarsse también. La joven se sentó sobre sus muslos y apoyó la espalda sobre su pecho. Simón la abrazó y la apretó junto a él arrojando agua tibia sobre ambos.

—¿Qué haremos?

—Esperar, que Liniers llegue al Norte y busque apoyo en el Alto Perú. Y que Moreno, desde Buenos Aires, dirija su atención al Norte también y los cordobeses dejemos de ser su foco de ataque.

—¡Dios mío! —volvió a murmurar Felicia entendiendo ahora, que no era sólo su vida, la que se desmoronaba, sino quizás, la de mucha gente implicada en los terribles hechos que se avecinaban. La vida de todo el país.

Se apretó contra él, mientras Simón le besaba la cabeza con ternura. El agua se estaba enfriando pensó el hombre y todo cambiaría en sus vidas pero no podía ahora, decirle a su mujer lo que pasaba por su cabeza, ni las amenazas de las que había sido objeto esa noche. Tampoco estaba seguro de la red de lealtades que se trazaban en el medio de la sociedad colonial, pero él, justamente él, no era el más fuerte ni el más poderoso para prevenir las. Y es bien sabido que la soga siempre se corta por el punto más débil. Por lo tanto si Buenos Aires enviaba tropas, él debería huir.

—Prométeme, mi amor, que si la cosa se pone difícil y yo no puedo evadirme de esta situación, te refugiarás con Ángela en la estancia de tus padres. Allí estarán seguras.

—No me digas eso, no, por favor... —dijo Felicia temblando y con lágrimas en los ojos, mientras acariciaba de manera inconsciente la medalla de San Benito de su pulsera.

—No pasará, pero prométemelo igual. Deberás pensar primero en nuestra hija y en ti. Promételo, Felicia —insistió obligándolo a mirarlo.

—Siempre pensaré primero en nuestra hija, pero no me pidas que te prometa que te abandone. No volverá a pasar, ya lo hice una vez, y prefiero morir a tu lado.

—Por favor, Felicia, déjame tranquilo y asegúrame, que llegado el momento de que algo suceda buscarás refugio seguro. Yo sabré dónde ir a buscarte. Y que bajo ninguna circunstancia, abandonarás a nuestra hija por seguirme a mí.

—Puedo prometerte, que pensaré la mejor manera de protegernos a todos y si es en la estancia, allí nos encontraremos mi amor —dijo recostándose nuevamente en su pecho.

Acarició a Felicia largamente y formuló una oración.

La vida de todos ellos pendía ahora, de los hilos del destino. Hilos que ellos, ya no manejaban.

CAPÍTULO XIX

FELICIA

Las palabras de Simón parecieron proféticas. Y al fin, los cuatrocientos hombres al mando de Liniers, que quedaban luego de las numerosas deserciones, partieron hacia el norte, con setenta mil pesos del erario público, en dirección al Alto Perú, lo cual fue comunicado por Ortiz de Ocampo a la junta el 1 de agosto:

“Exmo. Señor — Acabamos de saber por Don Faustino Allende que ayer á medio día han salido de Córdoba, camino del Perú, el Gobernador Concha, el Sr. Liniers, el Obispo, el coronel Santiago Allende, Don Victorino Rodriguez y el oficial Real, Moreno, llevando consigo nueve piezas de artillería volante del calibre 4, 6 y 8, con algunos carruajes y trescientos ó cuatrocientos hombres con fusil y chuza (...)”

Mientras tanto, las deserciones se sucedían y por más que Simón intentó comunicarse, en los días subsiguientes con algunos de sus allegados en las prácticas, le fue imposible.

—Como te dije, amor... Todo se va al demonio. Liniers ha partido y acá ya no queda nadie dispuesto a proseguir la causa.

—¿Se ha vuelto a comunicar Olmedo, contigo? —preguntó preocupada, y sin mencionar su mayor inquietud, las represalias posibles de Inés.

—No.

—No me mientas más, Simón. Si debo saberlo...

—Tal vez debas prepararte para mi huida y refugiarte en la Estancia.

—¿Qué dices? Huiremos todos. Ocampo e Inés también apoyaron la causa, como tantos otros de estos ricachones, ellos no se saldrán con la suya.

—Ellos tienen poder, y amigos... Tapan todo. Yo soy un ex miliciano de Liniers, un simple esclavo liberto, un peón en este juego de poderes. ¿A quién piensas que creerán?

—Iremos contigo. No podrás impedirlo.

—No. No puedo ponerlas en riesgo. Escúchame Felicia. Si todo se complica, yo me esconderé un tiempo en la campaña. Tengo a quién recurrir. Y tú y Ángela, se irán a la hacienda de tus padres, o con Zoilo y Rosario. No puedo arrastrarlas a esto y sólo me demorarán poniéndonos en riesgo a todos. Esto deberé hacerlo solo. Cuando me sienta a salvo mandaré por ustedes.

—No, Simón... no puedo...

—Deja de contradecirme en todo, mujer. Me pides la verdad y luego te quejas si te miento. Ahora te estoy diciendo la verdad. Correremos peligro. Por lo tanto me harás caso.

—Pero... —Y no pudo continuar, porque la angustia se le anudó en la garganta. Simón la abrazó con ternura.

—Hemos superado cosas peores, Felicia. Esto también pasará y será sólo por un tiempo —le afirmó, tratando de tranquilizarla.

Pero la muchacha no le creyó. Conocía a Simón, y otra vez, estaba tratando de suavizarle las cosas, como había sido siempre desde niños. Él asumiendo los costos y los dolores más terribles. Él asumiendo las consecuencias para evitarle a ella los sufrimientos.

Al otro día habló con Rosario y le contó. Necesitaba confiar en alguien el tremendo dolor que la acuciaba.

—Simón tiene razón, Felicia. El miedo se huele en el aire. Zoilo me ha contado que sólo queda ya una compañía de Partidarios de la Frontera porque los demás han desertado. Y que entre Totoral y Villa Tulumba se incendió un carro de pólvora y municiones y hasta los maestros de postas se niegan a prestar caballos porque vienen tropas de Buenos Aires.

—¿Tropas de Buenos Aires? ¿Van a atacar a sus hermanos, los cordobeses? Pero... cómo es posible...

—Sé que suena increíble, pero la Junta está dispuesta a hacer valer su poder como sea. Córdoba es la principal amenaza de la Revolución.

—¡Virgen Santísima!

—Hasta nuestro medio de vida está en riesgo, Felicia, ya que todos los animales están siendo utilizados para equipar el ejército y no se permite carnearlos. El miedo se contagia. Y los contra revolucionarios serán castigados.

—Y entre ellos estará Simón —murmuró Felicia.

—Ahora, lo que no entiendo, amiga ¿Cómo pueden saber que Simón forma parte de esto? Si él abandona la misión sólo será un desertor más de tantos que ya han abandonado la causa.

—Por Inés. Esa mujer se vengará de los desplantes de Simón. Se vengará de mí, lo sé, aunque mi marido no me lo diga. Cuando le pregunté si había recibido más amenazas me lo negó. Pero me miente.

—Si llegan las tropas a Córdoba, entonces Simón deberá huir. Tal vez, ya debería estar haciéndolo. ¿Te das cuenta?

—Me doy cuenta. ¿Qué haremos, Rosario?

—Si lo necesitas, tenemos dinero ahorrado y con Zoilo podemos ayudarlos a escapar. Podríamos ocuparnos de Ángela hasta que ustedes dos lleguen a lugar seguro y luego nos avisan y les llevamos la niña.

Felicia tembló. Otra vez el miedo y la huida, cuando ya había pensado que eso pertenecía a otra etapa que no volvería. Por un momento pensó en las pesadillas de Ángela, en el hombre que la perseguía, como si les estuviera anticipando hechos del futuro. Pero si la única manera de salvar a Simón era huir, abandonarlo todo, esta vez sería ella la que debería sacrificarse. La vida de ese hombre que amaba dependía ahora de unos hilos invisibles manejados por poderosos, determinados a cambiar la historia, aunque lo hicieran desde la ambición desmedida y la traición.

CAPÍTULO AX

SIMÓN

Las figuras caminaban por las calles como siluetas errantes humedecidas y heladas. El mes de agosto seguía siendo frío y la niebla matinal oscurecía las sierras en ese día cinco. Los hombres llegaban cansados por haber recorrido muchos kilómetros en un breve tiempo. Habían atravesado llanos, pircas y tranqueras, cargando lanzas, espadas y apretando espuelas. Los animales también estaban agotados para proseguir, pero debían capturar a todos los contra revolucionarios.

En pocas horas, toda la ciudad lo sabía y alborozada, les daba la bienvenida. El ejército de González Balcarce, después de muchos días de marcha forzada, con un destacamento de trescientos hombres, ingresaba a Córdoba, tratando de acortar los seis días de ventaja que le llevaban los soldados de Liniers en tránsito hacia el Alto Perú.

—Está ocurriendo Felicia —dijo Rosario asustada, ingresando a la tienda — ya están acá y todos los falsos e hipócritas aliados de la contrarrevolución ahora les están dando la bienvenida. El miedo obra milagros. Creo que ha llegado la hora de que huyan.

—¿Está todo listo?

—Sólo falta convencer a Simón de que debe huir y me deje acompañarlo —respondió la joven corriendo a buscarlo y cerrando la puerta del frente de la tienda.

Y al poco rato, bajo la llovizna que había vuelto a arreciar en la ciudad sintieron los golpes en la puerta.

—Demóralos Rosario... por favor... demóralos —dijo la joven, entregándole a Ángela en sus manos, mientras corrían al fondo de la casa hacia la abertura del tapial cargando sendos bolsos.

Simón la ayudó a pasar y corrieron por el patio hacia el fondo del terreno. Allí levantaron una tapa que simulaba un viejo pozo de agua y se metieron en él. El pozo llevaba a una salida detrás de la casa. Otra vez, el destino los hacía transitar juntos para huir de la esclavitud. Al fin, luego de un largo rato de chapotear en los charcos de las desiertas calles, Simón se detuvo.

—Hasta aquí llegas, mi amor —dijo mirándola y acariciando con ternura su rostro.

—Pero... no, no me hagas esto —exclamó Felicia comprendiendo de pronto que él no la sacrificaría— Yo voy contigo.

—No puedes, Felicia. Tienes que cuidar de nuestra niña, me prometiste que nunca la abandonarías.

—No la abandono, sólo la dejaré un tiempo a cargo de Rosario, ella se encargará, ya lo hemos hablado. Y luego, hemos acordado donde nos la entregará. Hemos visto los mapas...

—No, Felicia. No permitiré que tu vida sea de persecución como la mía. No puedo condenarlas a ustedes, por mis errores. Yo... volveré por ti y por Ángela. Te lo prometo mi amor —dijo apoyando su frente en la de ella que no paraba de llorar y lo abrazaba.

—No, no... no... —murmuraba la joven ahora sobre su boca tomando sus brazos como garras— nos prometimos estar juntos...

—Escucha, Amita... por favor... escucha... ¿Quieres que nos salvemos todos? ¿Quieres conservar a tu hija? No la sometamos a una huida de peligros. Si me atrapan, ustedes también serán prisioneras de guerra. Pero si yo logro llegar a algún lugar seguro todo será diferente.

—Sí, pero...

—Siempre llevándome la contra, Amita Felicia —dijo tomándole el rostro entre las manos y obligándola a mirarlo—. Pero hoy deberás obedecerme. No te buscan a ti. Te interrogarán, te molestarán unos días y luego te dejarán en paz, porque mientras el pueblo de Córdoba se muestre pasivo y obediente a la Junta, todo estará bien. Entonces simplemente me esperas. O te vas con Ángela a la hacienda si todo se complica. Pero tarde o temprano mandaré a alguien por ustedes.

—No puedo... no...

—Dejaré pasar unos días, un tiempo... no sé cuánto Felicia. Tal vez meses, hasta que se aquieten las aguas y veamos qué pasa. Todos los que ayudamos a Liniers seremos perseguidos. ¿Lo entiendes? Esperaremos... y veremos qué pasa. Pero volveré. Y allí sí, ya tendré un lugar seguro para nosotros. Entonces las llevaré conmigo cuando ya no corran riesgos. ¿Puedes entender, Felicia? Por favor, mi amor...

—Es que no puedo... no puedo vivir otra vez sin ti.

—Podrás. Los dos podremos, porque ahora sabemos que es sólo por un tiempo. Y sé dónde encontrarte —añadió— Por favor, Felicia, mi terca y caprichosa niña, vete con nuestra Ángela —finalizó con lágrimas en los ojos y besándola con intensidad.

Felicia se aferró a él con desesperación y le devolvió el beso como si fuera la última vez. Cerró los ojos y deseó que el mundo se acabara en ese momento, con él en sus brazos. Luego el hombre se separó y la miró por última vez mientras se alejaba. Felicia seguía de pie, llorando con su bolso en la mano, inmóvil, como si el tiempo de verdad, se hubiera detenido. Antes de desaparecer en el montecillo, levantó el brazo en el último saludo y ella desde la distancia le tiró un beso.

Volvería por ellas. Aunque le llevara toda la vida. Pero ahora debía alejarse de allí y dejar de ponerlas en riesgo. Si él estaba lejos, sus vidas estaban aseguradas ya que nadie se metería con una joven mujer abandonada y su hija. Y cuando llegaran los Iriarte, estarían aún más, bajo su tutela y protegidas. Sí, debía alejarse lo más posible. Cualquier lugar en el mundo era más seguro para él que la ciudad de Córdoba. El problema sería hallar ese lugar. Y cómo y cuándo, recuperar a sus mujeres.

CAPÍTULO XXI

FELICIA

—¿Adónde vas, Felicia? ¿Qué pasó? —preguntó Rosario con la niña aún en brazos viéndola ingresar a la vivienda con lágrimas en los ojos— ¿Qué haces aquí?

—Me engañaron, Rosario... me engañaron. Nunca iba a llevarme con él. Y Zoilo lo sabe... ¿Dónde está ese ladino de tu marido? ¿Dónde están los soldados que golpearon la puerta?

—Zoilo fue a cumplir con su parte del plan, Felicia, como acordamos, le llevó caballos, mulas y provisiones al monte donde lo espera. Y los que vinieron no eran soldados. Era sólo un vecino avisándonos del ingreso de los soldados a la ciudad. Para alertarnos, porque tal parece que todos los reciben con algarabía.

—Es lo que dijo Simón. Esta ciudad está llena de traidores que se dan vuelta según como corre el viento. Le dije... le dije que él debía hacer lo mismo, si al fin y al cabo, no estaba en contra de la libertad de los pueblos. Pero Simón es terco...

—Si Inés y Olmedo lo denuncian, lo fusilarán, Felicia. Se murmura que han dado órdenes de cazar a Liniers y a todos sus aliados y llevarlos prisioneros a Buenos Aires. Pero... no entiendo, ibas a ir con él. ¿Qué pasó?

—Necesito un caballo... un carruaje, algo, cualquier cosa —dijo sin contestarle.

—Estás loca si piensas que voy a ayudarte con esto. Si no te fuiste con él, mucho menos sola, con toda esa sarta de locos por los caminos. ¡Están cazando a los rebeldes, Felicia!

—No me quedaré acá a esperar que vuelva. No. No me va a hacer esto a mí, creer que se las puede arreglar solo. No... en todo hemos estado juntos. Siempre. Yo sé... yo sé a dónde se va. Y lo voy a buscar —finalizó atando el bolso a su espalda, tomando su capa y saliendo por el frente con Rosario corriendo detrás de ella. Ángela lloraba inconsolable, porque al volver a ver a su madre, quería que la cargara.

—Por favor, Felicia, piensa en la niña —expresó Rosario angustiada con la pequeña cada vez más alterada y gritando “mami, mami...”

—¡Estoy pensando en ella! O mejor dicho... por ella, debo tratar de ayudar a su padre. Y sé dónde encontrarlo. Hablamos mucho de ello y sería

nuestra primera parada esta noche. Allí lo encontraré. Y si no, seguiré hacia las postas de las sierras. Simón me dijo que se ha abierto un nuevo camino hacia La Rioja, y que se han establecido postas en Punilla, pero que no estaba seguro de las condiciones de la ruta, por lo que tomaríamos el tránsito hacia Catamarca.

—Por favor, Felicia... por favor... si te encuentran con él, correrás su misma suerte. Y esa ruta... Va hacia las Salinas... Por Dios, es una locura. Es zona de indios.

—Escúchame amiga, hemos estudiado esos mapas juntas, te escribiré ni bien estemos establecidos y a salvo. En cuanto a Ángela —prosiguió con un nudo en el pecho- ya has hecho esto antes, ocúpate un tiempo de mi niña, yo volveré por ella como habíamos planeado, más adelante, o tú me la llevarás —finalizó, tomando unos minutos a Ángela en sus brazos, los suficientes para calmarla. Le habló suavemente, la besó y la acarició.

—Sé buena niña, Ángela, quédate un rato con tía Rosario. Mami ya viene... —le murmuró con ternura y la niña se calmó. Le pasó la manita por la cara y luego estiró los brazos para que Rosario la tomara—. Eso es, mi muñequita, mi muñequita de ébano, mi amor... mi hermosa pequeña... eso es, pórtate bien y volveré pronto. Por favor Rosario, pase lo que pase, protéjala —agregó.

—Ay Felicia... esto parece una pesadilla... Es un terrible error.

—Simón no ha dimensionado hasta dónde puede llegar el odio de una mujer despechada. No sabe de mujeres y sus artimañas. Inés no parará hasta destruirlo y a nosotras con él, eso es lo que él no ha comprendido. Si me quedo, Rosario, pongo en peligro a Ángela, y a ustedes también —dijo mirándolas a ambas con ternura y la mujer asintió resignada— Váyanse a la estancia de Zoilo cuanto antes. Si salimos de ésta, y lo haremos —se apuró a agregar viendo los ojos llenos de lágrimas de su amiga— allí las buscaremos. En menos de lo que canta un gallo, tendrás noticias mías, amiga.

—Cuídate.

—Lo haré. Mi brújula es mi amor —finalizó y salió sin darle tiempo a nada más.

Afuera estaba el carruaje, arrojó el bolso sobre él y espoleó los caballos. Lo último que vio fue las siluetas de Rosario y su niña, saludándola con la mano, mientras giraba en la esquina en busca de las calles laterales que la llevaban a las afueras de la ciudad.

La ciudad de Córdoba, está emplazada en una estrecha ensenada llana y

arenosa, cuyos límites los pone el Río Primero y los espesos montes que la rodean. El suelo es arenoso y áspero pero cuando llueve se forman charcos y aguadas, por lo que se dificulta andar y el recorrido hasta la salida fue dificultoso. Finalmente, cuando llegó al montecito, sólo estaba Don Zoilo listo para volver caminando con una mula y provisiones, que Simón no había llevado.

—¿Para dónde fue mi marido, Zoilo? —le preguntó furiosa.

—Está loca si piensa irse sola a encontrarse con él, le lleva mucha ventaja, va sólo con su caballo y algunas provisiones, no quiso llevar nada que lo demorara. Si usted lo sigue, yo también voy.

—Muy bien, pero para dónde fue...

—Tomó el camino de las sierras, cómo habíamos quedado, hacia las ruinas donde hará el primer descanso —dijo el hombre, cargando las provisiones a la carreta y tratando de atar la mula, pero Felicia no le dio tiempo y azuzó a las bestias que salieron a tanta velocidad que casi lo tiran al piso con mula y todo.

—¡Niña loca, mujer caprichosa que había sido! ¡Vuelva! —le gritó el hombre— No tiene idea de lo que está haciendo... Que la Virgen la proteja ahora —finalizó para sí mismo emprendiendo el regreso—. ¡Pobre criaturita! —agregó pensando en Ángela.

No podía entender a esa mujer, no. Una niña rica, acostumbrada a hacer siempre lo que se le antojaba sin pensar en las consecuencias, ya lo decía él, ya lo había notado desde el mismo momento en que la vio. Y luego con todas esas historias que le había contado Rosario, podía comprobar que no sólo era caprichosa, sino que estaba completamente loca. Pero ahora él y su mujer, serían víctimas de ello, porque estaban presos de una promesa: cuidar de Ángela hasta que sus padres regresaran. Si es que lo hacían algún día. O peor, tener que salir a llevar a esa niña, Dios sabe dónde.

Se persignó varias veces, y con el corazón anudado, viendo el carruaje perderse por los caminos que se internaban en el monte, emprendió el regreso, pensando que debería organizar con urgencia quizás, la partida de toda la familia hacia la Estancia.

La carreta traqueteaba en los caminos sinuosos, recorriendo leguas de monte espeso, pero Felicia, había aprendido a conducirla desde sus tiempos

en la Estancia del Sur. El camino que atravesaba el monte estaba bien trazado y más allá de la espesura, se abría en una faja ancha que ahora era resbaladiza por las últimas lluvias. Aprovechó las partes pedregosas para agilizar el paso de los caballos, ya que sus cascos se adherían mejor al suelo y avanzó en ascenso. Sólo en el pozo cercano a Caroya, llenó sus botijas de agua y prosiguió. Los animales se cansaban por el tipo de terreno y las lomadas que se tornaban cada vez más escabrosas. Sólo cruzó dos carros y un jinete que se detuvo asombrado de verla.

—Señora, no sé a dónde se dirige, pero no es buena idea continuar —le advirtió.

—¿Ha cruzado a alguien, a caballo en estas últimas horas? —respondió ignorando la advertencia. El hombre hablaba con un vocabulario claro y correcto, por lo que dedujo era instruido, pero lucía como un pordiosero, como si hubiese cabalgado horas en el fango y bajo la lluvia. Pero alcanzó a percibir que sus ropas enlodadas eran lo que quedaba de un uniforme, ahora cubierto por una capa de lana andrajosa. Al notar el escudriño de Felicia se cubrió, pero la muchacha, había alcanzado a ver que portaba también un arcabuz.

—Más bien, he cruzado soldados de la Junta de Buenos Aires por la zona de “Sinsacate” y rumbo a “Macha” —dijo—. Están por todos lados buscando a los traidores y no pararán hasta el Alto Perú si es necesario. Van por el gobernador y el general. Regrese a la ciudad mientras esté a tiempo.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —preguntó temerosa.

—Ah, señora. Usted, ya se ha dado cuenta... de allá vengo y de ellos estoy huyendo. Tengo familia.

—Un desertor.

—No se puede desertar de una causa perdida. Si aprecia en algo su vida, hágame caso, regrese, señora, estos caminos no son para usted... —finalizó apurando su caballo moribundo.

Felicia continuó el viaje, pero sintió un escalofrío corriendo por su espalda. Todos tenían miedo, como también ellos lo tenían. Pero el miedo era un problema secundario. No pensaba abandonar a Simón esta vez y si las locuras de sus actos, sus elecciones, buenas o malas, los habían unido, así se mantendrían aunque tuviera que dejar la vida en ello.

La oscuridad lo envolvía todo y el aire era húmedo y helado. Sabía con seguridad el camino que debía seguir ya que habían analizado el mapa muchas veces. Más allá de un cañadón profundo, con huellas de cascos y carretas

recientes, alcanzó a divisar las antiguas ruinas y las marcas de los mojones y pircas. El sol se había escondido ya tras los numerosos nubarrones que se alzaban desde las montañas y la noche había caído a una velocidad apabullante sobre todo el paisaje. Como Simón le había dicho, llegaría al lugar, al oscurecer.

Los muros de roca que se alzaban ante ella, estaban cubiertos de un moho viejo con numerosos y abigarrados líquenes grises. Todo estaba mojado y silencioso.

Se bajó del carro sosteniendo la luz tenue y lúgubre de una lámpara. A lo lejos algunos relámpagos le señalaron que se avecinaba una tormenta en las sierras y que debería buscar un espacio entre esas ruinas que tuviera al menos, un pedazo de techo. El silencio y el miedo la abrumaron. Tembló sin poder contenerse.

—Simón... —dijo por lo bajo como si temiera despertar antiguos espíritus moradores del lugar —Simón... —volvió a repetir con temor, pero sólo le respondieron los ecos de unos truenos lejanos mientras los relámpagos agrandaban las sombras de los muros y divisaba también unos reflejos de llamas encendidas entre las ruinas de roca. Sonrió. Simón ya estaba allí.

Ató el carro a un espinillo de gruesas ramas e ingresó a ese laberinto de viejas piedras con la alegría y la expectativa del abrazo y pensando en que le daría una sorpresa mayúscula. Y entonces, la tomaron por detrás y le taparon la boca.

—Pero miren lo que tenemos por acá... —escuchó, con terror, que decía una voz completamente desconocida.

CAPÍTULO XXII

SIMÓN

Desde el 28 de julio, y sin que el pueblo supiera, la Junta había emitido un Despacho, reservado, en el que disponía que se diera un castigo ejemplar a los conjurados en contra de la Revolución, emitiendo una sentencia de muerte contra Liniers, el gobernador Gutiérrez de la Concha, el obispo Orellana, Victorino Rodríguez, Allende y J. Moreno y severos castigos a todos aquellos que los estuvieran ayudando. La orden disponía que:

“En el momento en que todos o cada uno de ellos sean pillados, sean cuales fuesen las circunstancias, se ejecutará esta resolución, sin dar lugar a minutos que proporcionaren ruegos y relaciones capaces de comprometer el cumplimiento de esta orden y el honor de VE. Este escarmiento debe ser la base de la estabilidad del nuevo sistema y una lección para los jefes del Perú...”^[14]

De esta manera, la Junta estaba marcando claramente, el camino que tomaría la Revolución y el futuro de sus líderes.

Simón, sin dudar de que eso ocurriría, y sabiendo que los revolucionarios tomarían el Camino Real hacia el Norte, por Sinsacate, pensó que atenerse al plan diseñado con Felicia, era lo más sensato, viajando hacia el oeste por el nuevo camino trazado hacia la Rioja, aunque eso significara atravesar las Altas Montañas en pleno invierno. Pero sólo así estaría a salvo. Mientras transitaba las primeras leguas, a la mayor velocidad posible, pensó en qué paradójico resultaba todo. Tantas charlas y lecturas con Felicia sobre los términos de la libertad planteadas por Rousseau, y él un acérrimo defensor de ella, tanto que le había costado alcanzar la propia, ahora, huía como un vulgar ladrón, esclavo de sus miedos y de quienes estaban planificando la libertad para estas tierras.

Mientras tanto, en otros parajes lejanos, los contrarrevolucionarios, veían diezmadas sus filas por la desertión permanente de soldados que ya no querían continuar.

En una de las postas recibieron el aviso de que la avanzada de la Junta había entrado a Córdoba, y enviaba setenta hombres en su búsqueda por lo que se dividieron en varios grupos para así, asegurarse al menos una remota

posibilidad de evitarlos. Abandonaron los coches y continuaron a caballo junto con algunas mulas de carga, dejando en libertad de regresar a la ciudad a los pocos hombres que aún les eran fieles.

Los contrarrevolucionarios, el gobernador De la Concha junto a Rodríguez, continuaron el viaje por las postas; Orellana y otros religiosos se dirigieron al este y Liniers, con su ayudante Lavín y su capellán, se dirigieron al oeste, hacia las sierras de Córdoba. Desde allí, Liniers envió un comunicado al gobernador de Potosí, para contarle lo que estaba ocurriendo, que estaban siendo perseguidos y diezmados, pero el aviso nunca llegó porque los que lo llevaban, fueron apresados.

Por su parte, Simón, se detuvo en una vertiente para que el caballo bebiera y a su vez aprovisionarse de agua fresca y revisó su plano. En pocas horas arribaría a su primera parada, una vieja tapera de gigantes y derruidos muros, entre mojones y pircas que delimitaba posesiones de estancias y los linderos con los indígenas, donde podría pasar la noche antes de tomar los caminos de las Postas. Desde allí podía aferrarse a los recorridos tradicionales del Camino Real al Alto Perú, o del Viejo camino del Bajo al Perú por San Antonio, una zona menos recorrida con algunos pocos maestros de campo y escasas postas. Habían analizado varias veces esos planes, con Felicia, Zoilo y Rosario y se atendería a ellos.

Mientras tanto, la Junta había enviado a González Balcarce en busca de los prófugos, alertado por delatores de que los mismos habían tomado diferentes direcciones, por lo que destacó partidas en búsqueda de todos ellos por los caminos reales.

La misma noche del día cinco de agosto, González Balcarce dio con dos hombres que guardaban unas mulas, los que al ser interrogados confesaron que eran soldados de Liniers y por temor terminaron confesando, que el mismo se hallaba en un rancho a tres cuartos de legua de allí. Entonces Balcarce mandó hacia el lugar un piquete que comandaba el ayudante de campo José María Urien.

Simón avanzó con lentitud, cuidando de no cruzarse con alguien que significara un peligro.

—Regrese, señor. La Campaña es un hervidero de soldados buscando a Liniers —le dijo a Simón, un viejo que cuidaba sus cabras y lo convidó con

leche tibia, queso y carne seca. Confiaba en que fuera sólo por un corto tiempo en el que debería aprender a autoabastecerse, comprando en las haciendas o a los gauderios, las provisiones básicas, cebollas, queso, calabaza, cordero o pollo, o tal vez incluirse en alguna toldería cuando se acercara a las Salinas.

De pronto, tomó una decisión. Abandonaría los caminos de las postas, aunque parecieran más seguros, y se internaría en las sierras a través de la ruta a Catamarca, porque también eran los más transitados por los desertores con los que ya se había cruzado y los soldados de Balcarce. Por otra parte, también sabía que el grupo de soldados de Liniers seguía avanzando hacia el norte, ya que necesitaban urgente ayuda de las autoridades del Alto Perú

Esa sensación de peligro inminente lo hizo continuar viaje sin detenerse en la vieja tapera, como habían acordado con Felicia, ya que todavía le quedaban varias horas de sol y no podía darse el lujo de desperdiciarlas. Más adelante encontraría otro refugio o simplemente, no se detendría hasta que llegara a la primera posta, la de Sinsacate aunque eso significara reventar a su caballo.

Miró las ruinas, por última vez y continuó viaje. Los planes habían cambiado y con ellos, su destino.

CAPÍTULO XXIII

FELICIA

Las planicies amarillas y las cercanas sierras, se iluminaban por las luces de la inminente tormenta. Cada vez que esto ocurría, Felicia podía ver las espaldas de sus captores y por un momento le costó entender lo terrorífico de su situación, pero al darse cuenta, no sólo de que estaba maniatada, sino que la estaban tironeando de una soga y que su espalda golpeaba con las piedras, intentó gritar. Y allí también entendió que era imposible, porque le habían atado un pañuelo en la boca que ajustaba hasta el punto de lastimarle los labios. Lágrimas de impotencia y terror comenzaron a caer por su rostro en esa oscuridad sólo cortada por el fragor de las llamas y los relámpagos. Por un segundo pensó que quizás esos eran sus últimos minutos y sólo atinó a agradecer, no haber llevado a Ángela con ellos. De pronto le llegó el aroma del humo y la carne recién asada, y las risotadas jocosas de hombres que hablaban con una tonada arrastrada, propia de las sierras.

—Nos salvaremos de la ejecución y por lo visto hasta seremos premiados por nuestras hazañas —decía el salvaje que la arrastraba y que la arrojó sin piedad sobre una piedra que le golpeó el vientre. Gimió de dolor y se dobló en dos sin poder respirar.

—Los ruidos de cascos que sentimos eran de esta hermosa potranca que por lo visto, pensaba usar este lugar que ya nos pertenece —agregó otra voz— aunque me parece medio raro una mujer viajando sola por estas rutas.

—Bah... allá ella, para nosotros significa una buena cena y mejor postre —dijo el otro hombre que estaba al lado de la fogata acercándose a ella con una carcajada.

La luz de las llamas iluminaron un rostro lleno de cicatrices, barba y mugre. Sonrió con su boca desdentada y estiró la mano hacia ella. Instintivamente trató de enrollarse sobre sí misma, pero ni así pudo impedir que el hombre metiera la mano en su capa y rompiera la parte superior del vestido dejando sus pechos expuestos al aire de la noche y a la mirada repulsiva y burlona de ese hombre que se llevaba a la boca en ese momento, una pata del animal.

—Miren sino, estas dos toronjas, si están para chuparlas —gritó con una

espeluznante carcajada, mientras le pasaba una de sus manos engrasadas por uno de sus senos helados. Felicia se movió frenética para alejarse pero el hombre apretó su pecho con fuerza hasta hacerle daño y se retorció.

—Ven a terminar de comer y después nos repartimos ese banquete —dijo el que la había traído al lugar, tomando a su amigo del brazo y con tono firme, de ser quien dirigía—. Respetaremos el orden... —agregó obligándolo a soltarla y Felicia tembló, se hizo un ovillo y escondió su rostro entre sus rodillas gimiendo. “Simón, dónde estás” pensó con desesperación invocándolo, y como si al imaginarlo, pudiera aparecer de manera mágica a su lado. ¿Qué habría ocurrido con él? No podía dejar de preguntarse, ya que habían acordado hacer la primera parada en ese lugar. ¿Acaso esos hombres... lo habían matado? Comenzó a llorar con desesperación, ya que no podía concebir la idea de haberlo perdido para siempre y mucho menos imaginar el futuro que le esperaba a ella misma en mano de esos bárbaros. Por lo visto, pensaban abusar de ella por turnos y tomarse todo el tiempo del mundo. Seguramente luego la matarían. Debió estar loca, como bien le dijo Zoilo, cuando emprendió este camino sola. Por un segundo toda su vida pasó por su cabeza, y no pudo dejar de llorar también por Ángela, que crecería sin sus padres, porque ella, había sido tan inconsciente de creer que el mundo era un patio de juegos donde ella y Simón, seguían haciendo travesuras.

Los hombres siguieron riendo y comiendo mientras su cabeza buscaba con desesperación, alternativas. No. No se daría por vencida. No sabía qué había ocurrido con Simón, pero ella aún estaba viva y debía mantenerse así, al menos por su hija. Tal vez, si se entretenían lo suficiente y bebían se quedarán dormidos y pudiera escapar antes de que la mataran. Tenía las manos atadas, pero los pies no, correr podía ser una posibilidad, pero la alcanzarían en unos segundos y no todos los alrededores de las ruinas, eran llanos. Sólo había una arboleda hacia uno de los costados, pero desconocía qué había más allá de ella.

La tormenta... pensó. Tal vez, si al fin llegaba al lugar, la necesidad de protegerse de la misma, los hiciera olvidarse de ella unos minutos cruciales en los que escaparía, así fuera en medio de la lluvia. Eso era mejor a ser violada y asesinada por esos salvajes. Pero al parecer los relámpagos seguían detenidos en las sierras y no avanzaban. Se sintió acorralada y sin ninguna alternativa.

El tiempo transcurrió de manera increíblemente lenta como la tormenta avanzando en el cielo. Los hombres hablaban de lo que harían ni bien pudieran

proseguir para alejarse del peligro. Felicia supo que eran otros desertores del ejército de Liniers buscando una vía de escape segura para no toparse con las tropas. Si al menos, la dejaran hablar, podía incluso negociar con ellos.

—La tormenta está encima —dijo el hombre que parecía el jefe, poniéndose de pie y tambaleándose por la borrachera— ocúpense de los animales y el carro de la potranca ésta y yo empezaré a ocuparme de ella antes de que arrecie la lluvia.

—Ah, qué habías sido ladino... Nos das el trabajo y tú te diviertes —dijo el otro hombre con cierto enojo.

—Hay para todos... Vamos, que se viene la tormenta —agregó mientras comenzaban a caer unas pequeñas gotas.

Los hombres se alejaron protestando y arrastrando las piernas. Felicia comprendió que apenas si podían mantenerse parados y mucho menos, podrían correr. Tal vez, sólo tal vez, era su única oportunidad, si lograba distraer a este hombre que ahora, se aproximaba a ella con la mirada vidriosa y el rostro enrojecido apenas iluminado por los relámpagos permanentes. Se sacudió frenética para impedir que la tomara, pero la agarró sin piedad, la acomodó en el piso y le quitó el pañuelo de la boca para besarla con ferocidad mientras se debatía bajo el peso de ese cuerpo. Ni bien quitó la asquerosa boca engrasada y con gusto a alcohol barato de su boca intentó hablar, pero tenía la garganta seca. El hombre comenzó a besar sus pechos con torpeza. Al fin logró emitir unos sonidos y le dijo:

—Sé... sé cómo ayudarlos... conozco un camino más seguro... —murmuró entre ahogos.

—Cállate, bruja —dijo el hombre e intentó ponerle nuevamente el pañuelo en la boca, pero ella se sacudió.

—Conozco un camino —le gritó ahora moviendo la cabeza de un lado al otro para que no le volviera a poner el pañuelo—. Serán atrapados, pero yo conozco un camino seguro. Si no me hacen daño, se los diré, y hasta tendrán dinero —logró agregar y el hombre la miró con atención mientras la lluvia caía sobre su cabeza y sobre el rostro de la joven.

—Así que conoces un camino, bruja del demonio —dijo mientras la inmovilizaba y le levantaba el vestido. Con brusquedad, empezó a hurgar debajo de sus enaguas y metió la mano en su intimidad acariciándola, Felicia se movió frenética pero en vez de alejar su mano, la misma comenzó a invadirla sin piedad— y piensas que yo voy a creerte —agregó con una risotada.

—Es el camino recién abierto a La Rioja, con las nuevas postas, desconocidas por los soldados de Buenos Aires —pudo decir a los gritos y en el medio del dolor que le causaban los dedos del hombre hurgándola y las sacudidas frenéticas que daba para quitárselos. Entonces el salvaje se detuvo y la miró a los ojos con atención y curiosidad.

—Ya me lo contarás igual, ni bien termine con esto —prosiguió arrojándose nuevamente sobre su boca.

En ese momento, Felicia logró levantar una rodilla y asestársela en sus partes íntimas. El hombre se dobló sobre ella y la insultó, pero en ese mismo instante, otra sombra se abalanzó, la empujó a un costado, e imposibilitada por sus manos atadas rodó desde el montículo. Lo último que sintió fue un terrible golpe en su cabeza y luego todo quedó negro y silencioso.

CAPÍTULO XXIV

SIMÓN

La mañana era clara y límpida, “como lo son después de las tormentas” pensó Simón acomodándose sobre el caballo y sosteniendo a Felicia, que parecía dormir sobre apoyada sobre su hombro.

Hacía mucho tiempo ya que transitaban por esos caminos con los últimos fríos del invierno buscando un lugar para descansar. Habían pasado cerca de “Los Pozos” y “Los Algarrobos” sin detenerse, ya que aún tenían provisiones y proseguido luego por el Viejo Camino Real, casi sin uso, hacia las regiones más inhóspitas y montañosas. Mientras más avanzaran sin cruzarse con viajeros, más seguros estarían y lejos de las rutas habituales frecuentadas por los soldados. Sólo se había detenido en un rancherío a reaprovisionarse de carne fresca y fruta y para juntar agua de una vertiente.

Se acomodó sobre la montura con los nervios erizados. Tenía en la pierna un improvisado vendaje sobre la herida causada con el cuchillo del bandolero, pero le dolía demasiado y por momentos se le acalabraba. Intentó acomodarse apretando los dientes y con el sol dándole de lleno en la cara. El viento frío entraba por el tajo que tenía en su saco y su camisa en la espalda, donde otra espada había estado a punto de partirlo en dos. Pero a último momento se había desplazado y sólo había roto su ropa con un tajo superficial, que ahora, también molestaba un poco. Pero no había más remedio que continuar viaje por esos caminos desiertos y áridos, para estar a salvo, aunque el caballo por momentos temblaba y parecía poco dispuesto a avanzar en algunos terrenos de arenas blandas y flojas.

—¿Cómo me encontraste, negro cobarde? —preguntó de pronto Felicia una vez más, con voz pastosa, como si formara parte de un sueño y arrancándolo de sus ensoñaciones.

Simón sonrió, y hasta esa sonrisa le costó muchísimo porque el rostro estaba seco y endurecido. Por otra parte ya se lo había relatado varias veces, pero tal parecía que quería escucharlo hasta el cansancio, quizás para convencerse de que no estaba aún en esa pesadilla. La joven se recostó sobre su pecho, y Simón aspiró su perfume, una mezcla de su aroma a violetas y a barro y humedad, mientras el caballo avanzaba con tranco lento, tan agotado como ellos.

—Ah, mi amita. Yo te conozco tanto... Además siempre dices y repites

que el amor es una brújula.

—Cuéntame otra vez... —dijo sin aliento y adormeciéndose en el duro pectoral sobre el que viajaba apoyada, a punto del desmayo.

—Algo en mi corazón me dijo que no te quedabas convencida y que me perseguirías. Y cuando ya había recorrido casi dos horas, lejos de las ruinas, pasó algo que me hizo volver.

—¿Qué pasó?

—Me llamaste...

—Sí que te llamé... te llamé aunque no tenía voz y esos malditos estaban dispuestos a todo... te llamé negro cobarde.

—Y yo te escuché.

—Cuéntame...

—Me encontré con un hombre, fue muy raro. Un hombre viejo que apareció de la nada, con un par de cabras y que me dio leche, queso y carne salada. Ni siquiera tuve que pedirselo. Allí estaba, como si fuera un fantasma. Nos sentamos uno al lado del otro a la vera del camino y nos quedamos un rato hablando de Liniers y de los fugitivos, mientras bebíamos y comíamos sus escasos pero tan providenciales alimentos. Fue tan generoso. Y de pronto, no sé por qué, me levanté bruscamente como si algo me impulsara y la espada pasó a mi lado apenas rozándome.

—Eran asaltantes de caminos... —murmuró la joven desfalleciente y llevándose la mano a la cabeza donde tenía un pedazo de su vestido atado, improvisando una venda. Simón prosiguió tratando de distraerla y sosteniéndola con más fuerzas. En cualquier momento, parecía que caería hacia uno de los lados. La abrazó y la apretó aún más contra su cuerpo. Ella volvió a reclinarsse y cerró los ojos.

—Intenté desenvainar mi sable pero el viejo me pegó con un palo en la cabeza. Entonces, no sé de dónde obtuve fuerzas, pero logré desenvainarlo y darles a los dos su merecido.

—No eres un negro tan cobarde, entonces... —dijo ella tratando de sonreír aunque su boca ya no respondía. La tenía hinchada y dolorida por los golpes de los salvajes que la habían atacado en las ruinas.

Simón sonrió a su vez acariciando su cabeza con ternura con su barbilla barbuda. Montaban el mismo caballo y el hombre le sacaba prácticamente una cabeza y con su cuerpo la cubría de manera protectora.

—No, mi amita. Nunca he sido cobarde. O tal vez sí, no sé... Porque si fuera valiente no estaríamos en esta locura ahora los dos... —dijo para sí

mismo.

—Y entonces...

—Y entonces, los dejé allí, ahogándose en su propia sangre.

—Volviste por mí.

—Tenía raras imágenes dando vuelta en mi cabeza, que supuse eran producto del golpe. Debo haberme desmayado, no sé... Pero en todas ellas estabas tú, mi niña caprichosa. Tú, peleando con unos hombres en el lugar donde supuestamente, pasaríamos la noche —relató lentamente— tú defendiéndote, tú llamándome... Por otra parte la tormenta se levantaba amenazadora desde las sierras y parecía difícil ganarle y llegar a alguna posta. Y no lo dudé, eran demasiadas señales, así que regresé a la tapera para guarecerme. Estaba seguro que estabas allí.

—Volviste por mí. Mi negro tramposo... nunca pensaste en llevarme y yo te seguí.

—¡Cómo iba a hacerlo, Felicia! Debías quedarte donde estuvieras a salvo y no debía arrastrarte a esta locura. Pero eres terca como una mula renga. Y ahora estamos los dos, lejos de nuestra niña... —murmuró como para sí mismo.

—Y crees que yo te dejaría. No, mi señor... No... Y nuestra niña está bien cuidada, amor. Mandaremos por ella pronto... —intentó tranquilizarlo, aunque por un momento recordó que alguna vez juró no separarse jamás de su pequeña y ahora lo estaba haciendo. Lágrimas heladas comenzaron a rodar por su rostro y se sintió desfallecer. Con voz trémula prosiguió— Y luego... ¿Qué pasó?

—Regresé a las ruinas, mi señora. Y allí estaba usted, muy oronda, entretenida con esos muchachos. Pero ¡si es que no se la puede dejar sola! —dijo y aunque la voz se le entrecortaba lanzó una carcajada—. Debo decir que muy entretenida, la vi, pateándoles las pelotas. Y ahí pude comprobar que no necesitas que te cuide, pero bueno, decidí que era hora de que la diversión se terminara. Ese pobre tipo aún debe estar corriendo, agarrándose las bolas...

Simón la apretó más a él y frunció el ceño. Sentía a través de la ropa, el calor del cuerpo de la joven y presintió que estaba afiebrada.

—Ah, Simón... el que necesita que lo cuiden eres tú.

—Tienes razón, mi amor, te necesito. Fuerzas, mi amita. Ya llegaremos.

—¿Viste? Yo tampoco te puedo dejar solo, además ahora me tocaba a mí buscarte. —dijo con un hilo de voz y se quedó dormida.

El maltrato, el frío, las ropas mojadas y esa travesía de varios días,

estaban haciendo estragos con sus cuerpos, pero él la cuidaría aunque la vida se le fuera en ello. Como ella estaba dispuesta a hacerlo por él.

El paso cansino del caballo, lo adormeció y dejó que el animal, siguiera la huella borrosa de la ruta de tierra. Hacía ya varias leguas que habían abandonado el carro, y luego dejado la mula muerta en un zanjón. Ya no quedaban provisiones y muy poca agua. Si no hallaban pronto alguna señal de vida humana, no sobrevivirían la travesía. Continuaron con dificultad por unas estrechas veredas, donde las huellas de circulación ya eran muy borrosas porque hacía mucho tiempo que no eran transitadas.

De pronto, al doblar en un cañadón, divisó un valle. Se enderezó en la montura y acomodó a Felicia, que no se despertó. Sí, estaba viendo las siluetas de unos ranchos, por lo que deducía que había una posta y luego una planicie extensa y clara, pero aun así, la distancia le pareció enorme. Tenían que llegar o verían la muerte a pocos pasos de la salvación. Reunió todas sus fuerzas y apretó al máximo al caballo, para que rindiera lo más posible. El animal respondió y avanzaron por el camino pedregoso que descendía del cerro a tranco rápido por la bajada, demasiado peligrosa. En varias oportunidades, el caballo estuvo a punto de rendirse pero al fin, llegaron a la zona más llana y Simón comprendió que si no se bajaban de la montura, corrían el riesgo de que la bestia se cayera y los aplastara. Ubicó a Felicia sobre la cabeza del caballo y se apeó, luego, con las pocas fuerzas de que disponía intentó bajarla ya que la joven no se despertaba. La recostó en el piso y trató de que tomara los últimos sorbos de agua que quedaban en el morral de cuero. Pero no respondió. Tal vez si el caballo descansaba un rato, podrían seguir. Ya no veía la posta y sólo divisaba una inmensa arboleda y rogaba no habérsela imaginado.

Tomó las últimas gotas de agua y miró al caballo que se había recostado y bufaba, indudablemente estaba dando sus últimas inspiraciones y moriría en un rato. Se dio cuenta que hacía días que el animal no bebía ni comía.

Respiró varias veces el fresco y gratificante olor de las sierras entremezclado con poleo y menta y algunos piquillines florecidos. Colocó a Felicia sobre uno de sus hombros y emprendió la marcha hacia los árboles.

No supo cuánto caminó, ya que perdió la noción del tiempo y sus pies se movían como los de un sonámbulo. Al fin llegaron a la arboleda, y la sombra del bosquecito les dio un poco de alivio. En el medio había un pequeño cauce de agua casi seco, pero logró escarbar en la arena salitrosa y brotó agua fresca. Se la llevó a la boca pero era casi intomable por el exceso de sales. Le

refrescó la frente y la piel a Felicia que abrió los ojos y lo miró como si estuviera en otro mundo. Cuando recobró un poco sus energías, volvió a cargarla y avanzaron entre los árboles. Después de un rato, divisó el viejo rancho que servía de posta e imprimió más apuro a sus pies que parecían no responder.

Una señora mayor estaba tendiendo ropa blanca en un alambrado y al verlos abrió los ojos como platos. Simón cayó de rodillas y apoyó a Felicia en el piso. La mujer gritó y vino un hombre, unos niños y dos indias.

—¡Gracias, Dios mío! —murmuró con un graznido de voz, mientras los ayudaban a llegar al rancho.

CAPÍTULO XXV

ROSARIO

Año 1810

Era otra de esas noches en las que el cansancio, los encontraba malhumorados y taciturnos ya que no habían parado de trabajar desde la partida de Simón y Felicia. Entre el negocio de Zoilo, las niñas y la zapatería de sus amigos, las corridas eran descomunales. Si bien esta última permanecía cerrada al público, la elaboración de zapatos no se había detenido. Zoilo había decidido esperar para mudarse otra vez a la Estancia, a que pudieran estabilizar la situación de los negocios y decidir qué era mejor. Al parecer en la ciudad todo estaba en calma y si bien corrían rumores sobre las decisiones de la Junta, debían actuar con cautela.

—Una desgracia, no haber podido convencerlos, Rosario, a ninguno de los dos —decía en ese momento Don Zoilo a su mujer mientras miraba a la pequeña Ángela, dormida en sus brazos.

—Qué me vas a decir, mi amor... Yo tampoco pude hacerlo con Felicia. Están locos esos dos... Deberían haberse marchado a la Estancia de los Iriarte. O al rancherío en todo caso.

—No tanto...

—¿Qué quieres decir?

—Que no estaban tan locos en huir. Han fusilado a Liniers y al Gobernador ¿Te imaginas? ¡Al gobernador! —dijo el hombre de pronto en un murmullo temeroso—. Y el nuevo gobernador Pueyrredón está dispuesto a depurar los cuadros administrativos en Córdoba hasta las últimas consecuencias. Van a caer muchos, pero la consternación es general en la ciudad.

—¡Virgen Santísima! Vendrán por ellos también...

—No lo sé, tal vez sí, tal vez no. Pero ¿Cómo arriesgarse a saberlo? Estaban en manos de esa maldita bruja de Inés de Villarreal. Nunca se sabe lo que es capaz de hacer una mujer como esa. Deberíamos volver a la Estancia, Rosario.

—¿Dónde estarán? ¿Y si Felicia no lo encontró a Simón? ¿Y si vuelve y no nos encuentra? No... esperemos unos días. Sólo eso. Para asegurarnos. Si no vuelve, es porque lo encontró.

—Si Simón se atuvo a los planes, Felicia lo ha hallado y en este momento ya están juntos, viajando hacia el norte, hacia la posta que habíamos señalado. Ya nos enviarán correspondencia desde allí.

—¿Y si le pasó algo? —insistió la mujer dejando a la niña en la habitación de Ana, que también dormía y regresando con el hombre a la suya.

—¡Basta, por favor! ya tenemos suficiente con lo que nos toca a nosotros ¿no te parece? —contestó enojado mientras se acostaba.

—Ángela no deja de preguntar por su madre y sus pesadillas se han incrementado. De verdad creo que esa niña tiene sueños premonitorios, aunque Felicia no me crea —continuó Rosario— Pero... ¿Qué se le puede explicar a una niña de apenas tres años? Si ni siquiera nosotros, adultos, sabemos a qué atenernos. Por suerte, Ana la adora, se han criado juntas. Es como su hermana desde las épocas del rancherío y parece ser la única que la consuela. La entretiene todo el tiempo.

—Es terrible lo que vivimos, no se puede creer hasta donde ha llegado la Junta —prosiguió preocupado Zoilo.

—Cuéntame los detalles.

—Dicen que la orden llegó a Córdoba entre el cuatro y el cinco de agosto y que Ortiz de Ocampo mandó inmediatamente a ejecutarla.

—Pero... en esos días huyeron Simón y Felicia... —se asombró la mujer.

—Sí, pero la orden trascendió entre el pueblo cordobés, y una comisión formada por el Deán Funes, el clero, y unas damas, se presentaron ante Ortiz de Ocampo y le rogaron para que cambiara la medida por una menos terminante y cruel y aparentemente lo lograron.

—Entonces, no entiendo. ¿Por qué los fusilaron? Además ¿no es que el Deán Funes siempre estuvo en contra de Liniers?

—Parece que el Deán opinó algo así como: "(...) vendría á tomar desde aquel momento el carácter de atroz y aún sacrílega, en el concepto de unos pueblos acostumbrados á postrarse ante sus obispos." Y que tres horas después de mandar ejecutar la sentencia, Ortiz de Ocampo accedió y despachó un mensajero a González Balcarce para suspender la ejecución.

—Claro, es que Ocampo fue compañero de armas de Liniers en las Invasiones inglesas, le debe fidelidad —añadió Rosario—. ¿Y que se suponía que hiciera con los prisioneros?

—Ortiz de Ocampo iba a enviarlos a Buenos Aires. Pero parece que a la Junta, la idea no le gustó ni medio.

—¡Te imaginás! ¡Llevar a Liniers a Buenos Aires, donde lo consideran un

héroe!

—Entonces, no quedaba otra opción que matarlo. Y con él a todos los que lo apoyaron, Rosario. Por eso digo, que tal vez, Simón, no haya estado equivocado al huir. Dicen que hasta el Dean Funes, partidario de la revolución está consternado por las medidas extremas tomadas por la Junta de estos fusilamientos.

—¡Qué barbaridad! —expresó la mujer abrazándose a su hombre.

—Faltando sólo dos días para nuestra boda, ocurre todo esto y lo peor es que no podremos compartirla con Simón y Felicia. Deberían ser estos, los días más felices de nuestras vidas, mi amor, y tal vez deberíamos pensar más en nosotros —dijo el hombre en su oído pasando las manos por sus enormes pechos—. Pronto, serás mía para siempre —agregó y Rosario sintió que sus pezones se erizaban pero le costó discernir si era la excitación de esa piel sobre la suya o un extraño presentimiento. El hombre la apretó más aun llevando ahora su mano hacia la intimidad de la mujer y presionando, dispuesto a quitarle la ropa interior. Pero Rosario lo detuvo.

—No puedo... no dejo de pensar en ellos. —murmuró como pidiendo disculpas.

—Te entiendo —dijo Zoilo muy a su pesar porque estaba demasiado excitado para alejarse— pero debemos seguir con nuestras vidas —agregó tironeando el camisón.

—Ahora no... —dijo la mujer elevando el tono y tomando su mano. Y el hombre no pudo dejar de notar el cuerpo en tensión de Rosario ni de entender que no podía forzarla.

Se levantó sin decir nada y salió de la habitación. Rosario se llevó las manos al rostro y lloró. Al fin se quedó dormida, pero lo sintió mucho más tarde, llegar y recostarse a su lado. La abrazó con suavidad y sintió su olor a alcohol. Había bebido bastante, algo que Zoilo jamás hacía, lo que le daba la pauta de que él también estaba preocupado. Quizás para los hombres, el sexo y el alcohol, eran caminos para distenderse, para olvidar lo malo que ocurría. En cambio ella, no podía olvidar que a esa hora quizás su amiga estuviera muerta y Ángela fuera huérfana. No podía olvidar que innumerables peligros se cernían sobre todos ellos, ni imaginarse que esos hechos estuvieran ocurriendo en su ciudad, en su país.

Los comentarios en el mercado eran variados pero en general coincidían en lo siguiente: Liniers había huido de su hacienda para refugiarse en la estancia “Las Piedritas” cerca de “El Chañar”, donde pagó a un peón negro

para que lo escondiera. Dicen que llevaba mulas para cambiar durante la fuga, y fueron estas, lo primero que descubrió la partida militar que le seguía los pasos. El peón, asustado, confesó la identidad del fugitivo, entonces la patrulla emprendió el saqueo de los equipajes de la pequeña comitiva de Liniers. Este, aparentemente, llegó a gatillar en falso dos tiros de su escopeta antes de ser tomado prisionero.

Mientras tanto, el gobernador Gutiérrez de la Concha, Allende, el asesor Rodríguez y el primer oficial mayor Moreno eran atrapados en la travesía de Ambargasta transportando treinta mil pesos fuertes retirados del erario público de Córdoba.

El 25 de agosto de 1810, llegaron a la “Posta de Gutiérrez” a 67 leguas de Córdoba, donde los esperaba Domingo French con tropas venidas de la capital y bajo su custodia alcanzaron el paraje “El Puesto”. Allí los esperaba a su vez Balcarce y el vocal de la Primera Junta Juan José Castelli quienes separaron a los presos de sus equipajes y criados y dirigieron los coches hacia el monte “Chanarcito de los Loros” a dos leguas de la Posta “Cabeza de Tigre”.

—¿Por qué este trato? —se quejó Liniers ante Balcarce, su ex compañero de armas que ahora lo llevaba como preso político atado con tanta presión que la sangre le brotaba por la yema de los dedos.

—Otro es el que manda... —se limitó a responder con una mirada entremezclada de pena y desprecio.

—Pícaro sarraceno... —le decía un joven milico, tuteándolo y sin respetar edad ni grado. Tan luego a él que había jurado combatir a los musulmanes. Tal vez, aquel uniformado, ni siquiera tenía idea de lo que significaba la palabra "sarraceno".

Fue muy duro y triste el final. Degradante para quienes habían sido considerados, otrora, héroes de la patria.

—“Hoy compareceremos en el tribunal de Dios” —expresó con los ojos enrojecidos don Victoriano Rodríguez, mientras eran arrastrados hacia un montecito.

Al llegar al lugar un cuerpo de húsares los estaba esperando. Ni siquiera eran soldados criollos. La Junta había contratado el servicio de soldados extranjeros, la mayoría mercenarios ingleses que no habían regresado a su patria tras los hechos de 1807. Extraña paradoja, Liniers que los había expulsado del país, ahora sería ajusticiado por ellos.

Finalmente, bajaron a los prisioneros de los coches, los amarraron por detrás y les leyeron la sentencia.

—Merecemos un juicio justo... —imploró el Obispo Orellana.

—Calle Vd. Padre, que aún no sabe la suerte que le espera —respondió French.

—Necesitamos tiempo para prepararnos para el bien morir —insistió.

—Tienen tres horas para eso —dijo Castelli como si estuviera otorgándoles un regalo.

—Vamos a prepararnos. Gracias a Dios, tengo la suerte de que esté Vd. a mi lado en este último instante —dijo dirigiéndose al Obispo Orellana—. Ayúdeme a tomar el santo rosario y tómenos la confesión.

Terminado el tiempo concedido, Castelli retiró a los eclesiásticos, a quienes había decidido perdonar la vida por su investidura y preparó a los otros presos para su ejecución. Liniers se negó a ser vendado.

—Santísima Virgen del Rosario, nos encomendamos a ti —murmuró Liniers—. Ya estoy, muchachos —finalizó fijando la vista en el pelotón de fusilamiento.

Entonces Balcarce hizo la señal y dispararon. Pero los soldados, tal vez, perturbados por la dignidad del fusilado, sólo acertaron seis tiros, por lo cual, Liniers cayó en tierra aún con vida. Se ordenó un nuevo tiroteo a los de la segunda fila, pero sólo dieron en el blanco dos y cuando el humo se disipó, pudieron ver, horrorizados que si bien Liniers tenía heridas en la cabeza y en los brazos, y estaba bañado en su propia sangre, seguía rogando a la Virgen María.

Fue el mismo French, antiguo ayudante del Virrey, quien al final descargó el tiro de gracia en la sien que terminó con la vida del héroe de las Invasiones Inglesas.

Después de las terribles noticias, Rosario y Zoilo, habían apurado los trámites para contraer matrimonio en la más completa intimidad de la Catedral, con la presencia de sus amigos más cercanos, Emilio y Magdalena que oficiaron de padrinos y otros empleados y vecinos comerciantes.

Más allá de la alegría que significaba ese cambio en sus vidas, Rosario despertó a la mañana siguiente de su boda, con el cuerpo desnudo y aún impregnado con los aromas del amor, pero con un gusto amargo en la boca. Si habían cometido acciones tan atroces con personas de cuna, influyentes, consideradas importantes para la sociedad cordobesa, qué no estarían

dispuestos a hacer contra otros que sospecharan habían participado en la rebelión. En eso pensaba la mujer mientras jugaba con Ángela, y la llamaron a la puerta para entregarle la correspondencia.

CAPÍTULO XXVI

FELICIA

Abrió los ojos y comprendió que estaban en un lugar extraño. A su lado, Simón dormía con un sueño agitado. Miró su rostro y entendió que ese tiempo de huida no había pasado en vano. Tenía tajos y magullones varios y una barba crecida. Su cabello ondulado y largo, que siempre llevaba atado en una coleta, se veía suelto y disperso sobre la almohada. Le pareció tan atractivo a pesar de las peripecias, que tuvo deseos de besarlo. Al parecer se había bañado y se había cambiado las ropas, entonces se miró y se dio cuenta que a ella también le habían quitado el vestido sucio y le habían puesto un camisón de una tela rústica pero abrigado y al parecer también la habían bañado, ya que sentía un raro pero agradable perfume en su cabello. Intentó incorporarse, pero le dolía todo el cuerpo como si hubiera peleado una batalla mortal. Se acercó a su hombre y lo abrazó con ternura. Era tan bello, tan masculino y lo amaba tanto, que todo estaba bien, si él estaba a su lado. Pasó su mano suavemente por la musculatura de su pecho, en un roce sinuoso. Simón se sobresaltó ante la caricia de su mujer, abrió los ojos y la miró con alegría.

—Al fin, mi amor —le dijo apretándola entre sus brazos emocionado—. Tuve tanto miedo.

—Seguro que sí... —murmuró antes de besarlo con pasión en la boca— si eres un negro cobarde.

—¿Te duele algo? ¿Estás bien? —preguntó alejándola y tocándole la frente—. La fiebre ha bajado y tienes mejor color en las mejillas y por lo visto fuerzas para desafiarme.

—No tengo fiebre, Simón. Pero tengo unas ganas terribles de hacerte el amor, a pesar del terrible dolor que tengo en todo el cuerpo —dijo la joven intentando ponerse a horcajadas sobre él. Pero el muchacho la detuvo.

—Es lógico, Felicia, has estado al borde de la muerte, mi chiquita. Y quédate quieta que no estamos solos. No podemos —agregó separándose un poco de ella y mordiéndole el lóbulo de la oreja—, nuestros anfitriones andan por ahí dando vueltas y van a pensar que eres una chica calentona.

—Siempre tan poco delicado.

—Ahora estás a salvo mi amor —siguió diciendo mirándola con amor—, estamos los dos a salvo. Hemos llegado a un lugar seguro.

—Me alegro de que se hayan despertado los tortolitos —dijo de pronto una mujer ingresando sin previo aviso a la rudimentaria habitación de la posta y confirmando los temores de Simón.

—Es Nora, gracias a ella y su familia estamos con vida —le aclaró su esposo mientras se enderezaba en la cama con mucho esfuerzo para recibir el mate que amablemente la mujer les traía—. Gracias Nora, ya nos levantaremos —agregó para que la mujer se retirara lo que hizo a desgana, dejándoles el mate y una vieja pava de hierro con agua caliente.

—Hemos preparado algo de pollo asado y papas. Los esperamos en la galería cuando estén listos —agregó antes de irse mirándolos con curiosidad y guardándose para más tarde todas las preguntas que tenía.

—¿La corriste? —dijo Felicia risueña, degustando el mate extrañamente saborizado con mistela. Frunció el ceño— ¡Uy! Nos quiere emborrachar esta mujer —dijo haciéndolo a un lado.

—Escucha Felicia, tenemos poco tiempo para hablar. Esta gente nos pedirá la documentación de viaje —dijo Simón en voz muy baja y poniéndose muy serio—. Ya me lo dijo Don Pedro. Mi idea era evitar las postas, Felicia, ya lo habíamos hablado, porque tienen reglas que cumplir y documentación que exigir, pero no pudimos hacerlo. Ahora estaremos en problemas si no tenemos un buen argumento y lo sostenemos para explicar la falta de papeles.

—¿Qué haremos? —preguntó la joven preocupada, sabiendo que era un requisito para viajar tener esa documentación de la que Simón le hablaba.

Todo "viajero" por las postas, debía llevar su "pasaporte", extendido por autoridad competente y acompañado del "parte" u hoja de ruta expedido por el Administrador de Correos, ella lo sabía bien. Pero cuando decidieron ese viaje, lo habían contemplado y los tiempos no daban para tramitar esa documentación. Por otra parte, ella también sabía que sin este requisito ningún maestro de postas podría facilitarles caballos ni carros.

El pasaporte era expedido por la policía u autoridad militar, y servía para controlar a los viajeros e impedir la libre circulación de personas por el país. En el "parte" anotaba cada maestro de posta, la fecha y hora de llegada y salida de los viajeros, y su nuevo destino. Por otra parte, ningún viajero podía llevar caballos propios, debiendo tomarlos en cada posta del camino, pagando los derechos según tarifa. Por lo general la tarifa establecida era de "medio real por legua" yendo a caballo, cuando era terreno llano, y en las "travesías" o desiertos la tarifa era el doble. Los carruajes pagaban "un real por caballo y por legua", aumentándose los caballos según el peso que condujesen. Por eso

habían previsto llevar suficiente dinero, pensando en la posibilidad de tener que abandonar en el camino los que llevaban y arrendar otros en alguna posta.

—Nos atendremos a esto, Felicia —le decía en ese momento Simón mientras se ataba el cabello y se vestía— fuimos asaltados por los bandidos que desertaron del ejército de Liniers y se llevaron nuestro carruaje, el caballo y al postillón para poder hacer el cambio en la otra posta. Uno de nuestros caballos podrán verlo muerto, más allá del bosquecillo, así que la historia será creíble, visto y considerando los hechos recientes.

—Pero... no nos darán caballos ni carruajes.

—No lo sé. Viven en condiciones muy precarias. Esta Posta además está en un litigio legal, según lo que me dijo Don Correa el maestro de posta, y en cualquier momento desaparece y la trasladan a “La Macha”.

—¿En qué lugar estamos, ahora? —preguntó la joven tratando de sentarse en la cama y de orientarse en los mapas que habían analizado antes de emprender esa locura de viaje.

—En la Posta de “San Antonio”, tal como acordamos con Zoilo. Estoy pensando que tal vez por una buena suma de dinero y si prometemos volver, acepten. O mejor aún, nos vendan dos animales. Eso sería lo ideal, así no llevamos postillón. Además, Felicia, creo que este es un buen lugar para hacer un alto. Y mandar a buscar a nuestra niña.

—Te he complicado todo. Pero... no podía dejarte, Simón —trató de explicarse pasando una mano por el rostro del hombre. Él a su vez, le devolvió la caricia— no podía hacerlo. Al fin y al cabo, no salió mal. Y ahora podemos esperar acá a nuestra pequeña.

—Así es mi amor. Ahora hay que buscar soluciones urgentes porque tampoco podemos tomarnos todo el tiempo del mundo. Por otra parte, me he enterado de cosas horribles, que de alguna manera, sirven de pantalla a nuestra historia. Y lo mejor será marcharnos ni bien podamos —agregó mientras le relataba los hechos que también habían llegado a la posta, sobre el trágico final de los contrarrevolucionarios—. Así que visto de esta manera, huir ha sido lo mejor que podíamos decidir. Vamos a levantarnos y tratar de reponernos con un almuerzo. Y luego planearemos como traer a Ángela —finalizó ayudándola a vestirse.

El olor a pollo asado era exquisito. Las papas estaban crocantes y les sirvieron pan casero untado con mantequilla de puerco y hierbas aromáticas y les pareció el mejor almuerzo de sus vidas, después de tantos días de carne seca y pan duro, así que comieron con apetito.

—“San Antonio” fue una de las primeras postas que se construyeron al crearse oficialmente el sistema de correos del Camino Real —explicaba en ese momento Pedro, uno de los ayudantes de cuadra—. Originalmente fue comprada en el año 1678 por Don Juan de la Cerda Miraval y Doña Agustina de Valledor. Luego los terrenos se transfirieron al capitán Don Antonio Márquez Correa, quien tuvo el cargo de maestro de postas, continuando en ese cargo su hijo Marcelo Correa —prosiguió mientras su mujer Nora les servía el postre elaborado con frutas salvajes en almíbar de miel—. Pero ahora se ha complicado la cosa amigo, ya que el patrón está en juicio y quieren trasladar la posta. Ya le dijimos al patroncito, que nos quedaremos con él, pase lo que pase, y aunque este lugar deje de ser legalmente una Posta —agregó.

—Así ocurre todo el tiempo —dijo Simón— muchas postas se trasladan, o los maestros puesteros renuncian al trabajo y queda abandonada. Hallamos varias ruinas en algunos lugares donde seguramente hubo algunas, años atrás.

—Sí señor. Es así.

—Tal vez, no sé... estoy pensando que quizás yo podría darle una mano... —dijo de pronto Simón como si se le acabara de ocurrir. El hombre lo miró con suspicacia, como si también supiera hacia dónde iba la conversación.

—Ud. no tiene la documentación en regla y nos será difícil proveerle de animales, carros y mucho menos de un postillón. El último que teníamos marchó y aún no regresó. Tal vez ya ni vuelva, como están las cosas en la Posta San Antonio, no sé si me entiende Señor Simón, por eso no sé cómo ayudarlo...

—En eso estaba pensando, pues... En cómo podría usted ayudarme. Y cómo podría ayudarlo yo a usted.

—¿Y qué se le ocurre?

—Mire, Don Pedro, difícilmente yo pueda en este momento recuperar mis documentos. Pero por suerte, tengo una mujer inteligente.

—Ajá...

—Y muy tacaña... —agregó mientras Felicia lo miraba furibunda, pero se contuvo de contestar. El viejo lanzó una carcajada cómplice.

—Como son todas nuestras viejas, amigo. Tacañas, jodidas, jetonas y chupasangres —agregó dirigiéndose a Nora que desde la otra punta de la mesa, lo miró con odio, pero tampoco contestó. Al fin y al cabo sabía que era mejor no meterse cuando los hombres negocian.

—Sobre todo jetonas y chupasangres —lo apoyó Simón, riéndose a carcajadas y llevándose otro vaso de vino a la boca, Felicia lo pateó por

debajo de la mesa, pero él sin inmutarse, prosiguió—. Y es por eso, que esta chupasangre mía, tuvo la inteligencia de guardar gran parte del dinero que traíamos, atado a la cintura y oculto por el corsé. Y así, lo salvó del robo. Bueno, estuvimos a punto de ser asesinados en el medio, pero ya ve. Por suerte logré cargarme dos de esos tipos y los otros lograron escapar con nuestros bolsos y animales, y acá estamos.

—Y bastante chamuscados han quedado los dos de la refriega. Casi pierden la vida, más que el dinero —intervino Nora.

—Desgraciadamente Doña Nora, desgraciadamente. Nunca imaginamos que los caminos estaban tan peligrosos, o nos hubiéramos quedado donde estábamos. Por suerte no trajimos a nuestra hija en este viaje, ya que nos dijeron que el camino podía estar plagado de desertores. Era cierto.

—Oh... dejaron a su niña —interrumpió Nora mirando a Felicia con compasión. La joven estaba con los ojos llenos de lágrimas y no necesitaba fingir la angustia extrema que se adueñaba de su corazón de sólo pensar en su pequeña.

—Sí, Doña Nora. No podemos continuar sin mandar a alguien por ella.

—Sólo nos queda un joven, un ayudante de cuadra, o esperar el regreso del postillón —dijo Pedro que también se mostraba conmovido por la situación de la pareja.

—El caso es que nosotros podríamos pagar por todo eso, Pedro, por todos los elementos que necesitamos para seguir el viaje, en vez de llevarlos en alquiler, y por la ayuda que nos brinden para enviar una carta a los cuidadores de nuestra niña. Por supuesto, sería algo entre nosotros —se apuró a aclarar, ya que los posteros no podían hacer ese tipo de negocios que les estaba pidiendo.

—Mm... tendríamos que ver... Deberían ser animales que no estuvieran marcados —respondió Pedro considerando la propuesta y mirándolos con suspicacia. No le convencía la idea de actuar en contra de la ley con desconocidos que luego podrían denunciarlo. Pero no tenía dinero, la posta estaba en peligro y esa gente parecía estar realmente en problemas. Tal vez, podría sacar una buena tajada, sobre todo de la necesidad de recuperar a su hija.

—Seguro alguno tendrá, Pedro. Siempre andan cimarrones por ahí que van a parar a las Postas. No dudo que ustedes realizan sus actividades con honestidad, y no quiero ponerlos en situación de problemas. Al contrario. Pero estamos desesperados. Pagaríamos bien esta enorme ayuda, que a su vez, sería

un convenio de mutuo beneficio Don Pedro.

—Sí, tengo algún animal sin marcar, que apareció por ahí. Pero lo pensaré —contestó de pronto sin darle una respuesta definitiva— por lo pronto ustedes tienen para un largo tiempo de descanso antes de seguir viaje, viendo el estado de sus heridas y las condiciones de su mujer —finalizó el hombre— Enviaré al joven con la carta para que puedan localizar a su hija, y en unos pocos días la tendrán con ustedes. De lo otro, hablaremos después.

Felicia lo miró con lágrimas de agradecimiento en los ojos y Doña Nora le acarició la mano de manera consoladora.

—Pronto tendrás a tu niña contigo —le aseguró con una sonrisa maternal y Felicia asintió.

Ahora, el destino estaba en manos de ese pequeño hombrecito y su mujer y de que como decía Simón, estuvieran necesitando el dinero que ellos les ofrecían a cambio de poder seguir viaje y recuperar a Ángela.

CAPÍTULO XXVII

ROSARIO

Las noticias en la ciudad de Córdoba se habían ido desparramando dejando a la población asombrada y entristecida.

Varios de los hombres prominentes de su sociedad, habían sido asesinados de manera cruel y sin que la justicia pudiera intervenir.

En el mercado, en las calles, y en cada lugar se hablaba de los fusilamientos en Cabeza de Tigre y de que los restos mortales de los ajusticiados habían sido conducidos a Cruz Alta, distante a cinco leguas hacia Buenos Aires, donde habían sido sepultados en una zanja en el campo junto a la iglesia. También se contaba que el teniente cura de la misma, los hizo desenterrar al día siguiente, y los colocó a cada uno en su propia sepultura agregando una cruz en su cabecera con las iniciales, para que sus familias, alguna vez, pudieran encontrar y recoger sus restos. Las iniciales formaban la palabra CLAMOR (Por Concha, Liniers, Allende, Moreno, Orellana y Rodriguez)

Quizás, este anagrama de alguna manera simbolizaba el movimiento interno que los había conducido. Un reclamo, una queja, una manifestación de disconformidad contra un sistema que imponía una Revolución tal vez, decidida por unos pocos y que cambiaba el futuro de una nación.

Mientras tanto se escuchaban diferentes opiniones, algunas encontradas sobre lo que pasaba en Córdoba, y las decisiones que prontamente debería tomar Pueyrredón, el nuevo gobernador, sobre el envío de diputados provinciales a la Junta.

Pero ahora, la llegada de las cartas, venían a dar un giro a los acontecimientos.

La primera que abrió fue una nota sin firma, traída por un muchacho joven, que le dijo que lo encontraría en el Correo en el transcurso del día, si lo necesitaban. Miró el sobre extrañada y entendió que esa letra impecable y bella, única era la de Felicia. Rosario casi explota de alegría porque entendió que si la enviaba, era señal de que estaba viva, le quitó un peso enorme en el corazón, un peso que no la dejaba vivir.

“ Querida Rosario: Hallé a mi esposo y estamos siguiendo el camino y los planes trazados. También cuando recibas esta misiva, ya estarás enterada del orden de las cosas y los motivos que nos deberán mantener alejados. Que Dios y la Virgen nos ayude y nos acompañe por estos lugares inhóspitos y llenos de peligros que ahora deberemos transitar para mantenernos a salvo. No podremos volver, pero como hemos quedado, espero que puedan traerme a Ángela cuanto antes. No nos moveremos de acá hasta que ella esté con nosotros y seguiremos viaje como estaba previsto ya que Córdoba nos está vedada por el momento. Por favor Rosario, sólo contamos con ustedes. El mozo de cuadra servirá de postillón para guiarlos hasta acá. Confío en ti amiga... Todo saldrá bien. Te quiero mucho. Dile a mi niña que la amo. Díselo todas las noches, hasta que la vuelva a abrazar.”

Rosario lloró con una mezcla de alivio y temor, mientras finalizaba la lectura de la misiva que los ponía ahora en una terrible situación porque a la luz de las últimas noticias y la actual situación de Córdoba, tuvo la certeza de que ese regreso, que habían soñado, se extendería mucho más de lo deseado por todos y que debería prepararse para lo que fuera que la vida le deparara con Ángela en el viaje que ahora era inminente. Otra vez ese terrible desafío de demostrar que podía ser una buena madre y una buena amiga. Una promesa que alguna vez le había hecho a Luisa y que estaba dispuesta a cumplir hasta las últimas consecuencias. Lo había probado con Ana, su propia hija, tal vez ahora debía hacerlo también con Ángela hasta que volviera a los brazos de su madre.

Con cierto temor miró el otro sobre, recién llegado, pero extrañamente dirigido a Felicia y entonces, el mundo se le desmoronó. Era una carta de Doña Encarnación.

Angustiada, fue en busca de Zoilo para que juntos leyeran la carta y decidieran los pasos a seguir. Aun entendiendo, que la mujer desconocía el destino actual de Felicia, supo que si había decidido volver a Córdoba, y se enteraba que Felicia y Simón estaban huyendo, la niña quedaría en manos de esa mujer y no podrían devolverla con sus padres. Urgía tomar una decisión.

CAPÍTULO XXVIII

SIMÓN

La mañana estaba fresca, pero en esos días, la primavera parecía llegar con lentitud coloreando el paisaje. Simón revisaba el carruaje y los animales junto a Pedro, mientras las mujeres conversaban.

—Les conviene partir antes de que empiecen las lluvias de la primavera y se intensifique el calor —les decía en ese momento Doña Nora.

—Sí, Nora, la verdad es que estamos muy agradecidos por su hospitalidad. Si no los encontrábamos hubiéramos muerto en el camino —explicó Felicia mirando a Rosario.

—Usted estuvo cerca de que Dios se la llevara, niña —expresó la mujer— eso también fue providencia divina. Se recuperó rápido en realidad, pero insisto en que debería esperar un poco más para fortalecerse, se la ve muy delgada. Además es un viaje largo, con una niña...

—Dios nos acompaña Dora. Como lo ha hecho hasta ahora.

—Tal vez deberían permanecer un tiempo más por esta zona, Felicia, o instalarse acá por un tiempo, no nos molestan, al contrario, podría ser de gran ayuda.

—No sería mala idea —intervino Rosario.

—No podemos, debemos seguir viaje para reencontrarnos con nuestra familia, amiga, lo sabes —mintió, ateniéndose a los argumentos ya dados—. Después de lo que ha pasado, sólo podemos estar agradecidos, hemos tenido suerte.

—Providencia divina, amiga querida, como dice Nora.

—La misma que te trajo a ti a mi vida hace tiempo. Ah, Rosario, no hay palabras para agradecerte lo que has hecho por nosotros trayéndonos a Ángela —continuó diciendo viendo a su niña jugando con unos conejos sueltos en el pasto— ¿Cómo ha estado mi pequeña, en estos días con la ausencia de sus padres?

—Y... algunos días feliz por la compañía de Ana, y otros días muy inquieta. Volvió a tener esas pesadillas que te preocupan.

—Me intranquiliza, Rosario... esas imágenes que tan bien me describe.

—No es el mejor momento para analizar eso, Felicia. Han ocurrido muchas cosas. Ahora, sólo piensa en estar bien y en hallar un buen refugio en el camino. ¿No pueden quedarse acá? Sería conveniente por ahora —prosiguió

insistiendo Rosario ahora dirigiéndose a Simón que se había acercado.

—No. Debemos partir antes de que lleguen las lluvias. No se preocupen, llevamos buenas provisiones, y ya Don Pedro nos ha señalado los diferentes caminos que podemos seguir.

—Pero van sin postillón... —intervino el hombre.

—No se preocupe por eso. Soy experto en caminos.

—Si pudiera acompañarlos... —se lamentó Zoilo.

—Ya demasiado has hecho por nosotros, amigo. Nunca podré agradecerte suficiente. Es hora de que ustedes también regresen con su hija. Y que cuides bien esa panza Rosario.

—¡Ay amiga querida! Esa es una alegría inesperada, saber que estás en la dulce espera.

—Es muy reciente, la verdad, pero es cierto, debo cuidarme. Ahora dime, Felicia ¿Qué haremos si se produce la llegada de tu madre a Córdoba, antes de tu regreso? Recibimos esa carta...

—Por el momento, no le digas nada y si puedes evitar el encuentro con ella mejor. Ni bien llegemos a destino enviaré noticias y nos mantendremos comunicadas. Ya te diré qué decirle más adelante. Ahora... no puedo pensar también en ella. Es demasiado —finalizó abrazando a su amiga.

Se miraron con tristeza por última vez y desde el carruaje Rosario levantó la mano con las siluetas de Felicia y Ángela achicándose en el horizonte, pensando en que quizás pasaría mucho tiempo hasta que pudiera verlas de nuevo.

Simón y Felicia decidieron que partirían antes del amanecer. Pedro les había recomendado mantenerse en el sendero para mulas, bordeando el mar blanco de costras de sal, único acceso desde Córdoba a Catamarca.

—¿No será chúcaro la mula, Pedro? —preguntaba en ese momento Simón.

—Quédese más que tranquilo, amigo, es una mula bien sobada —aclaró, mientras cargaban las pocas pertenencias, en los animales. Contaban con que les alcanzara hasta llegar a la próxima posta ya en Catamarca.

—Es camino del indio... Cúidense —les dijo sin dar más explicaciones y despidiéndose.

A poco de andar, también entendieron que el lugar no sólo era peligroso, sino agreste y desolado. El camino estaba formado por surcos paralelos y tortuosos y el salitre que impregnaba el aire, se les quedaba pegado en la piel, en la boca y en las fosas nasales.

—No parece tierra de humanos —le dijo Felicia mirando asombrada ese

mar de sal.

—No lo es —le respondió el hombre intranquilo sin sacar la vista del horizonte y sintiendo por primera vez, que quizás estaban cometiendo un grave error.

La travesía se tornó lenta por el camino áspero y pedregoso, lleno de cardales resecos, raramente transitado, de infinita presencia fantasmal y vientos firmes y desgastantes. En algunos tramos se cruzaron con algunas jaurías hambrientas y Simón debió usar su arma para alejarlas.

La marcha comenzó a ser lenta, mientras atravesaban algunas postas miserables y abandonadas o con algún gaucho con las greñas sucias, echado sobre el apero, atontado y alcoholizado de caña, junto a sus perros también famélicos y resignados. Ni siquiera levantaron la vista a su paso y siguieron avanzando hacia la brutalidad de la nada, con pueblos de taperas, sin vegetación, cubiertos de un polvo gris permanente.

En un corto tiempo, los ojos comenzaron a perderse en esa vastedad interminable, donde el sol, más cortante que nunca, sacaba de contexto las imágenes del paisaje y dibujaba extrañas presencias.

Por momentos Simón podía percibir que la huella salía de la sal y se internaba en islas de montecillos para volver a la incongruencia de ese terreno desierto y blanco. Cada tanto, en las zonas menos agrestes cruzaban extraños animales desconocidos, guanacos y maras, que permanecían alejados de ellos como si les temieran, rumbo hacia algún jagüel. Al fin se toparon con uno de aguas barrosas y pudieron poner a abrevar los animales de carga.

De pronto Ángela gritó eufórica y elevó la mano, señalando unas corzuelas que los miraban con asombro. Por un momento, Simón se había visto tentado de cazar alguno de esos animalitos para proveerse de alimento, pero finalmente viendo la alegría de la niña, decidió no detenerse en esos parajes más de lo necesario y apenas si comieron las provisiones preparadas por Doña Nora, sin dejar de mover el carruaje.

Al fin, el atardecer, dibujó figuras extrañas en el horizonte, que parecían avanzar, pero luego se perdían en las líneas azuladas y en el reflejo de esa superficie extraña mientras la noche los alcanzaba en un pequeño monte. Allí, agotados, decidieron hacer un alto y refugiarse.

—Acá estaremos seguros —dijo el hombre sin demasiado convencimiento—. Creo que un monte, es mejor que esta planicie blanca y fantasmal que nos rodea.

Felicia lo miró sin contestar, mientras los temblores por el frío nocturno se

replicaban en Ángela. Intentó concentrarse y ocupar su mente en preparar unos frugales alimentos que cenaron con voracidad. Al fin Ángela consiguió dormirse arrebujada entre sus brazos y la depositó en el rincón más seguro del carruaje, abrigada entre pieles y protegida por una improvisada cortina de cueros que la aislarían del frío nocturno.

La noche comenzó a descargar un aire helado que se les cuela en los huesos mientras Simón y Felicia se protegen en un abrazo. El sueño es voraz y el agotamiento los ha sumido en un profundo letargo, pero aun así, Simón la acaricia debajo de la manta, con lentitud y deseo, tratando de no hacer ruido. Ella se mueve somnolienta, mientras él le levanta el camisón y sin esperar que se despierte, le enrosca las piernas y la aprieta entre las suyas. La joven siente la dureza de su miembro presionando contra sus muslos y sin terminar de despertarse se enciende, empujando hacia atrás. Entonces el hombre, levantando aún más el camisón y sin quitárselo, la toma de espaldas de los pechos y se sumerge en su interior húmedo con rápidas y sigilosas embestidas que la elevan hacia la locura en pocos minutos. Ella se contiene para no gritar y respira con rapidez, pero sin darle tiempo a terminar Felicia se retira y gira hacia él. Bajo la manta, recorre ese cuerpo amado con su boca; el salitre del ambiente impregna su piel y los intensos sabores se entremezclan. Simón se arquea y se eriza ante ese contacto suave e invasivo y en el momento en que está por explotar, la joven se sube y lo cabalga mientras alcanzan el clímax.

Finalmente se adormecen con las pieles saladas entibiadas de pasión, y el sonido del viento que aúlla, fuera del toldo del carro, hamacando los cueros que los protegen del exterior. El lamento del viento nocturno sobre las Salinas se incrementa y se confunde con otros aullidos extraños.

No alcanzan a incorporarse, ni a entender qué ocurre, ni quiénes son. Pero cuando Simón suelta el cuerpo de la joven para intentar levantarse y buscar su arma, los hombres cubiertos de pieles y cueros ya están sobre ellos, los arrancan de la protección de las frazadas y los arrastran desnudos fuera del carro.

Felicia intenta huir presa del terror y Simón les dispara con su arma, mientras la sigue.

Una lluvia de flechas se eleva en el cielo. El hombre alcanza a arrojar sobre la joven en el mismo instante en que la lluvia asesina, se derrama en sus cuerpos desnudos con las bocas hundidas en la oscuridad y la sal.

En el último segundo, Simón piensa que a veces la gente en quien confiamos nos traiciona, otras veces, nuestro ego nos traiciona, la confianza y

el dolor nos traicionan. Pero lo peor es cuando lo que nos traiciona, es el miedo.

SEGUNDA PARTE

PÉRDIDAS

*“Sólo nos puede salvar el poner
a todo esclavo sobre las armas”*

José de San Martín

12 de mayo de 1816



CAPÍTULO XXIX

ROSARIO

La carta de Encarnación y la despedida de sus amigos, la habían dejado devastada. Por otra parte, el viaje de regreso desde la Posta hacia Córdoba se había tornado una pesadilla entre la temporada de lluvias que recién iniciaba y los caminos en un estado deplorable, con el riesgo de encontrarse con las tropas del ejército de Castelli rumbo al Alto Perú.

Ahora ya en la casa céntrica, después de dos días de descanso, aún no lograba reponerse.

La situación en Córdoba, luego de la llegada de los pliegos oficiales confirmando los fusilamientos, era una mezcla de miedo y luto, con una sensación de persecución e incertidumbre, para todos los habitantes, hubieran o no participado en la Contrarrevolución. Mucho más si había habido alguna participación más o menos comprometida, como era el caso de Zoilo y Rosario que habían ayudado a escapar a Simón.

El nuevo gobernador de Córdoba, Pueyrredón, no lograba reponer, ni mejorar el estado de las cosas y sabía bien que desde Buenos Aires, las órdenes eran de castigo para todos los traidores, y por las calles los murmullos de comerciantes y pregoneros hablaban de importantes hacendados, sacerdotes y héroes de guerra, perseguidos, presos y ajusticiados, y que nadie escaparía del escarmiento justo por ser traidores a la Patria. Las opiniones se alineaban entre aquellos partidarios al orden monárquico y los partidarios de la Revolución, pero pocos se animaban ya a expresarlo en voz alta a la luz de los últimos acontecimientos.

Entre las conversaciones de la gente, incluso, se habían filtrado informaciones y datos que deberían haber sido de completo secreto, como la desobediencia de Ortiz de Ocampo que se había negado a ajusticiar a los traidores y el consecuente enojo de Mariano Moreno, por desobedecer órdenes. Incluso se comentó que el disgusto de Moreno, se había incrementado, cuando dejaron pasquines anónimos en su zaguán, en contra de la Revolución con un titular que decía “Si no muere Liniers, QUE VIVA”, lo

que hablaba a las claras de que los partidarios de perpetuar el orden monárquico eran muchos y no sólo en Córdoba. Estos hechos habrían motivado al Secretario de la nueva Junta de Gobierno a destituir al General Ortiz de Ocampo y nombrar a Castelli para ponerse al frente del ejército expedicionario, y al coronel French, para ajusticiar a los traidores como medidas extremas pero también para dejar en claro una señal a todo el resto del Virreinato.

La carta de Moreno era clara y feroz:

“Vaya Ud., Castelli y espero que no incurra en la misma debilidad de nuestro general. Si todavía no se cumpliera la determinación tomada, irá el vocal Larrea, a quien pienso no le falta resolución y por último iré yo, si fuera necesario”

Luego de los fusilamientos, incluso, se difundió el manifiesto de la Junta escrito por el mismo Moreno:

“No pueden atacarse impunemente los derechos de los pueblos... la tierra peligrará...”

Y con respecto a los traidores de Córdoba, expresó:

“La impunidad de crímenes tan detestables podría ser un ejemplo fatalísimo... No hay arbitrio. Es preciso llenar dignamente este importante deber. Aunque la sensibilidad se resista, la razón suma y ejecuta, la Patria imperiosamente lo manda... hemos decretado el sacrificio de estas víctimas a la salud de tantos millares de inocentes...”

Ante lo decretado por Moreno, Pueyrredón, ahora gobernador, se vio obligado a actuar, para disuadir nuevos levantamientos en el interior provincial. Ordenó la confiscación de los bienes de los traidores y emitió alertas y amenazas para todos aquellos defensores empedernidos del orden monárquico, para que no siguieran pregonando sus ideas entre la población y el gauchaje, ya que se desconocía la cantidad de gente civil, o del ejército, que habían apoyado la causa contrarrevolucionaria. Sin embargo había recibido órdenes de investigar quiénes eran, hasta las últimas consecuencias, y en todo caso, mantener a la población controlada para evitar futuras revueltas.

La primavera parecía estar llegando a Córdoba, con sus constantes vientos fríos e intensos, oleadas de oscuridad de tierra intercaladas con las primeras lluvias. Los ánimos de la ciudad reflejaban el mismo espíritu cambiante y desolador del paisaje que aún no reverdecía y Rosario no podía dejar de pensar en esa carta de Encarnación, pendiendo sobre ellos como una tormenta. Si era cierto que la mujer estaba en vísperas de viajar, se encontrarían en la

situación de decidir si le contaban la verdad sobre su hija y su nieta, o sostenían una cruel mentira con todos los riesgos que ello implicaba.

—Son unos inconscientes —decía Zoilo en ese momento a su mujer, notando que tenía los ojos rojos de llorar— Por un lado, no pude disuadir a Simón de emprender ese viaje a Catamarca, le expliqué que ese cruce no era seguro, que es zona de salvajes, indios, desertores y asesinos, que lo mejor era que se volvieran con nosotros a Córdoba, que ya encontraríamos otra solución, algún lugar dónde refugiarse. Pero ya viste... no hubo manera.

—Lo sé, amor, intenté lo mismo con Felicia. Pero fue imposible. Incluso les dije que quedarse en la Posta era una alternativa razonable. Pero no sé, ahora pienso, que tal vez tienen razón. Después de la manera en que se ha perseguido a cada uno de aquellos que se sospeche haya participado de la Contrarrevolución, hasta nosotros estamos corriendo riesgos. Se habla del manifiesto de la Junta, de que habrá escarmientos para todos los complotados. ¡Ay Zoilo! tengo mucho miedo —dijo Rosario poniéndose a llorar nuevamente mientras acariciaba su brazo derecho—. Para colmo de males he perdido mi Balangandan. Eso es un mal augurio.

—No, mujer, no hables de mal augurio. Y ya te compraré otra pulsera.

—No entiendes... no era una pulsera cualquiera, esa era especial —agregó derramando lágrimas otra vez y con la voz temblorosa— Y si Inés de Villarreal los denuncia, podemos caer nosotros también, Pueyrredón está apremiado desde Buenos Aires para hacer justicia, quiera él o no. Y para colmo de males, ahora esta mujer, Encarnación, que viene y que querrá explicaciones. Nos esperan días difíciles, Zoilo.

—Tal vez ha llegado la hora de volver a la estancia con Ana como querías, donde ustedes se sientan más seguras. ¿Te parece? No podemos cambiar esas circunstancias ajenas a nosotros. Lo único que podemos cambiar es cómo actuaremos ante ellas. En principio, si nuestros amigos vuelven, sabrán cómo localizarnos. Y si Doña Encarnación viene por ellas, no las encontrará por el momento y nosotros nada sabemos, lo que es cierto. En cuanto a los riesgos de que se tomen represalias contra nosotros, lo veo más improbable, pero en la Estancia Vieja estaremos seguros. Está pegada a la montaña en una zona bastante inhóspita. Y nadie sabe que me pertenece.

—Sí, es el momento de marcharnos.

—Cerraremos la zapatería, dejaremos la tienda a cargo de los empleados más viejos y más fieles y nos vamos a la estancia—insistió el hombre notando que Rosario recuperaba un poco el ánimo.

El camino ascendía y se internaba en zona montañosa y agreste. La Estancia Vieja, hacía alusión al nombre ya que era una casona rústica de piedra y adobe con techos de tejas coloniales, bastante desvencijadas, caballerizas y enormes corrales. Un pequeño grupo de indios y negros salieron a recibirlos con algarabía mientras un sol tímido despuntaba en el este y coloreaba las sierras. Rosario se bajó del carruaje con su hija Ana pegada a su lado mientras les sacaban los bolsos de las manos y las acompañaban al interior de la enorme estancia.

—Acá estaremos cómodos y seguros. La vieja Rosa te ayudará con todo —decía en ese momento Zoilo mirándola con preocupación.

—No te preocupes, amor, yo me las arreglaré, y Rosa será una gran ayuda —agregó sonriéndole a la mujer que asintió resignada.

Rosario recorrió con la vista el lugar mientras Ana correteaba entre enormes masetones españoles con plantas y se arrojaba gozosa a los sillones de cuero diseminados de manera desordenada por distintos rincones del recinto. El salón estaba helado y la estufa de leña apagada.

— ¡Me has devuelto la felicidad, mujer hermosa! Y este será nuestro hogar, aunque ahora te parezca helado y desarreglado. Tú le darás vida.

—Tú me la has devuelto a mí —respondió besándole la barbilla áspera.

—Seré un padre viejo —murmuró en su oído.

—El mejor padre del mundo para este que viene, la que ya tenemos y todos los que vendrán —agregó riendo a carcajadas por la ocurrencia, mientras el hombre la levantaba en vilo y la hacía girar.

Desde lo alto de la escalera Rosario contempló el lugar, acariciándose la muñeca y recordando su pulsera perdida. No podía creer que todo eso ahora era de ella y de la familia que con ese hombre comenzaban a construir. Necesitaba urgente otro Balangandán.

Y entonces pensó que la vida, tiene estaciones, comienzos y finales, soles y vientos como esa primavera, lunas y nieblas, calma y tempestades, momentos de siembra y de cosecha. Todos necesarios... Si cada uno de esos instantes la habían conducido a este actual, todo lo experimentado había valido la pena. Recordó las palabras de la negra Luisa, cuando le dijo “algunos frutos no están destinados a nuestra cosecha, son del futuro” y sonrió porque no siempre era así. A veces se va cosechando mientras se siembra.

Su amiga Felicia le dijo alguna vez “Una familia, un hogar y un amor, son nuestras brújulas. Así que siempre sigue el camino de lo que amas”. Ahora ambas, estaban haciendo eso y asumiendo también las consecuencias.

En un intento de alejar los miedos y los malos pensamientos, tomó el brazo de su esposo e ingresó a la que ahora sería su habitación, el lugar donde esa familia que tanto había anhelado y nunca había tenido, comenzaba al fin, a ser una realidad, la cosecha de su siembra presente, y su siembra del futuro. Ojalá su amiga Felicia, estuviera haciendo lo mismo y que Dios las protegiera a las dos.

CAPÍTULO XXX

FRANCISCO

1809

Después de la desaparición de Felicia, y creyéndola muerta por las aguas del río, cansados de buscarla y enloquecidos de dolor, Francisco y Encarnación habían decidido regresar a Buenos Aires, junto a la negra María que no paraba de rogarles que la buscaran un tiempo más. Lo último que vieron, al subir al carruaje, fue al negro Simón, que levantando su mano los despedía y les prometía que seguiría buscando a la niña Felicia. Una promesa inútil y que dudaban, el pobre negro pudiera cumplir, dadas sus condiciones de liberto y ante el hecho consumado del suicidio de Felicia.

El viaje desde Córdoba a Buenos Aires, había sido una verdadera pesadilla para Francisco y Encarnación, no sólo por la distancia y el cansancio producto de semejante travesía, sino y sobre todo, porque los periodos de descanso eran breves. A pesar de que se detenían en todas las postas para el recambio de animales, se habían propuesto llegar cuanto antes para rehacer sus vidas ahora, sin Felicia. La idea los atormentó todo el viaje, sin contar las numerosas discusiones que iban surgiendo en el mismo y que contribuyeron a destruirlos anímicamente.

—Si no te hubieses acostado con esa negra, jamás hubiésemos pasado por todo esto —no se cansaba de repetirle Encarnación que parecía haber centrado su dolor en la infidelidad de su marido quizás para evadir el dolor mayor de haber perdido a Felicia.

—Bien que te gustó robarle su hija a Mora, y presentarla como tu propia hija en sociedad. ¡Claro, la señora! Nunca pudiste asumir tu esterilidad, Encarnación. Entonces estuviste dispuesta a todo, con tal de volver a Buenos Aires con un hijo en brazos. Nunca pensaste en el dolor que le causábamos a esa pobre negra. Este es ahora, nuestro castigo... Ahora sabemos lo que Mora sintió. Todo vuelve. El infierno está acá nomás...

—¡Pobre negra, dices! Esa pobre negra se creía tu dueña y la dueña de “mi” estancia ¿O crees que no recuerdo cómo te recibió Mora? Y todos esos negros de “mi” Estancia, rindiéndote homenaje e ignorándome, siendo que, la legítima dueña del lugar soy yo. Te recuerdo que la Estancia es de los

Amuchástegui, no de los Iriarte. Era mi dote matrimonial y mi padre, te la cedió para que la cuidaras y administraras. Lindo administrador fuiste... cogiéndote todas las negras... Ni para eso serviste.

—Como si alguna vez te hubiera importado... ni la Estancia, ni Felicia, ni lo que yo hiciera con mi pito. Si yo no serví como administrador, tú no me serviste como mujer —le retrucó con crueldad.

—No puedes... no puedes decirme eso... eres un hijo de puta, y un completo inútil —le escupió en la cara—. Fui una buena esposa, traté de darte hijos y he intentado ser una buena madre con Felicia, crié a esa mulata como si fuera mía. Siendo que era fruto de tus pecados con esa negra.

—Basta Encarnación... basta... —dijo el hombre, mientras se asomaba por la ventanilla y veía ya las calles empedradas de Buenos Aires que los acercaban a su hogar—. De nada sirve ya todo esto, que nos destrocemos el uno al otro, ni que saquemos a la luz un pasado que sólo nos hace más daño. Nuestra niña está muerta... y ya nada tiene sentido —agregó tomándose el pecho con un gesto de dolor. Hacía varias horas que se sentía muy descompuesto. Supuso que el viaje y la compañía de esa mujer cargada de odio, lo habían afectado demasiado, sumado al terrible dolor de volver a la ciudad, sin su niña.

—Ah, no te hagas ahora el sufrido. Acá la única víctima he sido yo.

—Cállate ya... cállate, eres una serpiente inhumana. ¡Víctima! En todo caso las únicas víctimas inocentes fueron Felicia y su bebé. ¡Ay Dios mío...! esa niñita... nuestra nieta... abandonada en un convento... nunca podré perdonarme, nunca... deberíamos buscarla... deberíamos... es lo único que nos queda —intentó proseguir pero el dolor en el pecho parecía haberse intensificado sin dejarlo respirar.

Inhaló varias veces y al fin le pareció que el dolor había cedido, mientras veían ya el enorme pórtico de la casa de los Iriarte, la única herencia que le había dejado su padre a él y que durante años había sido su hogar y el de su hija. La negra María, que había permanecido derramando lágrimas silenciosas todo el viaje, atormentada por su propio dolor, y por las permanentes discusiones de sus amos, fue la primera en bajarse para ayudarlos y avisar a los esclavos. Ansiaba volver a ver a sus hijos, reencontrarse con su esposo, y paliar este terrible dolor junto a los seres que más amaba.

Los negros, que habían escuchado los ruidos de los cascos, ya estaban abriendo para que ingresaran y los recibieron con una mezcla de algarabía y tristeza. Se habían enterado de la desaparición y posible suicidio de la niña

Felicia y les había afectado en demasía. Al ver a los patrones, bajando del carruaje y los terribles signos de deterioro que denunciaban sus rostros, varios comenzaron a llorar con angustia. Encarnación les hizo un gesto de que pararan con esas tremendas demostraciones de dolor, pero nadie le hizo caso y Francisco comenzó a llorar también, sin poder contenerse, como si ahora pudiera al fin, aflojarse y demostrar sus sentimientos sin miedo, abrazado por la negra María que no podía creer que su niña, ya no estuviera con ellos.

Al fin, todos ingresaron a la enorme casa, más silenciosa y oscura que de costumbre ya que todo parecía recordar a Felicia: el piano en un rincón, sus acuarelas en la pared, los tapetes tejidos o bordados en las mesas, el enorme retrato con su rostro en la escalera. Francisco, ayudado por María subió con dificultad y pidió que lo llevaran a la habitación de la niña. Todo había sido acomodado en el tiempo de la ausencia. No quedaban rastros de la terrible golpiza que le habían dado antes de partir a ese viaje de locura a Córdoba, donde la muchacha, luego de parir a su bebé y creyéndola muerta, había acabado con su vida. De todo eso, eran culpables y serían condenados al infierno. Intentaba recordar su rostro fino, su hermosa sonrisa, sus carcajadas despreocupadas corriendo con su amigo, el negro Simón, en galerías y patios. Sin embargo, en los recuerdos de Francisco sólo parecían ahora perdurar sus gritos de dolor, su llanto, su mirada de asombro y decepción. Eso es lo que recordaría de su niña. Su terrible decepción por no haber tenido unos padres que le sirvieran de consuelo, de apoyo, de contención en el momento más difícil de su vida, cuando embarazada fue abandonada en un convento y luego le arrebataron a su bebé, mintiéndole sobre su muerte.

—¡Cómo pudimos ser tan crueles! —dijo en voz alta observando y acariciando las pertenencias de su hija— ¿Cómo pudimos suponer que todos esos actos, no tendrían consecuencias desastrosas? Ni siquiera Dios, podrá perdonarnos...

Encarnación lo siguió y no pudo evitar que unas lágrimas cayeran por su rostro al recorrer el cuarto de la joven a quién jamás, volverían a ver.

—¿Cómo viviremos sin ella, Encarnación? ¿Cómo? —repitió el hombre varias veces, interrogándola con una tristeza infinita en sus ojos y sin esperar respuesta.

Ya ni los reproches tenían sentido ante los hechos consumados de que Felicia no estaba, ni estaría más. El hombre bajó la cabeza y arrastrando los pies salió de la habitación. Encarnación, se limpió el rostro, cerró el cuarto con llave y dejándolo allí parado, bajó al comedor. El hombre no tuvo ánimo

ni fuerzas para seguirla. El dolor en el pecho, había regresado con intensidad. Intentó caminar hacia su cuarto, en la otra ala del edificio. Avanzó un largo trecho sintiendo los pies cada vez más pesados. “Necesito dormir” pensó mientras con esfuerzo recorrió todo el pasillo enmarcado de grandes macetones con arbolitos cítricos, elaborados de cerámica criolla y heredados de sus padres. Se detuvo mirando las paredes con mayólicas españolas como si las viera por primera vez. Observó todo como en un sueño difuminándose mientras los dibujos de los cerámicos parecían cobrar vida. Sus piernas se aflojaron. Intentó agarrarse de una de las plantas, en un último intento de mantenerse en pie, pero se derrumbó y allí quedó, viendo las imágenes mezclarse con el rostro entristecido de Felicia.

Un rato después una de las esclavas que llevaba uno de los bolsos lo encontró y lo socorrió. Llamaron al médico de la familia quien acudió a la brevedad.

—No más disgustos, no más trabajo, no más reuniones con discusiones eternas que lo alteren. Su corazón no las resistirá —dijo el médico mirando a Encarnación.

—Tal vez Dios sabe dónde estaré mejor —respondió el hombre.

Los días y meses subsiguientes, la negra María se desvivió por sacarlo de su mutismo y depresión llevándole publicaciones, libros y las comidas que más le gustaban mientras que Encarnación se mudó a la habitación de Felicia y retomó la pintura de cuadros con acuarelas, que en algún momento le había enseñado a la joven. Se internaba por horas en el pequeño taller que habían improvisado al lado del cuarto de la joven y llenó las paredes de paisajes con flores y retratos de Felicia.

El día que María enfermó Francisco salió de la habitación por primera vez para ir a las habitaciones de servicio. La negra María con sus últimas fuerzas había saludado y despedido a su esposo y sus hijos y había enviado a su hija para que le llevara el almuerzo. Cuando Francisco llegó la mujer permanecía con los ojos cerrados y una mueca de intenso dolor en el rostro.

—Ah, María... nunca nos dijiste —le reprochó el hombre pasando una de sus manos por la frente que ardía de fiebre.

María emitió un quejido y abrió los ojos. Los miró a todos y estiró los brazos, sus hijos se acostaron sobre ella mientras los acariciaba. Francisco decidió que era el momento de irse, pero ella lo detuvo.

—Don Francisco, busque a la niña... —murmuró— Busquen a Ángela...

Francisco movió la cabeza en señal afirmativa y los dejó. Pocas horas

después la negra María falleció.

Desde ese día, Francisco intentó retomar sus actividades laborales pero en su mente comenzó a anidar la idea de hallar a su nieta. Comenzó a frecuentar a sus amigos para mantenerse distraído, ya que hablar con Encarnación era imposible y mucho menos de ese tema. Lo había intentado, sí, pero la mujer lo miró como si estuviera loco y siguió enfrascada en un tejido. Ya ni siquiera deseaba que almorzaran juntos y Francisco lo hacía muchas veces en el comedor de los negros, en alguna pulpería o en el puerto.

Pero reconectarse con la realidad y la vida social, también lo puso en contacto con algo que había querido evitar analizar: la situación económica por la que atravesaban era desesperada y pronto, estarían en la ruina, sin contar con que la situación en Buenos Aires se percibía caótica con enfrentamientos ideológicos y desconcierto por el futuro.

CAPÍTULO XXXI

ENCARNACIÓN

1809

Desde el instante mismo en que habían regresado a Buenos Aires, y en que la mujer había bajado al comedor, dejando a su marido frente a la habitación de Felicia, había comprendido que no podía darse el lujo de caer ella también, presa de la culpa y la autoincriminación. Lo hecho, hecho estaba y de nada valía arrepentirse. Como si la vida diera segundas oportunidades, si así fuera... Pero eso no ocurría. Tal vez, sólo quedaba esto. Una enorme casa, un gran capital que cuidar y mantener, para nada quizás, para nadie, porque no tenían herederos, pero al menos, disfrutar del tiempo que les quedaba era el único sentido. Ella no se rendiría. Siempre habría motivos.

Tal vez... tal vez, Francisco no estaba tan equivocado de que debían hacer algo para restaurar el pasado y el daño causado. Si tan solo supiera por dónde empezar. “Esa niña... esa niña es nuestra heredera” pensó y el corazón se le ablandó. “Esa niña puede ser nuestro único motivo, nuestra segunda oportunidad, nuestra salvación.” Siguió pensando como si aquel pensamiento que no había alcanzado a formular Francisco mientras viajaban, empezase a cobrar forma en su cabeza. Recordó ese perfecto rostro acorazonado de piel muy blanca, el cabello renegrado, ondulado y esos ojos impresionantes color miel, casi verdes, que apenas si había querido mirar. “Deberíamos buscarla... es lo único que puede salvarnos del infierno”. Finalizó el pensamiento y se abocó a reorganizar su hogar, pensando que ahora tenía un objetivo para seguir sosteniendo todo eso por lo que habían trabajado tanto.

La culpa sólo tiene sentido si uno puede accionar para cambiar los hechos. Y el daño que habían causado, tal vez aún tuviera arreglo.

En unas pocas horas, la mujer había reorganizado a los pocos esclavos que quedaban y dado indicaciones precisas para los días venideros. Indudablemente debería hacerse cargo ella misma de la casa, las quintas y los animales, porque Francisco, bien había demostrado no estar en condiciones de proseguir. El panorama era desolador. Las huertas abandonadas, los frutales perdidos y sin empleados para ello, empezaba a ser demasiado y comprendió que aunque Francisco intentara ocultar el desastre económico que estaban

viviendo, la realidad era que estaban en la ruina y que quizás la única salvación, la única posesión válida era la estancia de sus antepasados en Córdoba. Recordar que también su nieta estaba allí, le dio nuevas fuerzas y la convenció de que quizás el futuro estaba en esa provincia. Por otra parte, tal vez, justamente, ponerse en actividad y planear un futuro posible, sería lo único que la salvaría del dolor y la culpa, que no dejaban de carcomer su alma, aunque tratara de disimularlo y endurecerse.

Las dos esclavas domésticas que habían perdurado en la casa, por lealtad, o por no tener adónde ir, habían comenzado a limpiar el salón y a preparar la cena. Cuando estuvo lista, Encarnación tomó conciencia de que no había vuelto a tener noticias de Francisco en toda la tarde y que se sentía muy cansada para subir a buscarlo. Envió a la muchacha a la planta alta y al ratito escucharon el grito. Subieron corriendo a las habitaciones y allí estaba Francisco, tal como lo había encontrado la esclava, en una posición grotesca, tratando de sostenerse de una masetta y caído a un costado con los ojos en blanco. Encarnación gritó acercándose a él y notó que aún estaba vivo.

Poco más tarde el médico, confirmó lo que ella misma sospechaba. Francisco no sólo sabía el verdadero estado económico por el que atravesaban sino que no estaba en condiciones de sumar ese fracaso a la pérdida de Felicia y había sufrido un ataque. Por el momento estaba fuera de peligro pero había que esperar bajo cuidados intensivos.

La recuperación del hombre fue lenta y difícil, y llevó varios meses, sobre todo, porque Encarnación notaba que sus ganas de vivir eran nulas.

—Cuenta conmigo, Encarnación— le decía esa tarde Sebastián, su primo hermano que se presentó de sorpresa, compadeciéndose de ella.

Su primo, no era santo de su devoción, ya que lo asociaba a recuerdos desagradables, pero se sentía tan sola y tan desamparada que aceptó la presencia del hombre, dispuesta a escuchar sus consejos y lo invitó a almorzar. En unas horas, habían conversado de los terribles hechos familiares que los habían golpeado y Sebastián se había ofrecido a ayudarla en lo que pudiera, demostrándole estar más enterado aún que ella de la terrible situación económica en la que se hallaban. Por la tarde, mientras tomaban el té en el salón, al fin, Encarnación superando su orgullo se animó a preguntar:

—¿Qué podemos hacer, Sebastián? ¿Cómo puedes ayudarnos? Tal vez, un préstamo...

—Ah, prima querida... no tengo la solvencia necesaria para ayudarte con metálico. Bien sabes que mi madre no fue la heredera de nuestro abuelo y sólo

cuento con la casa familiar y una renta de otra propiedad de mi abuelo paterno. Y con mi trabajo, por supuesto.

—Lamento Sebastián, que nuestro abuelo haya actuado tan injustamente al dejar su herencia a mi padre. Pero bien sabes que las leyes indican que las propiedades pasan al hijo varón. Por otra parte tu madre tuvo una dote muy generosa, si mal no recuerdo —se anticipó Encarnación sabiendo que estaba cruzando aguas turbulentas al sacar a relucir las injusticias de la herencia familiar, que habían hecho de su primo, un hombre de escasos recursos— y tu padre hizo excelentes negocios así que no te han faltado los medios de subsistencia.

—Así es, Encarnación. Mi poco capital se lo debo a mi padre. Pero aunque quisiera, no cuento con recursos suficientes para ayudarte. Sin embargo...

—Sin embargo... ¿Qué? —preguntó la mujer con cierta esperanza.

—El Saladero de los ingleses. He iniciado un excelente trato con ellos proveyendo reses. Tal vez... Francisco podría hacer lo mismo.

—¡Francisco no está en condiciones de hacer nada, Sebastián!

—Yo podría ayudarlos con eso. Iniciarlos en esa tarea.

—No entiendo.

—En principio, podrían solicitar un préstamo al nuevo saladero, pagadero con reses.

—Reses que no tenemos. Y si así fuera, comerciar con esos usureros y piratas de mierda...

—Nunca te había oído hablar así, primita. En fin... cómo nos cambia la vida.

—Vamos, a los dos nos cambió la vida. A ver, explícate.

—No hace falta tener animales, sólo hay que salir a buscarlos.

—No entiendo...

—Que allí entra mi ayuda, Encarnación. Y sí... son piratas, metidos en nuestras tierras. La invasión que no consiguieron por las fuerzas de las armas, la están consiguiendo a través del comercio, pero si eso nos beneficia...

—¡Y eso es terrible!

—Bah, qué carajo nos importa. Si así logramos sobrevivir, si ingresa dinero a estas tierras, si podemos comerciar libremente... No nos preocupemos por detalles insignificantes como si son españoles o ingleses. La realidad es esa. El Saladero es de una sociedad inglesa y criolla. Y necesita carne.

—No hemos comerciado con carne, Sebastián. Sabes bien que nuestra hacienda en Córdoba produce mulas, y en Buenos Aires, frutales y verduras. Francisco había empezado a incursionar en la venta de cueros, pero desconozco hasta donde avanzó.

—Pues deberás asesorarte más, querida, ni bien Francisco esté un poco mejor. Y movilizarlo a que inicie tratativas con el Saladero.

—¿Quién eres tú, para venir a dar consejos? —escucharon de pronto, la voz ronca de Francisco, que bajaba con lentitud las escaleras ayudado por Eustaquio, su fiel esclavo de toda la vida.

—Ay, Francisco... no estás bien... es pronto para que te preocupes por todo esto —dijo la mujer acercándose a él.

—Y veo que no tan pronto para ti, que ya estás tramando a mis espaldas con este crápula aprovechador.

—Bueno, bueno... sólo pensaba ayudarlos —dijo Sebastián haciéndose el ofendido— pero si ese es el tono, mejor me voy y ya pueden ir arreglándoselas solitos, nomás.

—Vamos, Francisco... por favor —intercedió la mujer— no estamos en condiciones de nada. Estamos en la ruina —y el hombre la miró asombrado—. Ya lo sé. Has intentado ocultármelo, pero lo sé. Y lo que no me has dicho es que incluso, esta casa está en juego, lo único que queda de tu familia. Entonces, necesitamos ayuda, toda la que aparezca. Sebastián sólo quiere darnos una mano.

—No de éste... no de éste...

—¡Es mi primo!

—Vamos —lo interrumpió Sebastián suavizando la voz—. Yo no me olvido que cuando tuve elevadísimas deudas, Encarnación y tú me sacaron del pozo y ahora es mi oportunidad de devolverles el favor.

—Jamás devolviste lo que te entregamos en aquella oportunidad y lo invertiste en Dios sabe qué.

—Justamente... ¿Por qué no puedes aceptar que ahora pueda ser yo el que los ayude?

—No me hagas reír... dudo que tengas dinero.

—No, tienes razón, no puedo devolverles el dinero, pero tengo ideas y buenos contactos. Y voy a proponerles un negocio que nos dará mucho dinero a todos —finalizó el hombre mientras Francisco empezaba a prestarle atención contra su voluntad. Y más vale que así lo hiciera, pensaba Encarnación, o lo obligaría.

—No me gusta... no me gusta... —le dijo su marido, ni bien se retiró Sebastián.

—No entiendo qué no te gusta. Al fin y al cabo, por lo que él dijo, has estado haciendo lo mismo en “mi” estancia en Córdoba. Apropiándote de ganado cimarrón para vender los cueros. Acá estaríamos haciendo lo mismo, pero para entregar además, la carne.

—No es lo mismo.

—¿Qué cosa, no es lo mismo?

—En este caso, el ganado sería mal habido, no estamos hablando de cimarrones Encarnación... ¿Cómo no puedes entenderlo? Debo pensarlo muy bien. Si es tan buen negocio ¿Por qué no lo emprende solo? —dijo el hombre poniéndose de pie con dificultad y dirigiéndose hacia la escalera.

—Ah, pero que eres cabeza dura. Nosotros tenemos algo que él no tiene. Lugar para guardar los animales y mantenerlos escondidos mientras los carneamos, por eso nos necesita. Podemos obtener una buena tajada de su necesidad, Francisco. Y beneficiarnos todos.

—No me gusta.

—Pero no tienes mucho tiempo, querido. La semana que viene se encontrarán con el representante del saladero. Puede ser nuestra última oportunidad. O viajar a Córdoba y traer todo desde allá, lo que llevará un tiempo y un esfuerzo del que no disponemos.

—Voy a pensarlo, Encarnación. Tu primo es un delincuente, asociarnos con él nos sumergirá en otro tipo de ruina —finalizó el hombre.

En los días subsiguientes no volvieron a tocar el tema, pero la mujer sabía que las cartas ya estaban echadas y que debían jugarlas.

—Vamos a buscar ganado para el Saladero —le dijo el hombre esa noche, al regresar de la pulpería.

Encarnación sonrió. Una vez más se había salido con la suya. El próximo paso, era convencerlo de volver a Córdoba, no sólo para ampliar este comercio con los ingleses, que recién empezaba a través de las enormes posibilidades que presentaban los campos de la provincia, sino y principalmente, para encontrar a su nieta. Las dos cosas eran su herencia, y no permitiría que nada la distrajera de esos objetivos.

Entonces, sin decirle nada a Francisco, decidió que había llegado la hora de emprender una breve investigación. Para ello, volvió a solicitar la ayuda de su primo, quién no estaba enterado de nada, pero al menos, podía acompañarla.

Buenos Aires era un villorrio volcado al río de unos cuarenta mil habitantes, más la población de campaña con la que se podía ascender hasta las ciento cincuenta mil almas. En primavera y en verano, cuando la suave brisa abrazaba las calles, las reuniones familiares en la terraza eran cita obligatoria. Desde las mismas, se podían observar las costas más lejanas, San Isidro al norte y Quilmes al sur. Algunas tardes los fuertes vientos del sudeste, encrespaban el río de tal manera que ni las negras se atrevían a encaramarse a las toscas para lavar la ropa por temor al tamaño de las oscuras olas gigantescas.

Pero esa era una mañana tranquila. Transitaron por la Recova, entre la Plaza de Armas y la recientemente llamada Plaza de la Victoria, después de las Invasiones, donde se hallaban la Catedral y el Cabildo. Llegaron hasta el extremo sur donde se hallaba el mercado, en el que el movimiento a esa hora de la mañana era intenso y el bullicio insoportable. Con Sebastián miraron todo con atención y le indicaron a la negra que comprara sábalos y pavos. El ir y venir de los negros, los olores intensos resultado de los residuos de aves y verduras como de la sangre del desguace de animales y el tremendo mosquerío, les produjo náuseas y decidieron volver para llegar al mediodía. Mientras cruzaban nuevamente la Recova, Encarnación le dijo a Sebastián:

—Tengo que hacer llegar a Córdoba una carta y mercadería.

—Quién te entiende, nunca quisiste saber nada de tu Estancia allá. ¿Qué bicho te picó prima? ¿Estás pensando en que también recuperemos tu herencia? ¿Y la hagamos fructificar juntos? —le dijo para su sorpresa con una sonrisa cómplice.

—Primero ayúdame a que llegue lo que te pido. Y luego hablaremos de nuestro regreso a Córdoba —prometió, entregándole un sobre.

—Mm... veo que para ti, tampoco es mala idea. Muy bien, querida, una verdadera Amuchástegui. También te ayudaré con eso. Al fin y al cabo esa estancia era de nuestro abuelo —continuó sin obtener respuesta de la mujer pero sembrando esa espina; luego mirando con curiosidad la carta agregó— ¿Al convento de las Carmelitas?

—Volvamos a casa, es un asunto que en algún momento te contaré —finalizó la mujer que comenzaba a sentirse muy cansada, no sólo por el largo paseo y los nauseabundos olores, sino y sobre todo, por el terrible secreto que cargaba en sus espaldas.

“Mi estimada Priora:

Sé que le parecerá muy raro mi accionar y mi actitud en este momento, pero confío en que su Merced, más que nadie sabrá entender el alma humana y los tormentos a los que a veces, la vida los somete. Esos tormentos hacen que veamos los hechos del pasado, a la luz del arrepentimiento y la necesidad del perdón de Dios y su piadosa misericordia. Pero Dios no podrá perdonarme nunca si los hechos no condicen con las palabras. Vuestra merced sabe que dejamos en sus sagradas manos la decisión del destino de la hija bastarda, de mi niña Felicia. Pero las ánimas del Purgatorio se burlan de mi desdicha y me tienen en vilo, entre la vida y la muerte. Ya se llevaron la vida de mi de mi hija, y su última visión seguro fue para esa niña. No hay dolor mayor ni pesar más profundo que una mujer pueda tener que perder a un hijo. Cumpliendo su excelsa voluntad, me atrevo a dirigirme a usted, para que interceda ante Dios y mi salud me permita hacer algo por esa niña a la que tanto daño le causamos y que merece volver con su familia original. El dolor enseña, que no podemos irnos de esta tierra de lágrimas, sin reivindicar las malas acciones. Sólo vuestra merced y su magnífica misericordia, pueden ayudarme a abandonar el mundo habiendo obrado bien. Remito unas fanegas de harina cernida, trigo de molienda, dulces y frutos disecados, como también morteros y un palo de picar, para la obra de piedad que realizan, como también varios tinteros para sus jóvenes alumnas. Agradeciendo a Dios, poder ofrecer estos obsequios de humildad y corazón quedo a vuestra más absoluta disposición y voluntad y solicite lo que necesite de nuestra heredad para bienestar y servicio del convento como tributo personal a la Virgen Santísima. Suya por siempre”

Encarnación Amuchástegui de Iriarte

Pero la carta que llegó del convento semanas después, la dejó devastada. Entre todas las razones y excusas a las que la Priora hacía alusión, sólo una frase era la que no la dejaría dormir en las noches venideras:

“... la niña María, fue llevada por nuestra esclava Luisa a vivir con ella a un Rancherío de negros libertos, que no pertenece al Priorato y luego de la muerte de la negra, nada supimos de la niña, difícilmente podremos localizarla. Es bien sabido que los negros, y sus Cofradías mantienen sus propios santos y credos y en ellos se escudan a la hora de protegerse entre

sí. Sobre eso no tenemos la más mínima intervención. Sí puedo decirles, que la negra Luisa falleció y se le hizo un entierro como es debido en la Iglesia del Convento a través de la misma Cofradía, pero no tuvimos contacto con la niña. Esas son las últimas noticias que tuvimos de esa gente. Sólo Dios sabe a quién fue entregada la niña a la muerte de la negra. Quizás jamás lo sabremos y lo mejor será, mi señora, dejar el pasado donde está y confiar en las sendas del Señor...”

No pudo continuar leyendo... ¡Entregada a los negros! Su nieta se estaba criando quizás como una esclava quién sabe dónde y en manos de qué personas. Y protegida por las Cofradías.

La mujer sabía bien que las Cofradías eran las organizaciones afro que se agrupaban en torno a un santo en particular, y si bien eran vigiladas por las Iglesias, eso no quitaba que sus devociones a veces estuvieran impregnadas de otros ritos paganos propios de las tribus africanas de origen. Incluso, algunas Cofradías unidas por identidad territorial de origen afro, adquirirían cierto poder político y económico con el principal objetivo de la compra de la libertad de los esclavos. Quién sabe entonces, si en el interior de la agrupación donde estaba la niña, no habían tomado decisiones sobre ella, ya sea vendiéndola a nuevos patrones ricos, o bien entregándosela a esclavos libertos cuya ubicación sería muy difícil de establecer dada su posibilidad de movilización por el territorio. En ninguna parte de la carta, la monja explicaba de qué Cofradía estaba hablando.

Y quién sabe si habría sobrevivido a semejante destino. El dolor de comprender la magnitud del daño que habían causado con Francisco no tenía comparación y mucho menos podía, en el estado actual de las cosas, confiarle a su marido la terrible verdad. Tal vez, habían perdido a su nieta para siempre.

CAPÍTULO XXXII

FRANCISCO

1810

La actividad comercial de Buenos Aires, consistía en el comercio de intermediación. Toda importación que ingresaba por el puerto de Buenos Aires, proveniente de otros países era pagado con cueros y salazones o bien con plata del Perú. Así, el comercio inicial de cueros se había intensificado para agregar el de carnes, charque y tasajo^[15]. Por otra parte varios estancieros ricos, como él, habían iniciado tratativas con algunos comerciantes y exportadores, algunos de ellos ingleses que se habían establecido en estas tierras después de la segunda invasión. Hacia 1810, residían en Buenos Aires 124 familias inglesas, dedicadas la gran mayoría al comercio y que se habían visto beneficiadas con la sanción del libre comercio emitida por Cisneros el año anterior, flexibilizando las medidas y dando plazos para los negocios, hasta abril de 1810. De ello resultaba que, diecisiete embarcaciones inglesas, esperaban en el puerto para descargar y comerciar sus mercancías.

Por otra parte, numerosos representantes en el interior, eran proveedores habituales de reses, cueros producidos en sus haciendas, comprados o intercambiados con sus vecinos, que eran trasladados a lomo de burro hacia el puerto.

Muchas de estas actividades habían sido el sostén de la familia Iriarte a partir de recibir en herencia la estancia de Córdoba, perteneciente originalmente a la familia Amuchástegui. El padre de Felicia, se había dedicado a la cría y al comercio de mulas, pero Francisco había iniciado otras actividades a partir de su relación oculta con algunos comerciantes ingleses a los que proveía cuero.

La abundancia de ganado cimarrón se multiplicó en la llanura pampeana y la producción de cuero comenzó a ser una actividad mercantil sumamente rentable. Francisco asignó a los negros a su servicio, a la ardua tarea de conseguir animales, amansarlos y aquerenciarlos al lugar hasta el momento de ser sacrificados lo que en general ocurría enseguida, para que los animales no se debilitaran por la falta de alimento. La mayoría del ganado caballar y algunas vacas, eran matados, desollados y se extraía el cuero para la venta. En cuanto a la carne, por lo general era dejada sobre la tierra a disposición de las

aves de rapiña que en unas cuantas horas dejaban los huesos blancos.

Al igual que la estancia de los Iriarte, otros estancieros producían abundantes cueros que eran trasladados al puerto para exportación.

Con la aparición del gran saladero que funcionaba en la ensenada de Barragán, propiedad de los ingleses Robert Staples, John Mc Neili y el criollo Pedro Trajani se abrió un nuevo mercado, ahora para la carne.

Era muy tarde ya casi anochecía, cuando se habían reunido Francisco Iriarte y un representante del nuevo saladero, en la pulpería de las afueras. El movimiento de gente estaba cesando y algunos compradores de mercaderías ya marchaban a sus hogares. Dos o tres hombres en un rincón apuraban unos vinos y Don Francisco se acomodó al lado de Don Gaspar López, esperando cerrar un buen trato que le permitiera continuar con las operaciones comerciales que durante tantos meses, habían estado detenidas y que tan poco le habían importado. Luego de la pérdida de Felicia, hasta había pensado en dejarse morir. Pero Encarnación, como siempre, con esa fortaleza, lo había hecho volver a la realidad. Si no retornaba a sus actividades comerciales, perderían todo. Ya no quedaba ganado en la estancia de Córdoba y mucho menos en los corrales de Buenos Aires. Los empleados en su ausencia, habían tomado otros rumbos, ubicándose en los saladeros de la Banda Oriental, o en los mataderos, empresas que comenzaban a ser más redituables que trabajar en las quintas y sin patrones que pagaran los salarios. Las últimas reses ya habían sido sacrificadas hacía mucho tiempo y ya no llegaban cueros de Córdoba.

La actividad comercial en Buenos Aires, comenzaba a orientarse intensamente a los productos ganaderos y los pedidos desde Cuba y Brasil habían aumentado por lo cual era necesario proveer el gran mercado ampliado por el consumo de carnes secas que se realizaba en las grandes plantaciones de negros, principales consumidores de tasajo.

—He contratado nuevos faeneros y bandeirantes[16] para la tropa —decía en ese momento Francisco, llevándose el vaso a la boca y degustando el vino, con una confianza que en realidad, no sentía—. Pero no alcanzaremos a cubrir las necesidades ni sus expectativas Don Gaspar.

—Mis expectativas son del tamaño de sus deudas, Don Francisco.

—Usted bien sabe que hemos tenido problemas familiares.

—Sabemos de la pérdida de su hija, pero tantos meses alejados de la

tarea, tuvo sus consecuencias. La mayoría de sus empleados de las granjas de Buenos Aires, lo han abandonado. Sabemos que ya no tiene producciones de frutas y verduras y no han llegado de Córdoba más envíos de cueros. Por otra parte, ahora valoramos los envíos de carne, que ustedes no pueden hacernos.

—No hemos podido iniciar el proceso de salado y no estuve bien de salud... Pero se están trayendo bloques de sal de los salares del norte...

—Ah, Don Francisco... no es culpa nuestra, cómo se administra la economía en Córdoba, ni cómo responde su corazón a los avatares del destino. Y por más que lo compadezca por esta terrible situación, no puedo prestarle más dinero. Ni un centavo hasta que usted nos provea algo y demuestre cierto interés comercial o cierta solvencia...

No alcanzó a terminar que Francisco se levantó furibundo, tirando la mesa al piso y le pegó en pleno rostro. Uno de los empleados del hombre, se abalanzó sobre ellos para detenerlo y comenzó a golpear a Francisco sin piedad. Sebastián se vio en la situación de intervenir y defenderlo, pero se acercaron dos hombres más y les propinaron una fuerte golpiza. Los dejaron tirados en el piso y se marcharon de la pulpería, no sin antes patearlos y arrojar unas monedas con desprecio sobre el bar. Después de un tiempo eterno, Sebastián se incorporó sintiendo su rostro cubierto de sangre.

—Malditos hijos de puta. No pensaban ayudarnos. ¿Te sientes bien, Francisco? —escuchó que le decía Sebastián, mientras Don Cerafin, el pulpero con cierta mirada de preocupación tomaba las monedas de la mesa y se acercaba a ellos.

—Necesita ayuda, me parece... —intercedió el hombre.

—No... no... es sólo... ya pasará... —dijo Francisco intentando reponerse de los golpes y pensando que al fin y al cabo tampoco le importaba mucho todo lo que estaba pasando y que ojalá esos bandidos lo hubiesen matado allí, así esa pesadilla terminaba. Se incorporó con dificultad, notando que le dolía intensamente el pecho, y el estómago. La pulpería, había quedado vacía con la pelea y sólo estaban ellos dos, que parecían no poder levantarse del piso. El pulpero les acercó otro vaso de vino, que el hombre se despachó de un trago.

—Vamos Francisco, será mejor que volvamos a casa. No resolveremos nada con eso. Lo echaste todo a perder.

—No iban a ayudarnos. Sólo estaban esperando que les regalara mi hacienda en garantía. ¿Qué se piensan, hijos de puta? Es la única herencia para mi nieta.

—Te dije que no sería fácil. Sólo queda hacer lo que te propuse.

—Lo sé. Lo sé... es sólo que... Mejor volvamos a casa. Ayúdame.

—¿Está seguro de que está bien? ¿Le llamo a su esclavo? —volvió a insistir Don Cerafín.

—No, no... ya salimos... —dijo el hombre tratando de llegar hasta la calle y de caminar las calles que los separaban del carruaje. Allí encontraron a Eustaquio que los esperaba sin saber lo que había ocurrido. Era uno de los pocos empleados que quedaba, esclavo, amigo de toda una vida, lo conocía desde joven y confiaba en él como había confiado en María.

—¡Oh, Jesús María y José! —exclamó el hombre al verlos.

—Nos equivocamos, Eustaquio, eran unos delincuentes —le dijo con mirada de tristeza y el hombre asintió apesadumbrado.

—No se preocupe, Don Francisco, yo lo ayudaré con lo otro. Tengo varios bandeirantes y faeneros dispuestos a hacer el trabajo y esperar por la paga. Confían en mí, y saben que usted pagará —dijo el hombre ayudándolo a subir al carruaje para regresar a la casa.

—Te das cuenta que todo está en marcha, hombre. No hay razones para no animarnos a emprender esto. Lo haremos dentro de tres noches, que empieza la luna nueva y la oscuridad nos protegerá.

—Lo haremos... —murmuró antes de caer dormido sobre el asiento del carruaje.

Durmió casi todo el viaje de regreso, mientras horribles pesadillas de animales salvajes corriendo, que lo pisaban y aplastaban en el fango, lo atormentaron. Eustaquio debió sacudirlo varias veces cuando llegaron, para que el hombre se despertara, y con sumo esfuerzo lo ayudó a llegar a la planta alta, para que se higienizara, le curó las heridas del rostro y lo ayudó a que se acostara antes de retirarse y dejarlo solo en la habitación. Una habitación vacía, porque Doña Encarnación hacía mucho tiempo ya, que no lo acompañaba, ni en sus sueños, ni en sus pesadillas.

El mundo rural colonial, estuvo formado desde sus comienzos por estancias y haciendas que fueron creciendo y ampliando sus márgenes de incidencia, como también las actividades en ellas desempeñadas. Se convirtieron en unidades productivas que abastecían los mercados locales, en un comienzo, y luego los mercados internacionales. El principal producto fueron las mulas,

para abastecer el Cerro Minero de Potosí y la cría de bueyes para el transporte en carreta. Sin embargo, el siglo XVIII, trajo consigo una demanda intensa de cueros en primer lugar y de carnes a posteriori, lo que llevó a estas unidades productivas a reorientar sus actividades y dedicarse a la vaquería. Esto generó como consecuencia, el agotamiento del ganado cimarrón y la ampliación lenta de las fronteras bonaerenses para obtenerlo, hacia la zona indígena. Otro efecto fue la necesidad imperiosa de comenzar a criar el ganado, en vez de cazarlo.

La noche se presentó tranquila y sin luna, ideal para lo que estaban por hacer. Francisco y Sebastián se reunieron en las afueras de la quinta de los Iriarte con Eustaquio y dos hombres que había traído el esclavo.

—¿Eso es todo Eustaquio? ¿Dos hombres? —preguntó Francisco incrédulo — Pero... será imposible.

—Esperemos... deben llegar varios hombres que contraté —dijo Sebastián. Pero sólo llegaron dos hombres más.

—Malditos negros traicioneros... ya sabía yo que se cagarían en las patas. Tendremos que ir nosotros también Francisco.

—Yo... no puedo... no puedo —dijo el hombre pensando en la última pelea de la pulpería.

—Ah, no sea cagón, hombre. De cualquier manera tendríamos que ir igual a supervisar. Sólo que ahora, deberemos ayudar a arriar —sentenció el primo de su mujer que parecía estar muy seguro de sí mismo y ser experto en esas lides de apropiarse de ganado ajeno.

—Al menos ¿ya sabes adónde nos dirigimos?

—Claro que sí. Los animales están sueltos, en medio de la nada en cuatro o cinco acres, muriéndose de inanición. Los han cercado apenas, en un corral de palo a pique, con una tranquera, pero es de fácil acceso. Los tenemos servidos, señores.

—¿Estás seguro?

—Los he visto hoy mismo: con el barro al garrón, parados al sol vivo, sin alimento, mugiendo, bramando de hambre. Rodeados de grandes gaviotas blancas picoteando famélicas, a algunos animales muertos. Había algunos manchones oscuros de sangre seca, por lo que creo se han matado algunos novillos. Pero el resto está allí, esperándonos.

—¿No viste algún matarife^[17] por ahí? ¿Armado?

—No. Estaban completamente solos. Los matarifes se llevaron lo que mataron y no volvieron. Ni lo harán por la noche. Además los manchones de

sangre eran de varios días y los huesos ya estaban pelados.

—Entonces... en marcha — dijo Francisco sintiendo un escalofrío.

Por un momento, pensó en Encarnación, en cuánto la había amado y en que ahora, como en otras épocas en definitiva lo que hacía era por ella y por Felicia. Recordar el rostro acorazonado de su hija y sus bucles oscuros, le produjo otra vez esa puntada en el pecho que le cortaba la respiración. Pensó en su nieta, esa pequeña que habían abandonado en Córdoba y formuló una promesa:

“Este cuatrерismo, será por única vez, para salvar la casa. Y luego le pediré a Encarnación que volvamos a Córdoba. Allí tenemos peonada para cazar estos animales, y hasta es posible criarlos si es necesario y emprender una nueva producción. Sí, eso haremos. Y nos espera nuestra nieta, también. Ha llegado la hora de ir a buscarla, sólo debo convencer a Encarnación de que tenemos que subsanar el daño que hicimos.”

Con ese último pensamiento, y el dolor en el pecho que parecía haber menguado, azuzó el caballo y siguió a los hombres que ya le aventajaban el paso.

“Sí, sólo esta vez y nos vamos de acá.”

CAPÍTULO XXXIII

ENCARNACIÓN

1810

Los golpes en la puerta, eran intensos, desesperados, y al instante Encarnación y las esclavas, comprendieron que había ocurrido algo grave. Al abrir la puerta, la claridad inminente del amanecer trajo el grupo de hombres embarrados y ensangrentados que llevaban en sus brazos a Francisco. Se acercaron al enorme sillón y lo depositaron allí. Encarnación miró a Sebastián sin entender mientras las esclavas corrían de un lado al otro buscando con qué limpiarlo y cubrirlo.

—¡Manden un negro por el médico! ¡Ya! —les gritó la mujer y todos obedecieron— ¿Qué ocurrió? —interrogó a su primo con apremio.

—No sabemos bien, prima. Sólo lo vimos caer mientras arreábamos a las bestias. Lo pisotearon, pero alcanzamos a rescatarlo.

—¿Y los animales? —preguntó Encarnación, aunque la pregunta, le sonó a ella misma de una impiedad inusitada para la terrible situación.

Todos corrían de un lado al otro con toallas, bacinillas con agua limpia y hierbas aromáticas. Pensó que si estuviera la negra María ya habría preparado uno de sus emplastos para las heridas. Miró a su esposo con cierta tristeza pero no podía darse el lujo de decaer. Debía ser práctica o lo poco que les quedaba lo perderían para siempre.

—Los arrieros los han dejado en vuestras quintas. Los negros empezarán con el desposte inmediatamente. Ya lo deben estar haciendo a cielo abierto antes de que amanezca. Hay que quitar los cueros y trozar las bestias.

—¿Y qué esperas para ir a ver? No podemos perder esto... Sino Francisco se ha sacrificado en vano, Sebastián.

—No puedo dejarte sola con tu esposo así...

—Ya viene el médico y lo atenderá, no te preocupes. Deben ser sólo unos golpes. Acá nada puedes hacer y urge resolver lo de los animales. Ni bien los desposten tomen los carros de las quintas y entreguen la carne al Saladero. Necesitamos ese dinero Sebastián.

—Lo sé. Cuenta conmigo para eso. ¿Y los cueros?

—De eso se encargarán los negros. Ellos ya saben qué hacer. En la huerta

hay un lugar para el empalado y secado. Vamos... No perdamos un minuto o pueden descubrir cómo obtuvimos estos animales —finalizó la mujer.

Las horas que siguieron fueron las más largas y difíciles que Encarnación recordaría en su vida. El médico ofició todos los cuidados a Francisco y preguntó varias veces cómo se había accidentado, ya que parecía no creer en un accidente con su carro.

—Ah, mi señor —dijo Encarnación— bien sabe que esta ciudad no fue pensada para el tránsito. Diagramada como un gran paralelogramo con forma de damero, parece ordenada, pero en la práctica, sus calles llenas de basura y sin ochavas, hace que los cruces sean muy peligrosos.

—Muy cierto, más aún de noche con la escasa iluminación de las farolas.

—Indudablemente estaban apagadas en ese sector. De no haber ido mi primo, acompañando a caballo a Francisco, lo habríamos hallado al amanecer ya sin vida, ya que salió por una de las puertas y fue golpeado por el carretón y por los animales que se desbocaron.

—Una gran tragedia.

—Ya lo creo, doctor.

Al fin, cuando el sol del mediodía ingresó por los altos ventanales del salón, el médico se dirigió a la mujer:

—Hemos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance. No sólo son los golpes, mi señora, su esposo volvió a tener un fallo cardíaco y supongo que ese fue el verdadero motivo por el que perdió el control de la carreta.

—Oh, Dios mío... ¿Y qué será de él?

—Ahora su corazón presenta latidos muy irregulares.

—¿Y eso qué significa?

—Que no entiendo cómo aún se sostiene amarrado a la vida. Si sale de esta, sería un milagro, pero ya no me queda nada por hacer. Llámenme si hay algún cambio —agregó antes de irse apesadumbrado.

Pero ni el cambio, ni el milagro ocurrieron. Y en horas de la tarde Francisco abrió por última vez los ojos cuando Encarnación se acercó a tocarle le frente que ardía de fiebre.

—Es hermosa nuestra niña... Es tan hermosa como su madre... Felicia, mi niña. Qué lindas están las dos... —murmuró por última vez, con la vista perdida en un punto distante y luego dejó de respirar.

Encarnación no lloró, porque ya lo había llorado tanto a ese hombre, durante tantos años, que no le quedaban fuerzas. Lo había amado, lo había idolatrado, lo había obedecido todo lo posible en su juventud. Lo había

odiado, se había decepcionado, y lo había vuelto a amar, innumerables veces. Y a pesar de todo ello, a pesar de tantas idas y venidas de su corazón, Francisco había sido el amor de su vida y ahora esta vida que le quedaba sin él, se presentaba como un inmenso abismo a zanzar, completamente sola.

Al velorio asistieron pocos amigos, de los más cercanos. Encarnación se había negado a hacer público el fallecimiento de Francisco ya que la posibilidad de tener que explicar las circunstancias, la corroían. Y el regreso al hogar, fue más duro de lo que hubiese imaginado jamás. El silencio de las paredes, los enormes cortinados negros demarcando el luto, las habitaciones del piso superior clausuradas, los pasillos llenos de flores que todos enviaban, resultaban tan deprimentes como opresivos.

Nuevamente esa terrible idea la asaltó. “Si estuvieran Felicia y su hija...” Si estuvieran Felicia y su hija, nada de esto estaría pasando. Incluso para ese hombre moribundo, los últimos pensamientos habían sido para ellas. Pero el pasado no se podía disolver, lo único que podía hacer era modificar el futuro. ¿Qué sería del futuro de esa niña de ojos color miel? ¿Adónde habría ido a parar? ¿Qué nombre le habrían puesto? ¿María, por la protección de la Virgen, como sugirió la Piora cuando la bautizaron? ¿O Ángela como murmuraba Felicia en sus delirios? ¿Qué nombre le habrían conservado quiénes criaron a esa niña? ¿Podía resignarse así sin más, a perderla para siempre?

La sucesión de preguntas comenzó a obsesionarla en los días y semanas subsiguientes a la muerte de Francisco tratando de quitarse del recuerdo el rostro angustiado de Felicia y la tristeza de su esposo que no había alcanzado a saber de sus ocultas investigaciones y el posible final de su nieta. Al fin y al cabo, le había ahorrado otro dolor.

—Deberás volver a Córdoba, Encarnación —le había dicho Sebastián a pocos días del entierro— ese es tu lugar. No éste.

—No sé si pueda. Ya no tengo más fuerzas. Con la pérdida de Francisco nada me queda, ni nada me importa ya.

—Estás viviendo en tierras de los Iriarte. Si bien hemos pagado algunas deudas, no salvarás esta casa, Encarnación. Deja de luchar por ella —insistió ante la mirada indiferente de la mujer.

—¡Me importa un comino esta casa!

—¿Y esperas que te echen a la calle? Por Dios, Encarnación, nunca fuiste hembra de darte por vencida. No lo harás ahora.

—¿Qué mierda te importa a vos?

—Me importa, sí. Porque también hay una herencia en juego que sí te

pertenece y si no haces nada para protegerla, entonces lo haré yo. No te olvides que la estancia de Córdoba era de nuestros abuelos.

—Y ahora es mía, no lo olvides.

—La que parece haberlo olvidado eres tú —dijo el hombre teniendo ahora su atención y la reacción que esperaba de ella que lo miraba con odio—. Por otra parte, la situación de Buenos Aires es caótica con la Revolución y todos estos aires de cambio que quieren imponer los abogadillos e intelectuales copiando el modelo francés. Se avecinan malos tiempos para los grandes estancieros y malos tiempos para toda esta tierra.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué tiene que ver todo eso con mi estancia de Córdoba?

—A lo que quiero llegar es que España va a querer recuperar lo que es suyo, no se va a quedar con los brazos cruzados mientras nos rebelamos y nos hacemos los valientes con aires de libertad. Y entrarán por Buenos Aires, o por el Alto Perú. La campiña cordobesa se presenta como un remanso a lo que se nos viene.

—No seas ave de mal agüero. Y todo eso me tiene sin cuidado.

—No, es simplemente sentido común, Encarnación. ¡Sentido común! Recuerda lo que te digo. Se vienen tiempos terribles. Mejor lejos. Yo no entiendo de quintas. Mi gente sabe de cueros y animales.

—Los ricos seguirán siendo ricos pase lo que pase. Con revoluciones o no con guerras o no. ¿O acaso en Francia no sigue habiendo ricos, aunque la monarquía se cuestionara? Europa se desangra en guerras e invasiones, ¿Y crees que tendrán tiempo de preocuparse por lo que pasa en sus colonias?

—Sólo te recuerdo que ya no eres rica. Al menos no, con la tierra de Buenos Aires. En corto tiempo, caerán sobre ti, y se llevarán hasta tu ropa. Deja todo. Paga las deudas con esta mierda de casa que sólo te ha traído dolor.

—¿Qué te importa a vos?

—Me importás vos, Encarnación —dijo el hombre ahora acercándosele con ternura y tomándola de las manos. La mujer sintió un escalofrío y lo miró a los ojos remontándose a otra época que no estaba en condiciones de recordar. Por un momento se sintió tan vulnerable, tan sola, y esos ojos que la miraban ahora, también la transportaron a una juventud en la que por esos ojos se habría atrevido a todo—. Yo siempre te quise, aunque tú no lo supieras. Y ahora, sé que eso forma parte del pasado, pero al menos, puedo ayudarte, puedo conseguir que me perdones de alguna manera.

—No hay nada que perdonar —dijo la mujer en un susurro sintiendo que esas manos que tomaban las suyas despertaban anhelos dormidos durante tantos años.

—En Córdoba, tenemos más futuro con el ganado cimarrón, con los cueros, con las tierras y la cantidad de empleados que allá tienes —insistió el hombre incluyéndose en la mudanza y soltando sus manos— y nos alejaremos de toda esta locura libertaria de estos criollos, que creen poder gobernarse sin el poder de España.

—Está bien... no me digas más. Tienes razón —dijo ella viéndolo caminar con seguridad por la habitación y pensando que de pronto, estaba muy cansada y necesitaba un abrazo, un hombro que la sostuviera—. Pero ocúpate tú, Sebastián, por favor. Yo no creo poder. Ni llego a entender toda esta situación política de la que me hablas —prosiguió con un gran suspiro, porque de pronto se sentía demasiado triste para pensar en la situación que le describía su primo y menos para volver a la provincia de sus ancestros, a retomar una vida que no asociaba a ese lugar o para iniciar esas investigaciones que la podrían conducir a su nieta, si es que estaba viva.

—Yo me encargo —dijo el hombre tomando nuevamente las manos temblorosas de la mujer— vamos hacia una nueva vida y algún día, quién sabe, tengamos una nueva oportunidad y me perdones —finalizó con optimismo.

Pero Encarnación no sentía lo mismo. De sólo recordar la estancia, le producía dolor y enfrentar todos los hechos ocurridos allí, desde el nacimiento de Felicia en ese lugar, la pérdida de su bebé, el descubrimiento de la infidelidad de Francisco y luego la desaparición de Felicia, eran demasiadas catástrofes, para hallar el valor de volver.

Muy pocos recuerdos agradables podía asociar a la Estancia de Córdoba. Tal vez, esa estancia estuviera maldita y su posesión le fuera vedada, así se había sentido cada vez que fue y lo mejor que podía hacer era vender incluso la estancia de Córdoba, olvidar todas esas penurias y deshacerse de un pasado tan triste. Y por qué no, empezar de nuevo en otro sitio. O utilizar lo que obtuviera de la estancia para sacar adelante las quintas de Buenos Aires. Sí, eso sería lo perfecto, si no fuera por... si no fuera porque en Córdoba, también estaba esa niña. Esa niña de ojos tan claros y piel tan blanca, que ahora era su único sentido de futuro y el único camino hacia el perdón de Dios. Si no fuera por todo lo que le relataba su primo y que sabía, por lo que le contaban las negras, estaba cambiando la vida del Virreinato. Si no fuera por esos ojitos

claros que parecían llamarla desde la distancia y las últimas palabras de Francisco... Si no fuera porque estuviera donde estuviera, se sentía tan sola.

La soledad tenía dos aspectos que no había tenido oportunidad de conocer hasta el momento. Por un lado podía significar un nivel inédito e inapreciable de libertad en las decisiones al no tener que rendir cuentas a nadie por primera vez en su vida. Pero también tenía de contracara la falta de sentido con el que muchas mañanas se despertaba, la sensación de un vacío insondable en su interior y la carga de tomar todas las decisiones, sin poder depositar en otro los éxitos o fracasos a los que las mismas condujeran. Apoyarse en Sebastián, un solterón tan triste como ella, y compartir las actividades del lugar, la hizo sentirse un poco más aliviada y acompañada a veces. Sin embargo, era consciente de que la última palabra la tenía ella y que su primo, si bien era predispuesto, nunca había sido muy ducho en la economía. Sin embargo era un buen oído y finalmente una tarde, en que la depresión, la hundía en un mar de autocompasión, terminó por contarle toda la verdad de la vida y muerte de Felicia y la posibilidad de que su nieta estuviera en manos de los negros.

—Con más razón debemos irnos a Córdoba, Encarnación y yo te ayudaré con el tema de los animales.

—Y a encontrar a mi nieta.

—Seguro —dijo el hombre con poco convencimiento—. Aunque eso no va a ser fácil. En cuanto a lo otro te puedo asegurar que sacaré adelante esa estancia y la producción de cueros ya que de eso entiendo, mujer. Confía en mí, también estoy escaso de fondos y me vendría bien un cambio de aires.

—Ese es tu estado habitual, Sebastián. Pero pensé que con lo que obtuvimos de las ventas en el Saladero podríamos sobrevivir más tiempo.

—No es así. En Córdoba podríamos vivir bien, Encarnación, y como dices, hallar a tu nieta.

—Así es. Volveremos —aseguró— pero no sé cuándo. Déjame pensarlo.

Los comienzos del mes de junio, trajeron más desazón para la población virreinal, y las medidas adoptadas por la Primera Junta parecían descabelladas y anticipatorias de una guerra.

Por un lado el pedido de obediencia absoluta promulgada por una Junta que no tenía el poder para hacerlo y por otro la exigencia de ser reconocida por todo el Virreinato que se mostraba reacio y desconfiado. Y si bien se

envió a las provincias un documento solicitando el envío de Representantes a Buenos Aires para conformar la Junta Grande, la intranquilidad se podía oler en el aire.

El invierno sorprendió a Encarnación con una larga enfermedad pulmonar que terminó por minar sus fuerzas, mientras les exigían entregar la casa Iriarte, confirmándole que Dios la estaba castigando por causar tanto daño. En ese estado de salud, Sebastián se abocó a la venta de los bienes de Buenos Aires y a ayudarla en la convalecencia para acelerar el viaje. Y entonces, llegó la carta que lo cambiaría todo:

—Nos vamos a Córdoba, Sebastián —le dijo entregándole la carta, que el hombre leyó con avidez—. Tienes mi autorización para vender lo último que me queda, mis joyas y los muebles, a la mejor oferta.

—Pero... esto significa que...

—¡Que no sólo tengo una nieta viva, sino una hija! —dijo entre alegre y enojada.

—No entiendo... —respondió furioso, tomando la carta de las manos de la mujer y mirándola dubitativo— ¿Será verdad, o una estafa?

—Todo es esperable de Felicia, todo... esa niña... Dios... ¿Te imaginas? Es... es increíble. Cuando lo daba todo por perdido... Sé que vamos a Córdoba a renegar nuevamente con ella, porque para variar, sigue descarriada y está conviviendo con ese negro, Simón, que te conté. El que supuestamente la salvó. El que supuestamente, ahora es un señor.

—Ningún negro puede ser señor —respondió al borde del descontrol— y mucho menos tendrá derecho sobre lo que es nuestro.

—Claro que no, Sebastián. Y nosotros deberemos hacérselo entender de una forma u otra. Pero no es eso lo importante ahora. ¡Mi hija está viva! ¡Mi nieta está con ella! ¿Te das cuenta? Todo lo que soñé, volver a tener una familia, se hará realidad. De ese negro, veremos después. Vamos, primo. Pongámonos en marcha.

—No creo que podamos hacer mucho, Encarnación, si tu hija se emperrea con una idea. Acá dice que... ¡¡el negro es el padre de la niña!! ¿Te das cuenta? ¿Para qué quieres encontrar a una mulata?

—Aún no me conoces, Sebastián. Mulata o no, esa niña me pertenece y no permitiré que Felicia deshonor nuestro apellido y arrastre a esa inocente de esa manera. Por favor. Tienes que ayudarme, no podemos esperar. Ese negro no va a salirse con la suya —dijo con seguridad.

—Te acompañaré, claro que sí, no puedes darte el lujo de perder tu

Estancia y yo puedo ayudarte con eso. De tu hija y tu nieta... mmm... tal vez lo mejor sería dejarlas con el negro. Tienen su misma sangre. Nada bueno puede salir de allí.

—Por favor, Sebastián, no entiendes... Nuestro honor está en juego. Debemos conseguir que Felicia entre en razón. Le buscaremos un marido adecuado. Ya verás.

Ahora, no sólo iba en busca de su nieta. Felicia estaba viva, y viviendo en el pecado con ese negro maldito, que ya tanto daño les había causado. Si estaba en sus manos, esta vez no permitiría que todo se saliera de su cauce. Tomó una pluma y papel del escritorio para escribir la carta dirigida a la extraña dirección del remitente, por lo visto, en el centro de la ciudad de Córdoba, sabiendo que era en vano, que Felicia no le haría caso, pero debía intentarlo y si era necesario, recurriría a la fuerza para recuperar a su hija y a su nieta. Ahora contaba con Sebastián para lograr todos sus propósitos y haría lo que fuera necesario para recuperar a su nieta y reconstruir su familia.

CAPÍTULO XXXIV

ROSARIO

1810

El sol estaba alto, en esa mañana de primavera cuando la mujer abrió los ojos. Aún le costaba acostumbrarse a su nuevo lugar y los ruidos del campo. Todo estaba extrañamente silencioso en la estancia y recordó que los hombres saldrían desde temprano a vaquear ya que Zoilo había comentado la noche anterior que habían visto ganado cimarrón cerca del monte. Los cueros se estaban comerciando bien, aunque el verano disminuiría los pedidos, era necesario estar bien abastecidos para la producción de botas. Por otra parte, Zoilo anticipaba que las acciones de la Junta de Buenos Aires derivarían en una guerra y si eso ocurría la demanda de cueros también aumentaría.

—No puedo creer que veas una guerra como una manera de comerciar y enriquecernos —le dijo Rosario enojada.

—No soy partidario de la guerra, Rosario. Pero si tu reproche apunta a mi mirada comercial de las cosas, lo lamento mucho. He aprendido que las circunstancias externas nos llegan nos gusten o no. Lo único que podemos decidir es cómo las enfrentamos. Qué hacemos con lo que nos toca. En eso estoy pensando. Nada más —finalizó y Rosario no halló argumento para discutir. Al fin y al cabo ella también se había manejado en la vida con una perspectiva de superviviente. Sacando de las circunstancias desfavorables, lo mejor que era posible, o un aprendizaje.

Recordando la discusión y una cierta angustia indefinible anudándole la garganta, decidió levantarse y transformar las circunstancias de la vida actual. No tenía servidumbre, salvo la vieja Rosa que debería andar por los gallineros ya que no la sentía en la casa y Ana indudablemente también dormía.

Se vistió lentamente con ropa cómoda, pasó por la habitación de la niña, que extrañamente no estaba durmiendo como creyó y bajó al salón dispuesta a buscarlas para desayunar y luego ponerse a limpiar. Supuso que la niña andaría con Rosa por los patios ya que sintió mucho alboroto de aves de corral y el gallo cantando, entonces se fue directo a la cocinita donde puso la pava en el fuego para tomar unos mates. Estaba avivando los leños cuando sintió los pasos a su espalda. No alcanzó a darse vuelta porque los brazos que

la tomaron la aprisionaron con una fuerza descomunal mientras otra mano le tapaba la boca. Sin lograr reaccionar a tanta alevosía le vendaron los ojos, la maniataron y la cargaron al hombro. Lo último que alcanzó a percibir y ver antes del golpe en la cabeza, fue un olor fuerte a tabaco, un par de botas de cuero y un uniforme de soldado.

CAPÍTULO XXXV

ENCARNACIÓN

Si Encarnación pensó que el viaje a Córdoba era una pesadilla, por su estado de salud deteriorado, más doloroso aún fue llegar a la Estancia de los Amuchástegui—Iriarte en Córdoba y enterarse de los últimos acontecimientos protagonizados por Felicia y Simón en la misma. Al parecer, Felicia había contraído matrimonio con el negro aduciendo que contaba con el aval de sus padres y tenían a la niña con ellos. Pero luego del matrimonio, sólo habían permanecido en el lugar unos días y habían regresado a la ciudad. Los negros estaban impactados por el desarrollo de la historia, pero hablaban del mulato Simón González, con cierto respeto ya que parecía haberse convertido en un próspero comerciante y un verdadero ejemplo para ellos. Habían prometido volver en unos meses, pero eso no había ocurrido y no tenían otras noticias.

Se sintió desfallecer porque el paso del tiempo y la distancia habían sido la principal causa de toda esa locura que no tenía explicación.

—¿Te imaginas, Sebastián? ¡Felicia casada con ese negro! —le decía la mujer en ese momento— Tanto que hemos intentado protegerla, criarla como una dama de bien. Si no me hubiese enfermado, habríamos podido impedirlo. Todo esto es mi culpa.

—Bueno, tan mal no le ha ido, si como dicen los negros, el hombre ha amasado su pequeña fortuna personal. Tal vez deberíamos dejarlos en paz, dedicarnos a vivir nuestra vida y dejar a Felicia vivir la suya.

—Por Dios, un mulato.

—Si mal no recuerdo Felicia también lo es, según lo que me contaste.

—¿De qué lado estás, Sebastián?

—Del tuyo, mujer, del tuyo. Sólo quiero que redimensiones las cosas y dejes de hacerte tanta mala sangre. Ahora deberías descansar. Te haré llevar algo a la cama y mañana veremos cómo seguir —finalizó acompañándola a su habitación.

Encarnación se sentía verdaderamente agotada y se durmió al segundo de beber el té que Sebastián le alcanzó.

Al día siguiente no se hallaba mejor. Le dolía la cabeza y el estómago y había vuelto la tos.

—Deberás ser tú el que vaya al centro a buscar a Felicia —le dijo a su

primo quién al ver en el estado que se hallaba la mujer, asintió.

—Está bien, pero escúchame, si la encuentro ¿Cuáles serán los pasos a seguir?

—No lo sé, vienes y me avisas dónde están y luego yo iré a hablar con mi hija.

—Está bien, confía en mí —dijo el hombre y sin más se hizo preparar un caballo.

Encarnación se quedó preocupada todo el día, pensando en su hija y su nieta y en que lo importante era ahora, recuperar la confianza de Felicia y luego ella se encargaría de que ese esclavo, desapareciera de sus vidas. Para ello contaba con su primo. Pero la vida le tenía una sorpresa inesperada. Al anochecer regresó Sebastián, pero le traía malas noticias. Cuando llegó al centro, a la dirección que tenía el remitente de la carta se encontraron con que el negocio estaba a cargo de otras personas que nada le podían decir sobre Simón y Felicia. Lo único que sabían es que habían emprendido un viaje pero no habían aclarado el lugar, ya que a su vez, esa noticia la sabían por los comerciantes vecinos. Al intentar averiguar, tampoco los había hallado.

—Tal parece que todos se han fugado de la ciudad, Encarnación. Es increíble. Un señor que me atendió, que dijo llamarse Emilio, con mucha desconfianza primero, pero luego cuando le mostré la carta se abrió y con intensa emoción me relató esto que te digo. Que Simón y Felicia, se vieron obligados a viajar con urgencia. El hombre desconocía los motivos, o no quiso decírmelos.

—Debiste “apretarlo”.

—Prefiero ir con calma, mujer. No podía empezar así con él, con violencia, siendo que era el único que sabía algo. Pero también me contó algo más. Unos vecinos comerciantes, dijo sus nombres Rosario y Zoilo, al parecer tuvieron a la niña un tiempo, ya que no la llevaron con ellos.

—¿Cómo que no la llevaron? ¿Y dónde está ahora mi nieta?

—Espera que te cuente, por favor. Estos amigos, al parecer tuvieron a la niña sólo un tiempo. Pero luego se la llevaron. No tenían idea si con ellos, o al encuentro de sus padres.

—¿Y dónde los podemos encontrar?

—Al parecer ese Zoilo es un cuatrero, y tiene un lugar cerca de las sierras desde donde digita sus actividades. Mañana me encargaré de averiguar. No te olvides que eso es lo mío.

—No me olvido que también eres un cuatrero —respondió la mujer.

—Oh, que estás ofensiva hoy.

—¿No es la verdad?

—Digamos que me dedico al comercio de los cueros, nada más. Alguno en la zona sabrá decirme como localizarlos.

—¡Dios mío! Ojalá al menos, pueda hallar a mi nieta. ¿Qué motivos pueden haber tenido para abandonarla en manos de extraños? Otra de las locuras de Felicia.

—Pronto lo sabremos. ¿Cómo te has sentido hoy? —preguntó el hombre.

—Peor que ayer, pero supongo que es el cansancio —agregó tosiendo nuevamente— ¿Dónde estará esa cabeza hueca de mi hija? ¿Con quién ha dejado a mi nieta? ¿Y si lo he perdido todo? ¿Y si ya no me queda nada por vivir, Sebastián?

—Te queda esta hacienda, Encarnación. Es mucho más de lo que cualquier persona tiene —dijo enfurruñado— y me tienes a mí. ¿O no soy nada yo en ella?

—Oh, por favor... claro que eres importante para mí. Pero lo que dices no tiene sentido. Tal vez no puedes entenderme porque nunca armaste tu propia familia. Ante la pérdida de los seres queridos, los bienes materiales dejan de tener valor.

—No lo tienen para ti, que siempre lo tuviste todo... —murmuró el hombre con un dejo de resentimiento. La mujer lo miró extrañada—. Y puedo ser yo ahora, tu familia.

—¿Cómo puedes decirme eso? Siempre fuiste mi familia.

—Digo que, cuando la tuviste a tu familia, tal vez tampoco supiste valorarla. Quizás deberías valorarme a mí, que sí estoy ahora a tu lado.

—Oh, Dios... tal vez... tal vez tienes razón, tal vez Dios esté castigándome con este dolor que no se va, y con el hecho de jamás volverlas a ver. Y sí te valoro, Sebastián... no sabes cuánto —agregó en un murmullo extendiendo una mano que el hombre tomó con ansias y besó con delicadeza.

—Mejor descansa y trata de recuperarte. Mañana continuaré con las averiguaciones —finalizó Sebastián dándole un último beso en la frente y saliendo de la habitación.

Encarnación se inclinó hacia un costado y rezó destrozada de remordimiento y culpa. Lo que le había dicho a su primo era cierto. Si no las recuperaba, si no sabía que al menos su hija y su nieta estaban vivas, ya nada tendría sentido. Otro ataque de tos, la hizo buscar desesperadamente el vaso de jugo que le había traído su primo. Lo bebió con ansias pero el dolor en su

vientre no disminuyó.

—Oh, Dios... ¿El infierno es esto? —dijo como para sí misma, pensando en cuánto daño había causado y que tal vez, ya no quedara tiempo para redimirlo.

CAPÍTULO XXXVI

ZOILO

Para fines de 1810, el gobierno revolucionario de Buenos Aires, estaba en peligro. En Montevideo la marina española dominaba el puerto y la ciudad estaba amurallada. Las provincias del Norte, Paraguay y el Alto Perú se aliaban con el virrey de Lima y amenazaban con invadir el territorio desde el Norte. Además los miembros de la Junta de Gobierno de Buenos Aires conocían lo acontecido con las Juntas que se establecieron en Cochabamba y la Paz desde 1809. Los españoles consideraban a los revolucionarios como criminales y la reacción de los realistas no se hizo esperar, por ende, los que avalaban la revolución sabían que ponían en juego sus vidas.

—Se avecina la guerra, Don Zoilo —le decía uno de los negros mientras cabalgaban esa madrugada.

El ganado cimarrón se hallaba desperdigado en el medio del monte y pensaban cazar los que más pudieran.

—Es necesario que incrementemos los animales para la venta de cueros —insistió el hombre.

—Si se arman ejércitos, tendremos buenas ventas —opinó otro de los cuatrerros.

—Ah, Don Zoilo, ayer estuve con Emilio y me dijo que anduvo un porteño preguntando por usted.

—¿Un porteño? Habrá sido por cueros...

—Emilio me dijo que le comentara, en realidad, parece que eran parentela de unos amigos suyos.

—¿Aclaró de quién?

—La verdad es que no me acuerdo.

—Siempre con los mensajes a medias, Augusto. Y ya le tengo dicho a ese meterete de Emilio que no abra la jeta con desconocidos, así que lo mismo te digo a vos. ¡Vamos! Dejémonos de pavadas y a cazar. Ya veo una vacada —gritó entusiasmado y todos se prepararon con lazos.

Más allá de cómo se obtenía el animal, y si sería destinado a la muerte o para la cría, el procedimiento era el mismo: se lo perseguía, luego de desjarretado se lo sacrificaba y el cuero se estaqueaba al sol para secarlo. Los animales más jóvenes eran arriados hacia los corrales y se destinaban a la cría o para obtener carne.

Por otra parte, si se requería juntar varios animales, los mismos eran recolectados de diferentes lugares, arriados hacia una zona segura donde luego serían carneados o encerrados en corrales.

La actividad de rejunte, les llevó toda la mañana. Para el mediodía comenzaron a desjarretar los animales más viejos y cargar los cueros en las mulas y luego quedaba lo más complejo y lento que era el arrío. Zoilo se adelantó con las mulas cargadas de cueros, para abrir los corrales mientras los tres hombres se encargaban de traer el ganado restante.

Llegó a la Estancia, se apeó del caballo con euforia y llevó y descargó las mulas en las caballerizas. Hacía mucho tiempo que no hallaban un grupo tan grande de animales y sería más complicado traerlos vivos, que si hubieran hecho una matanza en el medio del monte como había ocurrido otras veces. Pero era importante mantener al menos, a la vacada joven para cría, más aún si ahora pensaba instalarse a vivir en la Hacienda Vieja. La idea era prepararse para el futuro, un futuro con una mujer, un hogar, hijos. En eso pensaba cuando la sonrisa se le congeló en el rostro al ver dos hombres armados y enmascarados que avanzaban hacia él. Intentó sacar el facón pero nunca llegó a hacerlo, ya que sintió un impacto en su espalda y se derrumbó abrumado de dolor. Todo se puso rojo mientras podía darse cuenta que lo estaban arrastrando por la tierra húmeda hacia la casa. El dolor no lo dejaba ni siquiera pensar en que allí estaban las mujeres, pero al llegar el panorama que encontró fue desolador. Sin poder evitarlo, las lágrimas comenzaron a correr por su rostro y sintió que sus esfínteres se aflojaban mojóndose todo el pantalón.

—Si había sido cagón, el cuatrero este —dijo el que parecía ser el jefe antes de golpearlo sin misericordia en el rostro, mientras Zoilo sólo tenía ojos para Rosario, que yacía en el piso.

De solo verla comprendió que había sido violada, y golpeada hasta quitarle la vida. Allí yacía su amor, con la ropa destrozada y bañada en su propia sangre, y en otro rincón, la pequeña Ana y Rosa estaban atadas y con los ojos vendados, también ensangrentadas y con una anticipatoria quietud. Reaccionó como loco, y haciendo caso omiso del terrible dolor del disparo en su espalda, se abalanzó sobre el hombre dispuesto a matarlo. Lo último que pensó fue “¡Ay, Dios mío! Nunca debí dejarlas desprotegidas. Ay, Dios... que la niña no haya visto nada antes de morir. Protégenos, o llévanos a todos, sin más dolor.”

CAPÍTULO XXXVII

ROSARIO

—¡No debías disparar, Troncoso! Era el único que podía decirnos algo, en vista de que a estas viejas no pudimos sacarles palabra.

—¿Y qué esperabas que hiciera ? El viejo cuatrero, se me tiró para matarme.

—Vámonos al carajo. Esto ha sido toda una porquería y a Don Sebastián no le va a gustar... Vinimos para obtener información por los traidores y mirá cómo terminó.

—La negra no largó prenda. Era dura la mulata.

—Tal vez deberíamos esperar a que lleguen los otros negros con el ganado. Este viejo ladrón había salido a cazar cimarrones con su gente. Eso es lo que contó la vieja antes de morir. Ahora la mulata esta de mierda no hubo forma de que confesara nada.

—Bien que te gustó cogértela a la mulata, Chulo.

—Estaba bien buena, la verdad, con esas enormes tetas y esos ojos claros, nunca vi algo igual. Ya dije yo que las mulatas son lo mejor. Pero encima esta negrita, dándoselas de la gran dama, la verdad, más me calentó, con esos aires de señora rica. ¿Qué se habrá creído, negra de mierda? Tuvo el coraje de escupirme.

—A vos te calienta cualquiera, Chulo.

—Lo dices porque a vos te pateó bien las pelotas.

—Vámonos a la mierda. Esto ha sido un desastre —los interrumpió Troncoso.

—¿Qué hacemos con ellas? ¿Las rematamos?

—Bah... ya están muertas. No perdamos tiempo ni balas —insistió el hombre.

—La niña... ¿Qué hacemos?

—Dejémosla acá.

—Si despierta del golpe que le diste, dudo que recuerde nuestras caras. Y por otra parte, no interesa. No obtuvimos información sobre los traidores, pero al menos nos armaremos de ganado. Don Sebastián nos pagará bien la faena —finalizó el que parecía el jefe, mientras le daba una patada final a Rosario, que en el piso, contuvo un grito de dolor y fingió una muerte, que

deseaba, ya hubiera llegado para ella.

Finalmente, en un tiempo que le pareció eterno los escuchó salir por la puerta principal. Esa misma puerta que hacía sólo unos días, los había visto ingresar a ella y a Zoilo plenos de felicidad. Se quedó inmóvil. En parte porque no sabía si podía moverse de tanto dolor y porque además temía que regresaran a terminar con ella y con su hija, rematándolas, como había sugerido el asesino. Sumida en una nube donde la realidad y la fantasía se entremezclaban escuchó a lo lejos los gritos de los hombres y de los negros al morir mientras llegaban con los animales y eran tomados por sorpresa. Se sintieron varios disparos y el mugido desesperado de las bestias.

El aullido de los asesinos, arriando el ganado, empezó a formar parte de una pesadilla en la cual los rostros se confundían. Por momentos intentaba incorporarse pero se le aparecía Anselmo Celiz, su padre, castigándola con el látigo y violándola de manera atroz. En el medio el rostro de Dora, ayudándola a limpiarse y a escapar de la Estancia donde su madre la entregaba a su propio padre. Por un momento se vio a sí misma, escapando a través de los túneles del convento, con el agua de las viejas letrinas mojándole las piernas. Intentó mover las manos y se acarició los muslos que efectivamente estaban mojados, pero con su propia sangre y la de su bebé no nato. Se sobresaltó. Miró hacia su costado y allí estaba una silueta derrumbada en otro charco de sangre que se empezaba a entremezclar con la de ella.

—Oh, Dios mío... No me abandones ahora —formuló en voz baja y trató de acercarse a esa forma inerte de un hombre, resbalando en el piso húmedo—. No, no —quiso gritar al descubrir que era el cuerpo de Zoilo y que ya estaba helado— no, no, por favor. Esto es una pesadilla. Quiero despertar... —se dijo a sí misma, pero la voz no le respondía.

Cerró los ojos y su mente la trasladó a otra época, otro espacio, allá en el rancherío. Donde por primera vez en su vida se había sentido fuerte, segura, protegida. Tal vez, nunca se había ido de allí, nunca se había atrevido a tener una vida diferente y propia de una señora rica. Tal vez, aún estaba en su casa, fabricando dulces y remedios caseros, y cuidando de Ana, y esto tan espantoso era sólo una pesadilla. Apretó los ojos deseando despertar en ese sitio, escuchando los candombes, los tambores, los cánticos de las mujeres sacudiendo collares y sus balangandanes. Por un momento se sintió acunada, bendecida por esos sonidos tan amados y permaneció quieta y absorta en ese maravilloso viaje hacia un lugar feliz.

El tiempo había transcurrido de manera veloz. Estaba oscureciendo y en el

exterior no se escuchaban más ruidos, que la música de su mente.

—Mami... —oyó de pronto una vocecita desde un rincón de la sala. Las imágenes del rancherío se evaporaron y el olor de la sangre, la pólvora y los animales, invadieron sus fosas nasales. Entreabrió los ojos hinchados y trató de moverse— Mami... mami...

Levantó la vista y en el rincón vio que esa voz era la de Ana, que permanecía atada a una silla con los ojos tapados. “Dios mío, dame fuerzas” pensó tratando de incorporarse y llegar hasta el lugar desde el que su hija la llamaba. Ni siquiera notó que su vestido estaba rasgado y que dejaba huellas de sangre a su paso. En un tiempo que pareció una eternidad, logró llegar hasta la niña y sacarle las ataduras que la mantenían inmobilizada a una silla. La abrazó llorando y la tomó en sus brazos acunando su llanto y con las últimas fuerzas la arrastró hacia la pequeña cocina que se hallaba a un costado, para que no viera el panorama de la sala. Cuando llegaron allí, recién entonces le quitó la venda de los ojos y la pudo abrazar otra vez.

—Ay mami, esos hombres... ¿Qué hicieron? ¿Te lastimaron? Estás llena de sangre, mami... —no paraba de decir Ana.

—Escucha Ana, nos vamos a tener que marchar de acá cuánto antes, yo estoy bien, no te preocupes. Esta sangre no es mía.

—Pero... tienes toda la ropa rota —dijo la niña que a pesar de la oscuridad avanzando, vio los pechos de su madre salidos de la blusa y la falda completamente abierta— y escuché que te golpeaban y gritabas.

—No ha pasado nada, no te preocupes... vamos mi niña, no llores. Necesitamos ser fuertes ahora, porque tendremos que huir. Ayúdame por favor.

—Sí, mami... —respondió dócil soplándose la nariz en la manga.

—Quédate un minuto acá. No te muevas, hazme caso. Tengo que ver algo. Buscar nuestras ropas, no podemos viajar así. Prométeme que no te moverás.

—No mami. Tengo miedo que esos hombres vuelvan. No me dejes sola.

—Yo también, tengo miedo. Por eso, te estoy pidiendo que me ayudes quedándote un minuto sola, acá. Yo tengo que ver cómo escapamos —le dijo y sin esperar respuesta, salió nuevamente hacia el salón.

Las piernas parecían no responderle por momentos, pero entendía que debía sacar fuerzas de esas reservas, que siempre le habían permitido sobrevivir a las peores circunstancias. Por un momento, recordó que Zoilo le había dicho que si bien las circunstancias no se cambian, sí podemos planificar lo que haremos con ellas.

Se acercó a Rosa y a Zoilo, y comprobó que ambos estaban muertos y sus

pieles ya estaban heladas. Abrazó a su hombre por última vez con un quejido de dolor, pero sin dejar que eso la derrumbara trató de llegar hasta la puerta de salida que permanecía entreabierta como la habían dejado los asaltantes. Afuera el ocaso dibujaba sombras atemorizantes en las sierras y dibujaba fantasmas en los bosquecillos, pero el silencio sólo era cortado por las aves de rapiña enfiestadas con los animales muertos diseminados por el campo. Los empleados de su marido, habían sido asesinados y estaqueados en los alambrados. Volvió a contener las involuntarias arcadas de asco, porque el olor era nauseabundo y la imagen que se presentaba ante sus ojos, sólo hablaba de una banda de asesinos o desertores, ávidos no sólo de dinero o información, sino de algo mucho peor. Ávidos de sangre.

Los asaltantes, no sólo los habían atacado a ellos, tratando de conocer el paradero de Simón, Felicia y Ángela, sino que también habían aprovechado la oportunidad de hacerse de un buen aprovisionamiento de cueros y carnes. Supuso que también se habían llevado los caballos lo que las dejaba a ellas indefensas y sin oportunidad de huir. Se apoyó en el marco de la puerta tratando de recuperarse del intenso dolor que tenía en las ingles y que subía hacia su estómago y la angustia que amenazaba con destruirla al entender que además de toda esa pesadilla, estaba abortando a su bebé. Se dobló en dos mientras el líquido rojizo corría por sus piernas. El olor a la sangre, que venía del campo era aún más insoportable que el que impregnaba ahora la habitación. De pronto escuchó un grito que la hizo girar. Ana estaba parada en la puerta de la cocina con la mano en la boca, observando a Zoilo muerto en el piso.

—¡Ana! Te dije que te quedaras en la cocina —gritó sobreponiéndose a su terrible dolor y pensando ahora en la niña.

—Oh, mami... Oh, mami... qué haremos ahora, tengo miedo. Si esos hombres vuelven...

—No volverán —respondió con una seguridad que no sentía. Nada le parecía más horrible que permanecer en esa casa— pero por las dudas nos iremos de acá —afirmó mientras la abrazaba y escuchaba a lo lejos un relincho—. Ahora sí, hazme caso y espera acá —le dijo y con un valor que parecía abandonarla y las fuerzas que amenazaban a cada instante con escaparse, salió en búsqueda del animal que acababa de escuchar. El caballo era el de Zoilo, que seguramente al llegar su esposo había dejado en la parte trasera de la caballeriza como hacía siempre y por eso no lo habían visto. Rosario se largó a llorar y lo acarició, a lo que el animal respondió con

mansedumbre.

—¡Gracias, Dios mío! —expresó atando el animal al palenque cercano a la casa.

Con fuerzas renovadas buscó en la habitación con qué lavarse, tomó un par de abrigo, frazadas, sus joyas y los ahorros de Zoilo bien escondidos y que ahora necesitarían; se cambiaron de ropa y tomó a Ana de la mano. Dando una última mirada al lugar y a Zoilo en el piso, subieron juntas a la montura y se marcharon buscando la costa del río.

—¿Quiénes eran esos hombres? —dijo Ana temerosa, con voz débil formulando la misma pregunta que ella también se hacía.

—Enemigos de Dios, de la Patria, de la Vida, hija. Bestias, animales. No son hombres. Entiende esto, quién actúa así, no es humano, es hijo'e mandinga.

—Pero... por qué... —inquirió llorando.

—No llores ahora, mi niña. No es momento de llorar. Hay que ser fuertes —formuló sintiendo que su vientre explotaba de dolor. Cada paso del caballo era una aguja que la perforaba. Ella también debía ser fuerte si querían sobrevivir y principalmente debía lograr poner a salvo a Ana.

—¿Dónde vamos?

—Lejos de acá, Ana —respondió azuzando el caballo para que avanzara más rápido, tratando de olvidar el dolor físico y de que pudieran aprovechar los últimos rayos de luz del día.

—¿No volveremos? Zoilo dijo que ésta, era nuestra casa.

—No, mi niña. Nunca lo fue. No podemos volver. No sabemos si esos salvajes regresen algún día.

—Oh, mami... no llores —dijo ahora la niña notando el rostro demudado de su madre.

—No, mi amor. No te preocupes. Ahora duerme un poco, tenemos que alejarnos lo más posible.

—Pero... ¿dónde iremos?

—Volvemos a nuestro hogar, mi niña. De donde nunca debimos marcharnos —respondió, mientras el sonido de lejanos tambores, cánticos y balangandanes, eran ahora, la única brújula de sus pasos y el único destino seguro.

CAPÍTULO XXXVIII

ENCARNACIÓN

Encarnación permanecía en cama y los dolores en vez de disminuir, parecían aumentar. Sebastián le había alcanzado la comida con solicitud y un vaso de jugo, pero no había podido probar bocado.

—Vuelve al centro, Sebastián. Debo encontrar a mi nieta. Averigua, dónde sea —le había insistido.

El hombre había asentido con resignación y había partido después del almuerzo. Confiaba en que pudiera averiguar algo que la acercara a su hija y su nieta.

Pensó en el hombre que ahora la estaba ayudando y en lo paradójica que era la vida. No pudo evitar remontarse al pasado y pensar en cómo hubiera sido su historia, si sus decisiones hubieran sido otras, si hubiera comprendido las pasiones de Sebastián o hubiera sabido en esa época, un poco más del amor.

Encarnación era una joven inocente, de dieciocho años, que hasta el momento no había recibido la mirada de un joven interesado y su padre la apremiaba en que era hora de que hallara un hombre o quedaría para vestir santos.

—Queremos nietos, Encarnación, así que observa a tu alrededor. Debemos elegirte un marido.

—Quiero enamorarme... —se atrevió a decir, pero su padre la miró y levantó la mano para darle una cachetada. Encarnación se movió hacia un lado asustada y no llegó a pegarle, pero entendió que su marido, sería elegido por sus padres.

Era una tarde hermosa, mientras estaba en el jardín de su casa entretenida con un bordado y pensando que quizás lo mejor sería pedir que la llevaran al convento. Al fin y al cabo, estaba cansada de los desplantes de los hombres en las tertulias donde jamás se le acercaban o lo hacían por compromiso con su padre y mucho menos, la invitaban a bailar. Unas lágrimas comenzaron a caer sobre el bordado y entonces oyó una voz suave a sus espaldas.

—Un rostro tan hermoso, no debería arruinarse con lágrimas, prima —dijo Sebastián acercándosele, y sin más preámbulos, sacó un pañuelo del bolsillo y secó sus lágrimas con sus propias manos, mirándola fijamente a los ojos.

El contacto de la mano del hombre hizo que por su cuerpo corriera una

extraña electricidad, y esos ojos fijos en los suyos, la hicieron ruborizar.

—No estoy llorando.

—Sí estás llorando, a tu primo no lo engañas. ¿Por qué? Eres la muchacha más hermosa, más dulce que he visto —añadió sentándose a su lado y tomando sus manos.

Encarnación no pudo resistirse. Nunca había vivido algo así, ni había sido el centro de la atención de un joven, y menos de uno tan buen mozo como Sebastián, y que fuera su primo era lo menos importante, ya que muchísimas familias se formaban entre parientes. Con ese pensamiento, levantó la vista con atrevimiento y lo miró fijo. Era tan hermoso, con esos ojos negros y profundos, de largas pestañas, el perfil recto, la barbilla firme y el cabello claro y lacio cayendo al costado de su rostro.

—Mi padre espera casarme con alguien a quién ellos elijan. Se enojó conmigo porque le dije que quiero enamorarme —afirmó sosteniendo la vista del joven.

Sebastián acarició sus manos y se acercó a ella peligrosamente. Encarnación sintió que el corazón se le aceleraba y el estómago saltaba incontrolable.

—¿Podrías enamorarte de mí? Así solucionaríamos ese problema —le dijo en son de chiste con una hermosa sonrisa, con la boca tan cerca de la suya que Encarnación pudo aspirar su aliento con cierta mezcla de alcohol y tabaco. Por un momento, se imaginó esa boca sobre la suya y un calor intenso la recorrió entera.

El hombre comprendió lo que estaba ocurriendo, tomó el rostro de la joven entre sus manos, la miró a los ojos y acercó lentamente sus labios a los suyos. La sintió temblar entre sus brazos y apretó el beso tratando de abrirla la boca. Encarnación se resistió sin entender lo que ocurría, pero necesitó abrir los labios y entonces, sorpresivamente su lengua la invadió. El cuerpo se le incendió y supo que por fin, un hombre la apreciaba como mujer.

Desde ese día, los encuentros fueron furtivos, pero fáciles, ya que nadie sospechaba de las visitas familiares ni de la presencia de Sebastián acompañando a Encarnación. Y la pasión recién descubierta hizo lo demás. Una noche, el hombre la convenció de que se encontraran en los establos mientras todos dormían y allí se entregó a él con la inocencia y el amor que la inundaba cada vez que veía a su primo y al que ya se imaginaba como su esposo.

—Quiero casarme con vos —le dijo el hombre acariciando sus pequeños

pechos blancos, como leyendo su pensamiento, mientras levantaba su falda y con la mano, la incendiaba aún más con caricias prohibidas y que jamás la muchacha se hubiera imaginado, que eran posibles. Encarnación no podía saber a dónde conducían las mismas, ya que nadie le había explicado lo que un hombre y una mujer hacían cuando estaban juntos, pero los dedos de Sebastián, rozando su intimidad producían una sensación tan agradable, que le fue imposible negarse y lo dejó avanzar, suspirando, besándolo en el cuello y diciendo:

—Deberías pedirle mi mano a mi padre, entonces.

—Lo haré —dijo el hombre quitándole toda la ropa interior y subiéndose sobre ella, frotándose e intensificando las caricias con las manos.

De pronto el hombre se abrió el pantalón y la penetró. Encarnación gritó y se retorció debajo de él sin entender qué estaba causándole tanto dolor. El hombre la besó impidiendo que gritara y comenzó a empujar en su interior. Trató de soltarse, pero era imposible. El dolor era desgarrador y comenzó a llorar en silencio mientras Sebastián seguía con las embestidas contra su cuerpo y le succionaba los pechos. Nunca supo cuánto duró, pero le pareció eterno y lo más horrible que había vivido en toda su vida. Al fin, el hombre se recostó a su lado y le dijo:

—La primera vez, siempre duele, mi amor. Por eso traté de hacértelo más fácil y rápido. Ya verás que luego te gustará y me pedirás más. Mañana hablaré con tu padre —agregó mientras la ayudaba a acomodarse la ropa, sin notar siquiera su rostro bañado en lágrimas.

Encarnación no tenía palabras para contestar, ni fuerzas para hacerlo, sólo lo miraba sin comprender, cómo en unos minutos, todo ese amor que sentía por su primo, se había convertido en asco y repulsión.

Ni bien llegó a su cuarto, se sacó la ropa y se lavó, para quitarse del cuerpo el horrible aroma del hombre y lloró desconsolada hasta que amaneció.

Al día siguiente su padre le dijo:

—Hemos encontrado al candidato perfecto para ser tu esposo y ya acordamos con su padre, Don Iriarte, una boda suntuosa y bella como te mereces. Esta tarde conocerás a tu prometido.

Encarnación lo miró, como si a la que le estaban hablando fuera otra persona. Y es que en realidad, esa mañana, ella era otra. Era una mujer, y por lo que le estaba diciendo su padre, una mujer comprometida con un hombre diferente del que ella había imaginado hasta la noche anterior. Por un segundo recordó el momento en que Sebastián había invadido su cuerpo, el terrible

dolor que la había atravesado y tuvo ganas de vomitar. Se contuvo y miró a su padre con la mayor frialdad que le era posible.

—Como usted diga, padre.

—¿No protestarás? ¿No quieres saber su nombre?

—Si usted ya lo decidió, supongo que será por mi bien —respondió impávida.

—Se llama Francisco Iriarte, y es un muchacho muy prominente de la sociedad porteña. Su padre trabaja con el curtido de cueros y tienen quintas. Y una casa maravillosa, que te encantará. ¡Estoy orgulloso! Tendrás con él, un futuro lleno de hijos, una vida social plena, ya que están emparentados con gente del gobierno y tienen amistades influyentes. Debes estar feliz, hija.

—Lo estoy, padre. Lo estoy... —contestó pensando que cualquier cosa era mejor que volver a ver a Sebastián.

CAPÍTULO XXXIX

SEBASTIÁN

Había regresado al centro de la ciudad, pero no por el pedido que le había hecho Encarnación, sino porque había comprendido que la vida le estaba dando una oportunidad impensada de volver a ser rico, y sobre todo, recuperar la que debió, alguna vez ser su vida y su herencia.

Su padre había sido un completo inútil y fue por eso que su abuelo había confiado casi todo el capital familiar en el padre de Encarnación. Su adicción al juego, a la bebida y a la vida fácil, habían hecho lo demás. De la herencia familiar, no había quedado nada. ¡Qué difícil había sido ver, la vida que llevaba Encarnación, llena de lujos, fiestas y contactos políticos que él jamás tendría!

En algún momento había pensando que no era mala idea un matrimonio concertado con su prima y le había pedido a su padre que intercediera para ello. Por otra parte había iniciado él, el cortejo con la joven que recién empezaba a asistir a las tertulias pero sin pretendientes a la vista. Y es que Encarnación era tan rica como fea, había pensado. Entonces con el aval de su padre, comenzaron a visitarlos, situación que aprovechó para tratar de enamorarla. Sin embargo, todo se había ido al demonio, ya que el padre de la joven le había buscado otro prometido, un rico venido a menos económicamente, pero con alto prestigio social y político. Francisco había echado por tierra todos sus sueños de recuperar su herencia y lo había odiado por eso. Para completar, años después, en la bancarrota, había recurrido a Encarnación para pedirle un préstamo y la mujer no tuvo mejor idea que contarle a Francisco quién le hizo el préstamo, pero no sin antes humillarlo y tratarlo como un inútil y un vago. Jamás había podido devolverles el dinero y su vida había transcurrido entre bares, mujerzuelas y peleas en fondas de mala muerte o cantinas del puerto.

Pero la vida le había traído otra oportunidad de resarcirse de semejante mala racha cuando Francisco, enfermo y moribundo le pidió ayuda. Y para cerrar la historia, había tenido la dicha de verlo morir como un perro, como se merecía. Por supuesto que no le había brindado ayuda al verlo caer y había azuzado a los animales que lo pisotearon. Pero eso no debía saberlo nadie, ya que era el comienzo de su ahora, buena racha. Sólo debía ver qué hacía con

Encarnación, cómo manejaba la situación para quedar él como dueño de la Estancia.

El otro problema a resolver eran esas mujeres que estaba buscando: Felicia y Ángela, y el negro de porquería con el que se había casado su sobrina. Si la vida le daba un poquito de suerte, tal vez ya estuvieran muertos, pensó, mientras ingresaba a la ciudad, pero debía asegurarse de que no quedaran herederos.

Poco tiempo le llevó averiguar la historia de Felicia y su hija, con los antiguos empleados de Simón. Al saber que él era de la familia, siguieron relatando detalles y pronto supo los hechos ocurridos en la provincia y que Simón estaba huyendo con su familia, de la justicia de la Junta.

—Una verdadera desgracia, señor —decía en ese momento Emilio, acongojado mientras Magdalena se secaba las lágrimas —no sabemos dónde están, qué les pasó, ni si algún día podrán regresar. Ya le dije yo a Simón que estaba metiéndose en una completa locura. Y arrastró en ella a esa pobre mujer que lo ama...

—¿Y la niña? —preguntó Sebastián.

—No la llevaron, en principio Simón no quiso. Pero luego Felicia lo siguió. Lo último que supimos es que había quedado a cargo de Doña Rosario y Don Zoilo. Tal vez, se la llevaron con ellos, o al encuentro con sus padres. No compartieron esa información con nosotros.

—Ah, señor —intervino Magdalena entre hipos de angustia— Usted es el tío de doña Felicia, debe buscar a mi señora y traerla de vuelta. Y ayudarla acá con el negocio.

—Lo intentaré, no se preocupe. Y me haré cargo de todo esto también, ni bien pueda. Por el momento, necesito saber dónde localizar a Zoilo. Ellos sabrán mejor cómo seguir —agregó, pensando que todo se estaba dando a su favor. No sólo tendría la Estancia, sino también ese próspero negocio que había iniciado Simón en el centro y que indudablemente se estaba desmoronando en su ausencia.

Salió del lugar, prometiéndoles volver a la brevedad y se dispuso a contratar la gente que necesitaba. Acostumbrado como estaba a tratar con delincuentes, no le fue difícil hallar en una fonda, un grupo de desertores del ejército, ladrones, necesitados de dinero, y con una buena suma, les explicó lo que debían hacer.

Ahora, en el medio de la campiña, con la luna iluminando las sierras, esperaba que los hombres regresaran con lo prometido: información sobre

Simón, Felicia y su hija al costo que fuera. De lo obtenido en el asalto podrían quedarse con más de la mitad.

A lo lejos sintió el mugido de los animales. Habían cumplido y él comenzaba su vida de estanciero, libre y rico. Ahora tendrían animales y cueros para empezar a comerciar con Buenos Aires.

—Cincuenta animales son para ustedes como acordamos.

—Queremos parte de los cueros y metálico.

—No habíamos quedado en eso.

—Tampoco nos dijo que había una niña en la casa.

—¡Una niña! ¿Qué niña? —respondió a los gritos preocupado pensando que podría ser Ángela, al fin y al cabo los empleados de Simón y del cuatrero Zoilo, nunca le habían dado seguridades sobre su destino— ¿Qué hicieron con ella?

—Eh... no sé... Ya estaba muerta —agregó el hombre sin mucho convencimiento.

—¿De quién era la niña? ¿Y qué hicieron con ella? —les volvió a gritar enfurecido.

—Estaba casi muerta, atada a una silla. No sobrevivirá, sola en ese lugar, atada... creo que ni respiraba ya. Era hija de la mulata que usted nos dijo que interrogáramos.

—Debieron terminar el trabajo, manga de imbéciles. Esa niña puede ser un cabo suelto y no podemos darnos el lujo de que hable. Háganlo, o no verán metálico —aseguró mientras los esclavos de la Estancia arriaban los animales hacia los corrales.

—Bien, señor. Pero no era ese el trato, matar niños.

—¿Pero no se dan cuenta, sarta de tarados, que no debían dejar rastros de su incursión? ¿Qué esperan? ¿Qué todos seamos fusilados? ¡Si no tienen cerebro, ustedes! ¡Debieron incendiar todo! Está bien... déjenmelo a mí pero no verán metálico —finalizó Sebastián, sin dejar de pensar en esa niña que mencionaban y que si era Ángela, debía hacerla desaparecer, o jamás sería él, el verdadero dueño de la Estancia.

—No, no. Tiene razón. Enviaremos dos hombres mientras terminamos el negocio. Ellos harán más rápido. ¡Vamos, Chulo y Juanjo! Vuelvan a la Estancia Vieja y no dejen nada en pie. Aprovechemos la oscuridad antes de que alguien descubra el lugar. Al final, es cierto lo que dice Don Amuchástegui, no debimos dejar cabos sueltos —afirmó y los dos mencionados regresaron hacia el lugar.

En pocos minutos la Estancia Vieja era una enorme fogata iluminando el horizonte.

Por la mañana sólo unos restos humeantes sobresalían del monte que también se había incendiado pero las ráfagas de fuego ahora se trasladaban de manera incontrolable. El incendio arrasó una parte considerable de las sierras durante varios días, hasta que las primeras lluvias primaverales apagaron las llamas dejando franjas grises de desolación y muerte.

Sebastián respiró aliviado cuando vio la tormenta alzarse en las sierras.

—Al fin ese incendio voraz se extinguirá —le dijo a Encarnación que después de muchos días se había animado a salir al jardín, pero con poca mejoría y una extraña sensación de estar siempre como en una nube.

—Ah, Sebastián, esos medicamentos que estoy tomando me hacen sentir como en un sueño permanente —dijo la mujer—. Además no me has dicho si pudiste averiguar algo sobre mi nieta y mi hija... estoy desolada. ¿Cómo preocuparme por otra cosa? ¿Será que nunca las encontraremos?

—Lo dudo mucho, Encarnación. Como te dije, huyeron de la justicia, su padre es un traidor a la Patria. Y eso no tiene arreglo. No pienses por ahora, en ellas. Están muy lejos de aquí, si es que sobrevivieron a semejante huida a la que las sometió el negro.

—No me digas eso... no...

—Es la cruda realidad, querida. Por otra parte, ese medicamento sale muy caro, lo traen de Asia y es para que tus dolores disminuyan. ¿O no has notado que ahora, te puedes mover y caminar?

—Sí, es cierto, aunque camino en una nube y tengo extraños sueños, visiones. Sabes, en una de esas visiones he visto a mi nieta y a mi hija viniendo para acá, a esta casa.

—En buena hora, entonces, si el opio además de calmar tus dolores te trae visiones agradables, que ojalá se cumplan. Pero reduciremos la dosis de “dormidera”, para que no te sientas con tanto sueño.

—¿Qué haremos, Sebastián, con mi familia? Mi vida no tiene sentido si no las encuentro...

—Mira Encarnación, se vienen tiempos difíciles. Los españoles avanzan por el norte y la Junta está armando expediciones para evitar que la Corona Española vuelva a dominarnos. Debe triunfar la Revolución para que seamos libres, pero eso significará una guerra. Y ese es mi motivo en la vida, ahora. Ese va a ser el motivo de todos ahora en esta tierra, Encarnación. ¿Lo entiendes? Nadie quedará librado de sus consecuencias. Lo único que

podemos hacer es formar parte de la historia, de la mejor manera posible.

—No entiendo.

—Podemos vender cueros a los ejércitos, continuar con la cría de mulas y proveer esclavos para soldados. Tengo gente preparada para hacer todo eso. Por otra parte, el irresponsable de tu yerno, Simón abandonó todo un negocio próspero en el centro.

—¿Un negocio?

—Sí, un negocio de venta de cueros y calzados. Herencia de tu nieta y de tu hija.

—No me interesa, sólo quiero que Felicia vuelva.

—Pero por eso, debemos cuidar lo que les pertenece, mi vida. Y de eso me encargaré también yo. ¿Te parece poco trabajo, mujer? —respondió casi con enojo, pero pensando que a lo que acababa de contarle, debía agregar las ganancias que empezaba a darle, el comercio de la “dormidera” que intercambiaba con algunos ingleses, cuando viajaba a Buenos Aires, sin contar que gracias a ella, también podía mantener sosegada y bajo su dominio a Encarnación. Tal vez... ese negocio en el centro podía ser un buen lugar para distribuir. Debería investigar. Y deshacerse del bocón de Emilio y su esposa. Había mucho por hacer y necesitaría estar fuerte, para todo ello.

—Yo no tengo fuerzas... —dijo de pronto la mujer, como si le leyera el pensamiento.

—Para eso estoy yo ahora, mi querida, para cuidarte, protegerte. Yo soy tu fuerza, ahora, deja todo lo difícil y doloroso en mis manos. Como debió ser siempre, así, juntos, unidos. No pienses más en esa ingrata de tu hija y esa nieta que quizás no quiera que vuelvas a ver. Felicia nunca fue buena, tan rebelde y desafiante, sólo nos traería más problemas —aseguró viendo el rostro entristecido de la mujer—. Además, conoce el camino de regreso y si quiere, puede venir cuando ella quiera. No te preocupes, un día de estos te sorprende y se aparece por acá como viste en tu sueño, cansada de las idioteces de ese negro de mierda —agregó con una sonrisa.

Le pasó la mano sobre el hombro en actitud protectora y la acercó aún más a él pensando que jamás permitiría que eso ocurriera. Ya se encargaría él de evitar que nuevos herederos lo dejaran otra vez, sin la fortuna que le correspondía por derecho.

—Oh, Dios te oiga, Sebastián.

—Te quiero mi vida. Al fin podemos vivir este amor —prosiguió mientras la mujer se apoyaba sobre su pecho indefensa y cansada—. Piensa, hermosa

mía, tal vez, la vida nos está dando otra oportunidad. Disfruta esto que tenemos, es mucho más de lo que soñamos jamás.

—Lo intentaré —respondió la mujer con la mirada perdida en las sierras.

CAPÍTULO XL

ÁNGELA

1822

Con su corta edad, Ángela sentía que había vivido ya, innumerables vidas, todas diferentes, todas increíbles. De algunas tenía la memoria candente de las emociones, huidas, miedos, festejos en la hoguera, noches heladas, planicies inmensas de sal. De otras sólo le quedaban retazos de imágenes ampliadas por el relato de su madre Felicia que desde su más tierna infancia no había dejado de contarle diferentes anécdotas de la suya propia, de su padre, de sus amigos, de sus abuelos. Y así Ángela había podido armar una secuencia de su propia vida, de manera detallada.

Desde la ventana de la pequeña vivienda de adobe y piedra, la muchacha miró el exterior y se sorprendió una vez más de la belleza del lugar que ahora las rodeaba. En momentos como éste, le parecía que había vivido milenios y que es muy vieja para lo que su corazón siente.

La llanura inmensa, cortada por plantaciones de frutales y viñedos y casas diseminadas entre las hondonadas, algunas ocultas por los bosquecillos de piquillines, talas y algarrobos, otras separadas por pequeños arroyuelos y cañadas a veces sin agua en épocas de sequía, es lo más parecido a un paraíso que su joven vida, ahora, conoce. Hacia el norte el horizonte se divide en surcos de plantaciones y hacia el sur se vislumbran las grandes estancias de cría de ganado mular, caprino y caballar. La muchacha se apoyó en la reja, suspiró y sonrió. Después de tantas peripecias, ella y su madre gozaban ahora, del privilegio de una casa de material, con ciertos lujos asignados gracias a los dones y aptitudes de Felicia aprendidos en parte en el rancherío, cuando era muy joven y ampliados en el tiempo que vivieron en el poblado de las Salinas. A su alrededor, podían disfrutar de un hermoso jardín de flores salvajes que intercalaban margaritas, campanillas, tréboles y verbenas, con arboledas frondosas y antiguas que ondulaban el suelo con sus enormes raíces, senderos de ladrillos, una glorieta de glicinas y banquetas de algarrobo para las noches de verano.

Por un minuto pensó que habían tenido suerte a pesar de todo, al haber hallado algo similar a un hogar, aunque a Ángela la vida le había enseñado que no había que aferrarse a nada, que todo era perentorio y había que disfrutarlo

mientras durase.

Miró la reja de la ventana, que la separaba del paisaje, forjada en hierro y confeccionada por el herrero de la zona con un dibujo en el centro que su madre le había encargado. Un dibujo que su padre, Simón, le había explicado era en realidad una Sankofa^[18].

—“Sanko” significa que va detrás y “fa, significa que toma de él. “Regresa y tómallo” —le había dicho su padre, mientras pintaba un adorno en una de las mantas tejidas por Felicia, que luego venderían entre tantas otras artesanías, en la época que vivieron en las Salinas.

—No entiendo papi —le había respondido ella.

—Quiere decir, que cuando miras el pasado, puedes reconocer el futuro. Nos deja una enseñanza, mi niña. El pasado nos forja, pero también determina el futuro. Hay muchos de estos símbolos africanos en todo lo que los esclavos moldeamos y diseñamos durante años. Sólo nosotros, los descendientes de africanos conocemos su significado. Ahora tú los sabes. Cada vez que los mires, sabrás que estamos dejando nuestras huellas, para que el futuro no olvide nuestra historia.

—Como la Sankofa.

—Así es. Es un dibujo que representa un pájaro que atusa sus alas antes de volar. Mira hacia atrás, pero sólo para seguir adelante.

Y ella lo había comprendido demasiado bien, dejar el pasado atrás, y sólo mirarlo, para seguir adelante.

—Sólo da un paso atrás para tomar impulso —agregaba a eso Felicia, como un recordatorio de las tantas frases usadas por Rosario y que en definitiva, significaba lo mismo.

Ahora mirando esa ventana de rejas negras que también tenía ese símbolo podía entender lo que quizás alguna vez había sentido ese hombre al que tanto admiraba, un hombre que había desafiado todas las reglas de la sociedad, para unirse a una mujer blanca, siendo un mulato. Bueno, bien sabía ella que su madre, también tenía ascendencia negra, aunque era un secreto familiar. Sin embargo, ambos, habían sabido hacerse un lugar en una sociedad que veía con malos ojos la mezcla de sangres. Ambos habían sabido defender su amor. ¡Cómo le gustaba escuchar por las noches, las historias que su madre le contaba, sobre la primera invasión! La loca historia con el inglés refugiado en el sótano, y el escape por los túneles. Y luego, como Simón, su padre, la había salvado del incendio y de esa loca huida con el invasor. Lo que más le gustaba era saber que después, las había buscado incansablemente hasta hallarlas en el

rancherío. Tantas aventuras habían compartido, esos seres a los que tanto amaba, tan valientes habían sido, que se emocionaba de sólo pensarlo.

De esa época al momento actual, tal vez, las cosas no habían cambiado mucho. Su madre y ella, dos mujeres solas luchando por sostenerse, también eran cautivas de una época, de ideologías que ponían a la mujer en una posición de sumisión, en un nivel inferior. ¿Así sería el resto de su vida? ¿Prisionera de tantos prejuicios por la raza, la piel, o el género? ¿No era esa otra forma de esclavitud?

Mientras pensaba en ello, y el amanecer dibujaba colores en el horizonte, comenzaron a llegar los primeros visitantes de la zona.

—Hola niña —dijo una regordeta dama de ciudad que había viajado seguramente toda la noche para que su madre la atendiera—. Venimos a ver a Doña Felicia. ¿Ya está atendiendo?

—Por favor, espere, iré a ver —dijo la joven dándose aires de importancia, aunque sabía que su madre estaba ya dispuesta a su tarea diaria—. Ya tienes gente esperándote, mamita linda.

—Hazlas pasar y que esperen en la entradita. ¿Irás a buscar lo que te pedí anoche? Que te acompañe Darío...

—Sí, ya... ya... —contestó impaciente, porque en realidad, ansiaba salir de allí cuanto antes. Amaba la vida al aire libre, el sol en su rostro, los pies descalzos en el agua, el viento despeinándola mientras cabalgaba en las montañas, el aroma de las plantas y ese maravilloso silencio impregnado de libertad, sólo cortado por el canto de los pájaros y el arrullo del agua.

—Pase usted y tome asiento, mi mamá ya la atenderá. Yo tengo que salir.

—Gracias pequeña, es que sabe, niña yo tengo “la sangre gruesa” y sé que Doña Felicia me va a ayudar.

—Seguro que sí, doñita. Unas “sanguinarias” y usted quedará como nueva —contestó risueña.

—Oh, pero ya estás lista para ser su sucesora, por lo que veo —respondió sorprendida la mujer.

—No tanto. Sólo ayudo a mi mamá con algunos menesteres y empleo un buen tiempo también enseñando a leer a algunos niños del lugar.

—¡Qué increíble que sepas leer! Y que enseñes a otros aún más.

—Pero algún día seré médica —agregó para su sorpresa, le encantaba escandalizar a la gente con sus ocurrencias— ¡Qué tenga un buen día!

—¡Oh, niña... qué ideas más absurdas tienes! Una cosa es que enseñes a leer, otra ser médica. Pero que Dios bendiga siempre esa belleza tuya —dijo

la mujer admirando ese rostro perfecto en una figura desarrollada para su edad — Y ten cuidado, no andes por allí sola... —alcanzó a escuchar a lo lejos que le recomendaba.

Pero no respondió porque ya estaba yendo rumbo a las caballerizas y no quería desperdiciar un segundo de esa magnífica mañana y mucho menos oír sermones que jamás obedecería. Claro que le gustaría la idea de ser médica, si eso fuera remotamente posible. Pero era bien sabido que nadie en este mundo, se lo permitiría. A lo sumo “bruja”, “curandera”, “matrona” ¡y gracias! Era muy injusto no poder ser, lo que uno quiere, pensó.

—¿Quiere que la acompañe hoy, niña Ángela? —le preguntó el muchacho que atendía los caballos, con cara de enamorado. Y es que era imposible mirar a la chica y no quedar extasiado con su extraña piel aceitunada, sus inmensos ojos verdes amarillentos y el cabello negro y ondulado que llevaba siempre suelto y casi hasta la cintura.

—En realidad no, gracias, otro día —respondió sacudiendo el pelo, arremangándose el vestido y subiendo al animal con agilidad. Sus tobillos quedaron al descubierto y el muchacho descubrió que la piel de sus piernas era aún más hermosa que la de su rostro. Se ruborizó y carraspeó.

—Pero... le falta la montura —atinó a decir el joven, sin tener respuesta de la chica que ya se había alejado con la mano elevada en señal de saludo. Lo espoleó y partió a gran velocidad hacia los montes del oeste. Supuestamente, allí la esperaba Darío, pero el muchacho no llegó y furiosa por dejarla plantada, como ya había hecho otras veces, decidió que no lo esperaba.

Una arboleda enmarañada rodeaba los enormes cerros azulados de las serranías y parecía casi imposible atravesarlos. Sin embargo, Ángela era experta en esos recorridos. Por un momento, lamentó haber sido impaciente y no poner la montura en el animal, ya que el dolor en la entrepierna le avisaba que había andado ya un largo trecho. Se dijo a sí misma que no era buena idea ir más allá de la cascada.

Bordeó la senda de las cabras y halló un atajo que ascendía. Forzó a la bestia a obedecerla y ascendieron el cerro con lentitud. Al fin, llegó a una hondonada donde se detuvo y ató el caballo a un quebracho. Se bajó con dificultad y caminó notando que sus piernas casi no respondían.

—Maldición... —farfulló por lo bajo, sobándose las ingles. Notó que se había ampollado en la parte interior del muslo— Maldición, maldición... Quién me mandó ser tan terca.

El ruido del agua le dijo que la pequeña cascada que brotaba de una alta quebrada serrana, estaba cerca. Caminó el trecho que le faltaba cuidándose de no pasar cerca de las entradas a las antiguas minas abandonadas, clausuradas y ahora refugio de animales y prosiguió en ascenso. El aroma de los yuyos serranos le hicieron aspirar con intensidad: poleo, menta, peperina, jarillas, carquejas, palo santo, y otros tantos yuyos, impregnaron sus fosas nasales con distintos olores y se le antojó tomar unos mates. Lo haría ni bien llegara, pensó, mientras preparaba su bolsa y se acercaba a la orilla del pequeño charco formado entre las piedras. Allí aparecían completamente salvajes innumerables especies de hojas y raíces curativas, la mayoría desconocidas para la gente común, pero que obraban milagros. Para ella y su madre, la naturaleza estaba llena de materia prima con la que preparaban diferentes jarabes y emplastes que luego Felicia administraba para todas las dolencias físicas como el empacho, insolaciones, la gota, la gastritis, úlceras, resfríos, catarros; pero también llegaba gente buscando otro tipo de curaciones mágicas, como “daños” “pata de cabra” “cura de palabras y por el rastro”, “gualichos” y “ojeaduras”. Algunos tratamientos se hacían con determinadas hierbas, velas o piedras que era necesario limpiar y cargar al sol y otros con aguas extraídas de vertientes tratadas con oraciones y frases que las convertían en aguas “blancas”.

Ambas, eran consideradas en el lugar, las sanadoras o curanderas y respetadas y admiradas no sólo por ayudar a los niños a aprender a leer y escribir algunos textos simples, sino y principalmente por el uso de las palabras sanadoras, los yuyos y diferentes métodos para curar afecciones.

Alguna vez, había oído llamar a su madre como bruja o hechicera, y lo había tomado con enojo. Ahora ya no importaba porque en el caso de su madre, sólo eran aptitudes bien aprendidas, estrategias de supervivencia que le había brindado la vida en diferentes oportunidades. O un don divino, según como se quisiera ver.

Se sentó a la orilla del agua que corría displicente entre las piedras y bebió con avidez de la vertiente saturada de minerales, llenando una botija. ¡Ah! ¡Si todos los que hablaban de ellas y las juzgaban por ser dos mujeres solas, dedicadas al arte de curar, supieran por todo lo que habían pasado para llegar a ese lugar! Tal vez las admirarían en vez de temerles o criticarlas. Pero su madre le había dicho que lo mejor, para lo que hacían, era mantener ese manto de misterio sobre sus personas que a su vez, las protegía de todo mal.

—La única verdad que cuenta es lo que somos para nosotros mismos, y

eso a los demás no les interesa. Vivimos y dejamos vivir —decía siempre Felicia.

—Más que eso, mami. Salvamos vidas, a veces —contestaba Ángela, que a esas alturas sabía tanto o más que su madre, de medicina natural.

—Ah, mi pequeña, siempre con esa sabiduría. La vida que te mereces es otra.

—Lo único que quiero, madre, es que estemos juntas.

—Eso es lo que un día me juré, mi niña. Pero a veces... a veces me pregunto, si tu vida no hubiera sido otra, si mis decisiones hubieran sido diferentes. Tal vez...

—¿Qué crees que me hubiera pasado?

—No sé, dejarte con Rosario, o con tus abuelos en vez de arrastrarte a esta vida tan precaria. Mis padres te habrían dado una vida mucho más digna, no lo que haces aquí: cuidar mulas, recoger yuyos, corretear como un animalito salvaje por el monte, el día entero.

—Con más capital o dinero, no es lo mismo que más digna —respondía Ángela con una sabiduría inusual para su edad— y con mis abuelos, a esta hora lo único bueno que estaría haciendo es tocar el clavicordio.

Felicia no pudo menos que lanzar una carcajada ante semejante ocurrencia.

—¡Eres imposible! Y en todo caso no sería el clavicordio, sino el piano.

—Bah, es lo mismo. Un bodrio.

—Eres una legítima Amuchástegui-Iriarte. No lo olvides. Tu apellido es el de tu padre, como debía ser, Ángela González, su muñeca de ébano, así te decía siempre Simón. Pero también recuerda que eres la única heredera de los Amuchástegui-Iriarte. Tienes sangre africana, pero también española.

—¿Y...? ¿Qué hay con ello?

—Que hay una Estancia, cerquita de Córdoba, esperándote.

—No quiero eso, madre. No lo quisiste tú, en otras épocas ¿Por qué habría yo, de quererlo algún día?

—Escucha... nunca se sabe, puedes llegar a necesitarlo.

—No necesito nada que no me pueda dar la naturaleza misma.

—Escucha Ángela. Algunas cosas de la vida, tienen que ver con la justicia divina. Con el derecho legítimo y ancestral otorgado para nuestro bien. No puedes renegar de ello, si te corresponde por herencia divina, lo tendrás.

—Mi herencia divina está acá, mami. A tu lado. Con estas montañas, estos cielos, este aire.

—La tierra también es herencia divina. Y esa tierra te pertenece, si algún

día, necesitas de ese capital, si te encuentras sola, en esta caja tengo la documentación que lo prueba y que me traje aquella vez que estuve en la estancia, cuando con tu padre, contrajimos matrimonio. En ese momento, no sabía para qué podía servir.

—Tampoco sirve. No quiero nada de eso —había finalizado la joven.

Ahora, recordando la conversación se le anudó el corazón. Hacía varios días que Felicia insistía en el tema y ella se negaba a conversar de ello. No se imaginaba volviendo al lugar donde sus padres habían sido tan desdichados, con gente que los había dañado tanto. Un lugar del que habían tenido que huir a causa de la traición y la persecución por las ideas. ¿Qué felicidad podía hallar entonces, ella en un sitio que, aunque le perteneciera, era sinónimo de maldad, muerte, discriminación y abandono?

Esos abuelos, como los llamaba Felicia, no las habían querido ni a ella, ni a sus padres. Su propia madre, le había contado las terribles acciones de Encarnación y Francisco; si bien Felicia decía que los había perdonado hacía mucho tiempo, ella no.

—Vamos, mi muñeca de ébano. El rencor es corrosivo, no podemos vivir con él. Ya nos enseñaba la abuela Coscaín en las Salinas, que el perdón es lo único que nos sana. Y que no importa de qué color es nuestra piel sino la de nuestra alma.

—Ojalá mis abuelos carnales hubieran pensado lo mismo. ¿Cómo puedes perdonar a alguien que te mintió, que me arrancó de tus brazos y me abandonó en un convento para que me entregaran a cualquiera? En mi caso sé que tengo más sangre africana que española. Nunca olvidaré eso y deberán aceptarme como soy.

—No es tan sencillo. No es bien visto...

—Al carajo, madre, con esas ideas absurdas. Soy mulata. Eres mulata. ¿Por qué avergonzarnos de ello?

—No, hija, no es vergüenza. Es cuidado, es protección. En la vida necesitamos las raíces de un hogar, un amor y un sentido de vida. Sin esas tres cosas estamos extraviados. Son nuestras brújulas. Siempre te lo digo.

—Mi hogar eres tú, y mis raíces me la dio mi padre cuando me talló esta muñeca y me mostró las tradiciones africanas. Esta es mi sangre y jamás me avergonzaré de ello. Mi brújula es sanar, curar...

—Por ahora. Pero deberás construir el hogar de tu futuro, mi niña, hallar tu brújula también en el amor —dijo con una mueca de dolor que no pudo disimular.

—Oh, mami... ha vuelto el dolor.

—Sí, pequeña. No te preocupes, es pasajero. Vamos, necesito que vayas por nuevas medicinas —había finalizado la mujer tranquilizándola a medias.

Ahora, sentada entre las piedras, no pudo evitar que algunas lágrimas cayeran por su rostro ante la injusticia de tantas pérdidas y sufrimientos innecesarios y pensando que Felicia, aún sufría, no sólo físicamente, sino por el pasado y sus propias pérdidas.

Poco es lo que recordaba de su infancia en el centro de Córdoba, de sus juegos con Rosario y Ana, su amiguita querida, casi su hermana, de la huida hacia el norte y del ataque de los indios. La mayoría de las anécdotas que podía dibujar en sus recuerdos, eran más por los relatos de su madre que recuerdos propios.

Su vida real, la que podía narrar y ver en su cabeza comenzaba en el toldo indígena, correteando junto a los niños en el monte o entre las Salinas y escuchando los cuentos y relatos de la abuela Coscaín.

De su madre recordaba el permanente trabajo junto a las mujeres del poblado que les había dado acogida: un grupo de blancos alejados de la buena venturanza de Dios, como les gustaba decir, algunos negros escapados de sus amos o casados con indias para obtener la libertad y los pocos aborígenes Olongastas que habían sobrevivido a la colonización, el pillaje y el tráfico de esclavos.

El lugar era completamente inhóspito y desolado, protegido por bosquecillos y montañas de sal y roca, y les servía de resguardo y protección a todos ellos que, por diferentes motivos, preferían permanecer alejados de otros sitios poblacionales más densos. Los días transcurrían hilando, elaborando mantas de lana y cuero, ponchos, alfombras y fajas que luego eran vendidas en los caminos. Se intercataban relatos, canciones y juegos para los niños e innumerables ritos sanadores que se transmitían de generación en generación y que tan bien habían aprendido. Por las noches se realizaban grandes fogatas para cocinar los alimentos comunes, compartir bailes y algunos rituales propios de la estación o la época del año: a la luna llena, principalmente y a la llegada de la primavera. Ángela recordaba con entusiasmo el reflejo de las llamas y las siluetas moviéndose en las planicies blancas y brillantes, sacudiendo vestidos y ponchos.

Su padre Simón, se había sumado al intenso trabajo diario con su sonrisa eterna y el chiste siempre listo. Era imposible no amar y admirar sus bellos ojos claros iluminados por el sol, mientras cargaba enormes costras de sal en

un carro que los indios comerciaban y llevaban hacia diferentes puntos para entregar luego a los saladeros o las tropas del ejército. Él mismo le había contado que en los relatos orales se hablaba de varios caciques que habían conseguido firmar un tratado para la protección de las Salinas a los fines de cuidar el abastecimiento del caro y apreciado producto. Estos caciques, Vitoriano, Quintelén y Epugner, junto a su hijo Evinguanao, acompañados por el coronel Pedro Andrés García, habían viajado por orden de la Primera Junta para obtener el reconocimiento de ésta por parte de los indígenas y lograr a través de un tratado el abastecimiento de sal para Buenos Aires, lo que se recordaba y se transmitía en todas las regiones como un ejemplo de la posibilidad de acuerdos entre los aborígenes y el gobierno nacional. Sin embargo, la guardia prometida por Feliciano Chiclana en nombre del Primer Triunvirato, para proteger las reservas de sal del país, no se había cumplido, y constantemente había incursiones de gauchos aprovechadores de la riqueza de la región apropiándose libremente de la Sal para el comercio y el tráfico ilícito.

Cuando Simón y Felicia, en su tránsito de huida, llegaron al lugar, fueron confundidos con un grupo de esos comerciantes y traficantes, y por eso fueron atacados por los pobladores, pero al fin y al cabo habían entendido, que no había nada más lejos de la intención de la pareja, de apropiarse de la Sal, sino que eran otros más de los tantos fugitivos, necesitados de un lugar seguro para refugiarse y esconderse por un tiempo indefinido. Y así se sumaron a la vida cotidiana en la que fueron acogidos con hospitalidad.

Pero también recordaba con total claridad el día en que habían llegado los soldados. El pequeño ejército en su tránsito hacia el norte, hacia la campaña militar independentista recolectando gente, y que los hombres de la tribu, sin dudarlo, se habían unido al grupo a cambio de la promesa de una vida mejor para la Patria, pero también para ellos mismos. De esos hombres nada habían sabido pero la Campaña al Norte, al parecer había sido un rotundo fracaso con las terribles derrotas de Vilcapuyo y Ayohuma.

Tiempo después aparecieron nuevos soldados, aplicando la “ley de leva” para engrosar las tropas, pero ahora en nombre del General San Martín,^[19] quien se hallaba en Córdoba diseñando un nuevo plan para expulsar a los realistas. Los pocos hombres que quedaban en el poblado, algunos muy jóvenes, o pasados de la edad, o enfermos y Simón con su pierna paralizada, junto a ellos, aceptaron el desafío.

Los días más tristes de su vida, en cambio, perdían nitidez por el dolor, el

llanto y los ruegos de su madre que se entremezclaban con los reproches que le hacía a Simón, porque otra vez se alejaba de ellas. Al terrible anuncio de que se sumaría al ejército, le siguieron días de sobresaltos, discusiones y angustias. Ahora comprendía lo difícil que debió haber sido para él enfrentarse otra vez a la terrible disyuntiva de elegir entre su amor por la patria y su amor hacia ellas, explicando siempre que esa no era una elección. Que proteger y defender la Patria era protegerlas a ellas también. Pero esta vez, les había asegurado un pronto reencuentro, prometiendo que si él no podía regresar de Mendoza, mandaría por ellas.

¡Ah, las promesas! Las promesas con su fertilidad sublime, tienen la tendencia a florecer en el alma y llenarnos de expectativas. Ah, las promesas, las que a veces hacemos sin saber que la vida tiene otros planes.

Por eso ahora tampoco confiaba en las promesas de Felicia. Su madre también le decía que estaba bien, que todo estaba en orden. Pero ella sabía que sus dolores eran permanentes y que de alguna manera, la conversación de la noche, era por algún motivo que prefería por ahora, no averiguar.

El relincho del caballo la sacó de sus recuerdos y la puso en alerta. Se agazapó entre los juncos y escuchó con atención. El animal permaneció en silencio como si también estuviera a la espera. Aguardó unos minutos y se incorporó, pero en el mismo momento en que lo hizo, algo que estaba entre las piedras saltó sobre ella y le clavó sus uñas en la espalda y en el pecho. Rodó con el puma listo para insertar sus enormes colmillos afilados en su cuello pero otro cuerpo se abalanzó sobre ellos a velocidad increíble. Sin entender lo que ocurría, intentó sacar su cuchillo de la cintura pero un golpe en la cabeza la transportó a un sitio oscuro y frío.

CAPITULO XLI

FELICIA

1816

La historia no tiene el poder de profetizar sobre el futuro, pero sí explica el presente.

Cuando Felicia intentaba recordar los hechos que la habían llevado a ese lugar y el momento actual, era imposible no pensar también en las decisiones tomadas y que podrían haber sido otras. Sin embargo, ahora, viendo las consecuencias, lo único que la había conducido siempre había sido el amor. A veces se preguntaba, cómo hubiera sido su vida, si el bando elegido para tomar parte, hubiese sido otro.

Y es que en la historia siempre ocurre lo mismo. Las partes toman partido en función de su ideología, su trayectoria personal, su lealtad hacia una creencia, ya sea política, religiosa o moral. Quizás en base a todo eso, Simón había elegido aliarse a Liniers y con ello había cambiado toda la historia de la familia. Quizás con los años se arrepintió y basado en esa sensación de culpa, y su permanente deseo de sostener la libertad había tomado otras decisiones determinantes para reparar lo que consideraba un terrible error.

Ah, pero si ya lo dijo Thomas Jefferson, principal autor de la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos “la enfermedad de la libertad es contagiosa”. Y ambos se habían visto contagiados con esa necesidad imperiosa de ser libres a cualquier costo por eso jamás habían regresado al centro de Córdoba y ella había perdido por completo, contacto con su familia de origen y sus amigos, Zoilo y Rosario. Todo había sido en pos de sostener y mantener el bien máspreciado: la libertad.

Y por esa misma libertad, el país se había desangrado en una guerra interminable contra los españoles. Una guerra de tantos años, y tantos muertos. Ahora, mirando hacia atrás pensaba que nada pudo o debió ser distinto, pero cuánto dolía recordarlo.

Ella había apoyado sin dudarle cada idea, cada lucha de su esposo en pos de la libertad, desde aquellas primeras conversaciones de adolescentes, replanteándose el mundo y el propio libre albedrío, hasta los momentos

decisivos donde huir, fue la única alternativa para mantenerlo.

—Acompañaré a los hombres para el Ejército de San Martín que se prepara en Mendoza —le había dicho Simón, una noche, luego de hacer el amor.

Aún después de todos esos años, para ellos, estar juntos piel con piel, era el único paliativo a lo que deparara la jornada y el mejor modo de dormir, sobre todo en esas noches invernales, donde los vientos helados blanqueaban los ranchos y la piel, y era difícil estar lejos de un fogón.

—Otra vez esta conversación, Simón. Es como si me dijeras que volvemos a Córdoba. Tu vida en riesgo y nosotras separadas de ti.

—No habrá vida tampoco si no participo. ¿O esperas que nos pasemos el resto de nuestras vidas acarreado sal, en estos toldos y ranchos, entre los indios? Ya no nos queda mucho por hacer acá, y casi no queda gente. La guerra también ha llegado para nosotros y se está llevando, lentamente a todos los hombres en edad de luchar. Yo no puedo hacer otra cosa más que acompañar al General a Mendoza. Dicen que es una ciudad pujante y hermosa. En poco tiempo ustedes vendrán conmigo y nos quedaremos allá. Mientras tanto ofreceré mis fuerzas para trabajar como curtidor y zapatero para el ejército.

—Pero Simón, por Dios, hemos logrado algo de paz después de tanto sufrimiento. ¿O no recuerdas lo que fueron esos primeros tiempos? —le decía ahora incorporada entre las frazadas hechas de piel de guanaco y mirándolo fijamente con los labios morados de frío y un temblor permanente en las manos.

El hombre permaneció recostado, viéndola con esos ojos tan claros, ahora risueños, como siempre la miraba cuando la notaba enojada.

—Te burlas de mí.

—No me burlo. Pero es muy gracioso cuando te enojas y sacudes tus pechos delante de mi cara. Y no me puedo concentrar —agregó tomándola desprevenida y cargándola nuevamente sobre su pecho. La besó hasta dejarla sin aliento y ella no pudo resistirse. Comenzó a moverse sobre él y su cuerpo se arqueó en una oleada de intenso placer. Al fin le dijo:

—No me distraerás con sexo.

—Ya lo hice. Ahora déjame dormir —finalizó apretándola entre sus brazos. Y al instante estaba roncando.

Pero Felicia no pudo conciliar el sueño tan fácilmente. Si estaba en sus manos impediría que otra vez, Simón eligiera un bando donde luchar, donde demostrar hombría. Pero sabía que esta locura en la que los hombres de su

tierra estaban matándose unos a otros, no era sólo un camino para demostrar valor. Desgraciadamente, también veía con claridad que su tierra estaba en riesgo, que la vida de todos estaba en riesgo si volvían a permitir que los realistas ocuparan el territorio y lo más terrible, que la Campaña al Norte no había dado resultado. Se movió inquieta entre los brazos de su hombre porque de pronto, tenía muchas ganas de llorar.

Recordó que el día que llegaron a esa tierra, ese mar de sal y arena donde en principio habían sido atacados por sus pobladores, pensó que era el último día que ambos vivirían y que quizás Ángela quedara huérfana. Pero la vida le había probado que no todo lo que vaticinamos en estado de miedo o de terror, ocurre. Y que ninguna decisión debe tomarse en estado de enojo o de temor.

Los días subsiguientes al ataque de los indios, Felicia y Simón, malheridos por las flechas, también conocieron la otra cara de esa población. Los curaron, alimentaron, cuidaron de Ángela y todo, sin preguntarles siquiera, por qué estaban allí ni de dónde venían. Al final, les habían hecho un lugar. Incluso, llegaron a preguntarles si querían ir a algún sitio, volver a su terruño para brindarles ayuda. Pero no habían aceptado. Ese sitio era, como cualquier otro, una buena oportunidad para refugiarse y esconderse. Con el paso del tiempo habían aprendido el idioma, las costumbres y a ganarse el afecto de todos. Y lo más importante: estaban juntos, eran libres, tenían trabajo y eran felices.

Cuando la vieja Coscaín descubrió el balangandan de Felicia, supo que era un amuleto y luego al comprender su capacidad y conocimientos para ayudar a los demás ante heridas o malestares, supuso que ella era una hechicera y todos en el lugar la empezaron a tratar como tal.

Felicia conocía de talismanes y poderosos conjuros africanos, como también algunos ritos extraños y mezclados de diferentes tribus, aprendidos en su época del rancherío y luego por los relatos de su amiga Rosario. Por su parte, la mujer sabía sobre hierbas medicinales y el empleo de la energía de las piedras y los minerales y le fue enseñando algunos usos, que Felicia amplió con sus propias investigaciones y aplicaciones cotidianas en las enfermedades y dolencias de la tribu. De la mezcla de toda esa sabiduría ancestral había surgido ese maravilloso don de que la gente, confiara en ella para curarse. Verdad o magia, o bendición de Dios, los resultados eran

asombrosos.

En cuanto a Simón como experto curtidor de cueros, sus aptitudes comenzaron a ser imprescindibles.

El conocimiento de ambos del idioma español, pronto los hizo acreedores del rol de negociar la sal con la gente del este, que venía con sus enormes carros a buscar provisiones para los Saladeros del sur. Con el tiempo intercambiaron por cueros y animales para el consumo y vestimenta. Y cuando comenzó la guerra independentista, pensaron que estaban en un sitio donde esos problemas no los tocarían. Pero no era así. Todo el país estaba inmerso y desangrándose en esta locura.

—Oh, Simón —murmuró por lo bajo acariciándole el cabello oscuro y largo y cubriendo su espalda con la gruesa manta, ya que la helada a esa hora de la madrugada, se sentía hasta en los huesos—. Otra guerra no... no podré soportarla —agregó recostándose otra vez a su lado para intentar conciliar el sueño, que ya había comprendido, no llegaría esta noche.

Lloró hasta el amanecer y cuando se despertó los últimos hombres jóvenes del poblado, junto a Simón, estaban listos para partir.

CAPITULO XLII

SIMÓN

1816

Había sentido a Felicia a su lado, dar vueltas toda la noche sin poder dormir. Él tampoco había dormido mucho, porque le pesaba el secreto. No había querido arruinar la última noche que estaría a su lado antes de emprender la marcha hacia Mendoza. Necesitaban talabarteros, costureros, herreros, todo artesano que se pudiera sumar a las huestes de San Martín. Y él no podía escapar de ese destino. Sabía que su cuerpo no era el óptimo para una lucha como lo había sido otrora, pero podía ayudar y contribuir a la libertad de su patria, de otra manera, con lo que mejor sabía hacer: trabajar el cuero. Por otra parte, la posibilidad de darles a Felicia y a Ángela una vida digna en una ciudad próspera como se decía era Mendoza, también era un atractivo ineludible. Entonces, cuando uno a uno, los hombres del poblado, algunos aborígenes, unos pocos blancos y otros negros, se fueron yendo para conformar las tropas libertadoras, recordó la Sankofa, y no lo dudó. Se acomodó sus plumas, dispuesto a construir el futuro para su familia.

El plan continental independentista que habitaba en la mente de San Martín exigía preparar un ejército para sorprender al enemigo, cruzando la cordillera de los Andes, y una vez liberado Chile, reforzar las tropas con la incorporación del país trasandino. Se comentaba que el número de soldados negros en el ejército de San Martín era numeroso y que se agrupaban formando diferentes regimientos de Infantería de los Andes. Según las leyes del país en ese momento, la totalidad de los oficiales y suboficiales debían ser blancos, aunque San Martín pretendía cambiar las normas para que al menos los soldados negros alcanzaran los grados de cabos y sargentos, sobre todo si tenían experiencia como en el caso de Simón.

Durante varios días, junto a un par de soldados, Simón y los demás hombres habían preparado los carros con los elementos y esa mañana helada del mes de julio, se reunieron para acordar los últimos detalles del largo viaje que les esperaba. Desde el lugar vio a Felicia, saliendo del rancho, de la mano de Ángela, una joven ya crecida, tan bella como su madre. Se acercó a ellas dispuesto a recibir una serie de reproches y quejas y por eso sólo atinó a mirarlas con amor.

—Debo hacer esto, mis mujercitas ¿Entienden eso? —dijo de pronto tomándolas de las manos.

—Lo sé, mi amor... lo sé —respondió Felicia para su sorpresa acariciando su mejilla, y Ángela lo abrazó. Por un momento, pensó que él también se desmoronaría, pero contuvo el llanto y volvió a sonreír.

—Me acaban de decir que es posible que me otorguen un cargo como sargento, dado mi rango y mi participación como héroe de las Invasiones Inglesas.

—Si te es difícil caminar, con esa pierna dañada, Simón. ¿Cómo esperan que cruces la Cordillera? —le contestó Felicia con un suspiro de resignación y una sonrisa precaria.

—Oh papá... Te vamos a extrañar —exclamó Ángela.

—Escucha mi muñequita de ébano: voy a luchar por la patria, como debe ser. Si queremos preservar esta libertad que hemos logrado, no podemos hacernos los indiferentes, los ciegos, los doloridos, los sordos, al llamado de la Patria y el General es un ejemplo de eso.

—Sí, papi, pero tu pierna... mami tiene razón.

—Oh, hija... Mi pierna es lo de menos. ¿O crees que el general no tiene sus propios padecimientos, sus propios dolores? ¿Sabes? Dicen que sufre de asma y de dolores articulares constantes, de gota y de gastritis. ¿Te imaginas? ¿Qué es esta pierna dura, al lado de todo eso? —preguntó con una sonrisa, pero no tuvo eco y prosiguió—. Debo ir, y si debo seguirlo con muletas, así lo haré. Y eso no se puede discutir, mi preciosa —continuó el hombre aunque el mensaje en realidad era más para Felicia que para la niña— sin embargo, ustedes siguen siendo mi brújula como dice siempre tu madre. Mi hogar, mi familia, mi amor. Y volveré por ustedes ni bien San Martín no me necesite.

—¿Y para qué te necesita, papá?

—Dicen que el General está armando el mayor ejército que te puedas imaginar, pequeña, para liberar nuestra tierra de los invasores. Y para ello nos necesita a todos, sin importar el color de piel, las historias personales, las razas. Un ejército conformado no sólo de soldados, por cierto, sino de hombres comunes: herreros, talabarqueros, cocineros, tejedores, curtidores. Todos hacemos falta con algo. Y allá vamos, a Mendoza, a ayudar al general.

—¿Y nosotras no podemos ir? Podríamos cocinar, coser. Mami puede curar... ¿O no necesita de mujeres también?

—Claro que sí. De hecho un grupo de mujeres mendocinas está trabajando intensamente para lo que le hace falta: dinero, joyas, ropa, costuras. Ustedes

también podrían ayudar, pero eso será en el próximo viaje. Ahora no podrán venir, ya que esta excursión en la que voy sólo lleva a los hombres. Veré cómo es todo allá y luego les escribiré y pronto estaremos organizando el viaje de ustedes —prosiguió ante el total silencio de Felicia. La niña asintió y abrazó otra vez a su papá.

—¿Volverás pronto por nosotras?

—Volveré, mi muñeca o mandaré por ustedes. Te lo prometo —había dicho el hombre con total seguridad. Luego se puso de pie y volvió a mirar a Felicia.

—Sabes lo que pienso, sabes lo que siento... —dijo la mujer con enojo.

—Debo hacerlo, Felicia. Me debo a mi patria. Ya actué como un cobarde cuando huimos de Córdoba y aún pagamos las consecuencias por ello. Jamás podremos regresar a Córdoba, a una vida digna, a reencontrarnos con nuestros seres queridos y amigos, si no lo hago como un héroe. Debemos pensar en Ángela, en su futuro. No puede ser la hija de un cobarde que se salvó de ser fusilado porque huyó. Ella merece una vida mejor, la vida que le puedo dar, si hago lo que tengo que hacer.

—Esta es una vida digna. Y no te quiero héroe. Te quiero padre y esposo. Te quiero a nuestro lado. Pero siempre estás buscando alguna guerra para luchar.

—Nunca las busqué, mujer. Ellas me buscaron a mí —había dicho con una sonora carcajada abrazándola.

—Pero ahora puedes decir que no. Tienes una pierna casi paralizada. Heridas de flecha, quemaduras. Las manos curtidas a sal. ¿Qué más, Simón? ¿Qué más? Ya eres un héroe. Participaste de la Reconquista de Buenos Aires. Defendiste los ideales de tu general Liniers, aunque fueran equivocados, hasta las últimas consecuencias. Nos buscaste y nos hallaste. ¿Qué mayor heroísmo que el que ya has demostrado?

—No entiendes... El país está en guerra y esta es mi oportunidad de reivindicar ese error que cometí en el pasado, aliado a las fuerzas equivocadas. Y podemos hacer la diferencia. Pero no pelearé, si es lo que temes. Sólo llevaremos los cargamentos de sal, mulas y cueros, ayudaré con las cargas, con la fabricación de botas y monturas para los caballos.

—¡Pero te unes a un ejército! No me mientas como haces siempre para dejarme tranquila.

—No te miento. La verdad es esta: me uniré al Regimiento N° 7 de Infantería bajo el mando del teniente coronel Pedro Conde. Es un grupo

conformado por negros y pardos en su mayoría, esclavos y libertos, unos 600 para que te des una idea. Y nos uniremos al Batallón N° 8 de Infantería al mando del teniente coronel Ambrosio Crámer. Eso es lo que nos han contado hasta el momento. Supongo que en Cuyo, ya hay un grupo mucho más grande reclutado o por llegar de todas las provincias.

—¿Voluntarios? ¿O por la fuerza, Simón? Si hay esclavos no es por voluntad propia. Han sido vendidos al ejército.

—Mujer... acá no se trata de voluntades. Al fin y al cabo, seguramente tendrán promesa de libertad. Como ocurrió para las Invasiones. Además de que el teniente Conde actuó en la defensa de Buenos Aires y por su participación en aquellas jornadas de la Invasión Inglesa, fue ascendido a teniente del cuerpo de Patricios. Como ves, otro héroe de las Invasiones como yo.

—Y no quieres ser menos...

—No. No es eso. Por favor, Felicia, no me lo hagas tan difícil —dijo el hombre apremiado porque los demás ya estaban listos, con los cargamentos en los carros y desde el camino lo llamaban. Los esperaba un viaje largo, hacia la capital cordobesa donde se hallaba el General diseñando los planes a seguir y desde allí hacia Mendoza. La abrazó por última vez mientras la joven lloraba. Ángela había vuelto al lado de ellos y los abrazó también llorando.

—Volveré mis amores. Volveré —fue lo último que les dijo mientras cargaba unas pocas ropas, su petaca y su arma.

Desde el carro levantó la mano y se perdió en la llanura blanquecina junto al numeroso grupo de hombres que se marchaban entre la sal y el barro, a sumarse a los ejércitos para defender la Patria.

CAPÍTULO XLIII

ÁNGELA

1822

En su imaginación se encontraba en los brazos de su padre como tantas veces antes de dormirse. Simón le contaba siempre diferentes historias de su tierra natal: leyendas, relatos africanos, canciones de cuna y algunas historias de su época de esclavo, que se conversaban en los fogones en las largas noches de invierno. Entre esas historias también estaban aquellas travesuras compartidas por él y Felicia y siempre terminaba riendo a las carcajadas cuando Simón le decía que su mamá creía, cuando era niña, que los bebés nacían por el pupo.

Simón y Ángela tenían una relación tan estrecha que no había entre ellos, ni secretos ni tabúes. Además, la crianza en el medio de ese páramo blanco, donde la caza y la cría de animales era esencial, hacía que los grandes misterios de la vida parecieran naturales y sencillos, entre ellos el del nacimiento o el despertar de la sexualidad.

Algunas noches, las historias de su padre, se intercalaban con otras que le narraba Felicia. Pero cuando la narradora era su mamá, por lo general, la cuestión era más dramática. Felicia hablaba de los dolores de parto, de las huidas y escapes de las mujeres, de la discriminación de género y por color o por la raza, los abusos a los que debíamos estar atentas y prevenidas y los ejemplos eran ella y su amiga Rosario que en diferentes oportunidades habían estado expuestas a los peores peligros. Ángela la escuchaba con atención, porque esos relatos también eran necesarios, aunque le gustaban menos que los de su padre Simón, que siempre le daba un tono más jocoso.

El relato que pedía una y mil veces que le contara, era el escape de Rosario, a través de las letrinas del convento, porque le parecía fascinante que para escapar había hallado la marmita con joyas de la negra Luisa, y que quizás la misma, aún siguiera allí. Se imaginaba a sí misma yendo al lugar y haciéndose de todo ese tesoro, como si fuera un cuento fantástico. Incluso una vez, se soñó en el lugar, pero le había parecido más una pesadilla que un sueño.

Por un momento, no deseó despertar de este otro maravilloso sueño en el que Simón le acariciaba la cabeza y le decía: “Volveré” porque el mismo era

tan real, tan tangible que hasta sentía su mano acariciando su mejilla.

De pronto, se sobresaltó y abrió los ojos con el sol de lleno en la cara. Por un momento, totalmente encandilada, percibió la presencia del hombre desconocido, inclinado sobre ella, tocándole el rostro y sólo atinó a tratar de defenderse con desesperación. En ese segundo fatal, se entremezclaron en sus recuerdos los terribles relatos de Felicia, llenos de acosos, violaciones y vilezas de tantos abusadores y prepotentes. Entonces reaccionó con toda la fuerza de la que era capaz y le propinó una trompada en el medio del rostro y una patada en las ingles. Oyó el aullido de dolor de su asaltante y más se enardeció arrojándose sobre él a horcajadas y dispuesta a continuar con los golpes en el pecho y en el rostro, pero el hombre se defendía deteniendo con sus brazos los infructuosos intentos de golpearlo. Ángela recordó el cuchillo que llevaba en su cintura y cuando llevó su mano al mismo, apenas si lo alcanzó a tomar, porque el hombre alcanzó a detener su brazo. La hizo girar sobre sí misma y volvió a arrojarla al piso. Pero Ángela logró soltarse y en el mismo momento en que elevaba la mano armada para asestarla en su pecho, vio su rostro y se detuvo. El muchacho aprovechó ese segundo para volver a tomarle los brazos y dejarla inmóvil en el piso.

—¡Dios! ¡Casi me matas! Eres una bestia salvaje —gritó agitado y sin soltarla.

—Ya puedes soltarme, carajo —respondió furibunda— eso te enseñará a no aparecerte así de sorpresa, con una mujer.

—¿Mujer, dices? Más te pareces a una leona. Aunque el puma que estaba atacándote te habría hecho su almuerzo si yo no llegaba —agregó ahora furioso.

—Suéltame, te dije que puedo defenderme sola, no necesitaba que me defendieras del puma —le respondió rabiosa.

Se miraron con intensidad mientras la muchacha intentaba liberarse de los brazos del joven, que haciendo caso omiso de sus forcejeos la apretaba más aún contra el piso.

—Suéltame te dije —insistió pero en respuesta el muchacho tapó su boca con sus labios en un beso furioso e invasivo.

En un principio Ángela se debatió pero luego se aflojó disfrutando del sabor salado de su boca. El joven prosiguió jugando con su lengua en su interior distraído por el dulce néctar de la joven, pero entonces sintió un terrible golpe en sus partes íntimas y se dobló en dos. La soltó y giró sobre sí mismo agarrándose la entrepierna y rodando hasta dar con una roca, donde se

detuvo.

—¡Maldita! —dijo en un murmullo doblado sobre sí mismo.

—Te dije que podía cuidarme sola —le escupió mientras se incorporaba y observaba con toda tranquilidad los magullones y rasguños que le había dejado el puma. Juntó sus cosas y recién entonces se dignó a volver a mirarlo. Para su sorpresa el muchacho estaba inmóvil, extrañamente silencioso— No te hagas el gracioso y levántate, que no fue para tanto, apenas si te rocé —dijo pero no obtuvo respuesta. Preocupada se acercó con lentitud a su lado—. Vamos... Darío... si apenas si te toqué... —insistió ante su inmovilidad. Se agachó a su lado y cuando estaba a punto de tocarlo, el hombre la tomó con fuerza entre sus brazos y la puso sobre él con una sonora carcajada.

—Eres un hijo de...

—Oh, señorita, no se meta con mi madre o terminará mal —le dijo riéndose de ella.

—Ay, Dios... qué susto que me has dado, eres un completo maldito.

—Y vos sos una completa ovejita descarriada —respondió mirándola risueño mientras ella estaba a horcajadas— dudo que después del golpe que me diste, pueda volver a actuar contigo como un hombre —agregó ahora con cierta preocupación.

—¿Te hice mal? Es que... me descontrolas con esos aires de hombre sabelotodo.

—Y tú me descontrolas con esos aires de libertina. Pero no. Me parece que estoy entero y creo que dentro de unos años, quizás podamos tener hijos —prosiguió muerto de risa viendo el rostro preocupado de Ángela—. De verdad... sólo no sé si podré caminar —agregó mientras ella lo ayudaba a incorporarse. Al fin él la abrazó.

—¿Qué haré contigo, Ángela? Nunca haces caso a nadie.

—No tengo por qué hacer caso a nadie —le retrucó en voz baja y con voz firme pero permaneciendo en el abrazo cálido y reconfortante de Darío.

—A ver... ¿Por qué no me esperaste como habíamos acordado? ¿Qué tengo que hacer para que lo entiendas?

—En mi mamá estaba pensando... —dijo enfurruñada— que amaneció otra vez dolorida y me dio apuro de buscar lo que necesitaba. Y no te hagas el santo. Me dejaste plantada otra vez.

—Oh, Ángela. Pero corriste un riesgo innecesario —insistió separándose de ella— ¡Déjame ver! —dijo ahora haciéndola girar para desatarle el vestido.

—¿Qué haces? —murmuró risueña.

—Quédate quieta.

—No me vas a desvestir acá.

—Como si no supiera lo que voy a ver. Y si quisiera aprovecharme de ti, no sería este el momento ni el lugar —le retrucó el muchacho y ella no contestó y lo dejó hacer. Ahora comenzaba a sentir un leve dolor en un costado.

El joven, unos cuantos años mayor que Ángela, desató los lazos del sencillo vestido que llevaba y miró la espalda con preocupación. Había varios rasguños profundos que requerían atención inmediata.

—Debemos volver —ordenó.

—Deja de mandonearme, primero tengo que juntar lo que vine a buscar y luego volveremos. Ni un puma ni vos, lo impedirán.

Darío asintió resignado viéndola acomodarse nuevamente el vestido rasgado, guardar su cuchillo en su cintura y salir en búsqueda de sus canastos y bolsos. Volvieron en silencio cabalgando a la par.

La llegada a su casa, fue para escuchar otra larga arenga de retos de su madre, que al verla desgredada, con el cabello enredado lleno de espinas, la ropa rota y ensangrentada, se asustó mucho. Pero los emplastos que le aplicó calmaron el dolor.

—No debería ir sola a ese lugar, Doña Felicia —insistió Darío.

—Tienes razón, tal vez un poco la culpa fue mía, que le pedía las hierbas y de alguna manera, ya estoy acostumbrada a que Ángela, siempre se maneja con tanta independencia, y está tan acostumbrada a defenderse de los animales, de nuestra época en las Salinas, que no pensé en el peligro. Por otra parte, así se lo hubiéramos advertido, no nos haría caso. Por supuesto, tienes razón, nos hemos confiado demasiado —agregó mirando con cierto reproche a su hija.

—Sólo estaba desprevenida —dijo la joven lanzando una sonora carcajada— no volverá a ocurrir. Vamos, Darío, aún tenemos que ir a ver las mulas.

—¡Oh, pero que habrías sido culo inquieto! Podemos hacerlo mañana, o puedo hacerlo yo solo —dijo el muchacho.

—Ahora... —insistió haciéndole un guiño que no viera Felicia de que quería salir de allí. Y sin darle tiempo a responder, tomó al muchacho del brazo y lo sacó de la habitación.

—Cuídense... —alcanzó a gritarles Felicia, desde la enorme galería cubierta de enredaderas, aunque sabía que era inútil ya que tenía más que

claro que su hija era indomable. Jamás había podido manejar su carácter siendo niña, y mucho menos podía ahora. Y así lo hubiera intentado, Ángela se las habría ingeniado, para escaparse o desobedecer.

—Tal parece que la única mula que hay que domar eres tú —le decía en ese momento Darío, mientras la hacía girar contra la pared del establo apretándola contra ella y le levantaba la blusa. Su mano apretó uno de sus pechos y el cuerpo de Ángela se arqueó ajustándose al cuerpo del hombre. De pronto lo empujó hacia atrás— ¡Cuidado que aún estoy dolorido por tu culpa!

—Mm... te trataré con suavidad, entonces —respondió la muchacha seductora sintiendo su erección contra sus piernas— no vaya a ser que te hayas vuelto maricón ahora —lo instó.

—Te aseguro que no —contestó él incursionando en una suave caricia por debajo su vestido. Ángela permaneció expectante mientras esa mano jugaba en su piel con oscilaciones de reloj. El tiempo pareció detenerse y un pulso continuo y caliente, amenazó con hacerla explotar. Un vértigo febril de urgencias inesperadas, se adueñó de ambos.

—No... —dijo de pronto el joven con un hondo suspiro tratando de sustraerse de la tentación de esa piel y esos labios— Así no, mi amor...

—Siempre tan vueltero, vos...

Volvió a suspirar y se alejó. Tomando su mano, la llevó hacia uno de los cubículos del fondo, Darío la recostó sobre el pasto seco, y se quedó mirándola, admirando cada retazo de su cuerpo.

—Quiero que hagamos las cosas bien. Pero te deseo con locura... Te quiero, de una manera... —le dijo sin dejar de acariciarla y mordiéndole el lóbulo de la oreja. Ángela se arqueó y ofreció su boca y lo dejó hacer, pero no respondió a la declaración.

Él la besó con suavidad y luego con intensidad hasta quitarle el aliento. Porque así es el amor, ya no se vuelve de ese estado en que el otro nos pertenece en la piel. De esa posesión inefable de saber que aún en las tinieblas, nuestras manos y nuestras bocas, reconocen las de ese ser que nos posee en todos los aspectos. De pronto él detuvo sus manos y se incorporó ayudándola a ella también a ponerse en pie.

Y es que así debe ser el amor, pensó Ángela, mientras caminaba detrás de Darío para salir del lugar. Esas aves inquietas moviendo sus alas en el estómago, ese fuego arrasando las pieles con llamaradas permanentes e irrefrenables; esa ternura de ver su cabello movido por la brisa con las ganas locas de enredar los dedos; ese temblequeo de cansancio en las piernas con un

dejo de anhelo por mantenerse para siempre, enredadas en las suyas; ese impulso de acariciar otra vez su espalda de piedra moldeada, esa sed insaciable de nadar en su boca de miel hasta ahogarse. Sí, así debe ser el amor, y es lo que explica todas las revoluciones del mundo, todos los desvaríos inexplicables, todas las promesas y mentiras, como también todas las palabras trilladas y comunes que los amantes se han dicho a lo largo de toda la historia de la humanidad. Apuró el paso y se puso a su lado.

—También te quiero —le dijo tironeando su camisa.

Darío la miró con sus enormes ojos marrones llenos de chispitas doradas y pícaras, le quitó unas hierbas del cabello y le dio la espalda otra vez apurando el paso hacia la casa.

—Tarde, muñeca, tarde... —dijo elevando la mano en un saludo, sin esperarla, mientras la joven le respondía con una sonora carcajada.

CAPÍTULO XLIV

FELICIA

Otra vez ese dolor en el estómago y en sus piernas, el terrible decaimiento general y el entumecimiento. Logró atender a una mujer que traía a su hija con culebrilla, y despidió a otra que en contraposición, le pedía algún tratamiento para abortar un embarazo no deseado. Le dio mucha rabia e inmediatamente recordó una discusión con Ángela pensando en lo que le diría si estuviera allí viendo que se negaba a darle a esa mujer, lo que le pedía.

—¡Por Dios mamá! ¿Qué mal haces? Si con un poco de culandrillo y gualeguay le resuelves el problema. Está justo a tiempo de quitarse esa semilla.

—A tiempo estuvo, cuando debió cerrar las piernas —había respondido en ese momento, pensando en ella misma y en las pasiones jóvenes que alguna vez la habían consumido y arrojado a los brazos de Simón sin sopesar las consecuencias. El cuerpo le dolió recordando sus manos, su boca. Y por un momento entendió que no siempre era posible cumplir eso, de dominar la pasión.

—¿Eso me recomendarías a mí? No te preocupes, las abro con cuidado —respondió con atrevimiento.

—Por favor, Ángela, no seas ordinaria.

—No lo soy y sólo digo la verdad, cuando dos personas están juntas es por placer, pero eso no significa que se quiera traer un hijo al mundo.

—Entonces no le abras las piernas a nadie antes de casarte, niña. Y no me discutas eso —prosiguió ante el silencio de la joven que seguramente pensó se estaba metiendo en un terreno por demás escarpado ya que se puso roja. Entonces Felicia insistió.

—Hija, no se correcto quitar una vida, en ninguna condición.

—No es una vida aún. Es un problema, mamá. Como tantos otros que ayudamos a resolver.

—Un embarazo no es un empacho, ni una ojeadura. Es una vida. Un ser indefenso que no tiene opinión.

—Un problema. Y si aún no nació, no está vivo, mami.

—¿Quieres decir, que si eso te pasara a ti, no dudarías en matar a tu hijo, Ángela?

—Si mis circunstancias fueran tan difíciles, como lo son para estas mujeres que acuden por nuestra ayuda, y no tuviera la fortaleza que tengo, no lo dudaría. Pero no es el caso, quédate tranquila. Como te dije, no me pasará.

—Con ese criterio no habrías nacido, hija —la interrumpió furiosa—. Mis circunstancias sabes muy bien fueron muy difíciles. ¿Y hubiera sido justo que te matara?

—Ni siquiera tuviste la alternativa.

—Nunca me lamenté de no tenerla —le respondió cada vez más enojada—. Y no seré yo la que propicie una muerte, ni te permita a ti, llegar a ese punto.

—Oh, madre, no te enojés. No es que desee propiciar una muerte. Sólo ayudar a una pobre chica que no tiene salida.

—Lo único que no tiene salida es la muerte —había dicho finalizando la conversación, porque a ese argumento, Ángela no tenía respuesta.

Salió al jardín. Nuevamente anochecía, y esa niña no había regresado a la casa. Debería empezar a ajustar los límites con Ángela o todo se saldría de control y estaría ella misma en circunstancias no deseadas. Por supuesto, estaba noviendo con Darío, pero no sabía si eso era en realidad para tranquilizarse o preocuparse. El muchacho era bastante mayor, y no se conformaría con un par de besos y caricias. Ella lo sabía bien, se había derretido en los brazos de Simón, y Ángela corría los mismos peligros. Debía hablar con ella y con Darío cuanto antes, para no repetir los mismos errores en un círculo interminable. Como decía Simón al dibujar el símbolo de la Sankofa. Sobar las alas para cambiar el futuro.

En el oeste, los últimos rayos del sol, dibujaban ondulantes sombras de colores diversos en un bosquecillo de ombúes. Sonrió al recordar el momento en que Ángela salió junto a su amigo Darío con esa actitud siempre rebelde e inquieta que la caracterizaba y le pareció verse a sí misma de joven, aunque Ángela multiplicaba en su sangre una pasión ilimitada.

Por supuesto era verdad cuando le decía, que sólo tenía palabras de agradecimiento a Dios por haber podido tenerla, y verla crecer, como también años después, de haber hallado ese lugar donde se establecieron y eran queridas y respetadas. Pero a ella, no la engañaban. Ángela y Darío estaban en esa etapa del reconocimiento de las pieles, de las pulsiones jóvenes desbordadas. Podía verlo en las miradas que creían, ella no captaba, en el

anhelo que irradiaban sus bocas al hablarse, en los tiempos que pasaban a solas. Podía verlo en las mejillas enrojecidas de su hija, en sus manos inquietas siempre buscando la piel del muchacho, en la mirada ansiosa de él, siguiéndola como perrito faldero o recreándola en cada movimiento. Podía percibirlo en los olores de sus pieles, en los gestos exuberantes, los movimientos sensuales acercándose uno al otro.

Claro que costaba imaginar siquiera que su niña ya fuera una mujer e hiciera cosas de mujer, pero verla ahora, con ese cuerpo, con esos actos, era como verse a sí misma en un espejo del pasado.

“Por supuesto que hace cosas de mujer, como las hiciste tú a esa misma edad, sólo que a diferencia de ti, Ángela sabrá cómo cuidarse” se dijo a sí misma y volvió a sonreír porque la había visto recoger determinadas hierbas para el ciclo menstrual y llevaba entre sus libros y anotaciones un control lunar. También le había preguntado sobre la manera de cuidarse de los hombres y se había reído mucho cuando Felicia le contó que lo más efectivo eran las bolsitas de tripa. Con todas las prevenciones que conocía y que no había dudado en brindarle a la luz de su propia experiencia, confiaba en que al menos, las consecuencias no fueran las mismas aunque las circunstancias eran bien distintas. Y que no necesitara jamás de sus conocimientos para abortar un hijo.

Lo otro que la dejaba tranquila era que Darío Rivero era un muchacho hijo de una tradicional familia de campo, de buenas costumbres y trato, una familia que además las apreciaba y avalaba la futura relación de ellos, según ya había conversado con los padres. Incluso hasta estaban pensando en un compromiso pronto, antes, justamente, de que todo se saliera de las manos. Sí, confiaba en él y en su remilgada postura ante algunos hechos.

—Son demasiado jóvenes e impetuosos —había dicho Doña Verónica Rivero, notando lo mismo que ella— debemos prevenir y planificar un pronto casamiento, Felicia.

—Esa niña será una buena madre, es sencilla, de origen humilde, como hemos sido nosotros y lo más importante, nos dará nietos enseguida —afirmó Don Adrián, que no había dejado de observar con atención, el cuerpo exuberante de Ángela, sus pechos redondos, las amplias caderas y sus movimientos salvajes y sensuales.

Felicia había estado de acuerdo pero esperaba tener una conversación con la joven, para conocer sus sentimientos y planes, a sabiendas de que era aún más rebelde que ella misma. Por otra parte, los Rivero, desconocían que

Ángela no era una humilde y sencilla hija de una curandera rural. Ángela era la heredera de una enorme Estancia cercana a la ciudad de Córdoba, y descendiente de dos mulatos. Si bien su cuna era de alcurnia, su sangre era producto de una mezcla de razas, no muy bien considerada socialmente. Y no podía empezar una nueva vida, cimentada en mentiras.

Se sentó en el banco de algarrobo, debajo de la glorieta con una cajita en la mano, y aspiró el aroma a naranjos y glicinas que flotaba en el aire. Entonces el rostro se le ensombreció. La historia al igual que la ascendencia, no se pueden cambiar, es cierto, pero recordarla y honrarla puede hacer que diseñemos un futuro diferente.

Después de once jornadas de marcha, el General José de San Martín había llegado a Córdoba, con la idea de encontrarse con el Director Supremo, Juan Martín de Pueyrredón y obtener el apoyo de la Nación para su plan libertador.

Y ese viaje lo había cambiado todo: la historia de la campaña independentista y la vida de Felicia.

La libertad y la independencia, no habían sido sólo palabras o sueños insostenibles por aspirantes a héroes. Había sido una conquista producto de una acción estratégica brillante gestada en la mente de un ser brillante, acompañado por tantos héroes anónimos con ideologías liberales y progresistas.

Porque en ese viaje de San Martín a Córdoba se definió la iniciación de la campaña a Chile y también el destino de Simón.

“Ah, los hombres y sus guerras” pensaba Felicia en esa noche primaveral, con aroma a naranjos, en la que tanto deseaba su abrazo tibio, sus besos interminables, sus bromas, sus risas, su protección.

—Volveré —le había prometido Simón. Pero no había cumplido.

Las únicas noticias que había recibido, hablaban de la heroica acción del Batallón N°7 que realizaría una de las hazañas más grandes de nuestra historia militar:

El 19 de enero de 1817, las compañías de Granaderos y Cazadores, formando parte de la vanguardia a órdenes del general Soler, iniciaron el movimiento para el cruce de los Andes tomando el camino de Los Patos. Un día después, el grueso de la unidad lo hacía a órdenes del general O’Higgings. La unidad participó, con fracciones menores de las subunidades que

componían la vanguardia, en los combates de Achupallas; Putaendo; Las Coimas y Guardia Vieja para liberar a Chile del yugo de los reyes de España. En la acción de Putaendo, *“el 7 fue atacado al amanecer por más de 300 hombres enemigos a muy poca distancia sobre 400 más con dos piezas”*.

También le contaron, que el Batallón 7 se cubrió de gloria, el 12 de febrero de 1817, en el campo de batalla de Chacabuco, con sus compañías de Granaderos y la de Cazadores en el ala derecha al mando del general Soler y con el grueso en el ala izquierda, a las órdenes de O’Higgins. Los instintos heroicos y deseos de decidir, tal vez por sí sólo la batalla, hicieron que el general O’Higgins lanzara *“a paso acelerado en columna de ataque con 900 bayonetas, de los batallones 7º y 8º mandados por Conde y Cramer contra 1.500 infantes bien posesionados y sostenidos por artillería”*. El batallón 7 marchó valerosamente sin disparar un tiro. Ante la imposibilidad de abordar la posición realista hubo de retroceder en cierto desorden para poder reagruparse y lanzarse nuevamente al ataque. Finalmente, las compañías de Cazadores y de Granaderos que se encontraban en la división del general Soler cargaron sobre el flanco izquierdo realista, descomprimiendo la situación del teniente coronel Conde quien tomaba, a la bayoneta, la posición enemiga.

Sí, es cierto, la historia no puede cambiarse, ni predice el futuro. Pero para ella, los hechos de la historia, habían cambiado su futuro y el de su hija, y si quería planificar un futuro debía hacerlo como la Sankofa: honrando y resolviendo su pasado con todo lo que ello implicase. Por ese sacrificio, hecho por un mulato desconocido y sin importancia ni rango, que había dado su impura sangre en el anonimato para la Patria, debían ahora ser fieles a la verdad.

Abrió la pequeña caja y extrajo algunos papeles y viejos recuerdos. El anillo de bodas, unas flores secas y dibujos de Ángela, los registros catastrales de la Estancia de Córdoba. Entre ellos estaba también esa carta, la última de Simón, la que había leído tantas veces como para saberla de memoria:

“Mis mujercitas:

Acá al pie de los Andes, me siento pequeño, como una hormiguita, pero también, me siento enorme pensando que lo que hacemos es por la libertad.

Esa libertad, mi amor, de la que tanto hemos hablado desde niños, ahora depende de que seamos capaces de atravesar este monstruo de piedra.

Estamos haciendo historia, mi amor y ojalá pudieras estar acá. Las damas de Cuyo, donan sus riquezas, sus joyas, bordan y cosen uniformes y llegan donaciones de todos lados: ponchos, estribos, caballos, mantas. Los soldados que han engrosado este ejército llegan de todos los puntos del país y el mismísimo San Martín, entrena a veces, las tropas. La libertad de nuestra tierra es inminente, mi amor y ya estamos listos para cruzar los Andes. ¿Te imaginas?

Mis manos no alcanzan para fabricar botas y monturas pero mi pierna parece haber mejorado. La actividad para poder cruzar los Andes es impresionante, porque todos confiamos ciegamente en los sueños del General. Estamos haciendo historia, Felicia. Y yo con él. ¡Si pudiera describirte lo que ven mis ojos, al pie de la Cordillera! Si pudiera abrazarte, antes de cruzar esa bestia colosal, que parece a punto de aplastarnos! No puedo negarte que a veces, todos tenemos un poco de miedo, pero el general nos alienta y nos dice: “Si hay victoria en vencer al enemigo, la hay mayor cuando el hombre se vence a sí mismo”

¡Ah, mi vida, mi amor, mi amita Felicia, si pudiera... abrazarte una vez más. Si pudiera besar a mi niña antes de partir! Pero lo haré a mi regreso, volveré cubierto de la gloria de esta hazaña heroica. Y construiremos una nueva vida en Mendoza.

Te amo, mi Amita. Y ustedes son mi brújula.

Simón”

La leyó otra vez como si el alma de ese hombre pudiera estar aún escondida entre esas letras. Como si su olor impregnara la tinta y su vitalidad ya no fuera invisible y pudiera palparlo aún, y hasta besarlo.

Nunca supo bien cómo murió. Por lo que les contaron, al final Simón no se había conformado con estar en la trastienda de la historia, y las fuerzas antagónicas que siempre lo habían conducido, habían sido no sólo su fortuna, sino también su calamidad. Seguramente más allá de trabajar el cuero, había querido trabajar la guerra y reivindicarse de lo que había considerado en sí mismo, la peor traición. Seguramente había querido ser parte del fuego, del fragor de la lucha, oler la sangre y el barro, sumergirse en la batalla, desafiar

al coloso de piedra y nieve. Nunca supo si fue un arma de fuego o de metal, si cuerpo a cuerpo o a distancia, si lloró u oró cuando la vida, le mezquinó segundos. Tampoco supo si las recordó en su último latido, si las nombró en su último grito o si ni siquiera tuvo tiempo para ello. Sólo pudo imaginar que, seguramente sus maravillosos ojos claros, lo último que vieron fue una majestuosa, mortal y monstruosa Cordillera.

Ahora, recordando su mirada de sol que la salvaba de las tinieblas, sus manos de hierro que la rescataban del miedo, su boca de fuego que la liberaban de las heladas más duras, pensó que después de ese amor, no había regreso posible a ninguna forma de felicidad. Sólo este estado de sequía permanente, de corazón atormentado, de soledad completa.

Tal vez, el sacrificio de Simón, no había sido en vano para la Patria, pero para ella, fuera de su abrazo, el mundo ahora era ese páramo inhóspito con aroma a glicinas, en el que se moría lentamente.

CAPÍTULO XLV

DARÍO

1823

Desde aquella noche primaveral en que habían hallado a Felicia recostada en el banco del jardín, con su caja de recuerdos desparramada en el piso, y a punto de morir, la vida había dado un vuelco definitivo.

Esa tarde, luego de la incursión con el puma, al fin Ángela había querido acompañar a Darío, como muchas veces lo hacía, a controlar a los peones con las mulas de invernada. Era una maravilla ver el don que Ángela poseía con los animales, que parecían seguir su voz como por arte de magia. Y aunque en general hacían falta varios caballos y mulas de arreo para trasladarlas desde la zona de pastoreo a los lugares de encierro, parecía que la sola voz de la joven amansaba la recua que podían ser guiadas así, más fácilmente.

Antes de regresar, habían jugado al amor en la galería trasera, con la velocidad inflexible de la necesidad y los recaudos del miedo. Una necesidad que se filtraba en el momento más inverosímil, tan irreverente que urgía satisfacerla de manera primordial, aunque Darío estuviera dispuesto a cuidarla, a proteger la virtud de esa niña impetuosa que tanto amaba. Se quitaron lo esencial para tocarse, para saborearse con el terror de ser vistos por alguien pero sin poder evitar aprovechar la oscuridad y el silencio. Y se arreglaron la ropa en un mismo estampido de urgencia por el miedo de ser descubiertos.

—Te deseo, a todas horas —le dijo mordisqueando el lóbulo de su oreja.

—Te deseo también, mi mulero —contestó con una carcajada, sintiéndose excitada otra vez.

—¿De qué te ríes?

—Es que me calientas, Darío. Y lo sabes. No toques mi oreja, si quieres mantenerme virgen.

—Porque tienes sangre africana —le respondió provocándola y metiendo otra vez, la mano en su blusa. Pero la muchacha se la quitó y volvió a reír.

—¿Y ahora qué te causó gracia?

—Mi madre teme que me abandones si te enteras que en mis venas corre sangre africana.

—¿De verdad? Por Dios, no lo puedo creer. Debe haber sufrido mucho ella, por ese tema. Tendrás que tranquilizarla, que incluso mis padres conocen tu ascendencia y no se les mueve un pelo por ello. Y a mí, se me mueven todos, por ese y por un montón de motivos —dijo riéndose también.

—Ni que fueras tan blanquito.

—Claro que no lo soy. Al fin y al cabo, por estas tierras todos tenemos algo de mulatos, zambos o criollos —finalizó y riéndose de sus ocurrencias, habían ingresado a la casa y buscado a Felicia.

Lo primero que les sorprendió es que las habitaciones estaban a oscuras y la mujer no parecía estar por ningún lado. Con preocupación porque eso no era habitual a esa hora del anochecer, la muchacha la había llamado y luego habían salido al jardín del frente. Los perros fueron quienes los llevaron hacia el lugar, y de no haber ocurrido esto, quizás Felicia habría muerto en el banco bajo el algarrobo, sin que nadie la descubriera hasta el otro día. Estaba inmóvil y con la piel hirviendo a pesar del fresco de la noche y Darío la había ayudado a trasladarla al interior. Pensaron que no sobreviviría pero la fortaleza de la mujer era mayor a la que cualquiera podría sospechar y después de varios días de inconsciencia, luchando con la fiebre, había reaccionado y comenzado una lenta mejoría, a la medicación que Ángela le proporcionaba: una infusión a base de chañar, cortezas, palo amarillo, aloe y sauco.

Viendo Darío, el rostro de la que ahora era su esposa, durmiendo desnuda a su lado, pensaba que si no fuera por esos hechos, si Felicia no hubiera estado tan mal y Ángela tan desesperada de tristeza y soledad para enfrentar la posible pérdida de su madre, tal vez, ahora no sería su mujer. Y no porque la joven no lo amara, él sabía muy bien los sentimientos que ella albergaba en su corazón. Pero también sabía que Ángela odiaba las ataduras, que en su alma anidaba esa maldita dama de la libertad, adueñada de cada parcela de sus sueños indomables. El matrimonio no era su brújula y si hubiera podido elegir una vida de hombre y vestirse como tal para conseguirla, si hubiese podido estudiar medicina, lo habría hecho. De no ser por su madre.

Y es que Felicia no había hecho otra cosa que pedirle, desde su lecho de enferma, que se casara con Darío. Y Ángela, dominada por ese temor ancestral que nos comprime a lo básico, creyendo que tal vez ella no sobreviviría más

que unos días, al fin, había cedido.

Ahora, viéndola dormir a su lado y recordando cómo habían ocurrido las cosas, no pudo evitar sonreír con ternura y a la vez agradecimiento porque las circunstancias, habían sido más poderosas que los miedos.

—Debes... debes estar protegida, mi niña. Entiéndelo. Y sólo Darío puede darte cuidado y amor si yo me muero —había dicho la mujer frente a los dos, tomándoles las manos— debes prometerme, debes prometerme que lo aceptarás —había dicho con fuerzas debilitadas y voz entrecortada.

—Sí, madre, pero...

—Sin peros, hija... eres mujer. En este mundo que vivimos, debes casarte o ir a un convento. No hay otras opciones.

—Ya el mundo no es así —había intentado contradecirla pero Darío la había mirado furibundo, porque no era el momento de sus acostumbradas rebeldías y discusiones sobre el derecho de la mujer.

Al notar la expresión del muchacho, Ángela volvió a mirar a su madre y se arrojó a su pecho llorando.

—Ay, mami, no digas esas cosas, tú me cuidarás... tú estarás a mi lado siempre.

—Sabes... sabes que no es así. Por favor mi niña... hazme caso. Se aman, eso puedo verlo en cómo se miran. Se aman como Simón y yo nos hemos amado y casarme con él, fue la mejor decisión de mi vida —confesó Felicia, sabiendo en su corazón que así era más allá de todo lo que habían vivido después—. Lo repetiría una y mil veces.

—Lo sé —había dicho la joven.

—Doña Felicia, sé que usted se va a mejorar, pero también quiero que sepa que siempre voy a estar al lado de Ángela, con o sin casamiento, porque la amo más que a mi vida —intervino el muchacho— pero si es por lo que yo deseo... —continuó arrodillándose a los pies de ambas ante la mirada ahora risueña de la joven— Ángela ¿me harías el honor de ser mi esposa?

—Oh, pero... ¿no podrías ser menos oportuno, Darío? —dijo Ángela con su habitual carcajada cantarina, burlándose de él con un puntapié suave en la rodilla— Jamás me habías dicho nada como esto... y justo ahora...

Entonces, Darío, las había sorprendido a ambas extrayendo un anillo del bolsillo. Felicia sonrió porque ese Darío era igual que su Simón. Intenso, precipitado y decidido hasta el fin, y si alguien podía domar a Ángela, era ese hombre con su paciencia y amor incondicional.

Ángela se había quedado muda y ahora una fina raya de preocupación

arrugaba su frente. Pero Darío no se dio por vencido ante ese rostro de pocos amigos de su novia.

—Vamos, Ángela, me están doliendo las rodillas, tu madre no puede cerrar la boca del asombro y a vos te queda espantosa esa cara de bruja enojada. Acepta y listo —le había dicho riéndose de ella.

—Pero si esto es lo menos romántico que he visto en mi vida —había dicho la muchacha distendiendo el rostro y mirándolos a ambos. Al ver la cara de Felicia, plena de felicidad, como no la había visto en todos esos días, Ángela se rindió y sonrió.

—Levántate de ahí, presumido —dijo extendiendo la mano para que le pusiera el anillo— y ven acá a besarme al menos —agregó extendiendo los brazos y besándolo con pasión delante de su madre. Luego de un largo beso se habían separado y Ángela había dicho—. Y tú más vale que te levantes de esa cama, porque tienes que ayudarme con el vestido y todas esas cosas que hacen las mujeres para casarse y que yo no sé, ni me interesan.

Tal vez, porque las palabras de Ángela siempre eran mágicas con la gente, Felicia recuperó el ánimo y el color de la cara y no sólo pudo levantarse para ayudarla a preparar la boda, sino que estuvo con ellos en todo momento, en todo lo que necesitaron para que el casamiento de Ángela con Darío fuera el más hermoso que se había visto en la región.

Fue en pleno verano, a la orilla del arroyo, como quiso Ángela.

—Nada de iglesias, ni capillas —había dicho.

Y nadie la contradijo. Hasta el cura del pueblo estuvo dispuesto a venir y casarlos al aire libre, ya que les debía demasiadas curaciones a Felicia y a Ángela, por su continuas inflamaciones producto de la enfermedad de la gota.

Los asistentes a la boda, vinieron desde tierras lejanas y los inundaron de regalos: animales, huevos, vegetales de huerta y todo lo que les hiciera falta para la casa, incluyendo ropa de cama y vestidos hermosos para la joven. Era increíble lo que habían conseguido en todos esos años ayudando a la gente con sus dones, sin contar que los Rivero, tenían innumerables hacendados de los campos y de las serranías con los que comerciaban las mulas hacia el norte, y hacia el sur.

Ahora, viéndola con la larga, negra y ondulada cabellera sobre la almohada, respirando con suavidad, dio gracias a Dios a todos los hechos, que la habían arrojado a sus brazos porque ella era toda su felicidad.

Mientras la respiración de la muchacha se acompasaba, estiró un brazo y lo apoyó en su pecho. Darío se quedó quieto para no despertarla, aspirando su

perfume y disfrutando del solo hecho de mirarla y recordar aquella noche, la primera vez que se pudieron permitir amarse en toda su dimensión.

Después de la fiesta interminable se habían retirado a la pequeña vivienda en la parte trasera de la casa de sus padres, en la que pasarían la noche de bodas. Estaban lejos de todo y por primera vez, sin tener que ocultarse de nadie. Se habían mirado a los ojos y como si estrenaran sus pieles se acariciaron con lentitud sobre la ropa. Luego, casi con reverencia, Darío había desprendido uno a uno los botones de carey del vestido, besando su piel, como si viajara por un territorio desconocido. Increíblemente Ángela, siempre atrevida e impetuosa, se quedó quieta y lo dejó hacer hasta que estuvo completamente desnuda frente a él. Y luego, con la misma lentitud comenzó a desvestirlo. El muchacho también la dejó hacer, a sabiendas de que ella necesitaba ese tiempo de tocarlo, de desearlo, de mirarlo.

—Te amo, mi muñeca de ébano —le había dicho de pronto, por primera vez, y reproduciendo el sobrenombre que le daba siempre su padre. La joven lo había mirado, entre sorprendida y risueña.

—Nunca me habías dicho eso.

—¿Qué te amo?—preguntó soltando la cascada de su pelo en la espalda y pasando sus dedos por los pezones erguidos y siguiendo un recorrido tratando de descubrir nuevas sensaciones. Ella se arqueó, acercándose a él. El muchacho detuvo sus caricias y volvió a preguntar— ¿O muñeca de ébano?

—No te detengas —murmuró la joven bajando su mano desde el pecho hacia su creciente erección y sintiendo que su rostro hervía por la mezcla de la pasión y la vergüenza. Pero la primera pudo más y lo acarició sin pudor. Y entonces la furia de la tormenta desatada de ambos, invadió todas sus costas, agitó todas las aguas de su sed, como un mar, mil veces navegado, pero ahora descubriendo una nueva vastedad de locura. Y él se sumergió primero con delicadeza, ajustándose a sus sonidos, a sus quejidos, midiendo el dolor y el placer, moviéndose cada vez con más pericia. Al fin, Ángela se ajustó a su ritmo se sacudió sobre él. No supo en qué momento, toda la noche les perteneció, el aire, el universo entero se sometió a ese frenesí de zambullirse una y otra vez en el apetito de saciarse las mieles de la piel. Gritaron al unísono y cayeron, una y mil veces en los mares de un deseo tan voraz como incapaz de satisfacerse.

Y a esa noche, le habían seguido otras muchas descubriéndose, amándose como jamás habían pensado era posible. Ahora, sintiéndola respirar a su lado, pensó que no podían ser más felices.

Después de la enfermedad de Felicia, Ángela había tomado su lugar como curandera del lugar, y la habían obligado a descansar y dedicarse solamente a su jardín y al cultivo de sus plantas y hierbas, las que proveía a su hija. Siempre le decía que había resultado ser mucho más eficiente y sabia aún que su madre, ya que el conocimiento que Ángela tenía de las medicinas y de algunos trucos para curar de palabra, eran infalibles. Ángela llevaba un registro exhaustivo de todas sus investigaciones con hierbas y diferentes curaciones. Había comenzado a anotarlas, incluso en enormes cuadernos convertidos en herbarios, pero en los que no sólo había muestras de hierbas, semillas y raíces con sus descripciones y nombres populares, sino también sus potencialidades curativas. A ello le había agregado algunos trucos y procedimientos de curación de palabra, oraciones mágicas y frases que empleaba para diferentes afecciones.

—¿Por qué haces eso? —le había preguntado intrigado Darío.

—Para que esta sabiduría ancestral no muera conmigo o con mi madre. No puedo ser una médica de verdad, por ahora, pero puedo hacer de esto que sé, una ciencia médica —le había respondido con total seguridad concentrada en su tarea.

En poco tiempo, las largas filas de algunos días, esperando sus oraciones, su consuelo y su medicina, habían empezado a ser difíciles de atender, y poco tiempo le quedaba para acompañarlo en las actividades con el comercio de mulas, al que se había dedicado ya de lleno, Darío, sobre todo después de la muerte sorpresiva de su padre, Don Adrián.

Felicia y Verónica les insistían en que era hora de que les dieran unos nietos para cuidar, pero Ángela no parecía muy dispuesta y se escudaba en que eran muy jóvenes y que por el momento estaban practicando nuevas posiciones sexuales, haciéndolas ruborizar a las dos y que no quisieran volver a meterse con la intimidad de ellos.

En realidad, no podían ser más felices, aunque unos hijos, quizás, la obligarían a tomarse más tiempo para la familia, y no tanto para los demás, recordó ahora que le decía siempre Darío, aunque era obvio que no estaba en los planes de la joven.

La sintió respirar, adormilada y su cuerpo tuvo ansias de esa piel, entonces se acercó lentamente y apoyó su cuerpo en ella. La joven gimió y se acercó más a él, mientras proseguía con sus caricias cada vez más intensas, pasando de los brazos a sus pechos que circundó con suavidad entre las yemas de sus dedos hasta que los pezones se erizaron. La apretó aun más a su sexo, pero

Ángela no pudo esperar más, giró y se amoldó a él. Con los ojos cerrados, lo acarició y lo besó con intensidad en el cuello succionando su piel y jugando con su lengua.

—Muérdeme —lo instó. Y él apretó su boca contra sus pechos y mordisqueó lentamente con increíble suavidad. Luego, el hombre, con sus dedos comprobó la humedad que anunciaba que ella, estaba tan ansiosa como él y se subió sobre ella. Sin que la muchacha abriera los ojos, ahora succionó sus pechos de manera intensa. Ángela se arqueó aún más y entonces la invadió con embestidas suaves, en principio e intensas después, hasta saciar la sed de ambos.

Cayó sobre ella aspirando su olor suave y dulce y cerró los ojos.

—¿Usaste protección? —murmuró la joven con aliento entrecortado y el corazón aún desbocado.

—Sí —dijo él y se fingió dormido, pensando en que Dios, perdonaría esa pequeña mentira, pero quizás Ángela no.

Por un momento, tuvo miedo de que se enojara por el inocente engaño, pero luego, la imaginó con un hijo en sus brazos, succionando sus pechos y luego jugado con él en los prados y el corazón se le licuó.

Acababa de regalarle a Ángela y regalarse a sí mismo, una garantía de futuro y ella entendería que a veces ciertas trampas las urde el destino en un círculo interminable y necesario. Un círculo de vida, que aseguraría la sucesión de ambos, la mezcla de sus sangres, la felicidad absoluta, en el cuerpo de un hijo. Si era un engaño, que Dios lo perdonara. Pero él se encargaría de que en sus vidas, sólo reinara la felicidad.

CAPÍTULO XLVI

FELICIA

1824

—No lo dejaré ir solo esta vez —le decía Ángela a Felicia, con enojo evidente— Estoy cansada de que tenga siempre esos viajes comerciales y yo me quede acá encerrada. Al fin y al cabo ya esta vida de paisanita y ama de casa me está aburriendo demasiado.

—Por favor, Ángela, no exageres. Ese hombre del que estás hablando, respira por tu boca, camina por tus pies, y no se mueve de tu lado más que lo imprescindible.

—Es terco como una mula. Me recuerda a mi padre.

—Pero si anda siempre mirándote con ojitos de carnero degollado.

—En eso entonces, también se parece a mi padre, que te miraba a vos de esa manera.

—Ay, Ángela, cálmate un poco ya. Para con esto. Además tienes un hijo, no entiendo cómo puedes aburrirte —respondió la mujer risueña, pensando que ese hermoso niño que ahora tenía en brazos y que alimentaba, debería ser suficiente para calmar ese ánimo rebelde e inquieto de su hija— Simón es un sabandija, inquieto y travieso como lo fue su abuelo, además de tener sus mismos ojos y su nombre.

—Lo sé, lo sé, mamá. No te preocupes. El pequeño Simón es más que suficiente para tenerme al trote todo el día —prosiguió mientras intentaba planchar una enorme pila de ropas aprovechando que su madre la reemplazaba dándole de comer al niño—. En realidad es una forma de decir, no me arrepiento de haber dedicado este año completo a su crianza, es una bendición en mi vida, jamás pensé que un hijo nos hiciera ver el mundo de manera tan diferente. Pero me está haciendo falta al menos, salir un poco de este mundo rural y un paseo por Córdoba, nos vendrá a todos muy bien. Nos sacará de la rutina, será un tiempo para compartir también con Darío que anda siempre tan ocupado. Apenas si nos vemos, últimamente.

—¿Te hace falta un poco de locura? ¿O sexo? —preguntó la mujer con una carcajada, conociendo bien a su hija. Ángela revoleó los ojos con enojo.

—Ya casi no recuerdo cómo se hacía, mamá. Entonces quizás me hacen falta ambas cosas.

—Ya pasará. Es sólo una etapa. Siempre te digo que me lo dejes una noche de estas.

—Sí, ahora que está más independiente y que te sientes mejor, lo haré.

Y es que Felicia, luego de su terrible enfermedad y el posterior casamiento de Ángela, con los cuidados y mimos de todos, había superado ese trance de manera increíble, aunque el doctor había asegurado que su corazón estaba muy débil, y que debía evitarse disgustos o esfuerzos innecesarios. Sin embargo, a pesar de los augurios de mal agüero del médico, Felicia lo tomaba a risa y siempre decía: “Que no lo escuche Simón, porque le respondería que mi corazón no es débil, sólo caprichoso”

Y en realidad, había superado todos los pronósticos, con alimentación sana, caminatas serranas, y las hierbas que ella misma se preparaba, por lo que se la veía ahora, más lozana y radiante que nunca; incluso ante la presencia de ese pequeño heredero imprevisto, pareciera que había recuperado su juventud y alegría natural, retomando también sus actividades como curandera y sanadora local.

—No hemos vuelto jamás a Córdoba, mami. Tengo como una mezcla de curiosidad y ansiedad —aseguró, sin aclarar que también un poco de miedo.

—Supongo que no tuviste más esas pesadillas, noto algo en tu mirada... —aseguró Felicia.

—Hace algunas noches, sí, volví a tenerlas ¿Cómo lo sabes?

—Darío me dijo que te despertaste a los gritos, llorando, y le pedías a un hombre que te dejara en paz. Tu esposo me preguntó si habías vivido alguna experiencia traumática que apareciera ahora en tu sueño, ya que le costó traerte a la realidad.

—Sí, es así... fue muy vívido. Y... ¿le contaste?

—¿Qué tienes esa pesadilla desde pequeña? No. No quise preocuparlo. Recuerdo que apenas si hablabas y con tus expresiones infantiles me explicabas ese mismo sueño una y otra vez. Pero nunca pasó nada, ni pasará hija.

—¿Cómo lo sabes? Que no haya pasado nada parecido a mi sueño, no significa que no esté en mi futuro. Y en este último que tuve, aparecía además una mujer de ojos muy claros, que me recordó tanto a Rosario, o a Ana. Esos ojos... únicos.

—Deja ya de preocuparte, pequeña. A veces nuestras pesadillas son extrañas y obedecen a motivos desconocidos, entre ellos los recuerdos. Ana y Rosario fueron muy importantes en nuestras vidas y tal vez, así las recuerdas

porque hemos conversado de esa vez en la que un hombre atacó a Rosario, y rememoras ese hecho aunque eras muy pequeña. Fue una cosa terrible y yo te lo relaté. No sé, es casi seguro que es así. Pero de ahí a que las pesadillas se cumplan...

—Tienes razón, mami, no vale la pena pensar en ello.

—Mira, voy a darte algo que te hará sentir mejor —dijo Felicia de pronto desprendiéndose la manga del vestido y dejando asomar la pulsera. Abrió el broche y se la entregó.

—No, mami... tu balangandán —exclamó Ángela sabiendo cuánto amaba su madre esa joya que había llevado toda su vida.

—Es hora de que la lleves tú. Tiene la medalla de San Benito, protector de la familia y el hogar. ¡Vamos, póntela!

—Pero...

—No discutas. ¿A ver? ¡Te queda preciosa! Y yo estaré más tranquila de que San Benito te cuida mientras estés lejos. Después del viaje a las Salinas, cuando eras una niña, jamás volvimos a separarnos. Será difícil este verano sabiendo que estás en la gran ciudad y yo acá.

—¿Te gustaría venir con nosotros?

—No, mi amor. Es hora de que vivas tu vida, salgas, disfrutes. Además, no olvido lo que es la capital, cariño, con su tránsito, sus vendedores ambulantes, la gente que inunda sus calles —interrumpió sus preocupaciones Felicia—. No, no lo olvido. Y no me apetece volver —agregó con un dejo de tristeza, y un tono de voz melancólico que Ángela no dejó de percibir.

—Pero te pusiste triste...

—No es tristeza. Pero no dejo de pensar en qué época diferente de nuestra historia vivirá nuestro pequeño Simón y que podrás volver a la ciudad, por suerte, en una etapa donde rigen los derechos en igualdad de condiciones en la sociedad, el derecho a la vida, a la honra, a la libertad, a la propiedad y la seguridad de todo hombre, según dictamina el Reglamento Provisorio.

—Parece que el Reglamento que dictó la Asamblea Provincial, se olvidó de nosotras, las mujeres.

—¿Qué dices, Ángela?

—Dijiste hombres...

—Oh, pero se refiere a todos. No seas tan literal. No tienes idea de lo que hemos vivido tu padre y yo con respecto a la libertad y los derechos.

—Lo sé, mami. Me lo contaste miles de veces. Pero no creas. No hay tal libertad, si las mujeres seguimos obligadas a determinadas funciones, mientras

todo lo entretenido lo hacen los hombres. Tampoco existen si seguimos siendo sometidas, abusadas, maltratadas. Lo vemos en tantas aún. Y si no podemos elegir nuestras profesiones. Yo sería médica, no curandera de pueblo.

—Eres tremenda, mi niña. Claro que no existe tal igualdad, pero es que hombres y mujeres no somos iguales —dijo Felicia ahora recuperando la sonrisa, y tomándola a broma aunque sabía que su hija tenía mucha razón—. En realidad tu padre, Simón, estaría orgulloso de verte siendo una mujer tan íntegra, tan completa y madura, criando a su nieto en un mundo más libre, en una Córdoba más avanzada en cuanto a los derechos de sus ciudadanos.

Y es que el 27 de setiembre de 1821, la Asamblea Provincial, había sometido a decisión la necesidad de una Constitución permanente o un Reglamento Provisorio que normara diversos aspectos de la vida ciudadana, siendo en este aspecto también, una provincia visionaria y progresista. Y por mayoría de sufragio se había optado por el Reglamento Provisorio ya que se esperaba una pronta Constitución para toda la Confederación, lo que en realidad, contra todo pronóstico, estaba distante de ocurrir.

—Sé que esta ciudad a la que regresaré es muy distinta. Y también extraño a papá —interrumpió otra vez sus pensamientos la joven— pero hay mucho por hacer aún en cuanto a los derechos de las mujeres, a nuestra libertad de movernos a nuestro antojo, a participar en política, a elegir una profesión, en fin... Algún día, esta Córdoba, verá mujeres médicas —dijo con porfía y una enorme sonrisa mientras Felicia movía la cabeza de un lado al otro.

—Lo sé. Algún día, no sé si lo veremos nosotras, eso ocurrirá. No actuaremos sólo en la oscuridad y los secretos de la historia. Pero por el momento, disfruta de esta época tal cual está, de la infancia de nuestro hermoso Simón. ¿Cuándo se irán?

—Entre enero y febrero. Es la mejor época para mí y el niño.

—Febrero... me recuerda los carnavales... —dijo Felicia y hasta le pareció respirar el aroma de la piel de Simón en una noche cálida de febrero muchos años atrás, antes de que tuvieran que huir—. Tu padre disfrutaba de los carnavales. Le traían recuerdos de su raza. Y a ti también te encantaba ver la gente corriendo y arrojándose agua olorosa por las calles. Tenías la edad de este pequeño sabandija —agregó hamacando al niño en sus rodillas y haciendo “ico ico, caballito”.

Las carcajadas del niño las sacó a ambas unos minutos del tema que tanta melancolía les causaba. Pero luego Simón quiso bajarse a buscar sus juguetes con pasos trémulos.

—¿Lo dejas jugar con muñecas? —dijo Felicia preocupada viendo que Simón tomaba en sus manos y le hacía “ico ico caballito” a la muñeca de madera negra, de su madre.

—Oh, mami. Es muy pequeño para que entienda. Le gusta esa muñequita, la ama. Le dice mami y sin ella no se duerme.

—La asocia a ti. Debe tener tu aroma.

—No lo sé. Pero con ella se calma. La abraza y se duerme. Y eso me da un respiro ya que no necesito hamacarlo como hacía antes. Está muy pesado ya. Cuando crezca, él solito la dejará.

—O Darío la hará desaparecer —agregó Felicia con una carcajada, pensando en la cara que le había visto al hombre viendo al pequeño Simón que jugaba con la muñeca.

—Lo mato, si me hace eso. La muñeca africana es mía y el recuerdo que más atesoro de mi padre.

—Ángela, si quieres puedes viajar con tu esposo y dejarme al niño, ya te lo dije.

—No, mami. Allá visitaremos a unos amigos de Darío, los Soria, que tienen un pequeño de la misma edad, Simón lo disfrutará.

—Está bien, hija. Otra cosa, necesito que me hagas un favor...

—Sí, mami, por supuesto.

—En realidad dos favores.

—¡Uy... sonamos! ¿En Córdoba?

—De verdad, sí. El primero, seguro lo supones. Quiero que te llegues a alguna de esas boticas llenas de semillas y artículos traídos de tierras remotas. Hay productos de la India y de África que me interesa que consigas y me traigas, para algunas curas especiales.

—Continúas experimentando sus secretos. ¡Qué envidia! Me gustaría poder ayudarte más, pero con Simón... es casi imposible. Me tiene a tras perder.

—Ya lo harás, hija. Ya retomarás donde dejaste tus herbarios y tus curas. Por ahora, ¿puedes ayudarme con esto?

—Seguro que sí. ¿Y el otro favor? —escuchó que la joven le preguntaba y entonces la miró con seriedad. Sabía que le extrañaría el pedido, después de tantos años en los que se habían esmerado por dejar el pasado atrás.

—Quiero que averigües lo que puedas, sobre Rosario y Ana, ya que las nombraste y soñaste con ellas.

—Pero...

—Sí, sé que te sorprende. Pero necesito saber que fueron felices, que están bien. Que hallaron un hogar como lo hicimos nosotras.

—Entiendo, pero... ¿Por dónde empezar a buscar? Dijiste que quizás se irían a un lugar que Zoilo llamaba Estancia Vieja, pero también me contaste que nosotras nunca fuimos. ¿Cómo la localizaré? ¿Y por qué ahora?

—Lo más lógico hija, sería comenzar por las tiendas del centro — prosiguió Felicia con cierta melancolía—. Por el lugar dónde tuvimos hace años, con tu padre la zapatería y al lado estaba la tienda de Zoilo. Te explicaré cómo llegar. Si Dios quiere esos comercios, los habrán mantenido como les pedimos en aquel momento. O en el peor de los casos tuvieron que venderlos y sus nuevos propietarios podrán darte información. Tal vez... tal vez hasta tengan noticias de mis padres, aunque las cartas que mandé hace unos años a Buenos Aires, no tuvieron respuestas. Necesito esas respuestas. No me preguntes por qué ahora. Sé que es el momento de saber algo de ellos.

—¡Ah, no me digas que también tienes ganas de que localice a Encarnación y Francisco! Eso no. No puedes pedirme eso, por favor.

—¡Son tus abuelos, Ángela! Y no sería mala idea. Pensándolo bien, si no encuentras a Rosario y Zoilo en el centro, tal vez sería hora de que hicieras un viaje hasta la Estancia Iriarte-Amuchástegui.

—No lo haré, es peor que la pesadilla que tuve toda mi vida. Ese viaje lo harás tú cuando quieras. Yo no. Esa gente me desechó como una basura, no quiero ni saber que existen.

—Está bien, no voy a pedirte algo que te hace sentir tan mal. Por el momento, sólo espero que puedas averiguar algo sobre nuestras amigas. Luego veremos todo lo demás, si tanto te incomoda.

—¿Y qué bicho te ha picado con todo esto de revolver el pasado? ¿Es por mi sueño?

—No. Tu sueño me recordó estas ansias de reencontrarme con Rosario que me acosa hace años. Será un poco lo que simboliza la Sankofa: atusar las plumas...

—Pero mami, si nos refugiamos en este sitio, fue porque no querías volver al pasado. En cuanto a mis abuelos, me dejaste bien en claro que no querías saber nada de ellos y que acá estaríamos a salvo del odio, la discriminación y la venganza. Y por suerte así ha sido. ¿Y ahora, qué?

—Mira a Simón, Ángela.

—¿Qué tiene mi pequeño? —agregó con una amplia sonrisa haciéndole unas morisquetas. Inmediatamente el niño comenzó a gritar para que Ángela lo

tomara en sus brazos. Se acercó y lo cargó besándolo y haciéndole cosquillas. El niño saltó de alegría y la abrazó, enroscando sus deditos en su cabello.

—¿Ves? Eso que sientes, eso que siente él. Son los lazos de la familia que nos hacen vivir y morir por nuestros seres queridos. El amor y la familia son nuestra principal...

—...brújula, sí, ya sé, siempre me lo dices.

—Entonces, me cuesta pensar que esas personas, que formaron parte de mi vida, mis padres, mis amigos, puedan quedar en el pasado así, sin más ni más. Sin saber más nada de ellos. ¿Me entiendes? —finalizó con un ruego en la mirada— Simón es el futuro, el resultado de la mezcla de sangres. Merece saber su pasado.

Ángela se mordió los labios y movió la cabeza de un lado al otro con resignación.

—Empezaré por buscar a Rosario y a Ana. Luego veremos, mami... — aceptó sin mucho convencimiento, devolviéndole el niño a Felicia quién se abrazó a su muñeca y se acomodó en sus brazos para dormir. La mujer sonrió y comenzó a soñar.

Tal vez, no era tan tarde... tal vez, aún era posible recuperar algo similar a lo que había sido alguna vez, su familia. Al fin y al cabo ahora, ella también era abuela y el tiempo era la mejor cura para todas las heridas, o eso le habían dicho. No era cierto. El tiempo no cura las heridas, sólo las disfraza, como si le pusiéramos un vendaje burdo para que la sangre no se siga derramando. Las pérdidas son horrores viscosos, que se nos pegan como una segunda piel. Las cubrimos, las ocultamos, pero las llevamos siempre adheridas. Quitamos la venda y vuelven a sangrar. Interminablemente. Lo más terrible de las pérdidas, es que el mundo no las nota, sólo el que las lleva.

Tal vez no era tan tarde de resarcirse de algunas pérdidas. Otras, como la de Simón, esa felicidad arrebatada por la incertidumbre, era insalvable. Sólo la muerte y la eternidad garantizarían algún día, una pizca de consuelo.

CAPÍTULO XLVII

DARÍO

1825

El Reglamento constitucional provisorio de la provincia de Córdoba, promulgado en febrero de 1821, establecía que, para ejercer la ciudadanía se requería de una propiedad de 400 pesos, para ser elector era necesario contar con una de 1000 pesos y el doble para ser elegido representante, o bien, una renta equivalente o profesión liberal "con aprobación pública de alguna Universidad".

—Es una tremenda injusticia —decía Darío en ese momento a su amigo Lorenzo Soria refiriéndose al mencionado reglamento.

—No es tan así, Don Rivero, debemos luchar para la conservación de nuestros privilegios y derechos de clase, amigo. O de lo contrario, cualquiera se creará en condiciones de tomar las decisiones del país. ¿Se imagina usted a cualquier esclavo, liberto o vulgar asalariado, dictaminando leyes, u opinando siquiera acerca de quién debe gobernarnos? ¡Es inadmisibile!

—¿Qué hace mejor a un propietario, que a uno que no lo es? ¿Qué nos diferencia de un esclavo liberto, de un trabajador? —se atrevió a plantear Darío, sin añadir que su propia esposa era hija de un esclavo liberto pero recordando las largas conversaciones que tenían sobre las injusticias del origen, la clase social y el color de la piel.

Y es que en la zona rural, esas diferencias parecían no notarse tanto. Se trabajaba y punto. Para la familia, para los amigos, para la supervivencia. Y si lograban asociarse para mejorar un producto, o la comercialización del mismo, mejor. Ese había sido una de las principales funciones de esos viajes a la capital. Y ahora junto a Ángela, pensaba poder empezar a incluir la venta de los productos elaborados por las mujeres de la zona a través de los negocios del centro.

—Ya demasiados comerciantes trepadores, han logrado hacerse un lugar entre la elite —prosiguió el hombre como si leyera su pensamiento.

—Mi padre fue uno de ellos, Lorenzo. A fuerza de trabajo y tesón, logró tener sus propiedades. No era un letrado. Sólo un hombre que no se rindió ante las inclemencias del tiempo, ni el cansancio. Y en cuanto a nosotros esperamos poder comerciar, abrir paso a la economía rural y artesanal no sólo

de los hombres, sino de las mujeres.

—No quise ofenderte, amigo, claro que no. Por supuesto que se necesita del comercio y admiro esa perseverancia de la gente de campo. Pero así es el mundo. Algunos nacen para pito, otros para corneta.

—¿Qué quieres decir?

—No me imagino a un negro, como letrado o magistrado. Ni siquiera sabiendo leer —agregó con una carcajada llenando el vaso de Darío con licor de caña.

—He conocido “negros” que saben leer. Y es más, mi suegra y mi esposa, le enseñan a leer a varios hijos de “negros” allá por nuestra región. Pero en realidad, lo que digo es que me parece completamente antidemocrático que quien no sea propietario sea privado del derecho a ser ciudadano —prosiguió.

—No es tu problema, Darío, como bien dices, gracias a tu padre, tienes propiedades.

—Mis propiedades no valen tanto. Mis aspiraciones y la de mis hijos, se verán determinadas por ello. Insisto, es una medida elitista, para que se conserven los privilegios de algunos.

—Y tu esposa ¿No tiene propiedades? —preguntó el hombre mirando en dirección a Ángela que conversaba tranquilamente con Doña Fátima mientras veían a los pequeños jugar en el piso.

—Es un tema que es mejor no tocar amigo —murmuró Darío viendo que Ángela los estaba escuchando.

—No entiendo por qué —dijo el hombre pecando de entrometido— en nuestro matrimonio, la unión de nuestros respectivos capitales nos ha dado un mejor pasar ¿No es así, Fátima? —agregó elevado la voz e incomodando a Darío ya que estaban incursionando en un tema del que no quería hablar, mucho menos incluir a Ángela viendo el cariz que había tomado la conversación.

—No sé de qué están hablando —dijo Fátima con su voz cantarina e infantil.

—De nuestros respectivos capitales. Tu dote ha permitido que nos podamos ahora considerar ciudadanos de elite —prosiguió el hombre con una estruendosa carcajada mientras se servía otra copa.

—Mi marido se ríe, porque mi dote fue mucho menor de lo que él esperaba —aclaró la mujer avergonzada—. Mi padre lo engañó y las tierras que nos cedió resultaron ser completamente inútiles para el cultivo.

—Así fue, mi querida. Pero a los efectos de darnos derechos ciudadanos

servirán. Al menos para eso —prosiguió sin piedad hacia su mujer, que se había ruborizado.

—No sé bien a qué se refiere usted, Don Soria —intervino Ángela con voz ronca— tengo entendido que las mujeres somos mucho más que el capital que aportamos. En mi caso trabajo intensamente junto a mi madre no sólo para curar a la gente del lugar, dar clases a algunos niños y porque fabricamos junto a sus madres, productos artesanales a los que intentaremos hallarles un mercado.

—El matrimonio es o debe ser una sociedad conveniente, señora. Es así desde el comienzo de los tiempos y lo será hasta el fin.

—Querido, qué van a pensar de nosotros —dijo Fátima acercándose a su esposo y tomándolo del brazo— ¿Qué nuestra unión sólo fue conveniencia? También nos amamos.

—Por supuesto, mi amor —dijo el hombre sin sacar la vista de Ángela, que había comenzado a ruborizarse intensamente.

—¿Y en tu caso, Darío? ¿También te engañaron, cuando te casaste con la preciosura de Doña Ángela? Joven, bella e inteligente. Y con aspiraciones comerciales ¡Que tal! —prosiguió el hombre de manera jocosa—. En ese aspecto, al menos, has ganado ampliamente aunque no hayas recibido tierras a cambio —siguió en son de broma.

Ángela comenzó a sentirse cada vez más incómoda por la situación, desvió la mirada y se agachó para atender al pequeño Simón que había llegado hacia ella. El hombre era por demás desagradable, no sólo por establecer una posición competitiva con Darío menoscabando su economía, sino por menospreciar a su propia esposa, que no parecía darse cuenta de la burla y de la mirada acosadora que mantenía de manera lujuriosa, sobre Ángela. Se incorporó furiosa para responder, pero Darío la miró con el rostro ensombrecido y comprendió que ese era uno de esos momentos, en los que el silencio, era la mejor respuesta.

—Sí, me casé engañado —se apuró a responder Darío también en son de broma— me dijo mi suegra que Ángela era muy tranquila y dócil —agregó y los hombres festejaron con risas y brindis la ocurrencia, pero Ángela notó que su marido se estaba sintiendo humillado.

A veces, el peor pecado es la soberbia. Otras veces hablar de más. La mayoría de las veces, caer en las trampas que el orgullo y la vanidad nos tiende.

Darío deseó mil veces, que esa noche, Ángela no se hubiera sentido

ofendida, que no se hubiese sentido en situación de demostrar nada, porque eso hubiera cambiado toda la historia. Pudo verlo en su rostro de dolor, al mirarlo, en el rictus de su boca dispuesta al latigazo verbal. La conocía muy bien, y debía haber visto que su mujer quería destrozar a ese hombrecito soberbio y arrogante, de alguna manera. Lo que no podía ni siquiera imaginar es hasta dónde, los conduciría esta charla.

Darío deseó mil veces que Ángela no hubiera participado siquiera, de esa conversación.

—En realidad, Don Soria, mi marido, sí fue engañado —dijo Ángela de pronto ante la mirada de extrañeza de los hombres.

—No me diga, Doña Ángela...

—¡Y yo recién me entero! —añadió Darío, sin saber a dónde llevaba la frase de su esposa, pero percibiendo en su mirada, algo terrible, que debió alertarlo. “Que no saque a relucir sus ancestros africanos” pensó con temor. Pero fue peor.

—Sí, señor. Se casó conmigo creyendo que yo era pobre, una simple curandera rural —dijo y Darío la miró ahora preocupado— cuando en realidad soy la legítima y única heredera de una gran estancia hacia el sur de la ciudad, dedicada a la cría de mulas y ganado vacuno para la exportación de cueros.

—Oh, pero... qué bien te lo tenías guardado, Darío —dijo el hombre palmeándolo. ¡Brindemos por ello! Eres todo un ciudadano de elite, y te hacías el humilde conmigo ¡Esos son hombres, carajo! Nada de aspavientos con la riqueza, nada de soberbia ni alarde... Bien por ti, amigo, podrás ser para mí, un socio digno. ¿Y cuándo podremos conocer su propiedad, señora? No puedo esperar a que hablemos de negocios al respecto.

—Por el momento no, pero ni bien tomemos posesión del lugar, ustedes serán los primeros invitados —afirmó Ángela, observando el cambio en la actitud del hombre que ahora los miraba con admiración y respeto. Y es que el alcohol, el orgullo y la ambición son muy mala combinación.

—Negociaremos juntos, amigo querido. Tengo mucha gente con la que te podré poner en contacto en menos de lo que canta un gallo. Todos esos animales que estás criando, se moverán solos a lo largo y a lo ancho del país.

—Mejor nos vamos a dormir ya, querida. Los niños están con sueño —lo interrumpió Darío furioso por la mentira innecesaria e inoportuna de su esposa. Al parecer no tenía ni idea del daño que le estaba haciendo con ello. Hubiera sido preferible que confesara que era de sangre mulata.

—Volvemos a lo mismo, amigo —prosiguió don Soria, ignorándolo—. Si las propiedades, en esta provincia, determinan nuestro nivel de participación política y social, ya no tienes de qué preocuparte, salvo de cómo administrar tus bienes y hasta dónde deseas llegar en ascenso social o político. Y yo puedo ayudarte.

—¿Vamos, a dormir, Ángela? —lo cortó en tono imperativo, sin dar lugar a réplica—. Gracias por la cena, Fátima, estuvo riquísima, pero mañana nos espera un largo día en el mercado —agregó cargando al niño, tomando con furia el brazo de Ángela y dirigiéndose a la habitación.

—Es cierto. Descansen. Mañana será un día muy movido —agregó en son de despedida Lorenzo, mientras la pareja se alejaba del comedor hacia la escalera.

Al llegar al piso superior a la habitación que les habían asignado, Darío se dispuso a esperar que Ángela hiciera dormir al pequeño Simón, lo que pareció durar una eternidad. Se desvistió a medias y la esperó sentado en la cama. La joven al fin se acercó e intentó acurrucarse junto a él, pero Darío la hizo a un lado y la miró con un abismo de hielo negro en sus ojos.

—Nunca me esperé de ti, una cosa tan horrenda como mentir de esa manera con nuestros amigos. Sólo por orgullo, o soberbia, o sólo por no saber cerrar la boca. Sólo por...

—¿Me estás tratando de mentirosa —lo interrumpió la joven— de orgullosa, de soberbia?

—¿Qué otra cosa es lo que ocurrió allí? ¿Crees que no tengo lo suficiente para merecerte? ¿Era necesario que me humillaras de esa manera con una mentira tan vil? Sé que no tenemos dinero. Sé que todo depende ahora de la venta de esas mulas, o no habrá dispensario, ni almacenes, ni siquiera podremos quizás proseguir con nuestras vidas. ¿Pero... mentir descaradamente? Justamente a Lorenzo Soria, a quién he recurrido para que me ayude a comerciar, y si es necesario, pensaba pedirle un préstamo, que ahora resultará imposible ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿Te das cuenta?

—No, Darío, no entiendes... No fue para humillarte y... nunca pensé... No me dijiste que le pedirías un préstamo.

—No puedo contarte todo lo que estoy haciendo para que nuestra economía no se vaya a pique. Mi padre nos dejó endeudados hasta la coronilla. Sólo estoy intentando salvar la granja, los animales. Y en un segundo por un ataque de vanidad, lo echaste todo a perder —dijo furioso.

—Oh, Darío... No era mi intención. No sé... no sé cómo disculparme.

Pero es que ese hombrecito, me exasperó, con sus aires de ciudadano de elite, marcándonos la diferencia social a nosotros los pobres, los que no tenemos suficientes propiedades, los que estamos pidiéndole ayuda para vender un par de mulas.

—¿Eso significa para ti, lo que yo hago? ¿Vender un par de mulas? Ahora entiendo la dimensión de tu mentira...

—No, Darío, en realidad no entiendes nada... Debiste decirme nuestra verdadera situación económica. Yo puedo...

—¿Qué no entiendo nada, dices? ¿Qué debo entender? ¿Qué te sentiste en inferioridad de condiciones y mentiste sólo para mostrar tus vanidades de mujercita herida? ¿Qué no pudiste contenerte ante Lorenzo, sin hacer alardes de una riqueza que no tenemos?

—Me trató como un objeto... me humilló... como si mi única cualidad fuera mi belleza... un adorno inútil, que no aporta otra cosa ¿O no viste su mirada de baboso, regodeándose? Le faltó poco para asaltar mis pechos — dijo ahora Ángela tratando de contener el llanto de furia que se le atenazaba en la garganta y que arrojaba sobre ellos, ese manto oscuro de tinieblas—. Y no quise mentir ni demostrar vanidad... No es una mentira. En realidad...

—¡Basta, Ángela! No quiero oírte más. No pienso aceptar más estupideces. Me siento... me siento un idiota. Me hiciste quedar como un...

—Por favor, escúchame. Tengo que contarte... —intentó decirle viendo con horror que Darío ya no le prestaba atención, volvía a vestirse y a ponerse los zapatos—. Pero ¿A dónde vas? No puedes irte, tienes que escucharme. Es importante lo que tengo que decirte.

—No, Ángela, resulta que no tengo por qué escucharte ahora. Recapacita sobre tus propios actos y decisiones. Piensa para qué y por qué te casaste conmigo si te humilla que yo sea un simple criador de esas dos mulas locas, que mañana intentaré vender. Y si podrás seguir a mi lado, aunque lo perdamos todo.

—Pero claro que sé por qué me casé con vos... ¿Qué tiene que ver el dinero?

—¿Tal vez fue porque tu madre se moría y te daba pánico desobedecerla? ¿O porque tenías terror de quedarte sola y desvalida? ¿Porque era yo, tu única salida en ese momento?

—Dios, Dios... ¡escúchate! Y escúchame un segundo... No es así, mi amor —agregó intentando abrazarlo.

—No. No voy a escucharte. Y no me llares “mi amor” cuando me parece

que no sabes lo que eso significa —respondió enceguecido, y la empujó. Ángela cayó sobre la cama y desde allí lo miró con los ojos anegados—. Vives sufriendo por lo que no puedes ser, por lo que no puedes tener. Vives lamentándote porque ocupamos todo tu tiempo y no puedes “sanar” con aspiraciones locas e insólitas, como ser “médica”. Deja de soñar, Ángela con un mundo que no existe y acepta este que tienes, el que te pertenece de verdad: tu hijo y yo, así como soy, un pobre mulero, quizás en la ruina.

—Me duele lo que estás diciendo. No es así —murmuró por lo bajo, escuchando que al elevar la voz, habían despertado al pequeño Simón—. Me estás gritando y ni siquiera estás dispuesto a escuchar lo que tengo que contarte.

—¿Más mentiras? —dijo el hombre escuchando también el llanto del niño. Se movió hacia su cuna y lo levantó, hamacándolo en sus brazos para calmarlo.

—No, Darío. Hay algo... que tú no sabes. Algo que vine yo también a hacer a Córdoba, pero no te dije, no pude decirte —insistió acercándose a él.

El hombre la observó alejándose de ella otra vez, y como si fuera la primera vez que la miraba, como si viera a una completa desconocida. Y es que en ese momento la sintió así.

Porque el amor empieza cuando el diálogo entre dos personas fluye con total transparencia, y se empieza a destruir cuando nos arrinconan las dudas.

—¿También hay cosas que no me dijiste? ¿No sólo eres capaz de mentirme, sino también de ocultarme cosas? —preguntó sintiendo que las palabras que ella pudiera decirle ahora, habían perdido ya todo sentido. Que esa mujer frente a él había hecho añicos su sentido de la lealtad y que aquellos espacios acuñados de lo “nuestro” comenzaban a ser pantanos inseguros.

Ángela lo miraba con sus ojos de miel convertidos en dos líneas oscuras, irreales y parecía pequeña ahora, a su lado implorando una atención que no merecía.

Darío pensó que le faltaba el aire. Que tenía tantas ganas de besarla como de pegarle y que ese era un buen momento para alejarse de ella. Sintió al niño inquietarse y que comenzaba a llorar otra vez, quizás porque lo estaba apretando en sus brazos. Sin dudar, se lo entregó a Ángela, mientras la mujer lo observaba estupefacta. Terminó de anudar los zapatos, tomó un abrigo y salió de la habitación.

Bajó las escaleras tratando de no hacer ruido y tomó una de las velas del pasillo. No sabía adónde iría a esa hora, con las calles desiertas de un lugar

poco conocido pero no soportaba seguir bajo su mismo techo. No esa noche, al menos, mañana sería otro día y tal vez pudiera escucharla. Al llegar a la planta baja, escribió una nota y la dejó sobre el escritorio de Lorenzo, diciéndole que lo esperaba antes de las nueve en el mercado, y sin ninguna otra explicación.

Salió a la noche, arrastrando tras de sí, el muro de distancias que ahora, lo separaban de su esposa. Ese muro que sólo se erige cuando el yo y el tú, vuelven a ser más importantes que el “nosotros”.

“¿Existió alguna vez un nosotros?” pensó. Y entonces, por primera vez desde que conocía a Ángela se cuestionó todo lo que valoraba.

Caminó sin rumbo, buscando un sitio donde dormir, aunque sabía que no era necesario. Esa sería una larga noche, sin Ángela, sin su piel, sin su mirada, sin sus suspiros. Sin saber si alguna vez volvería a ser la misma para él. Tal vez, lo que no sabía en ese momento, es que la mentira o el ocultamiento, no son las peores circunstancias que alejan a dos personas que dicen amarse. Y que el destino puede desafiarnos.

CAPÍTULO XLVIII

ÁNGELA

1825

Después de la discusión, el pequeño Simón, había quedado tan alterado como ella, por lo que le fue imposible conseguir que se durmiera enseguida para salir corriendo detrás de Darío, como habría sido su intención y poder contarle toda la historia de su vida, esa parte oculta, que no había parecido importante y a la luz de los hechos presentes, empezaba a ser trascendental. No podía entender, en qué momento había cometido ese error tan grande de creerse omnipotente, la dueña de la verdad absoluta, la dueña de sus secretos. Una verdad que por extrañas e inexplicables razones jamás le había contado a su esposo, y sin querer había derramado a borbotones ante esos dos desconocidos, que Darío llamaba amigos.

Lo había arruinado todo en solo un segundo y su propio esposo la creía ahora una mentirosa capaz de inventarse una fábula, por orgullo, por desamor, por vanidad. Sin embargo ella tenía cómo demostrar que no era una mentirosa y lo iba a hacer, pero no por soberbia, sino por el derecho que les cabía a ambos de reconstruirse en ese “nosotros” que acababa de demoler y por los deseos de Felicia. Luego, si esa Estancia que su madre decía pertenecía a los Iriarte—Amuchástegui, comenzaba a formar parte de sus vidas o no, era otra cosa. Tal vez ni siquiera importaba, ni la necesitaban. Pero probar que no era una mentirosa y principalmente, cuánto lo amaba, era imprescindible.

Durmió de a ratos y se despertó mil veces buscando el cuerpo de su esposo. Pensando en subsanar el dolor con el hambre de las pieles y tener la oportunidad de reivindicar el daño causado. Al amanecer, sin poder entender qué había hecho Darío en ese tiempo, o dónde estaba, se levantó a desayunar y a preparar la leche del niño.

Fátima ya estaba organizando las tareas de la servidumbre y se alegró de verla aunque el rostro de Ángela demostraba que había pasado una mala noche.

—No dormiste bien, mi querida —le dijo preocupada.

—Sí, dormí, pero me desperté unas cuantas veces por Simón, que estaba inquieto, tal vez desconoce o extraña su casa. Tal vez la salida de ayer fue muy extenuante para él. No sé.

—Los hombres, al parecer partieron temprano —prosiguió Fátima ajena a la pesadumbre que aquejaba a Ángela al no tener idea de la pelea, ni de la huida nocturna de Darío.

—Sí, eso parece.

—Mira, si quieres, luego del mediodía, podremos salir a recorrer algunos comercios cercanos a la Plaza. Ellos, dudo regresen hasta el atardecer. Y comprarnos vestidos para la fiesta.

—¿Fiesta?

—¡Claro! Lorenzo me contó que al fin, hemos terminado con la invasión realista en estas tierras con la batalla de Ayacucho. Buenos Aires ha festejado a lo grande, y parece ser que los caballeros norteamericanos residentes allí dieron fiestas increíbles. La gente salió a la calle, con bandas militares y odas a las batallas, se cantó el Himno por doquier con vítores a Sucre, San Martín y Bolívar.

—¿No me digas? —opinó Ángela con poco interés. No estaba para fiestas, y menos aún en la situación en que estaba con Darío.

—Sí, y que incluso el teatro, fue adornado con sedas y emblemas nacionales, con luces extraordinarias. ¿Te imaginas? ¿Lo que nos hemos perdido? Bueno, por suerte, tendremos acá también una gran fiesta a la que estamos invitados. Y ustedes nos acompañarán. ¡Qué raro que Darío no te haya dicho! Pero no te preocupes. Esta tarde nos compraremos ropa adecuada para la ocasión. Después de tantos años en guerra, somos libres, eso dice Anselmo.

—En realidad, Fátima, me parece una idea excelente. Necesito un buen vestido. Pero también necesitaría hacer unos mandados de mi madre esta mañana.

—Creía que los habías hecho ayer, Ángela, en tu paseo con Simón.

—Hice sólo una parte. Unas telas e hilos para sus telares y los de sus amigas, papel y tinta para los niños. Ahora debo conseguir alguna botica. Unos remedios para mi madre.

—Ah, querida, haberlo dicho antes. Hay una muy cerca. Te indico y si quieres dispongo un carruaje para que te lleve, yo no podré acompañarte. Si quieres dejar a Simón, me parece que junto a José pasarán una mañana estupenda. Asignaré a una de las chicas de la servidumbre para que los cuide y tú ve tranquila. Pero... no seas tramposa. ¡Los vestidos los iremos a ver juntas!

—Gracias Fátima. ¡Eres tan generosa! Claro que sí. Nos prepararemos para el festejo, del triunfo en Ayacucho —murmuró Ángela con la mirada

perdida.

—Para eso estamos las amigas. Pero la verdad es que esta mañana no te veo bien. ¿Estás preocupada? ¿No te entusiasma una fiesta?

—Sí, claro que me entusiasma. Es sólo que estaba pensando en mi madre y en conseguir sus remedios. Nada más.

—Oh, querida... te entiendo. Yo cuidé de la mía hasta el día de su muerte. Anda, yo me ocupo de tu pequeño. Y de la fiesta, también —le dijo instándola a prepararse.

Subió rápidamente a su habitación, se puso el mismo vestido sencillo de calle, que había usado la tarde anterior ya que había traído poca ropa, y para no llamar tanto la atención en la zona comercial. Luego, sin alertar a Simón, salió a la calle donde la esperaba el carruaje que ya tenía las indicaciones de Doña Fátima. Pero al llegar al lugar de la botica, Ángela le pidió que no la esperara. Que recorrería algunas calles más y volvería a pie.

—No es conveniente, señora. No son calles muy buenas para caminar. El tránsito de los carros, el barro permanente, los transeúntes de esta zona. Mejor la espero.

—No, le agradezco, necesito caminar y despejarme. No me espere y dígame a Doña Fátima que llegaré para la hora del almuerzo, por favor —insistió. El hombre movió la cabeza en señal de asentimiento y se marchó poco convencido.

Ángela metió la mano en el bolsillo del vestido buscando el plano usado en su anterior visita al lugar y para su sorpresa, junto al mismo, estaba la muñeca de ébano.

—Oh, caramba... No la sacamos anoche del bolsillo —murmuró para sí misma—. Si Simón la reclama... —luego recordó que el niño, estaría toda la mañana entretenido con su nuevo amigo José y su nana y ni se acordaría de la muñeca. La envolvió en su pañuelo y la volvió a guardar entre los pliegues profundos del vestido.

Con decisión se encaminó a la enorme tienda que había visitado el día anterior.

El empleado que la había atendido, se había comprometido a averiguar todo lo que pudiera sobre sus antiguos dueños y le había pedido que volviera hoy. Estaba segura de que podría averiguar algo sobre Rosario, Zoilo y Ana, o sobre Encarnación y Francisco, porque cuando los nombró notó en el hombre un cierto dejo de reconocimiento, una mirada extraña, pero como si no se animara a decir algo inconveniente o sin seguridad y le pidió que le diera

tiempo para tenerle información.

La puerta se abrió al primer golpe y el hombre la hizo pasar.

No supo cuándo la invadió la oscuridad. No supo si hubo dolor, o sólo ese terrible impacto en su cabeza, que transporta la conciencia a otro espacio. Y ese cuerpo que nos pertenece, deja de ser cuerpo para convertirse en una sustancia algodonosa que cae con lentitud hacia un abismo eterno. El abismo de las vanidades destruidas, el abismo del mal.

Lo último que vio fue ese rostro, el del hombre de su pesadilla de siempre. El del hombre malvado que la acosó desde su infancia. Su terror convertido en voz y en presencia.

Lo último que pensó fue en que hubo un momento en que estuvo a tiempo de dejar sus vanidades de lado y no hablar de más. Un momento en que debió dejar sus investigaciones, su ambición, reposando en las aguas quietas del pasado. Un momento en que debió volver a dejarle la muñeca a su hijo y contarle la verdad a su esposo, para que si había algo del pasado que recuperar, lo hicieran juntos, o dejar todo atrás para siempre. Un momento que no dependió del azar, sino pura y llanamente de sus decisiones.

Hubo un momento para todo, pero ya era demasiado tarde.

CAPÍTULO XLIX

DARÍO

1825

La ciudad de Córdoba fue creada para vincular regiones, como punto intermedio entre la región de los ricos minerales y el ancho río que conduce al mar, por el cual se puede alcanzar España.

Como nexo entre la región de los minerales y el puerto de Buenos Aires, en poco tiempo desde su fundación, Córdoba se convirtió en la ciudad más importante y desarrollada tanto por su activo comercio, como centro redistribuidor del tráfico de esclavos y efectos de Castilla. Con el tiempo incorporó a su economía el tráfico de mulas y la producción de ganado mayor y menor.

Darío se consideraba un hombre afortunado, ya que había heredado una pequeña parcela de tierra en el valle serrano de Punilla, donde criaba algunas cabras y ovejas y principalmente ganado mular, para abastecer a los transportistas rumbo al Alto Perú, a Cuyo y a Chile. Algunos productores vecinos, abastecían al litoral y al Brasil. Pero también era importante en sus territorios, la producción de lana y tejidos bastos. Sin embargo, lo que no sabía es que su padre había hecho una pésima administración, sin contar las veces en las que los salteadores de caminos y la interminable guerra, los habían obligado a comenzar de nuevo.

En este viaje, además de la entrega de mulas y búsqueda de nuevos compradores, había tenido la intención de establecer nexos para que las mujeres de su región, organizadas por Felicia y Ángela, pudieran hallar mercado para la venta de sus productos de tejido artesanal, como también para la compra de algunas materias primas: colorantes e hilos importados que mejoraran la calidad de las prendas, ponchos y ruanas. Necesitaba el préstamo de Lorenzo para llevar adelante todos esos negocios que los sacarían de la bancarrota y cumplir el sueño de Ángela y Felicia: instalar un dispensario en la región y un puesto de venta cercano al camino principal para que se pudieran distribuir las artesanías y productos generados.

Ahora, recordando la pelea de la noche anterior se preguntó aún enneguecido por el cansancio y la rabia: ¿Por qué su mujer había arruinado en

un segundo, todo lo que planeaban hacer? Al recordar la pesarosa actitud de su esposa y la mentira absurda, no podía entender, por más que quisiera, esa necesidad de vanagloriarse de algo que no era cierto. ¿Cómo podía ahora siquiera, enfrentar a sus amigos y contarles la verdadera situación? ¿Cómo podía ahora pedir ese préstamo que tanto necesitaban?

El día transcurrió entre la búsqueda de nuevos compradores y la desagradable sorpresa de enterarse que sus arrieros habían sido asaltados por la noche en el camino y les habían robado parte del ganado mular.

—¿Cómo pudo pasar? —le preguntó Lorenzo mientras volvían a la casa. La tarde dibujaba sombras por las calles pedregosas mientras el carruaje traqueteaba bajo las farolas aún apagadas— Se suponía que tenías suficientes hombres para cuidar el ganado. ¿Estaban marcados tus animales?

—Sí, lo estaban. Pero si esos facinerosos matan las mulas para carne y cuero, eso no tendrá importancia.

—Esos malhechores mal entretenidos sólo las quieren para transporte. A lo sumo las remarcarán con alguna carimba que permita transformar el sello del dueño original. Tengo una idea de por dónde puede venir el problema. Hace varios años, anda un grupo de cuatreritos haciendo estragos en nuestros proveedores, pero no los hemos podido apresar.

—Lo extraño es que mis empleados dicen que los cuatreritos sólo se llevaron algunas y huyeron. No alcanzaron ni a verlos.

—Ese es el sistema, amigo. Si se las llevan a todas, se verían obligados a matar a los arrieros. Así, en cambio, se llevan una parte sin derramar sangre ni arriesgarse. En Buenos Aires, estas gavillas de salteadores han atacado Estancias completas, saqueándolo todo. Al menos aún no hemos visto ese tipo de desmanes. Estos son más finolis.

—¿Finolis? Son unos malhechores nomás... Y si mi situación era difícil, ahora empeoró.

—Al menos nadie ha salido herido. Míralo desde este lugar. Mejor que se llevaran las mulas y no a tu gente.

—Sin dudas. Pero no es el caso. Además hay otra cosa extraña: mis hombres y rastreadores buscaron en varios kilómetros a la redonda. Las huellas se perdían y fueron borradas con increíble habilidad. Pero es imposible hacer eso si tienes que trasladarte mucho terreno.

—Exacto. Lo que nos ha llevado a pensar en que no son salteadores comunes, ni gauchos vagos, ni bandoleros y asesinos que matan para no dejar rastros. No, señor. Estos están guiados por otra forma de proceder, lo que me

da la sensación de que detrás de ellos hay un cabecilla aún más peligroso. Tal vez alguien de cuna, venido a menos.

—¿Será posible? ¿Un bandolero de familia bien?

—No lo sé, todo puede ser. Estas leyes, como hablamos anoche, pueden estar propiciando esto de hacerse de la propiedad y del dinero a costa de lo que sea. ¿Te imaginas a un rico, sin dinero? ¿O que lo haya perdido todo?

—¿Estaría dispuesto a planear algo así para recuperar o mantener su posición? ¿Hasta eso llegaría?

—Tal vez, amigo. Tal vez. He visto miserias humanas increíbles aún entre los ricos, nobles y santos. No hay seguridades en cuanto a la honestidad, cuando de prestigio o de dinero se trata.

—Si de falta de dinero se trata, más bien.

—Pero lo que sí es obvio, es que tienen su sede en algún lugar cercano a la ciudad, una Estancia, un establecimiento de animales con lugar para esconderlos por un tiempo, porque de lo contrario, no nos explicamos cómo pueden actuar a esa velocidad y en completa impunidad. Roban de noche, ocultan los animales y el rastro y luego desaparecen como por arte de magia. Tienen indios contratados. Nadie más ladino para el robo y el ocultamiento en esta zona.

—Pero eso no es tan sencillo, y ocultarlos... es imposible. Además ¿Cómo los comercian?

—Ahí está la cuestión, Darío. Indudablemente tienen redistribuidores, traficantes pagos que llevan luego las mulas y caballos hacia Cuyo y de allí las pasan a Chile. Por supuesto han sido remarcadas. Ya hemos hecho todas las denuncias. Pero no podemos simplemente denunciar a alguien en particular o enviar a la justicia a que haga allanamientos sin tener pruebas. Habría que investigar todas las Estancias con esas comodidades en muchos kilómetros a la redonda.

—Una mierda... Esto me hace un daño económico increíble. Me costará reponerme de esta pérdida. Necesitaré un préstamo para seguir.

—Bueno, deja de llorar miseria. ¿No es que heredarás la Estancia de tu mujer? —dijo el hombre tocando el tema que más temía Darío.

—Más adelante veremos... —contestó de manera vaga, agradeciendo que llegaban a la casa y no profundizarían por ahora. Tal como lo había pensado, Ángela había hecho con su vanidad, un daño irrecuperable y no podía calmar el enojo que seguía bullendo en su interior. Mientras pensaba cómo volvería a enfrentarse con ella vio a Fátima salir corriendo a recibirlos junto a las

sirvientas, con los niños cargados en sus brazos. Al instante los hombres comprendieron que había ocurrido algo grave.

—¿Cómo que Ángela aún no ha regresado? —exclamó Darío con voz angustiada y sin poder creer en lo que le estaban diciendo.

—No tenemos idea, Darío. Tu mujer no quiso explicarnos a dónde iba. Al cochero le dijo que vendría antes del almuerzo, pero no volvió.

—Pero... no comprendo. ¿Cuándo se fue? ¿Adónde iba?

—En realidad estaba bastante misteriosa, sólo que iría a hacer unos encargos de su madre, Felicia —expresó Doña Fátima Soria anegada de lágrimas ya que no había parado de llorar en toda la tarde— y que hoy tenía que comprarle remedios —prosiguió entre hipos y ahogos.

—¿Encargos de Felicia? Nunca me contó nada... ¿Remedios? Eso también es extraño —agregó el hombre entendiendo la desesperación de Fátima—. ¿Revisaste nuestra habitación?

—Sí, fue lo primero que se nos ocurrió —dijo la nana, ya que Doña Fátima ya no podía hablar y parecía a punto de desmayarse. Lorenzo debió sostenerla y lo miró preocupado.

Darío corrió por la casa y subió los escalones de dos en dos, recordando que la última vez que recorrió esa escalera, estaba furioso con su mujer. Y entonces pensó que a veces nos enojamos por pequeñeces, no redimensionamos cuando verbalizamos reproches inútiles o nos embarcamos en duelos de egos. No medimos la importancia de no escuchar al otro, el daño que causamos en nuestro afán de silenciarlo con nuestro atropello o nuestra indiferencia. De orillar la falta de respeto con aquellos que amamos y que entender que la felicidad es en general tan pasajera como precaria, determina nuestras decisiones.

Entonces Darío lloró como un niño y se prometió a sí mismo, que jamás volvería a juzgar a su mujer por las apariencias, sin escucharla, sin darle un resquicio a la duda o una oportunidad a la explicación.

Se sentó en la cama, y aspiró su perfume recordando que Ángela había intentado contarle algo la noche anterior y él no se lo había permitido. No pudo dejar de pensar también, en que el motivo de la discusión que habían tenido, también era causado por mentiras y ocultamientos. La sensación de estar al lado de alguien a quien ya no reconocemos, se hizo tangible y poderosa. Tan tangible como el terror de no volver a verla y que jamás tuviera la oportunidad de conocerla de verdad, de escuchar su voz aunque sea una vez más.

—¿Puede haber regresado a tu casa? ¿O deberíamos salir a buscarla por la ciudad? —escuchó que decía Lorenzo desde la puerta de la habitación—. Aquí no creo que tengamos elementos para saber lo que ocurrió —agregó acercándose a él y apoyando la mano en su hombro.

—Tienes razón, salgamos de acá. No hay tiempo que perder.

—Tal vez sepa algo el chofer que la llevó, Fátima mandó a buscarlo. Puede que haya tenido algún pequeño accidente en la calle. No sé. Repitamos sus posibles recorridos y preguntemos a la gente cerca del lugar.

—Buena idea —afirmó poco convencido Darío, pero agradeciendo la intervención de su amigo para ponerse en acción—, al menos es algo por dónde empezar. Anoche discutimos —agregó mientras bajaban las escaleras y buscaban otra vez, un carruaje.

—¿Entonces, es factible que pudiera haberse ido enojada? ¿Volver al campo? Y en ese caso... ¿Cómo lo hizo?

—No. Ángela jamás se iría sin Simón —afirmó, y no se incluyó. Después de la discusión era probable que ella estuviera muy enojada con él. Pero jamás abandonaría a su hijo —No, no hay razones para creer que volvió al campo.

—Entonces debemos buscarla acá.

El chofer los llevó al lugar, pero para la sorpresa de ambos, el boticario repitió una y mil veces que nunca había visto en ese día una muchacha como la que le describían, ni en días anteriores.

Al llegar la noche sólo cabía iniciar otra búsqueda ahora más compleja, por la Cañada, el río, y la estación policial, como también empezar a averiguar, si algún médico había sido informado o recibido a una mujer accidentada. Lorenzo sirvió de mucha ayuda con sus contactos y amistades, pero al día siguiente empezaron a pensar lo peor: algo muy grave debía haberle pasado a Ángela para desaparecer sin dejar ningún rastro.

Cansados de las búsquedas, le preguntaron a Fátima detalles de la última conversación. La mujer insistió en que sólo le había dicho que compraría remedios para su madre.

—El boticario jamás la vio. ¿Estaba triste? ¿Enojada?

—Triste, diría yo... pero por las dolencias de su madre, supuse.

—¿Estás segura que dijo “remedios”?

—Bueno, ayer sí, iba a comprar remedios.

—¿Cómo que ayer sí? No entiendo... ¿Salió otro día sola? —explotó Darío.

—Sí, fue antes de ayer, pero no fue sola, fue con el niño.

—¿Y a dónde fue?

—De verdad que no lo sé. Es una mujer grande, para andar preguntándole —dijo Fátima llorando otra vez sin consuelo—. También la llevó el chofer y volvió a pie... estaban... muy cansados ella y el niño... tanto que a la noche el pequeño no durmió bien... me dijo Ángela.

—No entiendo por qué no la acompañaste, mujer —dijo Lorenzo furibundo.

—Oh, querido... no quiso y yo... en fin...

—Pero... ¡Adónde te dijo que iba, Fátima, por favor! Algo debe haber dicho. Por Dios, mujer. Estaba triste, se va sola... ¿Y no te parece raro?

—No lo sé. Siempre dijo que buscaría algo que le había encargado su mamá...

—Oh, Dios... no puede ser. Nunca me dijo —exclamó el hombre entendiéndolo ahora la dimensión de todo aquello que ignoraba de Ángela y que tal vez, sólo Felicia podía clarificar.

Quizás él había tenido la oportunidad de saber, de impedir lo que sea que la llevó a su esposa a la calle ese día, pero no lo había permitido con su enojo de esa noche. Quizás toda esa fábula que había empleado para humillar a Lorenzo, estuviera relacionada con su desaparición. ¿Estaría tan enojada con él, para hacérselo pagar de esa manera? ¿Acaso no terminaba de conocer a Ángela y de verdad, lo habría abandonado, vuelto a los brazos de su madre dolorida, por su trato de la noche anterior, sin importarle siquiera Simón? Él quizás se lo merecía, al fin y al cabo había redimensionado la situación, pero... ¿Sería capaz de semejante tontería y dejar a su hijo? No podía ni siquiera imaginar a Ángela en ninguna de esas situaciones. Su esposa era una leona. Y si alguna vez lo abandonaba sería llevándose a Simón con ella y no precisamente para ir a refugiarse en los brazos de su madre. No. Lo que le había pasado era muy grave. Algo que no llegaba ni siquiera a imaginar, ni qué relación podía tener con todo lo que ignoraba de ella. La única que podía responderle y ayudarlo a encontrarla, ahora, era Felicia, por lo visto, su cómplice de secretos.

—Voy a buscar a mi suegra —dijo de pronto—. Sólo ella podrá ahora darnos un indicio de por dónde empezar la búsqueda.

—Es cierto, Darío, y si es que ella ya no está allá —dijo Lorenzo con mirada reprobatoria a su esposa que parecía no comprender el alcance de lo que estaba sucediendo, y mucho menos que la información que acababa de

brindarles debió haberla dicho mucho antes—. Si hubiéramos sabido que salió dos veces por encargos de Felicia... Si anoche hubieras comentado algo sobre ello... ¿Al menos recuerdas algo más, Fátima?

—No, no... sólo que estaba como distraída, preocupada.

—No tiene sentido mirar hacia atrás —opinó Darío en el que se marcaban ya, enormes ojeras en el rostro y pliegues de dolor— no hay tiempo que perder en ello.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, Lorenzo, pero por favor, no abandones los recorridos por las calles, no quites tu gente de la búsqueda, que interroguen a todos los que puedan.

—¡Alguna de las 70000 almas de esta provincia debe saber algo! No te preocupes, pondré a todos en acción. Y tendré un grupo armado para cuando regreses, por si lo necesitamos. Sin contar en que también sufriste la pérdida de tus mulas, creo que debemos hacer la denuncia de ambas cosas.

—Espero que no lleguemos a necesitar armas, pero gracias. Dejo en tus manos lo de la denuncia, todo sirve.

—Dejaré una guardia permanente cerca de la botica, por las dudas. Y si en un corto tiempo no sabemos nada más, recurriré al consejo de mi amigo el Dr. José Antonio Ortiz del Valle, asesor del juzgado del crimen. Nos podrá ayudar.

—¡Muchas gracias! Yo no tardaré en volver con Felicia y al menos a través de ella tendremos una noción de a qué lugar la envió, que le encargó además de remedios —dijo Darío y sin esperar respuesta preparó su caballo y se marchó.

El aire fresco de la mañana le secó las lágrimas del rostro y hacia el sector de las sierras alcanzó a notar la tormenta veraniega transformando las cumbres. No se dejaría derrotar, ni por el miedo, ni por ninguna tormenta, pero si no encontraba a Ángela, si no la volvía a ver, no tenía idea de qué resquicio de su alma extraería fuerzas, para seguir viviendo.

Hay momentos de la vida que definen fronteras. Y las pérdidas de los afectos, son el único límite del que ya no se puede regresar.

TERCERA PARTE

DEUDAS

“Felices aquellos que pagan a la Patria
la sagrada deuda que contrajeron desde la cuna (...)

¡Oh Patria amada!

¡¡Escucha los acentos de una voz que no te es desconocida,
y acepta con agrado los últimos esfuerzos
de una vida que se escapa!!”

(Gregorio Funes 1816-

Ensayo de la Historia Civil de

Buenos Aires, Paraguay y Tucumán)



CAPÍTULO L

ÁNGELA

Año 1825

“¿En dónde estoy? ¿Cómo llegué aquí?” es el primer pensamiento que se cuele en su mente. Cada pensamiento es doloroso, corto, inmediato. Sin ninguna esperanza como puente y por un momento piensa que tal vez, no hay nada más parecido a la muerte.

Unas campanadas a lo lejos, le dan la certeza de estar viva, mientras el metal resuena sobre metal y en su rostro y su piel, le parece revivir una secuencia hipnótica de otros golpes que no entiende. Tal vez continúa en un sueño. O tal vez de verdad, esté muerta y los ángeles la estén recibiendo en su gloria, piensa ahora esperanzada. Cierra los ojos otra vez, rogando que el dolor se pase, que la expresión del hombre que la torturó, que le pidió información, no vuelva más y se vaya para siempre. El dolor es abrumador pero ella se ha prometido a sí misma morir, si es necesario antes que confesarle algo que ponga en peligro a su familia.

De pronto comienza a recordar: la voz está sobre ella otra vez y le grita aterrizada aunque no puede terminar de entender si la presencia que la produce es real, o producto de su imaginación, o es su pesadilla reiterada, pero lo huele. Ese aroma a mentas y tabaco fuerte y otro olor más acre, más espeso que penetra por sus fosas nasales y la adormece. Ahora no puede ni gritar, su boca se anestesia otra vez y le parece masticar el aire.

Sobre ella se derraman los insultos incomprensibles, apabullantes:

—Maldita puta, vas a hablar, aunque me lleve un año —dice la misma voz de sus pesadillas—. Y empezaremos por el principio. Vas a cantar como una linda calandria y nos vas a decir dónde encontramos a tu madre, a tu esposo y a tu hijo. Uno por uno, maldita. Porque si no hablas, vas a conocer lo que es de verdad, el dolor —le grita ahora en el oído y ese grito penetra hasta su cerebro y ella sabe que también grita enloquecida aunque ya no reconoce ni su propia voz. No les piensa decir nada, y aunque quisiera, su boca está anestesiada—. Deja de gritar, desgraciada de mierda —escucha que le dice ahora ese hombre, al mismo tiempo que recibe otro golpe en su cara.

Siente la orina caliente escaparse entre sus piernas y correr por sus muslos

hasta el piso. La humillación no tiene límites pero ahora es lo de menos, ante esa oscuridad que otra vez se adueña de su mente.

En ese estado de inconsciencia, piensa que seguramente se ha orinado en la cama, como cuando era niña y su madre Felicia la retaba primero pero luego, la acompañaba a lavarse y escuchaba con paciencia infinita los detalles de la pesadilla. Ojalá aparezca Felicia a ayudarla ahora, también.

Pero esta situación es extraña. Es como un sueño dentro de otro sueño. El golpe y los insultos han sido tan reales, como haberse orinado encima. Pero al mismo tiempo ahora es consciente de que no sueña y que Felicia no aparecerá. Sabe que la ha llamado. Que ha gritado su nombre varias veces.

¿Cómo llegó allí? Se vuelve a preguntar.

Se ve a sí misma saliendo de la casa de los Soria, amigos de Darío, y caminando apresuradamente por las calles de esa Córdoba progresista, llena de ruidos y movimientos desconocidos, pensando en que rastreará información sobre su pasado, sobre sus abuelos, sobre Rosario y Ana. Tiene un papel en la mano con un plano simple, dibujado por Felicia, con puntos claves: el Cabildo, El Convento de las Carmelitas, la Plaza central, el Mercado, las calles que llevan al río y a la Cañada. No es sencillo hallar otra vez la calle de su infancia. Sus pasos la llevan al lugar donde ahora se alzan nuevos comercios, tan diferentes a lo que recuerda, aunque los olores son los mismos, intensificados.

Piensa en su esposo, que hace trámites para vender las mulas al mejor postor en el mercado para sacarlos de la bancarrota, y con el que ha discutido hace unas horas. Piensa en su niño que ha de estar jugando con el pequeño hijo de Fátima Soria, su amiga del centro. Piensa en la fiesta a la que no irá y el vestido que ya no usará. Piensa en la muñeca de ébano que sin querer, ha quedado guardada en uno de los bolsillos con pliegues del amplísimo vestido que lleva puesto, y que el pequeño Simón reclamará, si se quiere dormir, pero no encontrará porque la tiene con ella.

Los golpes cesan y su cuerpo tiene un rato de alivio. Sabe que ha hablado, que ha llamado a Felicia, su madre. No sabe qué ha dicho pero tal vez tampoco importe porque sabe también que está por morir. Que estos son sus últimos minutos y debe usarlos bien; recordando la mirada de los que ama y que jamás volverá a ver. Se cuelga de sus rostros, de los recuerdos. De la sonrisa del pequeño Simón, de las caricias y la pasión indoblegable de Darío, de las carcajadas y los relatos interminables de Felicia.

—Bien, maldita. Muy bien... —escucha la voz del hombre, pero no sabe a

qué se refiere. A fin de cuentas ella ya está muy lejos de allí. Está en su casa, en las sierras, al lado de su madre, su esposo y su hijo. Mira las montañas, asciende por las laderas hacia el nacimiento del río, allá, pegadito a las antiguas minas. Baja la cabeza agotada.

—Muy bien, déjenla descansar. Ya seguirá cantando la negra de mierda.

El tiempo transcurre en esa modorra hipnótica. No ha vuelto a escuchar la voz de su pesadilla, ni las campanas distantes. Quizás ya ni los ángeles le tienen piedad.

De pronto le llegan otros recuerdos: olor a río y a frutas del mercado; las aguas embarradas por la lluvia de verano, por las que camina escuchando los cascos de los caballos y los ladridos de los perros. Las calles están sucias, con olores nauseabundos que el calor de febrero, intensifica.

Un hoyo en su estómago le produce muchas ganas de vomitar. Abre los ojos y lo hace sobre el piso de esa habitación oscura y fría en la que ahora permanece encerrada y atada.

Trata de abrir los ojos para saber dónde se encuentra y recuperar un poco de cordura, pero le resulta imposible y sabe que otra vez, caerá presa de la horrible pesadilla que la atormenta desde su niñez pero que ahora se ha convertido en su única y espantosa realidad.

Otra vez los repiques del metal la transportan a las misas del campo, cuando las campanadas de la capilla exhortaban a la comunidad religiosa a la oración. Por un momento, Ángela se atrevió a preguntarse si al cerrar los ojos, el sueño proseguirá, y podrá de una vez escapar de ese hombre. Pero eso no ocurre. Otra vez la voz que le dice:

—Describe cómo llegar, puta —y le dan algo de beber por la fuerza.

Su boca vuelve a anesthesiarse y sabe que está hablando aún contra su voluntad. Piensa en Felicia, en su hijo y en Darío. Y en que quizás ya jamás los vuelva a ver. Se adormece, y su boca ya no se mueve, pero escucha las voces que la rodean, escucha el diálogo incomprensible.

—Don Sebastián, yo sé dónde queda ese lugar, hay una vieja capilla y unas minas abandonadas. Terminemos con ella, ya no sacaremos nada más —escucha como en un sueño.

—Nadie te dio vela en este entierro, Troncoso. Yo doy las órdenes.

—Sí, patrón.

—Además no sabemos si allí encontraremos al niño —continúa la voz que más teme, la de la pesadilla.

—Deberemos dejar un hombre que la vigile, de cualquier forma ya no creo

le quede mucho a esta yegua de mierda. Terminemos con ella, Don Sebastián. Usted siempre dice que no dejemos cabos sueltos.

—Te digo que no. Debemos terminar con todos. Si el niño sobrevive, todo habrá sido en vano. Y no voy a permitir que me lo arruinen. Deja a alguien que le dé una mirada —dice la voz de manera terminante.

Ángela sabe que a veces la realidad puede ser más terrible, que cualquier pesadilla que podamos imaginar y que los hechos que determinan el futuro son producto del azar pero también de la decisión. Cierra los ojos y deja que su cuerpo flote, mientras alcanza a pensar que debe encontrar un modo urgente de escapar de allí, que puede ser su decisión cambiar la historia, salvar su hijo, salvar a su madre. La pesadilla está ganando la batalla, mientras ella se muere... se muere lentamente y todo lo demás también.

CAPÍTULO LI

SEBASTIÁN

La crisis política, económica y social generada por las guerras independentistas tenía diversas aristas. Por un lado la imperiosa necesidad de organización social y política para optimizar el funcionamiento interno, por otro, la influencia inglesa marcando una tendencia liberal en la economía, y en un aspecto más vedado de la historia, la gavilla de salteadores que asolaban con creciente virulencia, las distintas zonas rurales de las provincias. Las guerras por la libertad, habían dejado por fruto otro sentido más oscuro de la libertad: algunos estaban dispuestos a tomarse todas las atribuciones y licencias necesarias para sobrevivir.

Sebastián había recorrido la Estancia con satisfacción. Las conversaciones y nuevos convenios con algunos arrendatarios, habían dado frutos, ya que los contratos firmados garantizaban varios años de dinero ingresando en las arcas con poco trabajo. Luego verificó que los troperos terminaran su labor: faenar algunos animales, encerrar y remarcar a los nuevos. Por su parte los fleteros ya estaban listos esperando la provisión de animales que trasladarían en pocos días.

Desde la muerte de Encarnación parecía que la vida le sonreía. Si bien la mujer había sido en su momento su prioridad, con el tiempo se agotó. No había logrado convencerla, ni bajo los efectos del opio, de que le cediera las tierras o la completa administración y para colmo de males, no había encontrado los papeles legales de la Estancia. “Si no hubiese sido tan tozuda, podríamos estar disfrutando de todo esto, juntos” piensa con cierta reminiscencia, ya que Encarnación había sido lo más cercano al amor, que había rozado su vida.

En los comienzos de esta nueva relación había intentado por las buenas, con atenciones dulces, con el romanticismo, con la seducción, recuperar algo de lo que la mujer hubiera sentido por él en el pasado

—Tratemos de ser felices juntos, Encarnación. Tal vez, si dormimos juntos te sientas mejor, menos sola —le decía todas las noches tratando de convencerla de que lo dejara acompañarla en su habitación. Pero ella se negaba.

—No podré, Sebastián. No, hasta que me saque estas terribles ideas que rondan mi cabeza permanentemente de no saber qué le pasó a Felicia y a su hija. Por favor... alcánzame los remedios y sigue buscando.

Los días y las noches comenzaron a sucederse de manera reiterativa sin grandes cambios. Hasta que al final, había tomado esa decisión que lo cambiaría todo. Si la principal debilidad de esa mujer eran su hija y su nieta, si ellas era el impedimento para volver a empezar, había que sacarlas del medio. No tenía idea de dónde hallarlas, pero sí podía inventar una perfecta historia. Entonces, le pagó a un aparcerero para que trajera la terrible noticia.

—Tengo que decirles lo que averigüé: un carruaje ha sido encontrado en las afueras de Córdoba, que al parecer fue atacado por salteadores de caminos. Tal vez, desertores —comenzó el hombre diciendo.

—¿Qué me quiere decir? ¿Qué me quiere decir este hombre, Sebastián?

—Que debes ser fuerte, mi amor —dijo su primo fingiendo una pena inexistente. En su interior pensó que la mentira era perfecta y que ojalá se cumpliera. No era así, por el momento, pero la mujer no tendría nunca, cómo averiguarlo.

—No, no... Debes ir a verificar.

—Lo haré mi querida. Lo haré. Pero debemos prepararnos para lo peor.

Luego, como toda mentira, fue sólo cuestión de armar bien la historia, sin contradicciones, sin resquicios y con muchos detalles. Logró convencerla de que el carruaje estaba lleno de sangre y que en su interior había documentación sobre Simón y Felicia, y que todo lo que habían investigado confirmaba sus muertes, que no habían podido trasladar los cuerpos, que al final habían decidido enterrar a los tres en el lugar; que podían recordarlos con una misa en la capilla, con tres cruces en el cementerio de la Estancia.

Encarnación lloró y rezó interminablemente frente a las cruces. Luego se encerró durante semanas, las que Sebastián aprovechó para conseguir que le firmara un Contrato de Comodato para administrar las tierras hasta su recuperación y le pidió su autorización para hacerse cargo también del negocio del centro, de Simón, ahora que él ya no estaba. Encarnación accedió a todo, salvo a demostrarle un poco de amor, o de consideración como hombre. Sebastián se dispuso a esperar. Él era paciente, había aguardado por ella durante tantos años, unos meses más o menos no cambiarían nada y ya se le pasaría. Pero eso no ocurrió.

Una noche intentó acercarse otra vez a ella, sumida en esa profunda modorra producto de los medicamentos que ya no necesitaba administrarle él, sino que ella misma le pedía a diario. Ingresó a su habitación y la abrazó por la espalda. Todo eso era suyo y esa mujer también.

—Te amo, Encarnación —le dijo apretándola a su cuerpo pero sintiendo

que ella reaccionaba a la defensiva y poniendo distancia.

—No, por favor, Sebastián.

—Vamos... ayúdame para que juntos volvamos a ser felices.

—No puedo...

—Mira, todo esto que nos rodea es nuestro, podemos hacerlo prosperar juntos. Te he dado tiempo, puedo seguir dándote tiempo, pero dime algo, amor. Que tengo alguna oportunidad —le dijo con ternura, hablándole al oído y volviendo a abrazarla. Pero ella había girado hacia él y con total frialdad, le había dicho:

—Jamás te amaré y jamás volveré a ser feliz —“Maldita mujer” había pensado en ese momento. Y así, había fijado su sentencia.

Sebastián no era hombre de rendirse ante nada, y la indiferencia de una mujer no lo amedrentaba. Pocos meses después la invitó a un viaje especial a Buenos Aires, con visita al teatro y cena especial para dos. Encarnación demostró entusiasmo por la posibilidad de ese viaje. O eso creyó él.

“Maldita mujer” había vuelto a pensar cuando esa noche, se había acercado a ella para abrazarla y besarla como cuando eran jóvenes y la sentía temblar de pasión en sus brazos. Y ella, obnubilada de medicamentos había respondido al abrazo llamándolo Francisco. Y esa fue la gota que rebalsó el vaso. La golpeó y abusó de ella como quiso y cuantas veces quiso, rememorando con deleite aquella primera vez, reviviendo su miedo, sus llantos, sus ruegos, saboreando esa piel durante tantos años recordada. Al fin y al cabo la espera eterna, y la dulzura, no eran para él y al parecer, tampoco para esa mujer.

—Pude ser cálido y acogedor contigo, Encarnación —le decía en cada embestida—. Pero prefieres por la fuerza —insistió besándola. Pero ella lo mordió y lo arañó—. Siempre te gustó así, y me dirás “te amo Sebastián” quiero oírlo de tu boca —le dijo sin obtener respuestas, hasta que su cuerpo quedó inmóvil, indiferente. Y mucho menos, sin que la frase mágica se escapara de su boca, ni por asomo de equivocación.

Los días subsiguientes la mantuvo encerrada en la casa donde se hospedaban pero al llegar sólo encontraba una Encarnación muda, pálida, absorta, que ni siquiera había probado bocado y sólo le repetía:

—Dame los remedios, Sebastián y volvamos a Córdoba, porque puede aparecer mi hija y mi nieta y yo no estaré para recibir las.

“Maldita mujer que no me ve, y no entiende que su hija no volverá” volvió a pensar, odiando a esos seres invisibles en sus vidas que le arrebatan a

Encarnación. Finalmente, resignado, la dejó otra vez sola con las pastillas sobre la mesa.

—¡Qué siga durmiendo, maldita desagradecida! —murmuró mientras se iba a una fonda a emborracharse hasta que el olvido le diera alivio.

Pero esa noche al volver, la había hallado allí, caída sobre el piso. El médico no hizo otra cosa que confirmar sus sospechas: Encarnación había decidido y elegido el día de su muerte.

“Maldita mujer, que nunca me amó y eligió a sus muertos” pensaba ahora recordando el sencillo entierro de Encarnación en el Cementerio de Buenos Aires, la ciudad donde había nacido y de donde quizás, jamás debió sacarla.

Y es que los muertos son a veces tan presentes que se llevan la vida de los que quedan, como deudas impagables. Los deudos, les dicen a los que sobreviven a un muerto.

Sebastián se prometió a sí mismo que eso no le pasaría. Que no quedaría adherido a esa muerte, ni a todas las otras que cargaba en su conciencia o de las que faltaba sumar a sus deudas, antes de terminar de atar todos los cabos sueltos. Cabos sueltos como Zoilo y Rosario en su debido momento, que se ocupó muy bien de eliminar, o el de Felicia y su hija que seguían siendo un saldo a cuenta.

Tal vez si la suerte lo acompañara, esas dos habrían muerto en manos de los indios, o por los desertores en su huida al norte como él inventó y nunca pudo comprobar.

Hombre previsor vale por dos, pensó y después de la muerte de Encarnación, dejó en el negocio del centro que perteneciera a Simón, a uno de sus más fieles servidores, bien aleccionado: si Felicia y su hija volvían debía enviar un mensajero con urgencia a avisarle. Era improbable que eso ocurriera pero no estaba de más.

Sí, una pena que esa maldita de Encarnación, no hubiese querido apoyarlo, amarlo, acompañarlo, porque todo hubiera sido diferente y él no estaría ahora cargado de ese odio visceral, como si la vida en realidad, fuera la que le debía algo.

CAPÍTULO LII

ÁNGELA

1825

¿Cuándo volverían los hombres de la pesadilla? Se preguntaba Ángela en estos cortos y escasos minutos de cordura que parecía tener.

Luego de golpearla hasta el cansancio, los hombres se habían marchado. ¿Habían logrado de ella, lo que se habían propuesto? ¿Había respondido al cruel interrogatorio? ¿O había logrado mantenerse sin hablar? Todo era tan confuso como distante. Como si le hubiera ocurrido a otra persona. Como un sueño dentro de otro sueño. Sintió el olor de su propia orina y el estómago revuelto.

Debía huir. Movi6 las manos de las ligaduras y aunque notó que cortaban su piel, era preferible perder sus manos a seguir atada o esperar el final de manera impasible, al que esos hombres la someterían cuando regresaran.

Siguió girando las manos, sintiendo correr la sangre por las palmas, mientras los ojos se le anegaban de lágrimas y los recuerdos confusos se agolpaban en su mente al borde de sumergirse otra vez en la inconsciencia. Notó que una de sus manos quedaba libre y que podía quitar la soga, pero escuchó ruidos en el exterior. Se quedó inm6vil y puso las manos en su lugar. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza. Tal vez, debía dejarse morir, era lo mejor. Tal vez, era Darío que venía a buscarla. Tal vez estaba soñando, y ahora entraba Felicia al cuarto a limpiarla y decirle que todo estaba bien como cuando era niña.

El hombre ingresó. Sintió su pasos, su olor rancio y a vino ordinario. Lo sintió agacharse a sus pies y desatárselos. Por un momento se llenó de esperanzas. Tal vez... habían venido a rescatarla. Abrió los ojos y lo vio agachado frente a ella, abriéndole las piernas y por subirle el vestido. Esperó mientras con sus manos acariciaba lentamente sus muslos, disfrutando la suavidad de su piel y miraba con ansias su entrepierna. El olor del hombre se mezcló con el suyo. El olor del terror es como una droga para las fieras hambrientas y el hombre se inclinó aún más abriendo la boca desdentada y sacando la lengua. Le dieron arcadas, pero esperó a que el hombre se agachara, acercando su boca. Entonces, con las últimas fuerzas que le quedaban levantó la pierna y le pegó con la rodilla en plena mandíbula. Un

chasquido y un grito, le informaron que había sido certera y que tal vez ahora, tenía una oportunidad. Ángela no dudó. Se sacó la soga de las manos y volvió a patearlo en la cabeza sin piedad. Pero el hombre intentó reincorporarse y la agarró del vestido cuando Ángela pasaba sobre él. La mujer tiró, sintiendo que toda la pollera se rasgaba, pero se soltaba de esas garras que intentaban retenerla a esa pesadilla interminable. Tomó los pedazos de tela que colgaban de su cintura y corrió hacia la puerta que veía entornada. El hombre la siguió con un cuchillo en la mano y se abalanzó sobre ella, pero en ese momento, la muchacha logró llegar a la puerta, la abrió con brusquedad y le pegó de lleno en el rostro. Cayó como un peso muerto hacia atrás y quedó inmóvil, entonces no volvió la vista atrás. Corrió por un pasillo interminable, apenas iluminado por unas lánguidas velas y en unos segundos estaba en la puerta hacia el exterior, extrañamente oscuro y silencioso.

Las calles le parecieron monstruos amenazantes y desconocidos y los faroles, gigantes dispuestos a lanzarse sobre ella arrojando sombras mortíferas. Se arrastró por el empedrado con dificultad y un dolor intermitente en las sienes. Debía alejarse del lugar antes de que llegara el hombre malo. El de las pesadillas. Debía buscar a Darío y a su hijo. Debía advertirle a su madre que no había podido callarse, que había hablado de más, que había sido débil y había confesado.

Por un momento su mente se transportó a otra época y se vio trepando las montañas, jugando entre las piedras del monte. El agua de la pequeña cascada que brotaba del techo de las viejas minas abandonadas, le pareció un remanso para sumergir sus pies y sus manos tan doloridas.

—Ay mami... Ay mami... no pude... no pude resistir... —le murmuró a la brisa fresca que ahora sentía sobre su cara mientras el barro y el agua de las calles se adhería a sus piernas y a su vestido.

Recordó el rostro de Darío y por un momento hasta pensó que tal vez estuviera por llegar, por rescatarla del puma otra vez, y que debió esperarlo.

Se arrastró interminablemente por ese sendero desconocido hasta una puerta. Todo se mezcló y se tornó oscuro.

Tal vez, la muerte es esto. Esta agonía, este dolor interminable, esta huida sin fin. Golpeó la puerta, una, dos veces. Intentó incorporarse pero las piernas no la sostuvieron, aún así, golpeó enloquecida.

—Ayuda... —gritó desesperada, pero supo que ya no es ella, sólo una sombra sobreviviente de una locura sin sentido.

Ya no reconoce más ni su voz. A lo lejos escuchó el ladrido de los perros

y ese grito que la llamó “puta” que parece brotar de su pesadilla. Se arrojó contra la puerta, la pateó y la golpeó con sus brazos y piernas, mientras divisaba al hombre al final de la calle, que venía tras ella con el rostro ensangrentado.

Y en el momento en que cree que su vida llegó hasta ese punto, ese segundo definitivo en que esa sombra la alcance, la puerta se abrió y cayó al piso al lado de una mujer con un largo vestido blanco. No pudo mirarla, aunque pensó que quizás era un ángel salvador.

Ya no siente dolor, ni sonidos. Una oscuridad sin fondo, un negro total ha invadido todos los contornos. Un vacío completo. Una declaración de muerte de todos sus sentidos.

El ángel vestido de blanco, se ha agachado a su lado y entonces, resignada, cierra los ojos, porque está pagando la culpa de haber hablado de más.

A veces la muerte más que un castigo, es la única redención posible.

CAPÍTULO LIII

SEBASTIÁN

1825

Todos los días al levantarse, el hombre miraba con sentido de orgullo y posesión a su alrededor y pensaba en que al final, tal vez estaba siendo desagradecido al extrañar a Encarnación, ya que si bien la vida le había negado el amor, le había devuelto lo que realmente le correspondía por derecho propio en cuanto a lo material y que si esa maldita mujer, no había querido disfrutarlo a su lado, había sido su decisión, por lo tanto él no era responsable.

Sí, maldita mujer que lo había dejado solo, al elegir el camino más fácil, el de la muerte. Ahora sólo le quedaba esa Estancia y aunque ya no tenía con quien compartirla, eso era irrelevante, porque el paso del tiempo todo lo cura y después de lo que había tenido que hacer para recuperar y conservar ese lugar, nada ni nadie se lo quitaría, mucho menos esa mujerzuela mulata, que acababa de aparecer de la nada.

Mirando hacia atrás recordó ese mediodía, en que el encargado de la zapatería había cumplido su palabra.

—Don Sebastián, hay novedades. No va a creer usted quién se apareció por la zapatería de los negros.

—No...

—La hija del negro, creo. Sí señor.

—¿Preguntaste el nombre?

—Por supuesto, patrón. Dijo llamarse Ángela González. Tal como usted dijo. La hija del negro zapatero. Y cargaba un niño en brazos. Su hijo por lo que entendí, porque lo llamó Simón.

—¡Mierda! ¿Y dónde están? ¿Los dejaste ir? Si te dije...

—No, mi patroncito. Me dijo que mañana volvería. Que esperaba que yo le diera información sobre unos... tal Rosario y Zoilo.

—Carajo...

—¿Hice mal?

—¿Te dejó alguna dirección?

—No me di cuenta...

—Mierda, si serás idiota. Claro que hiciste mal.

—Pero volverá.

—Más te vale o te rajo un tiro.

—Volverá —le había asegurado el hombre.

Y así había sido. La pichoncita cayó solita en la trampa, salvo por un detalle. Había regresado sola, con el problema de saber ahora, dónde carajos había dejado al niño y qué había pasado con su madre Felicia.

Contaba con poder sacarle esa información y con finalizar la historia sin dejar rastros. Recién allí, él sería el único dueño y heredero legítimo de la Estancia Amuchástegui.

—¿Remarcaron las bestias? —le preguntaba en ese momento a su capataz y pensando que debía volver con urgencia al centro, para continuar con el interrogatorio despiadado al que estaban sometiendo a la mujer. Debía aflojar de una vez. Ángela no podía ser tan dura a la tortura y a las drogas.

—Todo listo, Don Sebastián. Pero esta vez, debemos andar con cuidado. Han puesto controles en todos los caminos, y la ciudad es un hervidero. Tal parece que hemos tocado a alguien con influencia.

—¡Carajo! Averigua todo lo que puedas. ¿Qué mulas se robaron?

—Ya lo hice, patrón. Eran de un tal Rivero, no lo conocemos y tal parece que nadie lo oyó nombrar. Es de otros pagos.

—¿Y por qué traía las reses? ¿Qué hacía por acá? ¿No estaba de paso hacia el sur, como todos los que hemos asaltado?

—No, patrón. Algo debe tener que ver Don Soria.

—Mierda, mierda, mierda... Mil veces, mierda. ¿No les dije que no nos podíamos meter con los grandes y poderosos?

—¿Cómo podíamos saber? Venían de las sierras. No eran de acá. No sabemos si las reses las compró Don Soria, si las ayudaba a vender... en fin. Pero sí, dicen que Soria ha puesto a toda su gente en las calles y los caminos. Algo debe tener que ver con Rivero...

—¡Obvio, imbéciles! ¡Don Soria, debe haber sido el comprador! ¡Y es muy amigo de Ortiz del Valle, el principal asesor del juzgado! ¿Te das cuenta, idiota? ¡Yo he hecho negocios con él! ¡Me conoce! ¿Pueden entender que no va a parar hasta dar con los que se llevaron el ganado de Rivero? ¿Quién mierda es ese Rivero? ¿Y de dónde salió?

—No sé...

—Averigua, mierda... mierda... —dijo pateando cosas a su paso y pensando que todo se estaba desacomodando.

Este problema de haberse metido con una compra de Soria y la mujer encerrada en el fondo del negocio del centro, eran dos cuestiones a las que había que darles solución urgente.

—Pon gente a despostar los animales que se puedan, y los demás encerrados hasta que sepamos algo más. Nada de moverlos por los caminos. No por ahora. No es seguro.

—Sí, patrón.

—Y vuelve a llamar al idiota ese de Troncoso, que me tiene que acompañar otra vez al centro. Voy a ver cómo está el ambiente por allá y luego veremos qué hacemos con los animales —agregó mientras le ensillaban un caballo.

Había llegado la hora más temida.

Después de drogar y golpear a Ángela otra vez, Troncoso había conseguido que la muchacha dijera algunas frases entrecortadas. Había llamado a su madre, se había orinado encima, había gritado, orado y llorado. Había hablado de la Estancia, y al fin habían podido deducir la ubicación del lugar a través del conocimiento que Troncoso tenía de la región serrana y algunos detalles que le mencionó, la vieja capilla, el río y las minas.

No era fácil tomar la decisión que ahora lo esperaba. Pero pensándolo bien, esa mujerzuela, ni siquiera era sangre de su sangre, no era una Amuchástegui, según le había contado Encarnación, sino la hija mulata de Felicia, quién a su vez era otra mulata producto de la aventura de ese pícaro de Francisco. “Una negra de mierda que se cree con derechos que no tiene” pensó escupiendo el piso. Jamás permitiría que eso pasara, la Estancia era de Encarnación y ahora de él. Herencia de sangre, no de papeles. Entonces se encargaría de que se hiciera justicia. De los papeles, se encargaría más adelante.

—Deberemos dejar un hombre que la vigile, de cualquier forma ya no creo le quede mucho a esta yegua de mierda. Terminemos con ella, Don Sebastián —escuchó que le decía Troncoso interrumpiendo sus pensamientos.

—Te digo que no, carajo. Debemos terminar con todos. Si el niño sobrevive, todo habrá sido en vano. Y no voy a permitir que me lo arruinen.

—¿Adónde vamos ahora, patrón?

—A la casa que esta puta y su madre tienen en las sierras. Pensar que estaban tan cerca desde hace años y no lo sabíamos. Empezaremos por ahí. Tal vez la vieja nos diga dónde hallar al niño y la documentación, o si tenemos suerte, lo tenga con ella y matemos dos pájaros de un solo tiro.

—¿Y el marido de ésta?

—Ya averiguaremos también quién es y dónde está. Si tenemos suerte, serán tres pájaros. Pero él no es importante. Muertos los herederos no tendrá nada que reclamar ni medios para hacerlo —finalizó pensando que la Justicia era el único camino para saldar las deudas del pasado, pero también un camino sin retorno. Él ya había dado pasos sobre los que no se podía volver.

CAPÍTULO LIV

ÁNGELA

La noche se deslizaba con parsimonia irreal en la quietud del Monasterio y en la monotonía de las actividades del final del día, de las hermanas carmelitas. El opresivo silencio, sólo entrecortado por algunos pasos y el viento silbando en las aberturas, cargaban el aire de una melancolía tensa y expectante.

La mujer intentó moverse, aunque sus músculos permanecieron atezados y sus ojos cerrados por un peso insoportable.

A través de la ventana, sólo le llegaban extraños murmullos de mujeres al parecer poniendo las trancas en las puertas. A lo lejos, los intensos repiques de las campanas ponían una nota irreal y tétrica a una situación incomprensible.

Era extraño que ese sonido de campanas, por un segundo la hiciera sentir a salvo. Trató de recordar los últimos hechos en secuencia lógica, pero en cambio le llegaron retazos y fragmentos inconexos: el dolor, los golpes en su rostro y en el estómago. La huida por las calles de Córdoba con el hombre persiguiéndola. Y luego las monjas intentando ayudarla, alucinaciones, sus propios gritos, su rechazo a ser tocada, su relato incoherente sobre lo que le había pasado. Un poco de alivio: una monja con cara de autoridad a la que escuchó llamaban Madre Superiora le preguntaba su nombre, y de dónde venía, otra monja de piel cetrina y esos maravillosos ojos celestes como el cielo, le ofreció agua.

Ángela recordó ese hecho como algo puntual y muy real, por lo que supuso, no formaba parte de la pesadilla. Por un momento, hasta le pareció reconocerla. Esos ojos, tan iguales a los de su amiga de la infancia, Ana, su hermana de crianza, pero que es imposible que sea ahora esa mujer vestida de monja y que se arrodilló a su lado. Por un segundo la medalla de San Benito, colgada en su cuello la encandiló y pensó que no estaba muerta y que ese ángel había venido a rescatarla.

“¡Ah, pero si debí haber hecho caso de mis premoniciones!” pensó con desesperación.

Volvió a cerrar los ojos con un inmenso cansancio, esperando despertarse en su cama, al lado de Darío, en la tranquilidad de sus brazos y no con este terrible miedo de que otra vez, ese hombre se aparezca ante ella, para

torturarla.

De pronto escuchó otras voces, pasos en el pasillo y el crujido de una llave abriendo la cerradura de su celda. Se incorporó con esfuerzo, y terror. Si es el hombre otra vez, ya no va a poder soportarlo, morirá al fin. Pero para su sorpresa, las voces son femeninas, tal vez... tal vez vienen a rescatarla.

La habitación ya está casi a oscuras pero alcanza a ver en la nebulosa de sus ensoñaciones, dos monjas que ingresan nuevamente y se le acercan. Una de ellas lleva una vela que apoya en la mesa y una botella con agua.

—Veo que se ha despertado al fin —dijo la otra monja que llevaba un rosario y un frasquito en sus manos— la hermana Sofia la va a limpiar, si usted la deja, por supuesto —prosigue mientras se le acerca—. Tal vez, cuando se sienta mejor pueda explicarnos qué le pasó y cómo llegó hasta acá.

Ángela la mira con atención. Esa voz, que le llega como a través de un túnel, esa manera de hablar inconfundible. “Y esto no es un sueño” piensa. Los sueños no tienen olores y ella puede sentir el aroma de las velas y del incienso que impregnan ahora su nariz.

Intenta hablar pero su boca está pastosa, como llena de algodón. La abre varias veces pero sólo se escapa un graznido. El dolor de cabeza es insoportable y el único recuerdo que le llega ahora, bastante vago, es el de la casa de una mujer que la invita a una fiesta. Cierra los ojos. Los aromas de la ciudad, la gente con la que se cruza en la calle. Una puerta donde busca respuestas. Ella ha golpeado esa puerta. Y eso es todo.

¿Puede la vida borrarse en un instante? ¿Qué había detrás de esa puerta que le da ahora, tanto miedo? Esa puerta cerrada es un misterio y una respuesta a la vez. Pero no la puede abrir. Entonces abre los ojos. La monja de mirada inmensamente clara, la mira y le ofrece agua. Con desesperación trata de tomarla pero se ahoga y tose hasta el cansancio, vomitando otra vez.

—Espacio, señora. Espacio. Volvamos a intentar —dice esa voz que le llega de un pasado lejano.

Ángela intenta prestar atención, y la mira, aunque sus párpados están tan hinchados que todo se esfuma. Si Ana hubiese crecido y se hubiese hecho monja, tendría ese rostro, alcanza a pensar, tratando de no sentir el dolor aterrador que invade todo su cuerpo. “Ayúdame Ana” dice para sí misma, antes de caer otra vez en la oscuridad total.

A veces la muerte, puede ser la única compasión que necesitamos. Pero no está muerta, vuelve a beber y carraspea.

—Eso... muy bien...

—No me entregues... no me entregues al hombre malo... —se atrevió a decirle a la monja, con voz ronca y tomando una de sus manos.

—Sólo he venido a tratar de higienizarla, por su propio bien —expresó la mujer con voz tranquila.

—Soy yo... mírame... —le dijo Ángela a los gritos tratando de volver a tomarla de las manos, pero el intenso dolor de las piernas se lo impidió. La otra monja que permanecía a un costado se interpuso.

—Aléjese Sor Escolástica... el Demonio se ha apoderado de ella —murmuró la hermana Sofia.

Ángela se sintió por primera vez como saliendo de la pesadilla y comprendiendo que este horror actual, era la realidad que vivía y que si Dios, la había querido rescatar, lo estaba haciendo a través de estas mujeres pero no entendían lo que le pasaba, y sobre todo, que estaban en peligro. Comenzó a gritar sin poder contenerse y el cuerpo se zarandeó como movido por una fuerza propia, en espasmódicas convulsiones. Sor Escolástica se persignó con compasión y empezó a arrojarle agua bendita del frasco que llevaba, mientras movía el incensario a su alrededor y decía:

—Ave María, protege a esta pobre alma, libérala de todo mal ahora y siempre, por los siglos de los siglos, amén —finalizó ante la total inmovilidad de la joven, que la miraba ahora atentamente.

Entonces la monja apoyó los objetos en una mesita, se paró junto a ella y con mirada bondadosa se atrevió a agregar:

—Escúcheme, señora, es necesario que se tranquilice —le pidió con cautela, y notando que Ángela se había calmado y la escuchaba, continuó—. La invito a acercarse nuevamente a Dios, a reflexionar sobre el sentido de su vida y sobre los medios adecuados para responder generosamente a la ayuda que está recibiendo a través de mi alma —continuó como en un monólogo bien aprendido.

—Por favor... ayúdame —dijo la mujer en un murmullo.

—Lo haremos, si nos deja —prosiguió Sor Escolástica— ya que no puede seguir peregrinando por las calles o vendiendo su cuerpo. Si usted lo permite, en este lugar encontrará un remanso para su alma, limpiaremos su espíritu y la ayudaremos a que Dios la perdone —finalizó su prédica con total seguridad.

—Ayúdame...

—La ayudaremos —agregó la hermana Sofia acercándose a ella ahora con la esponja húmeda y pasándosela por el rostro. Ángela la dejó hacer, ya que el agua fresca le ofreció alivio y por un segundo se sintió más lúcida,

entendiendo con aterradora certeza que esa quizás era su única oportunidad.

—Ayuda... —intentó decir nuevamente con un hilo de voz y agradecida por ese corto instante de cordura que tenía— por favor... tienes que escucharme... Ana —se atrevió a agregar.

Las fuerzas se le estaban agotando, y no sabía cuánto tiempo más mantendría el control sobre su cuerpo y la posibilidad de comunicarse antes de caer otra vez en las terribles alucinaciones. Pero para su alegría había visto el sobresalto en la mujer ante la mención de ese nombre.

—Ana... —repitió esperanzada elevando el tono de voz.

—Se llama Sor Escolástica —había intercedido Sofía, continuando con su tratamiento de higiene y quitando el cabello del rostro de Ángela. Se lo acomodó hacia atrás y terminó de limpiar su rostro.

Sor Escolástica estaba paralizada, había abierto sus ojos desmesuradamente y la miraba ahora, como si viera a un fantasma.

—¿De dónde sacaste ese nombre? —preguntó acercándose a ella con una mezcla de interés y terror. De pronto cobró coraje y la tomó de un brazo, la elevó hacia ella con fuerza inusitada y la miró a los ojos furiosa— ¿Está el Diablo hablando por ti? ¡Fuera, maldito! —agregó ante la sorpresa de Sofía que dio un paso hacia atrás dejando caer el cuenco de agua al piso.

—No... Soy... Ángela... —alcanzó a decir mientras volvía a perder el control sobre su cuerpo y comenzaba a temblar y a llorar sin contenerse porque ya no tenía más voz.

Entonces recordó el balangandán y se levantó la manga del vestido. La joya que le había entregado Felicia antes de ese viaje se movió y los talismanes resonaron al golpearse entre sí. Sor Escolástica la miró temblando sin poder quitar los ojos de la medalla central. Volvió a mirar a Ángela, sin decir palabra cambiando el miedo por una tristeza incontenible.

—Es una bruja, está endemoniada. No se acerque Sor Escolástica — volvió a insistir Sofía cada vez más asustada—. Además de esos talismanes de la mano, también tenía una extraña muñeca negra que se cayó de su ropa. Seguro es una muñeca del Demonio, hermana, de esas que se utilizan para hacer brujerías —agregó mientras los ojos de Sor Escolástica se agrandaban aún más, si es que eso era posible.

Y entonces Ángela cerró los ojos agotada. Si esa era Ana y si esa no era otra pesadilla, entonces ahora, también era su única posibilidad de salvación. Si es que le quedaba alguna.

CAPÍTULO LV

SEBASTIÁN

A veces la vida es un círculo, con un continuo sistemático de insensateces encadenadas, cuyo único origen es la ambición. Quien no conoce esta semilla germinando en su alma, vive en paz. Los otros, los que están en ese círculo irracional ascienden en él, se meten en él, casi sin darse cuenta y la ambición es el único motor que los hace subir, pero también que los puede precipitar a un abismo sin fondo. Para almas como la de Sebastián, la vida sin ambiciones es como un campo yerto. Como ese campo ahora que ve sumirse entre las llamas oscuras ascendiendo también, en círculos en el cielo.

Los hombres se le acercan, impregnados con la transpiración del verano y el humo mientras la siesta está en su esplendor sobre las serranías cubiertas de nubarrones.

—No se va a salvar nada —dice uno de ellos.

—Ni nadie —responde otro.

Sebastián los escucha, pensando en las paradojas, en los círculos concéntricos de la vida, tan parecidos a los de las llamas ascendiendo de la casa.

—¿Y la mujer?

—Se desmayó al primer golpe. Morirá quemada, no se preocupe, Don Sebastián —dice el hombre mientras el aludido piensa en qué extrañas coincidencias unen la vida de todas las personas por un tiempo limitado.

Se habían presentado en el lugar simulando ser compradores de mulas y la mujer, en completa inocencia, los había enviado a la casa de los Rivero. Había sido amable, explícita. Era imposible no serlo ante él, un completo caballero hábil en las lides de usar su seducción y caballerosidad en las mujeres. No había usado su apellido, por supuesto, pero sí la tradicional arma de la manipulación tan bien heredada de los Amuchástegui.

Lo había sorprendido la belleza de Felicia. El paso de los años, sólo había contribuido a que su piel fuera más suave y fina, apenas surcada por un par de arrugas a los lados de sus labios generosos. Lo había sorprendido su mirada profunda y gentil, su tono de voz juvenil y alegre, su sonrisa amplia de dientes perfectos y si no fuera porque él conocía sus orígenes, jamás hubiera

imaginado que esa dama correcta y dulce era en realidad una mulata sucia, de dudosos orígenes, producto de la promiscuidad de Francisco Iriarte, y que si se lo proponía, esa negra de mierda podía quitarle todo.

—Y seguramente, ustedes en realidad necesitan hablar con mi yerno.

—Sí, seguro que sí. ¿Estaremos hablando de la misma persona? Yo busco a Don...

—Rivero. Darío Rivero es mi yerno —dijo dejándolo mudo de la sorpresa.

—Así es, señora —consiguió responder sobreponiéndose. No podía creer en la providencial coincidencia— Habíamos quedado con él en esta compra, por eso traje a mis aparceros —prosiguió señalando hacia las pircas de piedra que delimitaban la propiedad en la distancia, donde había dejado a su gente, para no asustar a la mujer.

—Oh, qué pena. Pero se fue a la ciudad a llevar unas mulas.

Sí, la vida tiene círculos concéntricos que nos reúnen una y mil veces con las mismas personas. Por lo visto el marido de la puta que tenía prisionera en el negocio del centro, era el mismo hombre al que le habían robado el ganado. Doble partida. No sólo le había robado el ganado sino que ahora también, tenía a su mujer.

Ganado y mujer. Lo máspreciado de un hombre y no siempre en ese orden. Tal vez... tal vez podía obtener mucho más de Darío Rivero si jugaba bien sus cartas. Pero ahora debía actuar rápido.

—Pero seguramente, usted puede decirnos cómo localizarlo.

—No, señor. No puedo. No pregunté detalles de sus transacciones ni del viaje —respondió precavida, y Sebastián había notado un cambio de actitud.

—¡Qué pena! Seguramente se está perdiendo un buen negocio con nosotros. Tal vez podría decirnos dónde ubicar su familia, su casa.

—No, señor, creo que lo mejor es que vuelvan otro día. Si lo desea llamo a mi capataz y habla con él —prosiguió y Sebastián notó que la mujer tenía miedo. No había visto ni capataces ni peones por ahí, menos a esa hora, pero no era cuestión de confiarse.

—Seguimos viaje, señora. Ha sido usted muy amable —agregó despidiéndose con una enorme sonrisa. Levantó la mano y la saludó. Sí, era paradójico. Después de tantos años de no ver a la hija de Encarnación y ahora volver a verla por última vez, le produjo un escalofrío de regocijo. Sus problemas llegaban a su fin.

—Arrasen con todo —le dijo a la cuadrilla de depredadores que eran sus

troperos ni bien llegó a la pirca—. Y busquen a la familia Rivero —finalizó.

Ahora, viendo las llamas ascender en una columna oscura hacia el cielo, pensó que el círculo de su vida también comenzaba a cerrarse. Faltaba muy poco, pero ahora sabía muy bien cómo encontrar a Rivero y a su hijo, cómo atraerlo y ponerlo a su merced. Si todo salía bien, nadie volvería a saber de ellos y nadie los reclamaría. Al fin y al cabo, salteadores de caminos y bandoleros producto de la guerra, son lo que sobran. Nadie sospecharía de él.

CAPÍTULO LVI

ÁNGELA

1825

El sueño había cobrado dimensiones míticas y descabelladas. Las llamas ascendían por los cielos y el calor del fuego le llegó hasta el rostro. Sus manos eran necesarias para abrir la puerta y rescatar a Felicia. Pero sus manos estaban atadas, duras, doloridas, llenas de sangre. Los gritos de su madre Felicia parecían ahora inundarlo todo, incluso brotar de su propia garganta. Se agitó desesperada, entendiendo que debía moverse, abrir la puerta y rescatarla.

La despertó un sonido de goznes y una voz desde la puerta de la Celda.

—Despierte... ha sido una pesadilla —dijo Sor Escolástica sacudiéndola. Había apoyado en una mesita una bandeja con carne sancochada, queso, pan, varias frutas de estación y agua.

Ángela se hizo un ovillo y comprendió que estaba en el piso. Al parecer no había tenido fuerzas de volver al camastro.

La monja tomó una frazada de la cama, se acercó a ella con ternura y la envolvió en un cálido abrazo. Ángela la dejó hacer y se bebió el agua que le había traído con voracidad. Luego elevó la mirada y su boca se dobló en algo parecido a una sonrisa, pero tan precaria como su cordura.

—Oh, Ana... Ana... —murmuró tratando de recuperar la voz— tienes... tienes que ayudarme.

—Dios mío —se atrevió ahora a decir Sor Escolástica— ¿Cómo sabes mi nombre del pasado? Acaso...

—Soy yo, soy Ángela. Sé que esto te parece... una locura. Pero soy yo.

—Es que no entiendo. Sí, tienes razón, te reconocí en el mismo momento en que me llamaste de esa manera en la que hace tantos años, nadie me llama, desde que... —Dejó la frase inconclusa y la mirada se le ensombreció— Pero... dijeron que eras una loca, que llegaste a las puertas del Convento, al borde de la muerte porque estabas vagabundeando y prostituyéndote por las calles. ¿Cómo puede ser? Ángela... mi pequeña... ¿Cómo llegaste a este punto, hermanita querida?

—No soy una vagabunda, Ana —apenas si pudo contestar— pero hay personas... que me quieren muerta. Hay un hombre... un hombre...

—Tal vez lo soñaste. Cuando entré tenías una pesadilla.

—No sé, estoy muy confundida, tienes que... tienes que ayudarme Ana, antes de que sea demasiado tarde —alcanzó a agregar apoyándose en la mujer y cerrando otra vez los ojos con cansancio.

CAPÍTULO LVII

ANA

La vida de las hermanas Carmelitas, era muy particular teniendo en cuenta que hacían voto de pobreza. Sin embargo, cierta contradicción podía palpase en todos los aspectos de la vida diaria, lo que llevaba a preguntarse, al estar en el lugar, si esos votos de pobreza eran para la vida cotidiana, pero no para el edificio y la comida. Recorriendo el lugar, se podía apreciar una cuidadosa estructura formada por los claustros, el cementerio, una muy bien nutrida biblioteca y hasta un reloj de arena. La iglesia tenía una sola nave con tres coros. La fachada, de líneas indoamericanas, mostraba a los paseantes, una interesante espadaña lateral con alta y amurallada torre de acceso. En el portal del convento se destacaba un frontis curvo con cornisas interrumpidas, que evocan el barroco andaluz.

En cuanto a la vida diaria, otros aspectos de la vida como la tenencia de donadas y esclavos, el uso de calzado de cuero crudo, en contraparte con alimentos variados y nutridos, seguía siendo coherente con esta contradicción.

Y es que la Orden en realidad estaba muy lejos de ser pobre, al ser poseedora de innumerables propiedades, terrenos, bienes materiales, esclavos y dinero usado para préstamos e hipotecas, más allá de los votos que hacía la congregación y la vida sencilla de sus integrantes.

Una vida no sólo sencilla, sino a veces impregnada de los secretos y los misterios que habían arrastrado a cada una de sus integrantes, a refugiarse tras sus muros.

San Benito era el “Bendecido por Dios” porque en él residía la gracia y la sabiduría que el Señor había decidido comunicar por su medio, a legiones de Santos, a innumerables falanges de monjes y sacerdotes, a todo el mundo cristiano. La Santa Escolástica, por su parte, había sido su primera escolar, su primera alumna, la más dócil, su hermana gemela y la que se asemejó más a su Maestro en todo sentido.

Ana, había elegido su nombre, cuando se ordenó para monja en el Convento de Santa Catalina de Siena, y había decidido parecerse a ella desde su ingreso voluntario al mismo.

Su devoción se había iniciado desde la más tierna infancia, inspirada por su propia madre, Rosario, que era devota de San Benito y tenía medallas de él,

en diversas partes de la casa, como protección para el Demonio y el mal. Ella también llevaba sus medallas en sus joyas, en el balangandán, pulsera africana que nunca se quitaba, y en el cuello pendiendo de una cadena.

El día antes de morir y presintiendo que su estado era irreversible, Rosario le había entregado la medalla a Ana. Dos días después la muchacha, se había postulado en el convento, para novicia de velo blanco. Y es que su madre también había sido su inspiración al destinar su vida en el Rancherío, para ayudar a las mujeres en estado de indefensión, que como siempre le decía, en este mundo donde el poderío masculino era despiadado, eran muchas, no sólo en la calle, esclavizadas, condenadas a la mendicidad, trabajando como vendedoras ambulantes, sino y mucho peor, sometidas o maltratadas en el interior de sus propios hogares. En ese aspecto, Rosario, se había convertido en un ejemplo de devoción y no sólo brindaba ayuda a las mujeres sino a sus hijos y había utilizado todo los ahorros de Zoilo, sacados de la Estancia Vieja, y los de ella para mejorar las condiciones de vida en el lugar, habilitando un dispensario muy sencillo, donde se había incluso instalado un boticario, un almacén y un comedor común para los pobres y desamparados. Algunas tardes trabajaba en el dispensario ayudando en curaciones y a colocar las primeras vacunas antivariólicas llegadas al país, a los pequeños. Sin embargo, la viruela seguía siendo un mal imposible de combatir y cuando Rosario comenzó con una terrible erupción en la piel, y fiebre altísima, dedujo que se había contagiado de alguna de esas enfermedades con las que luchaba a diario con los niños, y sobre todo, porque Buenos Aires había sufrido una de las peores epidemias de viruela en 1818. Sin embargo, el médico que la atendió explicó que el mal que la aquejaba era sarampión, en una de sus formas más infecciosa. Habían agotado todos los recursos para salvarla, pero no lo habían conseguido.

Luego de la muerte de Rosario, Ana no había querido permanecer en el rancherío, porque le resultaban muy dolorosos los recuerdos asociados al lugar y había decidido continuar su labor en el Convento donde proseguiría el ejemplo de su madre. Allí llegaban mujeres de toda raza, condición social y económica para hallar un asilo, para alejarse de la violencia, de matrimonios pactados indeseados, abandonadas por sus familias por situaciones indecorosas como un embarazo, o para lograr un nivel de ilustración y aprendizajes que en otros ámbitos para una mujer, estaban vedados.

A raíz de las terribles experiencias vividas en su infancia, viendo violar a su madre y matar a su padrastro, Ana, ahora Sor Escolástica, se había jurado a

sí misma que jamás un hombre, la tocaría y que su cuerpo y su alma, serían entregados por completo a Dios y a las almas que él trajera a sus manos.

Ahora, esas paredes eran su santuario espiritual, y en ellas, no sólo había forjado un carácter fuerte y decidido para brindar ayuda y fortaleza a mujeres muy dañadas por la vida, sino que se había preparado en numerosos conocimientos de las artes y las ciencias a través de las lecturas cotidianas que llenaban su alma y le permitían ser, al igual que la Santa Escolástica de la historia, una maestra para todas esas niñas que llegaban al convento enviadas por sus propias familias para prepararse mejor y ser buenas esposas, buenas madres o buenas novicias.

Ahora, la vida, le traía esa sombra de un pasado distante que tanto se había esforzado en olvidar, en la presencia de esta mujer que decía ser Ángela, su niñita, su mejor amiga de la infancia y que no había vuelto a ver desde hacía tantos años, cuando sus padres la llevaron muy lejos.

No dudaba en que era Ángela. No dudaba de esos ojos claros color miel verdoso que tan bien conocía. No dudaba de esa voz. No dudaba del balangandán que la joven llevaba en su mano y que ella recordaba bien, otrora había sido de su madre y se lo había entregado a la madre de Ángela. Claro que esa pordiosera era Ángela. ¿Pero, qué le había ocurrido? ¿Cómo había terminado en ese estado en el convento y diciendo que corría riesgo su vida, que la querían matar? ¿Quiénes podían querer hacerle daño? Todas preguntas que sólo podían responderse si la joven mejoraba lo suficiente para poder hablar con cierta coherencia. Ella sabía por su estado general que quizás había pasado las peores penurias a las que una mujer, puede ser sometida, violación, maltrato, esclavitud, incluso también podía notar los efectos del abuso de la “dormidera”.

En las horas siguientes, había logrado higienizarla, cambiarle las ropas y que permaneciera consciente al menos un par de horas en las que le hablaba de otras épocas, sin que la joven le respondiera. Con la mirada perdida en el vacío, Sor Escolástica comprendió que por el momento no obtendría de ella, ninguna respuesta.

Pero al igual que en el pasado, como lo había hecho tantas veces en su infancia, en esa etapa de su vida tan distante, la acunó en sus brazos hasta el amanecer. No sabía cómo ni por qué, pero el destino, le había devuelto a Ángela y aunque desconociera las razones insondables de Dios, haría lo que fuera por ayudarla.

—...y así fue como tu padre, Simón, talló esta muñeca durante horas y

días. Yo esperaba que él pudiera hacerme una a mí. Pero no llegó a cumplir su promesa. Los hechos se precipitaron y tuvieron que huir de Córdoba... —le decía a la espera de que la muchacha tuviera alguna reacción mientras le mostraba la muñeca africana tallada. Pero la miraba largamente con los ojos llenos de lágrimas, aparentemente sin recordar mucho de lo que le contaba. Al parecer lo único que podía responder era:

—Ayúdame... ayúdame a volver... a casa...

—Te estoy ayudando Ángela. Estoy tratando de que te recuperes. Que recuerdes el pasado, lo que sea que te pasó, te tiene muy confundida —le decía, pero la joven volvía a mirar hacia el vacío y no le contestaba.

—Lo haré, a su tiempo, te ayudaré a volver a casa —le aseguró Sor Escolástica, sin saber si lo que estaba prometiendo podía ser cumplido o no. Entonces, sabiendo que quizás estaba en juego, mucho más que salvar a una amiga de la infancia y sacarla de ese terrible estado, que lo que había detrás de su presencia allí era mucho más grave, se dispuso a averiguar lo que fuera necesario para poder ayudarla. Pero también entendió que debía hacerlo con urgencia, y sin que nadie en el Convento, lo supiera. Porque si era verdad que Ángela estaba en peligro, tal vez ella también.

CAPÍTULO LVIII

ÁNGELA

Las horas subsiguientes a su llegada al Convento, transcurrieron en una nube oscura de delirios y pesadillas extrañas, y el único alivio hallado había sido encontrar a su amiga Ana, aunque por momentos incluso pensaba que podía ser parte de un engaño de su mente para salvarla de la pesadilla.

Sor Escolástica la escuchaba pedirle ayuda, pero le respondía contándole extrañas historias de su infancia. No creía en su desesperación, pero al menos la escuchaba y se había propuesto sacarla del abismo del dolor.

Por momentos trataba por todos los medios de aferrarse a un hilo de cordura, hilar palabras y explicarle que no estaba loca, que no había olvidado nada, ni sufría de amnesia, pero no podía saber por qué su cabeza era un completo descontrol de ideas y pensamientos mezclados con el dolor físico interminable.

Sin embargo, también era consciente de que el tiempo les jugaba en contra y que debía reponerse cuanto antes, aunque por el momento, sólo podía mirarla a través de esa nebulosa y escuchar algunas partes del relato de la mujer.

—Esos hombres, llegaron y arrasaron con todo. Jamás olvidaré el rostro de mi madre mientras nos íbamos de la Estancia Vieja. Jamás olvidaré el olor de la sangre. ¿Qué te ha pasado mi niña? ¿También viviste algo así? —le decía ahora pasando sus manos por la cabeza como un bálsamo para la falta de cordura y el extravío.

—¿No habla, Sor Escolástica? —intervino la hermana Sofía.

—Ha vivido algo muy traumático. Algo que no puede ni siquiera expresar. Lo sé muy bien, hermana Sofía. Lo he vivido.

—Lo hemos visto en otras mujeres también. Y lo he vivido también. Uds. me salvaron y jamás dejaré de agradecerles por ello.

—Tenemos que conseguir que salga de este mutismo.

—Ya lo logrará. Y tal vez podamos ayudarla a volver a su hogar o decida quedarse aquí.

—Quién sabe, Sofía. Quién sabe si el peligro no está justamente en ese hogar del que huyó. ¿Me necesitabas?

—Te llama la Madre Superiora —dijo y Sor Escolástica soltó las manos

de la joven e intentó alejarse. Entonces Ángela comenzó otra vez a gritar tomándola del brazo.

—No me dejes... no me dejes sola. Vendrá el hombre. Vendrá Sebastián.

—Oh, Ángela... No... No hay acá ningún Sebastián.

—No... no... pero vendrá por mí.

—¿Es su esposo? —se animó a intervenir la hermana Sofía—. Si es así, no la entregaremos con él. No se preocupe. Hablaremos con la Madre Superiora y ella la protegerá. Como lo hizo conmigo —prosiguió la monja con los ojos llenos de lágrimas.

—No... no entienden nada... —prosiguió Ángela enloquecida de dolor e impotencia. Las ideas parecían escaparse de su cabeza y el fuego lo arrasaba todo. Darío buscaba a su madre y su hijo era llevado por el hombre malo— Sebastián no es mi marido... Me quiere muerta —dijo abrazándose a Ana.

—¿Y quién es, Ángela? Mientras no nos cuentes lo que te pasó no podremos ayudarte —dijo Sor Escolástica, temblando, mimetizándose de su angustia— ¿Dónde están tus padres? ¿Felicia, Simón? ¿Tienes marido? —la interrogó entendiéndole que tal vez era la única oportunidad de cordura que se les presentaba. Pero Ángela comenzó a llorar apretando sus manos contra su boca y mordiendo sus dedos.

—Mi papá... oh, mi papá murió... mi mamá Felicia... Oh, Ana... Yo no quise decirle a Sebastián donde encontrarla. No quise... pero se lo dije. ¡Se lo dije! Y ahora ese hombre la matará. Hay fuego...

—Por favor, Ángela, intenta ordenar tus pensamientos. A ver... ¿Sebastián es un delincuente?

—Sí, nos quiere muertas...

—¿Y te hizo esto?

—Para que le dijera... 'para que le dijera donde hallar a mi madre.

—¿Él te dio opio, Ángela?

—No lo sé...

—¿Y quién es Darío?

—¿Darío? Oh... Darío... mi amor, mi vida... búscalos, Ana. Él tiene a mi pequeño Simón. Debe proteger a mi hijo... Sebastián irá por él también... —dijo mientras se sacudía y gritaba acunada en los brazos de la monja y sin poder quitarse de la memoria el rostro del hombre que la había seguido hasta la puerta.

¿Por qué Ana no le creía? ¿Cómo decirle a su amiga, como explicarle cosas que ni ella aún tenía claro? Pensó antes de volver a sumirse en ese

estado intermedio entre el sueño y las alucinaciones.

En el mismo ahora, veía a su madre, Felicia, contándole viejas historias de antaño, de la época en que Rosario había terminado en ese mismo convento huyendo de lo mismo que ella, un hombre que la mataría y le contaba esa extraña aventura de la mujer al tratar de escapar del convento con la ayuda de la negra Luisa y el tesoro escondido. ¿Era un sueño? ¿O había ocurrido de verdad? Se preguntó mientras se despertaba asustada, mientras aún estaba en brazos de Ana. Entonces, alucinada, la miró y le dijo:

—Debes sacarme de aquí. Cuanto antes. Escapemos Ana. Por las viejas letrinas del convento. Como escapó tu mamá...

—Cálmate, mi preciosa... Pronto estarás bien —fue lo último que escuchó.

Tal vez Ana tenía razón. Pronto estaría bien, pero ahora le dolía tanto el cuerpo como el alma. Y ese miedo atroz, y ese fuego, que otra vez, lo arrasaba todo.

CAPÍTULO LIX

ANA

—Te ayudaremos —murmuró en el oído de la mujer sabiendo que quizás estaba prometiendo algo que no podría cumplir, como había ocurrido con tantas otras antes que ella— ¡Dios mío, si supiera al menos por dónde empezar para protegerte del peligro!

—No sabemos por dónde empezar. Creo que está convencida de estar en peligro —le dijo Sofía como si le leyera el pensamiento, mientras la subían al camastro y la arropaban.

—Nombró a un tal Sebastián que la aterroriza —dijo Sor Escolástica con un escalofrío recorriéndola al escuchar ese nombre, uno de los nombres de sus pesadillas— y anoche llamó varias veces a su madre y a un tal Darío.

—¿Será su esposo?

—Me gustaría saberlo, sí. Por ahora, lo único que sé, es que tenemos que protegerla, porque está en peligro de verdad.

—Ha sido torturada y ha estado prisionera, mira las marcas de sus manos.

—Así es Sofía. Y ha sido drogada en altas dosis, ese estado de confusión, alucinaciones y duermevela es por el opio. Si hay algo que aprendí en el rancherío que el opio hace estragos en la mente de las personas y las convierte en muertos vivos. El estado en el que está, es resultado de eso, además de que pueda ser cierto que intentaron matarla, lo que no llego a saber son las razones. No puedo imaginarme en qué problemas puede haberse metido ahora su familia. Lo último que recuerdo de ellos es que debieron huir de Córdoba —afirmó la mujer.

—¿Su familia? Pero... No entiendo... ¿Los conoces?

—Sí, Sofía. Conozco a Ángela desde muy pequeña.

—¡Las vueltas de la vida! Con razón, lo que dijo recién. Habló de tu madre y de unas viejas letrinas. ¡Te llamó Ana!

—Las vueltas de la vida que la traen otra vez a mi cuidado —dijo la mujer pensando en que a veces los círculos se cierran. Que a veces tenemos diferentes oportunidades con las mismas personas y que tal vez, había deudas del pasado que saldar. Y es que ella se había internado en ese lugar pensando que tal vez así se alejaría de sus propias pesadillas. El fuego, los muertos, la sangre. Pero ahora, viendo a Ángela en ese estado su propio dolor volvía a ser tan tangible como precaria su propia cordura.

—¡Qué increíble! —murmuró la monja— ¿Y sabes de qué hablaba?

—Cuentos de viejas —afirmó, pensando en que sabía muy bien de lo que hablaba su amiga. Y que ojalá no tuvieran que usar las letrinas. Ojalá no fuera el único camino para salvarla—. Dile a la Madre Superiora que me quedaré con ella toda la noche. No podemos dejarla sola en este estado.

—No, Sor Escolástica. Me parece bien. Llámeme si necesita mi ayuda.

—Darío... Darío... Cuídate mi amor... cuídate de Sebastián—escuchó que Ángela le decía en medio de otro sueño y Ana tembló. Ese nombre... Ese horrible nombre que aún aparecía en sus propios sueños.

Ah, los sueños... las pesadillas que atormentaban a Ángela desde su infancia, ella lo recordaba bien, como también recordaba decir a su madre que algunos sueños eran proféticos. ¿Y si esas pesadillas habían llegado al fin, a ser una realidad en sus vidas? ¿Si el hombre malo era real y ahora venía por ellas? Al fin y al cabo ella también soñaba con él desde el día aquel de la Estancia Vieja. Jamás había olvidado ese nombre mientras los asaltantes mataban a Zoilo, violaban a su madre y destrozaban todo a su paso. Jamás olvidaría ese nombre que aún hoy, asolaba su cordura.

¿Coincidencia? Ella no creía en las coincidencias. Sabía muy bien que sólo eran las señales de Dios en la tierra. La manera en que los ángeles de la guarda nos advierten de los peligros o nos señalan los caminos a seguir.

¿Coincidencia? Imposible. Sebastián era ahora el eje del dolor de las dos, por diferentes motivos, o por los mismos. Y si el destino las había vuelto a reunir, era para que esta vez pudieran vencer la pesadilla, pero en la vida real.

CAPÍTULO LX

DARÍO

¿Cuándo la vida, había dado este giro inesperado hacia el desconcierto? Se preguntaba Darío mientras avanzaban por el camino.

—¡Vamos! Apuremos el paso, no hay tiempo que perder —les gritaba a los hombres que lo acompañaban, pero la tormenta los detuvo.

Un terrible aguacero y pedrea cubrió el paisaje de barro cristalizado y enfrió el aire. Darío y sus hombres alcanzaron a refugiarse en una espesa arboleda y esperaron. ¿Cuándo todo se tornó oscuro, lleno de mentiras y peligros? Pensaba ahora viendo el agua deslizarse por grietas y abriendo canales hacia el río.

Por fin habían proseguido, apremiados por llegar. Y al descender de la loma vieron el humo. Las llamas se habían extinguido gracias a la providencial lluvia, pero de la vivienda aún brotaba un ramal negro que espesaba el aire.

En pocos minutos Darío y sus acompañantes estaban allí. El techo se había derrumbado por las llamas y el interior era ahora un páramo negro de hollín y escombros embarrados. Darío gritó, pero sólo escuchó su voz ante el silencio angustiado del resto de los hombres.

—¡Felicia! —insistió como si al llamarla pudiera revivirla.

Con desesperación comenzaron a mover los escombros. Tal vez, sólo tal vez el incendio había ocurrido en ausencia de la mujer, que había dejado el fuego encendido y el viento había avivado las llamas del brasero. Tal vez, aún no había regresado de los montes recogiendo sus hierbas.

—Busquen a mi suegra por los alrededores y otro vaya a mi casa, urgente. Necesito que vayan por mi madre. Quizás con suerte, Felicia está a salvo y buscó refugio allí —les gritó mientras no paraba de mover cosas.

Las cortinas habían desparramado el fuego y los muebles despedazados habían caído sobre el piso, luego el techo se había derrumbado. Al parecer la providencial tormenta había detenido el fuego porque de lo contrario todo se

habría reducido a un montón de cenizas. En cambio podía distinguir los objetos apilados entre sí. Gritó varias veces el nombre de Felicia, con la certeza de que en algún momento tendría una respuesta, pero sólo respondieron los ladridos de los perros en el exterior que estaban agitados, inquietos, desconcertados.

Los hombres que quedaron junto a él comenzaron a quitar y sacar al exterior los objetos más grandes para poder empezar a remover los escombros con el terrible temor de hallar el cuerpo de la mujer entre ellos.

Le parecía extraño que si Felicia había visto desde lejos las llamas no hubiese venido urgentemente a su casa. No quiere hallarla allí, debajo de todo ese desastre y quiere pensar que se encuentra junto a Verónica Rivero. No se imagina su cuerpo aplastado por las vigas del techo y tampoco cómo le dirá a Ángela lo que ocurrió con su madre. Siente que las lágrimas corren por su rostro sin poder evitarlo y sin que le importe lo que piensan los que lo rodean sobre esa señal palpable de debilidad.

Entonces, sin que medie otra palabra, todos agilizan la búsqueda y hasta los perros se animan a ingresar al lugar olfateando cada rincón con desesperación. De pronto, uno de ellos ladra angustiado sobre un montón de escombros en lo que era la cocina. Corren todos hacia allí y sin decir palabras comienzan a mover las enormes placas de barro y piedra.

—Felicia, por Dios... —grita Darío, aguzando el oído pero los perros no paran de ladrar y aullar. No puede creer que bajo toda esa piedra Felicia pueda haber sobrevivido y el corazón se le atenaza en el pecho — ¡Fuerza carajo! —insta a sus hombres— ¡Está acá abajo! —les dice aunque entiende que jamás podría haber sobrevivido a semejante derrumbe, pero los perros han señalado el lugar. Ya no ladran, sólo esperan al costado, al igual que todos ellos, que al quitar los últimos bloques y maderas vean el cuerpo inerte de la mujer, aplastado y quemado.

Pero eso no ocurre. Sólo aparece una superficie cubierta de tierra y hollín. Entonces para sorpresa de todos, los perros se abalanzan al sitio ahora descubierto y comienzan a rasgar las maderas del piso con desesperación mientras lloran.

—Es un sótano —dice uno de los hombres y aguzan el oído. El silencio sólo es cortado por el llanto de los perros. Entonces al limpiar las tablas aparecen los bordes irregulares del piso y la pequeña argolla. Con esperanzas renovadas tiran de ella y aparece un pequeño hueco, una boca oscura, un resquicio de esperanzas. Pasan los segundos, los minutos mientras levantan las

tablas quebradas y viejas y Darío grita el nombre de su suegra:

—¡Felicia! ¡Felicia! —pero sólo le responde un silencio de muerte. Los perros ya no lloran sólo dan vueltas con desesperación alrededor de esa boca entreabierta en el piso. Darío no espera y el perro más grande tampoco. El perro le gana y ni bien el hueco se agranda se sumerge en él, y Darío lo siente golpear en el fondo de ese agujero oscuro.

—Hay que bajar, pero la escalera se ha caído —dice. En el fondo de esa profundidad infernal siente llorar al perro.

—Buscaré un farol y unas sogas —dice uno de los hombres y enseguida las atan a una de las vigas y las arrojan al hueco.

Darío no lo duda. Los demás sostienen las sogas y el farol, mientras él desciende con lentitud hacia esa oscuridad impalpable y aciaga. El humo parece haberse concentrado allí también y el aire es irrespirable. Escucha gemidos. El perro se ha golpeado contra el piso. Más gemidos de dolor, mientras apoya los pies en el piso duro y siente que los pulmones están por explotar. La falta de aire es aterradora y en la oscuridad se intensifica.

—Luz —grita y los hombres descienden con cuidado una candela que parpadea, con intenciones de apagarse. Al fin ilumina el lugar con timidez.

En el piso, yace la mujer y el perro a su lado le pasa la lengua por la cara.

—¡La encontré! —grita Darío con euforia— mientras desciende otro hombre por la boca del sótano.

—No respira... no respira... —entiende ahora con desesperación tratando de armar un soporte con las sogas y maderas y elevarla hacia el agujero. Los hombres amplían la abertura para poder pasar el cuerpo.

—¡Oh, Dios mío! —murmura Darío pensando en cómo le dirá a Ángela lo que ocurrió con su madre. Cuando la encuentre... Y ese pensamiento lo lleva otra vez a la terrible realidad. Sin Felicia, las posibilidades de hallar a Ángela se tornan más difíciles. Agotado, sin aire, y con un dolor intenso en el pecho se sienta en el piso mientras ve subir el cuerpo de Felicia y cuando al fin los hombres logran sacarla del sótano, suspira con un dejo de alivio que sólo es un soplo de paz en esa guerra interna de oscuridad y pánico.

“¿En qué instante todo había dado ese giro hacia la desgracia absoluta? ¿En qué momento toda la vida se convirtió en este desconcierto sin fin?” Piensa antes de salir nuevamente a la luz del día, que no siempre es lo mismo, que a la luz de la vida.

CAPÍTULO LXI

ANA

La noche en que había descubierto que la pordiosera que había recogido de la calle, era Ángela, había trastocado todas sus convicciones. Y es que Ana había creído hallar en esos últimos años, una dosis de tranquilidad y armonía interior con sus rezos en los claustros del convento, y con la ayuda solidaria y desinteresada a los desprotegidos. “Porque concentrarse en el caos de los demás, siempre ayuda a olvidar nuestro desastre interior” pensaba ahora mientras se dirigía a hablar con la Madre Superiora. Aún no tenía en claro cómo abordaría el tema, pero urgía hacerlo si quería ayudar a Ángela y también a sí misma.

La mujer la recibió con alegría ya que esperaba tener noticias de la joven recogida la noche anterior y sabía que Sor Escolástica era la más indicada para ayudar en su recuperación.

—Ah, Sor Escolástica. Seguro me trae buenas noticias.

—Así es, Madre.

—¿Ha mejorado esa pobrecita niña?

—Bastante. Está empezando a recordar y me habló de su esposo, de su hijo. De unos hombres que la mantenían prisionera...

—¿Y usted qué piensa?

—Creo que es así, ha sido sometida, torturada, le han dado opio...

—Por eso sus recuerdos son confusos. Mire, Sor Escolástica, tengamos paciencia. Si es como ella dice, su familia la buscará, o más tarde o más temprano la localizaremos nosotras. Y conocemos el alma humana. Por ahora, sólo ocúpese de que se desintoxique, más si como dice es víctima del opio. Y luego veremos qué hacer.

—Entiendo, madre.

—Vaya, vaya... Quédese tranquila —dijo la mujer, pero no consiguió que se tranquilizara más allá de su voz suave y melodiosa.

Ana estaba convencida de que gran parte del relato de Ángela debía ser verdad. Sabía nombres, apellidos y ese terror en sus ojos era inconfundible. Lo había visto en los ojos de su madre, la noche de los cuatros en la Estancia Vieja. Lo había visto en sus propios ojos, durante años, cada vez que un hombre se le acercaba. Ese terror no podía fingirse, era producto de haber vivido un horror. Y luego estaba ese nombre: Sebastián. De sólo recordarlo se

le erizaba la piel.

—¿Por qué tenías esta muñeca entre tus ropas? — le preguntó a Ángela al volver a la Celda y sacando la pequeña muñeca de madera.

La mujer la miró saliendo por un instante de la nube de dolor.

—Porque... porque quedó en el bolsillo de mi vestido. Jugábamos con Simón a esconderla, mi niño no duerme sin ella —aclaró con una media sonrisa— y luego él se durmió y allí quedó. Y entonces... allí estaba cuando salí a buscar la tienda de mis padres y la de Zoilo —finalizó sacándola de sus manos y llevándosela al pecho. La abrazó con intensidad, como si fuera su hijo y comenzó a hamacarse con ella.

—Ya volverás con tu familia, amiga. La Madre Superiora me ha prometido ayudarte a buscarla. Descansa. Luego volveré —agregó.

Sor Escolástica tomó una decisión: debía ayudarla cuanto antes o se volvería loca allí encerrada y alejada de sus seres queridos. Al día siguiente, ni bien se levantó se dirigió al Priorato. Y cuando estaba por golpear la puerta escuchó voces masculinas. Ana se sobresaltó, ya que era muy extraño. Se dispuso a retirarse pero entonces una de las voces fue más potente:

—Mi querida señora, usted no puede negarme que recogen a mujeres de la calle, y en condiciones de necesidad y estoy convencido de que aquí puede estar mi esposa.

—No tengo autoridad para dejarlo pasar a las Celdas, bajo ningún pretexto. Dígame su nombre, cuénteme la situación y luego veremos. Hablaré con ella, si es que se encuentra aquí como usted dice y ni bien pueda verlo lo mandaremos a llamar. Ese es el procedimiento adecuado.

—¿Ni siendo su marido? —insistió. Y Ana tuvo un momento de esperanza. Si el que hablaba era Darío, entonces todo estaba resuelto. Ella entraría e intercedería a su favor. Había visto la mirada de Ángela cuando nombraba a Darío y en sus pesadillas estaba convencida de que sólo él podía protegerla y salvar a su hijo. Tomó el picaporte en el mismo momento en que la Madre Superiora decía:

—No me ha dicho su nombre...

—Sebastián Amuchástegui. Usted debe entender que es una mujer enferma, adicta al opio. Y como tal necesita retomar sus tratamientos con urgencia — prosiguió con voz firme mientras Ana, temblando, soltaba el picaporte sin abrir la puerta ante la mención del nombre. Las piernas le comenzaron a temblar. No podía ser. Entonces ese hombre existía. El hombre de las pesadillas de Ángela. El hombre de sus propias pesadillas.

—Y la llevaremos por las buenas o por las malas, monja de mierda — escuchó espantada otra voz que le resultaba conocida. Espantosamente conocida. Soñó con ella tantos años... “monja de mierda” “negra de mierda”

—No voy a permitirle... —exclamó espantada la Madre Superiora elevando la voz.

—Disculpe a mi capataz, madre. Es un bruto. No vuelvas a hablar Troncoso —agregó dirigiéndose al hombre.

“Monja de mierda” “Negra de mierda” resonaba ahora en la cabeza de Ana. Retrocedió espantada sintiendo que su cuerpo se derretía, que las piernas perdían sostén sobre el piso y su mundo perfecto y armónico se tambaleaba en un segundo, mientras alcanzaba a escuchar a la Madre:

—Mire, Don Amuchástegui, yo no estoy acostumbrada a que me traten de esta manera. Y supongo que si así fue tratada su mujer es lógico que haya buscado ayuda. Hablaremos con ella y luego veremos.

—Veo que me está admitiendo que está acá, entonces...

—Digo que si así fuera, debería hablar primero con ella.

—Si habla con ella, sólo obtendrá un montón de delirios absurdos. Hasta cree que soy una amenaza.

—Sí, dijo algo de que unos hombres la perseguían.

—Sufre de delirios permanentes y necesita ayuda.

—Acá le daremos esa ayuda.

—¡Soy el esposo! —gritó golpeando una mesa y levantando el puño hacia ella.

—Y yo quién manda en este lugar, y seré quien decida en qué momento, le entrego a su mujer —gritó a su vez la monja haciendo sonar unas campanillas.

—No me obligue a recurrir a la justicia, señora, o a la fuerza —insistió el hombre, pero al instante varias hermanas se aparecieron de distintos lugares, acudiendo al Priorato y Sor Escolástica sabía que también estarían llamando al padre Antonio.

Las piernas no le respondían pero en el tumulto intentó escapar. “Negra de mierda” era la frase que ahora repiqueteaba en sus sienes. Comenzó a llorar. Si hubiese alcanzado a hablar más con Ángela. Si hubiese podido contarle tanto dolor. El ataque de esos hombres, la muerte absurda de Zoilo. Si hubiese tenido tiempo de volver a llorar y compadecerse de sí misma. Pero no había tiempo. Debía sacar a Ángela de allí. Debía huir ella también de allí antes de que esos monstruos las encontraran. Por un segundo el pasado y el presente se superpusieron. Se vio a sí misma sobre el caballo junto a Rosario huyendo de

esos hombres. Vio a su madre ensangrentada y a Zoilo en el piso. “Negra de mierda” le habían dicho mientras la golpeaban hasta desmayarla y escuchaba esos nombres que jamás se borrarían de su memoria: Troncoso y Sebastián.

Comenzó a llorar mientras corría a través de los patios y el anochecer trepaba por los muros como una enredadera opresiva. No, no iba a permitir que otra vez esas bestias se adueñaran de sus cuerpos y sus almas. Era una negra de mierda, pero les iba a demostrar a todos el valor que una negra tenía. Tanto valor como para entregar la vida, si era necesario para cambiar la historia.

CAPÍTULO LXII

ÁNGELA

La noche parecía avecinarse con lentitud y la mayoría de las habitantes de la comunidad del Convento se aprestaba para descansar. Ángela se persignó y acarició su balangandán encomendándose a San Benito, mientras trataba de aferrarse a ese corto momento de claridad.

La mente es un espacio desconocido y extraño, pensaba ahora con las ideas más claras después de largas horas de sueño profundo y horribles pesadillas. Se había despertado esperando hallar a Ana a su lado pero sólo estaba esa muñeca que le había dejado antes de salir. La aferró con angustia tratando de reconstruir su historia.

Podía verse a sí misma saliendo de la casa de los Soria y viajando en el carruaje por las calles de la ciudad. Luego de hacerse dejar en la botica había vuelto al negocio que alguna vez había sido de sus padres y allí la habían hecho prisionera esos hombres por motivos que desconocía. No sabía cómo hallar la casa de sus amigos, pero si tal vez, Ana la ayudaba era otra cuestión, podían localizar a los Soria y buscar ayuda para Felicia, si es que ya no era demasiado tarde.

Comenzó a llorar y se acercó a la puerta, pero la habían trancado con llave. No podría soportar más pérdidas y si algo le pasaba a Felicia era porque ella no había sido lo suficientemente fuerte para soportar las torturas y les había contado sobre el lugar que les había servido durante tantos años, de refugio y hogar. Miró la muñeca sobre la cama y los recuerdos llegaron a ella en tropel en las palabras de su padre: “Simboliza la libertad que queremos para ti.” Una libertad que ahora, volvía a parecerle una utopía. De pronto escuchó ruidos detrás de la puerta y la llave girando en la cerradura.

—Esta muñequita, fue lo que me terminó de convencer de tu identidad, amiga querida —dijo Sor Escolástica, viendo a Ángela, llorando en la cama—. Siempre me gustó y tu padre había prometido tallarme una, antes de que partieran. Pero nunca llegó a hacerla.

—Oh, Ana... ayúdame —dijo con un hilo de voz y la esperanza expropiada.

—Levántate de ahí, nos vamos.

—¿De verdad? ¿Ahora? ¿Vas a ayudarme?

—Sí, ya. No podemos perder ni un minuto, Ángela. Debemos buscar a tu

esposo. Alguien que nos ayude.

—Pero... no sé... estoy tan dolorida. Búscalos tú, yo te diré cómo...

—Vamos Ángela —le dijo y sin más tiempo la ayudó a abrigarse y la arrastró fuera de la Celda.

—¿A dónde vamos?

—Hay un sitio secreto por el cual podremos escapar... ¿Te acuerdas?

—Sí, los relatos de nuestras madres. Pero... ¿estás segura de que existe?

—No lo sé, pero en este momento lo averiguaremos.

—Mi madre me llenó de relatos en mi infancia, sobre las aventuras de nuestros padres, Ana. Estoy segura de que existe. Pero... ¿por qué no podemos salir por la puerta principal?

—Porque han venido a buscarte. Esos hombres, de los que hablaste... están acá.

—¿Acá? —gimió espantada y pensó que otra vez se orinaría encima, si es que podía caber en su cuerpo una cuota más de humillación.

—Y desconozco si la Madre Superiora tiene el poder de detenerlos.

—Oh, no...

—Dijo llamarse Sebastián.

—No... no... no puedes permitir que ese monstruo se acerque a nosotras, Ana.

—Lo sé. No voy a permitir que esa bestia de Sebastián Amuchástegui nos toque un pelo, Ángela. Viene acompañado de otro hombre que recuerdo bien. El mismo hombre que incendió la Estancia Vieja y mató a Zoilo. Lo llamaban Troncoso. Jamás olvidaré esos nombres, esas voces... Y ese nombre: Sebastián. El líder oculto de toda esa locura terrible.

—Pero... cómo puede ser... —dijo Ángela tratando de que sus pensamientos cobraran cierta lucidez— Y... ¿cómo lo llamaste?

—Amuchástegui. Así dijo llamarse. Sebastián Amuchástegui. Y que era tu esposo. Por supuesto me di cuenta de que mentía. Dijiste que tu esposo era Darío —prosiguió Sor Escolástica mientras atravesaban los patios.

—No entiendo... Sebastián Amuchástegui... Es el mismo apellido de mi abuela Encarnación. No entiendo... ¿Por qué querría...? —y entonces una duda comenzó a abrirse paso en su mente confundida y agobiada— ¿Y dices que Sebastián envió a matar a Zoilo? Por Dios, Ana... no me contaste...

—No tuvimos tiempo de hablar, querida, pero así fue. Ya te contaré. Ahora... Sólo sé que debemos huir.

Ángela se sintió mareada, toda esta pesadilla había comenzado en el

mismo instante en el que ella había decidido hacer esa investigación absurda buscando a sus abuelos. El mismo día en el que ella había golpeado las puertas de la zapatería de sus padres, buscando información sobre Zoilo y Rosario. Si Sebastián Amuchástegui, había mandado a matar a Zoilo y Rosario, ahora pensaba hacer lo mismo con ellos.

—¿Qué piensas? —interrumpió Ana sus pensamientos desbocados, mirando hacia todos lados. El lugar estaba desierto a esas horas de la tarde pero se escuchaban gritos y ruidos lejanos de mujeres, golpes de puertas y distantes e intensas campanadas quizás anunciando la misa.

—¿Te parece una coincidencia Ana? ¿El mismo hombre que los atacó a ustedes hace años, es quién me quiere matar ahora a mí y a mi madre?

—No lo es, amiga. Nada es coincidencia, pero no hay tiempo ni de pensar. Ya averiguaremos la conexión.

—Lo sé. ¿Por dónde vamos?

—Por las cocinas. Por los depósitos, dijo mi madre.

—Parecen cuentos de hadas, Ana. No parecen ciertos. Es una locura —dijo Ángela tomando su mano y sintiendo que ambas temblaban.

—Estoy segura que mi madre no me mintió. Y si todo es como me relató, allí estará la salida hacia nuestra libertad. Y si no, tendremos que buscar otra manera, antes de que nos descubran —afirmó Ana.

El silencio en los patios y el golpe de la puerta principal al cerrarse, las sobresaltó y se detuvieron. Ángela se dobló de dolor y tenía otra vez el estómago revuelto.

—No podré seguir, Ana...

—Vamos, Ángela. Trata —la instó sintiendo que su miedo era el suyo propio— piensa en tu hijo y en Darío.

De sólo pensar en ellos, el corazón le dio un vuelco. Es como si en todos esos días, la nube que opacaba su mente, también la había hecho alejarse de todas las personas que amaba. Pero ahora, al imaginar su rostro y recordar los últimos momentos compartidos, se sintió desfallecer y como si fuera una anciana de ochenta años que ya lo había vivido todo. Pensó, que a veces en la vida, todo ocurre tan de prisa, se suceden en cascada las alegrías y las penas, los triunfos y los fracasos que una existencia corta, equivale a una eternidad.

Esperaron que el silencio se adueñara otra vez de los claustros y avanzaron con lentitud por los pasillos en penumbra, sólo guiadas por la vela. Sigilosamente y atentas a los sonidos que llegaban de cada lugar, avanzaron con lentitud hasta llegar a los últimos patios y atravesar los corredores del

servicio. Todo estaba vacío a esa hora, pero aun así prosiguieron con la máxima cautela hasta llegar a la pequeña puerta trasera. Sor Escolástica giró el picaporte y comprobó que tal como había temido, estaba cerrada. Buscó entre sus llaves, una de ellas debía abrirla. Lo intentó con todas y luego de varios intentos vanos, lidiando con la cerradura herrumbrosa la puerta cedió e ingresó a las cocinas en completo silencio a esa hora. Desde allí pasaron al depósito y la llave giró con facilidad. Se aseguraron de volver a cerrar para que nadie lo notara y comenzaron a caminar entre las cajas y bultos. Los olores eran variados: fiambres, carnes en salazón o al ajo, quesos, chalonas, zapallos, frascos con verduras en vinagre y otras en cajones, canastos con frutas y chacinados colgados de los techos.

—Ana, acá no hay nada —dijo la muchacha sorprendida de verla que se dirigía hacia el fondo del depósito.

La monja comenzó a mover unos viejos trastos y cajones viejos allí apilados y al hacerlo unas vigas enorme quedaron a la vista.

—Ayúdame...

—Pero... no entiendo... ¿Qué es esto?

—¡La puerta que mencionaron nuestras madres! —dijo Ana con asombro mientras señalaba una abertura secreta de madera, desvencijada y rota— Por donde escapó mi mamá. ¡Probemos las llaves! —insistió al notar que estaba trabada.

Probó con todas las demás y ninguna abrió. Probó nuevamente con la del depósito y luego de varios intentos la enorme puerta se movió unos centímetros, los justos y necesarios para que pasara su cuerpo. No lo dudó y Sor Escolástica la siguió. El olor nauseabundo proveniente de ese lugar secreto, las descompuso.

—Esta es una abertura hacia el infierno —dijo la monja asustada persignándose—. Tal vez es el viejo basurero, o las letrinas que se clausuraron en la época de las inundaciones. Es demasiado peligroso, Ángela —murmuró temblando, sintiendo que el olor la descomponía.

—Oh Ana... ¿Qué haremos? ¿Volver atrás? ¿Pedirle a la Madre Superiora que busque a mi marido?

—¿Y si ese hombre no se fue? ¿Y si la convenció? ¿Y si la mató como hicieron con Zoilo? —continuó Ana recordando la voz— No, Ángela, prefiero morir acá y no en manos de esa bestia.

—No digas eso. No... por favor...

—Vamos. No hay vuelta atrás —le dijo, y Ángela asintió, temiendo

también, que las letrinas se hubieran terminado de derrumbar desde aquella vez, en que otra mujer en su misma situación había necesitado usar ese lugar para escapar.

Contuvo el deseo de vomitar y el miedo a que no hubiera una salida, pero al fin, viendo las dudas en su amiga, atravesó las vigas colándose por el resquicio hacia un abismo de oscuridad, desperdicios y escombros. Y entonces supo que detrás de esa puerta, la esperaba tal vez, la libertad, o el peor error de su vida, pero que atravesarla era el único camino posible.

Ana la siguió, chapoteando en el barro podrido y tomándose de las ropas de Ángela que trataba de caminar también con los pies hundidos en el agua y entre los escombros. Levantó el farol y miró hacia el rincón del que le había hablado Felicia. Allí estaban, tal como en el relato, un montículo sobresaliente de ladrillos con el supuesto tesoro que alguna vez la había desvelado en su infancia mientras su madre le narraba esas aventuras. Hasta le dieron ganas de reír. Pensar ahora en un tesoro era tragicómico cuando el único tesoro que deseaba era salvar su vida y la de su familia. Pensó en ese tal Sebastián. No tenía idea de quién era y por qué se adjudicaba el apellido de su abuela. Pero indudablemente, si se había adueñado de su apellido, también lo había hecho de todo lo demás. Y ahora ella y su familia eran su principal amenaza, si lo que ese hombre buscaba era quedarse con la Estancia... ¡Claro! ¡Eso era! ¡Ese era el motivo de todo esto! ¡La Estancia de sus abuelos! Y entonces... significaba que sus abuelos ya no existían, pensó abrumada de desolación.

Mientras estos pensamientos la consumían, avanzaron un poco más y entonces el mundo se derrumbó. El piso había cedido junto a un montón de maderas y piedra de las paredes que se desmoronaban; y mientras caían en el foso Ángela se transportó en el tiempo, como si toda la historia que compartían con Ana, también cayera con ellas.

Y luego quedaron sumidas en la más completa y horrorosa oscuridad.

CAPÍTULO LXIII

SEBASTIÁN

“Las cosas no siempre salen como las hemos planeado” pensaba Sebastián mientras caminaban ahora por los pasillos abriendo las puertas de las Celdas y las monjas gritaban.

—No puede... no puede usted tratarnos así. ¿Qué se ha creído? —le decía la mujer con enojo— Ya le dije que no hay nadie acá como usted describe. Y en cualquier momento llegará el Padre y los monjes a ayudarnos.

—Escúcheme, hermana, hagamos esto más sencillo— dijo Sebastián, mientras sacaba un arma y le apuntaba— O nos lleva a la Celda de Ángela González o abriremos hasta la última puerta de este prostíbulo santo.

—Dios santo, perdónalos —dijo una monjita llorando y persignándose ante la herejía, porque también había sido encañonada y Troncoso la llevaba del brazo a los tirones. Otros dos hombres también estaban con las armas listas y avanzaban por los pasillos.

—Ustedes son unas bestias. Qué Dios los perdone y me perdone a mí también, pero tendrá que matarme, no diré nada. Jamás entregaré a una mujer en sus manos —dijo la Madre Superiora con una valentía increíble. Lo miró desafiante a los ojos y Sebastián entendió que hablaba en serio. Por un momento sintió admiración por la fortaleza y fidelidad de esa mujer.

—¿Se cree muy fuerte? —dijo mientras le daba un golpe en la nuca a la monjita. Con un grito cayó al piso y allí la pateó.

—Maldito... tendrá que matarme... tendrá que matarnos a todas. Ninguna de nosotras hablará —le dijo ahora con seguridad, pero estaba temblando. Entonces le dio un golpe con el arma, mientras las otras monjas gritaban y se arrodillaban junto a ellas.

—Busquen hasta en el último lugar. Yo me quedo con éstas —le dijo a Troncoso y a los otros que se dispersaron por el sitio.

Durante un largo rato se escucharon gritos, golpes y puertas que se abrían y se cerraban hasta que al fin, los hombres enviados, volvieron sin la mujer que buscaban, pero con una monja joven, con el hábito destrozado y el rostro ensangrentado que no paraba de llorar y los miraba con terror.

—Esta puta nos dijo la habitación donde debería estar, pero tal parece que la maldita se escapó.

—¿Cómo que se escapó? ¿Por dónde?

—No tienen idea.

—Corran a las dos salidas —dijo Sebastián pero tal como pensó, era demasiado tarde. De alguna manera, las monjas se la habían arreglado para ayudar a escapar a Ángela.

—¡Mierda! Era el mejor seguro para atraer también a Rivero —dijo comprendiendo que todo se estaba escapando de las manos. Ya había logrado deshacerse de Felicia pero faltaban los más importantes: Ángela y su hijo, y la situación se estaba tornando muy difícil.

—Aún nos queda una manera —dijo el otro hombre.

—¿Ya lo hicieron? ¿Fueron de los Soria?

—Sí. Todo salió como habíamos previsto. Ya deben estar llegando a la Estancia. Esperarán sus órdenes, por supuesto.

—Tendremos que usar ese recurso entonces para atraerlos y conseguir lo que necesitamos —le respondió pensando en que no era el momento de darse por vencido a sólo un paso de lograr su propósito.

—Don Sebastián, tiene que venir —los interrumpió otro hombre—. Una monja habló. Sabemos por dónde intentó escapar. Tiene que ver esto. ¡Creo que la encontraremos en menos de lo que canta un gallo! —Y Sebastián sonrió. Todo estaba llegando a su fin y los círculos se estaban cerrando a su favor.

—Envía un hombre a la Estancia y que lo maten. Ya no lo necesitamos —sentenció.

CAPÍTULO LXIV

DARÍO

Hollín, cenizas, escombros, sangre. Le dolían las manos y el alma. Ahora entendía que a veces creemos que los problemas materiales y económicos son lo más grave a lo que nos enfrentamos, sin dimensionar que lo material es sólo eso y que es incomparable a la pérdida de los que amamos. Mientras lo ascendían con la soga pensaba que ahora daría su vida por volver a abrazar a su esposa, y escuchar la risa cantarina de su suegra o sus reproches por las aventuras a las que él, arrastraba a su hija.

—¡Respira! —dijo de pronto el hombre que había estado largo rato intentando reanimar a Felicia. La mujer había tosido, pero permanecía inconsciente.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Darío— Debemos llevarla con urgencia al médico. ¿Enviaste gente a mi estancia?

—Sí señor, pero nadie ha vuelto aún.

En uno de los viejos carros que había sobrevivido al incendio, lograron cargar a Felicia que sufría accesos de tos permanentes y no lograba hablar. Finalmente llegaron a la casa del galeno que inmediatamente aprontó todo para atender a Felicia y tratar de limpiarle las vías respiratorias.

Mientras esperaban llegó uno de los hombres enviados a la estancia de los Rivero.

—Su madre está bien, pero no tenía idea de lo que pasó acá. Dijo que vinieron unos hombres preguntando por usted, pero fueron atendidos por el capataz y los peones porque notaron que venían armados. Por suerte, su madre estaba bien acompañada por la mitad de la cuadrilla de desposte. Dice su madre que le dio miedo. Que vaya usted cuanto antes.

—Claro que iré a verla, pero urge hablar con mi suegra primero.

—¿No le parece demasiada coincidencia la desaparición de su señora Ángela y el incendio en la casa de su suegra? —dijo el hombre, viendo el rostro apesadumbrado de Darío que mostraba una pequeña señal de alivio al saber que al menos, su madre estaba a salvo. Una idea espantosa estaba filtrándose en su mente.

—No son coincidencias porque las coincidencias no existen, simplemente por eso. Lo que existen son los patrones, las causas. Lo que aún no puedo saber es: cuál es la causa de toda esta locura, el origen, el punto en común. Y

sólo Felicia puede decirnos eso.

—Está reaccionando —interrumpió de pronto el médico.

—Necesito hablar con ella.

—No creo que pueda. Tiene la garganta quemada por el humo. No sé en qué estado están sus pulmones ni si su mente ha sido afectada por la falta de aire.

—Por favor, doctor. La vida de mi esposa, depende de ello.

—No sé... dudo que pueda responderle, pero inténtelo Darío.

—Felicia, necesito que me escuches con mucha atención. Han raptado a Ángela. Pero voy a encontrarla. Sé que hay algo que le enviaste a hacer a tu hija en el centro de Córdoba. Necesito que me digas qué fue porque presiento que en eso está la causa, las razones de toda esta locura.

Felicia lo miró y asintió, con los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas. Abrió la boca e intentó hablar, pero sólo salían unos roncosp graznidos.

—Se.... Se...

—Oh, Felicia, no te entiendo. Intenta, por favor. ¿Puedes escribir? —dijo de pronto y el doctor le acercó una libreta y una pluma. Felicia se incorporó con intensos esfuerzos ayudada por el doctor en el medio de otro interminable ataque de tos que la dobló en dos. Esperaron que el momento pasara y tomó la pluma.

—Bu... búscalo... —dijo con mucho esfuerzo, mientras escribía: “Sebastián Amuchástegui, mi tío es el responsable, en la estancia de mis padres” alcanzó a agregar, antes de caer desmayada. Darío miró al médico y este movió la cabeza hacia ambos lados.

—No creo que haya mucho más por hacer, le está faltando oxígeno a todos sus sistemas y no creo que su corazón lo resista. Sólo queda esperar.

—Oh, Dios... No sé cómo pasó todo esto. Y... debo irme doctor. Sé que no entiendo cómo puedo dejar a mi suegra en este estado, pero...

—Sí, ya escuché lo que hablaron. Busque a Ángela. Yo cuidaré a Felicia.

Pasó a ver a su madre, que estaba muy preocupada por toda la situación y más aún por lo acontecido en la casa de Felicia y luego de dejar recomendaciones a sus empleados regresó con la misma cuadrilla de hombres a Córdoba. La llegada a la casa de los Soria fue desesperada. Pero allí lo esperaba otra sorpresa.

—Dejaron esta nota en la puerta, Darío. Alguien tiene a Ángela. Ha sido secuestrada —dijo Lorenzo.

—Lo supuse —respondió Darío.

—¿Cómo que lo sospechabas? —preguntó el hombre mientras Darío le relataba los últimos pormenores en la casa de su suegra.

—Voy a necesitar tu ayuda. Toda la gente de la que dispongas. Y que localices un lugar.

—¿Sabes dónde la tienen? ¿Sabes qué quieren?

—No sé qué quieren. Pero sé que debo encontrar la Estancia de los padres de mi suegra. Ella es una Iriarte y también mencionaron otro apellido: Amuchástegui.

—Sé dónde queda esa Estancia. Pero ahora está administrada por un pariente, el único heredero de la misma. Don Sebastián Amuchástegui es un hombre de bien, por lo que sé. No conocí a su mujer porque murió antes de que iniciáramos negocios. Hemos hecho...

—Mira, no sé qué sabes o qué fachada es la que muestra ese hombre. Pero mi suegra, antes de caer inconsciente, escribió esto —dijo mostrándole el papel.

—Pero... oh claro. Entonces... ¿Me estás diciendo que esa Estancia de la que hablaba tu mujer, que había heredado, es esta misma? ¿La que tiene ahora Sebastián Amuchástegui? No entiendo...

—Yo tampoco entiendo, pero lo que sí sé es que ese hombre es un fraude y que esta pesadilla comenzó cuando mi mujer decidió hacer averiguaciones sobre su pasado, enviada por mi suegra. Y yo... yo no le creí sobre la estancia. Sobre su herencia. ¡Dios mío!

—Si ese hombre se cree el único heredero, como me recalco en varias ocasiones, ahora entiendo que quizás hará lo que sea necesario para que así sea y tu mujer se ha convertido en una amenaza a sus propósitos.

—Y nosotros deberemos hacer lo que sea necesario para evitarlo.

—Oh, Dios... ¿No vieron a Marta y los niños? —dijo Fátima, ingresando a la habitación con los ojos desorbitados— Los hemos buscado por todos lados.

—Pero... te ibas a encargar personalmente.

—Lo hice. Sólo... sólo subí a higienizarme y cuando volví al cuarto de juegos estaba vacío. ¿Dónde están? ¿Dónde están los niños...?

CAPÍTULO LXV

ÁNGELA

En el interior del túnel el aire estaba helado y fétido como alguna vez, le había relatado Felicia. Un escalofrío la recorrió entera y sintió que casi no podía respirar. ¡El sueño había sido tan real! Se había visto a sí misma, a Felicia, a Rosario y a Ana, en el Rancherío trabajando juntas en la concreción de un sueño compartido: un lugar para la protección y el cuidado de la mujer y los niños abandonados. Un espacio para reconfortarlos, velar por la salud de los discriminados por la sociedad, su educación, sus derechos y la posibilidad de ser libres a través de un trabajo digno. Rosario había iniciado y avanzado mucho en esa obra antes de morir para darle forma a ese sueño. Felicia y ella también, de otra manera, allá en las sierras.

Abrió los ojos volviendo a la terrible realidad del oscuro túnel, a tientas revisó a su alrededor y descubrió que estaba caída como en un pozo no muy profundo pero lleno de escombros y basura. Se movió a rastras en el barro y buscó el lugar donde podía estar Ana. La sintió respirar, pero notó que estaba inmóvil y lo peor, que sobre ella habían caído varios bloques de la pared derruida. Intentó subir, pero las paredes eran resbaladizas, así que se agarró de una viga y trepó por ella, llegando a la parte superior. Por suerte, sobre el montículo de lajas había quedado el pequeño bolso que traía Ana, en su interior tenía más velas y cerillos y si San Benito la ayudaba, no se habrían mojado. Le dio mucho trabajo encender una y cuando lo hizo miró a su alrededor. Todo era tal cual le había descrito Rosario a Felicia: un túnel, una pila de bloques derruidos, donde quizás estaba la marmita con el tesoro. Apoyó la vela sobre una saliente de piedra y volvió a descender al lugar donde estaba Ana, cubierta por las vigas, se acercó y con inmensos esfuerzos intentó moverla pero las rocas la tenían aprisionada. Con esfuerzo se abocó a la titánica tarea de levantar los pesados tirantes. La monja se quejó de dolor y abrió los ojos.

—No, Ángela, vete... no te quedes acá por mí... no puedo moverme —le dijo.

Y entonces la muchacha la miró bien y notó que una viga de hierro atravesaba todo su cuerpo desde la cintura hasta el pecho. La sangre de la monja se mezclaba con el agua del pozo que empezaba a subir lentamente.

—Oh, Ana... —comenzó a llorar, acongojada mientras tiraba de ella. La viga se movió y Ana gritó— Oh... no, por Dios. No puedo quitarla... no puedo.

—Debes dejarla... ya es tarde...para mí. Vete.

—No... no... no puedo dejarte acá —gritó con impotencia, viendo que las aguas fétidas de las viejas letrinas comenzaban a subir lentamente— No... no... —murmuró y comenzó a orar.

Tomó la cabeza de su amiga sobre su regazo, acariciándosela lentamente. La oración de San Benito llegó desde la distancia y se la dijo en el oído. Ana la miró con una sonrisa forzada.

—Gracias Ángela, gracias por haber vuelto a mi vida y llenarla de luz.

—Mi amiga, mi hermanita... Me ayudaste, me creíste.

—Ayudé a tantas desconocidas... ¿cómo no... iba a hacerlo contigo...?

—Saldremos de acá juntas. Saldremos...

—Huye... huye de esta pesadilla. Yo te cuidaré. Desde otro lugar... te cuidaré... Me espera mi madre... —fue lo último que dijo sobre la falda de la joven que la hamacaba lentamente, sin resignarse a dejarla. Las aguas seguían subiendo y fueron cubriendo el cuerpo de la monja y ascendían sobre su cuerpo también palpitando de dolor. Le cerró los ojos y la miró largamente.

—Oh, Ana... debíamos salir juntas de acá.

Sintió que lo mejor quizás era dejarse morir allí, junto a su amiga, eso era lo más justo, pero luego pensó en Darío, en su rostro y sus bellos ojos negros. Pensó en su pequeño Simón que esperaba verla llegar con su muñeca de ébano y seguro estaba llorando. Pensó en su madre que tal vez en este mismo momento estaba en el peor peligro imaginable entregada a Sebastián Amuchástegui, quién quiera que fuese ese hombre y con un supremo esfuerzo trató de incorporarse. Miró a Ana por última vez, con el cuerpo casi hundido en las aguas fétidas y con lágrimas en los ojos intentó salir del pozo.

Se acercó al montículo y trató de levantar las piedras. Si Dios la ayudaba todavía estaría allí la marmita que alguna vez dejara la negra Luisa.

“Recuerda, en el interior del convento, sigue habiendo un seguro para ti” le había dicho la mujer a Rosario y rogó porque así fuera mientras movía con sumo esfuerzo los ladrillos. Allí estaba, tal como la mujer le había dicho. La sorpresa la dejó muda. En su interior había monedas y cadenas de oro y un collar de auténticas perlas. Tomó todo lo que había y lo guardó en su improvisado bolso. Tal vez ahora era la única que quedaba para cumplir el sueño de todas y ese tesoro sirviera para lograrlo.

Avanzó con pasos rápidos entre las lajas. Se daba cuenta que el piso estaba lleno de agua podrida y que en las paredes circulaban las ratas ya que si bien no las veía, podía oír sus pasos y chillidos. Por un segundo pensó en Ana, en ese pozo oscuro y se prometió a sí misma volver por ella. El pensamiento le dio fuerzas para seguir mientras recordaba esas historias que le contaba Felicia. Reflexionó que en la vida pareciera que los hijos tienden a repetir de manera cíclica, la historia de sus ancestros, incluso sin quererlo. O que el ciclo de la vida nos pone interminablemente ante las mismas disyuntivas para saldar las deudas de los ancestros.

El recorrido fue breve y a poco de andar vio el lugar de dónde provenía una leve luminosidad del atardecer. Era la salida. ¿Y si los hombres que habían venido por ella, también estaban allí? No tenía tiempo de analizarlo. Ya no había vuelta atrás, se arrastró por un pequeño túnel que conducía a un respiradero y al fin se asomó por una hendidura entre las piedras que salía hacia una alcantarilla de la calle. La reja era muy pesada e intentó con todas sus fuerzas moverla, empujarla, desplazarla, pero era imposible. Entonces, en el momento en que estaba por volver a intentarlo unas manos levantaron la reja y tomaron las suyas con fuerza.

—Acá está —escuchó que decía una voz desconocida— la encontramos al fin.

CAPÍTULO LXVI

DARÍO

—¿Qué pasó con los niños? —gritó Lorenzo con desesperación subiendo las escaleras.

La habitación estaba vacía y la puerta de la escalera que conducía al sector de las habitaciones de servicio y hacia la salida trasera de la casa, estaba abierta. El hombre corrió gritando el nombre de la joven niñera y de su hijo, mientras Darío ingresaba al lugar seguido por Fátima que no paraba de llorar.

—Silencio —la increpó de pronto mientras aguzaba el oído. La mujer lo miró sorprendida por el tono imperativo del hombre y se detuvo. Ella también acababa de escuchar un extraño sonido proveniente del ropero. Darío se dirigió al lugar y para su sorpresa, al abrir la puerta, allí estaba el pequeño Simón llorando y hecho un ovillo debajo de las ropas.

—Oh, mi amor... oh, mi amor... —dijo el hombre tendiéndole los brazos. El niño se arrojó a ellos y lo abrazó, llevándose el pulgar a la boca. La mujer se les acercó con desesperación.

—¿Dónde está José? ¿Dónde...? —le preguntó al niño, aunque sabía que no le podría responder. Abrió todas las puertas de los muebles, tiró la ropa en el piso y luego se arrojó ella misma sobre lo que acababa de desparramar en un ataque de llanto y gritos. Lorenzo acudió al lugar y comprendió.

—Oh, Dios... Se han llevado a José —murmuró mirando a Darío.

—Creyendo que era mi hijo Simón —le respondió entendiendo que Sebastián Amuchástegui se había propuesto ser el único heredero.

—Lo matará —murmuró Don Soria y el terror se percibió en su voz.

—No, no... quién se llevó a nuestro hijo... quién... por qué... No puede matarlo —le decía en ese momento Fátima golpeándolo en el pecho en un ataque de locura.

—Escucha querida. Escucha, por favor. Lo recuperaremos. Yo me ocuparé de que así sea. Nada le pasará, te lo prometo. Pero ahora... ahora necesito que atiendas a Simón para que Darío y yo podamos ir en búsqueda de Ángela y de nuestro pequeño José.

—Es que no entiendo... ¿en qué se han metido? ¿Por qué querrían a nuestro niño? ¡Esto es tu culpa! Tú y tus malditos negocios con animales. Ya lo decía yo que esta ciudad estaba llena de cuatrerros. Te dije que no negociarás

con ellos. ¡Te dije! Maldito... todo por dinero... Y ahora mi niño... —le seguía gritando refugiada en brazos de una de las esclavas.

—Son bandoleros, querida, sí. Pero no es mi culpa. Pero ahora no podemos perder tiempo —agregó el hombre dirigiéndose a las otras mujeres—. Necesitamos se encarguen de ella y de Simón. Lo hallaré, te lo prometo —finalizó antes de salir seguido por Darío.

—¿Adónde vamos?

—Acabo de recordar que Don Amuchástegui también es dueño de un negocio en el centro. Iremos primero allí y si está detrás de los secuestros lo voy a matar con mis propias manos a ese hijo de puta.

—No me cabe dudas, Lorenzo. Mi suegra no me mentiría —finalizó Darío mientras buscaban el lugar, acompañados ahora de una cuadrilla numerosa de hombres.

Por su parte, Lorenzo Soria había enviado a su emisario personal a hablar con el secretario del juez, para pedir ayuda y hacer la denuncia de la desaparición de su hijo y de Ángela. Pero al llegar se encontraron con que la zapatería estaba cerrada. La noche se cernía sobre toda la ciudad con la misma oscuridad de sus ánimos.

—Necesitaríamos una orden para entrar.

—¿La esperaremos?

—Ni en sueños. Si tienen acá a mi hijo, para cuando emitan la orden será tarde —dijo Lorenzo mientras dos de sus hombres forzaban la puerta e ingresaban a un salón completamente vacío. Revisaron toda la casona pero no había nadie. Sólo pilas de cueros y enseres de animales por doquier. Avanzaron por un pasillo oscuro hacia un cuarto trasero y allí había una silla en el medio de la sala, con ligaduras donde parecía que alguien había permanecido atado.

—Dios... esto es un pedazo del vestido de Ángela, lo reconozco. Ella misma se lo cosió... —dijo Darío juntando del piso un jirón de tela sucio y ensangrentado— Si no lo matas tú, lo haré yo y más vale que Ángela esté con vida.

—Miren lo que encontramos en el piso superior —dijo uno de los hombres mientras arrastraban a un mulato que gritaba y pataleaba. Darío se abalanzó sobre él y comenzó a golpearlo sin piedad, hasta que el hombre rogó por su vida.

—¿Vas a hablar? ¿Qué hicieron con la mujer que tuvieron acá? —preguntó Lorenzo mientras le clavaba la punta de un cuchillo en el cuello. Una gota de

sangre comenzó a brotar lentamente y el hombre aulló.

—Se escapó... se escapó.

—Si no nos dices la verdad, eres hombre muerto. ¿Dónde la tienen?

—Se escapó —insistió.

—Mátalo de una vez. No nos dirá nada —dijo Darío con furia, mientras el hombre apretaba un poco más el cuchillo y la sangre comenzaba a correr hasta su pecho.

—Se refugió... se refugió en el convento.

—¿En el convento? Pero... ¡Oh Dios!

—¿Y del niño? ¿Qué sabes del niño?

—¿Qué niño? —dijo el hombre espantado y su sinceridad y terror eran palpables— Vino sola... vino sola... Por favor, no me maten. La mujer se me escapó. Yo la seguí pero no pude agarrarla, se metió en el convento. No tengo nada que ver. Soy un empleado. Hago lo que me mandan.

—¿Quién te mandó?

—Don Sebastián, mi patrón. Yo no tuve nada que ver...

—¿Sigue en el convento la mujer?

—Creo... creo que han ido por ella —alcanzó a decir antes de que Lorenzo lo desmayara de un golpe

—Al niño deben haber ido a buscarlo después —dijo el hombre preocupado— Y ya lo deben tener en la estancia.

—¡Y mi mujer está en el convento y han ido por ella! Pero... no entiendo. ¿Por qué no volvió a casa, si pudo escapar? O quizás...

—Si la han ido a buscar ahí, puede que sea demasiado tarde, Darío.

—Oh, no... Debemos intentarlo, Lorenzo. Y luego iremos por tu hijo.

—Escucha, Darío, yo no puedo perder un segundo. Mis hombres acaban de decirme que no contaremos con la ayuda de la justicia hasta mañana. Creo que debemos dividirnos. Tú deberás ir por Ángela y yo por José.

—Pero...

—Escucha. Hay una forma de rodear el convento. Si esos hombres están allí, podrás sorprenderlos. Tienes diez hombres entre los tuyos y los que te dejaré. Mientras tanto yo iré por mi hijo antes de que Sebastián regrese a la Estancia. Es la única oportunidad de hallarlo con vida.

—Está bien... Tienes razón. ¿Qué me sugieres?

—Hay una forma, conozco esta ciudad al dedillo. Pero no te gustará —afirmó mientras daba órdenes y reagrupaba a los hombres.

—Sólo espero que ambos, lleguemos a tiempo.

CAPÍTULO LXVII

SEBASTIÁN

—Escapó por acá la maldita. Las monjas la ayudaron —dijo Troncoso señalando la puerta desvencijada.

—Adónde conduce esto, Priora —habló Sebastián con voz sibilante mientras apretaba el brazo de la mujer que había sido llevada a la rastra hacia el lugar —¿Y quién la ayudó?

—Es... es imposible. Nadie conocía esta salida.

—Pues tal parece que sí, señora... ¿Quién?

—No sé... nadie que yo recuerde podía saberlo. Además... hace años que este lugar se derrumbó. Está clausurado.

—¿Adónde lleva?

—Al río. Son las viejas letrinas...

—No me mienta. Estamos muy lejos del río.

—No sé... Cuando vine a este lugar ya estaba clausurado, nadie ha ingresado por décadas ¡Sólo sé lo que me dijeron! —gritó angustiada viendo cómo uno de los hombres apretaba el cuello de la monja más joven que se estaba quedando sin aire.

—Tiene que tener otra salida. Y si no me la dice verá morir una a una a sus monjas de mierda —dijo y la monja vio horrorizada como la joven moría en las manos del hombre. Comenzó a llorar tartamudeando. La voz que salía de su boca, parecía provenir de otra persona.

—¡No lo sé! — Debería... debería tener algún respiradero, hacia la calle... detrás de la Catedral.

—Entra al túnel, Troncoso y búsqüenla. Y ustedes dos, vayan al respiradero —dijo.

El tiempo pareció detenerse en lo que pareció una eternidad mientras el olor a humedad y podredumbre rancia los rodeaba y los gritos de las monjas se confundían con puertas abriéndose y cerrándose por doquier. Sebastián pensaba que debía apurarse. Quería corroborar que se hubieran cumplido sus órdenes y el niño robado de la casa de los Soria, también hubiera muerto. Y de pronto la voz de uno de los hombres los sorprendió a todos.

—La encontramos... —fue todo lo que dijo, y Sebastián emitió un suspiro de alivio. Ya los tenían a los dos. Y la Estancia era suya.

CAPÍTULO LXVIII

ÁNGELA

La reja estaba atascada por tantos años de no abrirse, con basura en sus bordes y barro viejo, por lo que todos sus intentos para levantarla, parecían vanos. Y cuando estaba por desistir y volver por el túnel, unas manos la abrieron y tomaron las suyas sin que llegara a reaccionar.

—Acá está —escuchó que decía una voz desconocida—. La encontramos al fin —dijo tirando de ella sin que pudiera evitarlo, y levantándola en vilo de un tirón la arrancaron por el hueco hacia la calle. Forcejeó pero era imposible resistirse a la fuerza del hombre que ahora la tenía entre sus brazos apretada junto a su pecho, mientras intentaba por todos los medios escapar de esa prisión humana. Lo mordió y el hombre gritó. Sintió que algo caía a sus pies: el bolso de Ana con el contenido de joyas y la muñeca, que se desparramaron sobre el piso de adoquines haciendo un ruido metálico. El hombre volvió a apretarla y la inmovilizó.

—¡Encima lleva un tesoro que le robó a las monjas! Ladrona había sido, además de puta —dijo el otro hombre acercándose a ella.

Se sacudió con las últimas energías que le quedaban y pensó que nunca volvería a caer en manos de esos rufianes. Antes que eso buscaría la muerte

—¡Quédate quieta, puta! —escuchó para su horror, mientras el que había tomado el tesoro la tomaba de los pies. Lo pateó en pleno rostro y se soltó alejándose temblorosa de los dos. En un instante vio a un tercer hombre con una pistola que le apuntaba al rostro. Lo miró desafiante y se paró frente a él. No resistiría un golpe más, ni otra violación, ni volver a estar presa. Si había llegado su hora, moriría luchando pero no más ultrajes, no más dolor, no más locura. Sin pensarlo, con el rostro de su hijo y el de su esposo frente a ella, como en un sueño, con la sonrisa de su pequeño y la voz de Darío en sus recuerdos, se arrojó sobre él, directo hacia ese ojo oscuro del arma, gritando enloquecida, en el mismo instante en que se produjo el fogonazo y un sonido sordo en su cabeza. Si esto es la muerte, pensó en ese último instante, es un verdadero alivio.

CAPÍTULO LXIX

DARÍO

Las calles de Córdoba estaban vacías a esa hora de la noche. Sólo algunos faroleros, terminando su ronda y algunos carros, avanzaban por las calles céntricas rumbo a las afueras. Las campanadas de la iglesia anunciando la misa, hacía mucho tiempo que habían dejado de sonar y el silencio sólo era entrecortado por los cascos de los caballos y la respiración agitada de los hombres. Borearon la plaza central, y eligieron las calles aledañas hacia una callejuela que llevaba a la parte trasera de la Catedral. Y entonces escucharon el sonido sordo, inconfundible de un disparo. Azuzaron los caballos y a la distancia vieron a tres hombres, arrodillados en el piso. Sin pensarlo se acercaron y dispararon, observándolos caer uno a uno.

—No, no... —exclamó Darío descubriendo la silueta inerte de Ángela en el piso— No, mi amor... no... —siguió diciendo mientras bajaba de su caballo y se arrodillaba junto a ella. La sangre corría por el piso manchando un montón de extrañas joyas y la muñeca de ébano.

CAPÍTULO LXX

SEBASTIÁN

Ahora al fin, podía decir que toda esta absurda posibilidad de perder su Estancia quedaría en el pasado. Tal vez el destino había sido al final quién había determinado a quién le correspondía por legítimo derecho la Estancia Amuchástegui, pensaba mientras miraba el pozo.

—Mire, Don Sebastián. No va a creer esto —había dicho Troncoso luego de atravesar la desvencijada puerta hacia las letrinas.

Con el farol temblando, había ingresado al lugar que el hombre le señalaba y había penetrado en ese reducto inmundo.

—Con cuidado —escuchó al hombre que le decía y avanzó lentamente entre diferentes restos de un derrumbe reciente—. Este pozo se acaba de abrir. Mire... —prosiguió el hombre iluminando brevemente el hueco. Y allí estaba la maldita Ángela, la última heredera de la Estancia. Muerta como merecía, estaqueada en el fondo, cubierta de fango y mugre y con el agua ya casi cubriendo todo su cuerpo.

—Maldita negra de mierda —murmuró como para sí mismo— moriste como lo que eres. Una basura. Ya no vas a joder más.

—Aquí termina nuestra búsqueda Don Sebastián —dijo el hombre sonriendo.

—Cubran el pozo con el resto de los escombros y salgamos de acá —dijo ansioso por regresar a la estancia y terminar la historia.

Las monjas lloraban abrazadas entre sí, pensando en lo injusto que parecía todo. Esa pobre mujer que ahora, yacía en el fondo de las letrinas, era otra de las tantas que no había podido huir de la mala suerte de tener un marido delincuente. Habían intentado protegerla, pero todo sacrificio fue inútil.

—Y mejor que no hablen, si quieren mantenerse en paz y con vida. Acá todo quedará cómo estaba —le dijo antes de salir, a la Madre Superiora que aún yacía en el piso al borde del desmayo.

—¿El resto de los hombres ha regresado? —preguntó pensando en que había mandado a tres de sus mandaderos a la supuesta salida de las letrinas— Vamos... ¿Qué esperan? Manda a uno por ellos, Troncoso y que se vayan para la Estancia. La búsqueda ha terminado.

CAPÍTULO LXXI

ÁNGELA

Abrió los ojos y sintió al hombre sobre ella. Era extraño. Sentía ese perfume tan conocido de Darío y su voz. Esa voz tan amada, pero... estaba llorando. ¿O era un sueño? ¿O eran las sensaciones extrañas de esta absurda muerte que le había tocado? ¿Qué hacía Darío ahora, recostado sobre ella y llorando?

—Oh, mi amor... Oh, mi amor... —escuchó como si viniera de otro sueño a la distancia. Por un momento recordó las viejas minas, su caída del caballo, y su rostro risueño y desafiante— Oh, mi amor... despierta, por favor. No puedes dejarnos... no puedes...

—No te dejaré... pero me estás asfixiando —murmuró con un hilo de voz moviendo lentamente una de sus manos y acariciando su cabeza. Era real. No era un sueño. Sobre ella estaba Darío, pero le dolía intensamente un hombro y le faltaba el aire.

El hombre se incorporó y la miró.

—Ay, amor... Gracias a Dios —dijo acariciándole el rostro y como si la viera por primera vez.

—Tenemos que irnos Don Rivero —escuchó a uno de sus hombres que le decía desde la esquina, mirando hacia todos lados como si permanecer allí fuera peligroso— ya, señor —insistió.

—¿Puedes moverte?

—No... no creo... —dijo ella con supremo esfuerzo y pensando que era probable que aún estuviera soñando.

Tal vez estaba muerta y un ángel la estaba rescatando de esos hombres malvados. De pronto los sorprendió un grito. El hombre que estaba en la esquina había visto venir a uno de los compañeros de los bandoleros y lo había tomado por sorpresa, matándolo a cuchillo. Darío comprendió que debían marcharse cuanto antes del lugar convertido ahora en una terrible matanza. Volvió a mirar a Ángela que había cerrado los ojos. La joven intentó volver a mirarlo, pero se sintió flotar, como si todo formara parte de una de sus pesadillas. Por un momento soñó que Darío la llevaba en sus brazos y se aferró a esa posibilidad. Si estaba muerta, entonces era la mejor muerte, abrazada a su cuerpo, sostenida por amor, con el aroma de su piel. Volvió a mirarlo en el momento en que la cargó al caballo.

—Sostente, mi vida, resiste. Pronto estaremos en casa —escuchó que le decía mientras su corazón le aseguraba que ya estaba en casa; en sus brazos para siempre.

CAPÍTULO LXXII

DARÍO

—Y así fue como pasamos varias horas acechando la Estancia. No nos animábamos a atacar hasta no asegurarnos de cuánta gente disponía Amuchástegui. Finalmente los hombres que mandé a husmear me dijeron que el niño aún estaba allí, custodiado por un hombre en el interior y otro en el exterior —prosiguió el relato Lorenzo Soria, aunque ya había contado la historia varias veces, cada vez que se reunían el tema volvía a salir.

—¡Estaba tan confiado en sí mismo! —dijo furioso Darío— Es increíble lo que puede hacer la ambición y la soberbia con las personas.

—Así es.

—¿Y entonces? —preguntó Fátima.

—Entonces tomamos la decisión que quizás salvó la vida de nuestro pequeño José. Ingresamos al lugar, y rescatamos al niño.

—¿Y los hombres? —volvió a preguntar con los ojos como platos.

—Lamentablemente tuvimos que matarlos.

—¡Oh, Dios! —dijo la mujer llevándose la mano a la boca.

—Habían ya matado a Marta, querida, no dudarían en hacer lo mismo con nosotros o con José. Era su vida o la nuestra. La cuestión es que los hechos que acontecieron, nos confirmaron que habíamos hecho lo correcto. Mientras estábamos recorriendo el lugar, se apareció otro hombre, al parecer venía con órdenes directas del delincuente de Sebastián para terminar con la vida de José.

—Siempre estuvieron convencidos de que era Simón.

—Claro. Parece ser que intentaron hacerla hablar a Marta y se les fue la mano.

—¡Pobre muchacha! Vivió y murió cuidando a nuestro hijo —exclamó Fátima angustiada.

—Por eso no nos podíamos dar el lujo de ser blandos, querida. Esos hombres no se andaban con delicadezas y estaban dispuestos a todo. El mismo hombre nos confesó que habían terminado con la vida de Ángela y por ende ahora había que terminar también con la del niño.

—Me imagino que después de tus tratos, Lorenzo —dijo Darío risueño, escuchando la historia con suma atención e imaginando toda la situación.

—Necesitábamos saber de cuánto tiempo contábamos —lo interrumpió

Lorenzo que no quería entrar en detalles delante de las mujeres—. Imagina nuestro estado al suponer que ya habían matado a Ángela. Eso nos terminó de convencer que estábamos protegiendo nuestras vidas.

—¿Y cómo atraparon a Sebastián?

—Porque se confió. Nunca se imaginó que su propia Estancia se había convertido en una trampa mortal para sí mismo.

—No es su Estancia —intervino Ángela por primera vez en el relato. Aún le costaba hablar y cada movimiento le suponía un esfuerzo supremo. Su pecho y hombro izquierdo estaban vendados, pero se las arreglaba para sostener a Simón en sus brazos y parecía no querer separarse de él ni un segundo. Darío la entendía. Después de lo que habían vivido, no podía imaginarse ni un minuto lejos de ellos.

—Tienes razón Ángela. Ah... si hubiésemos supuesto aquella noche, en que te jactaste de ser la heredera de ese lugar, todo lo que deberíamos vivir para que fuera un hecho —dijo Lorenzo.

—Debiste confiar en nosotros —le reprochó Fátima que aún no se reponía de la situación y parecía no estar dispuesta a perdonar que por culpa de Darío y Ángela había estado a punto de perder a José. Se notaba que hacía un gran esfuerzo, y sólo por la precaria condición de salud de Ángela, por tolerarlos en su casa.

—Nunca podré perdonarme no haber confiado en nadie, Fátima —expresó compungida Ángela—. Y el primero en quien debí confiar fue en mi esposo. Tal vez... tal vez... todo hubiera sido diferente.

—No lo sabremos nunca, mi amor —contestó Darío convencido de que a veces es difícil modificar los designios del destino—. Tal vez era lo que Dios tenía dispuesto para nosotros. Para todos nosotros. Para fortalecernos, para unirnos más. Para valorar otras cosas en vez de estar tan centrados en lo económico. De nada nos sirven los bienes si perdemos a los que amamos —aseguró y todos permanecieron en silencio—. En definitiva, Lorenzo, te interrumpimos, nos estabas contando...

—Bueno, que gracias a la soberbia de Sebastián creyendo haberse salido con la suya una vez más, regresó a la estancia completamente desprevenido. Y allí lo tomamos prisionero hasta que llegaron las autoridades, recién al día siguiente. Y bueno, el resto ya lo saben.

—A esa altura, José y yo habríamos muerto —dijo Ángela— Aún... aún me parece una pesadilla, la pérdida de mi amiga. Si no fuera por Ana, por Sor Escolástica como la llamaban en el convento, nadie hubiera llegado a tiempo a

rescatarme. Ella me creyó y me ayudó a encontrar la salida secreta del convento.

—Sí, le debemos todo a Ana, mi amor. Todo.

—A ella... y al tesoro.

—¿Qué tesoro? —exclamó Fátima sin entender.

—Tal parece que Ángela y Ana conocían una vieja historia de un tesoro enterrado en el fondo de las letrinas. Y por esos cuentos de viejas, sabían de ese escape secreto. Y allí estaban las joyas, tal como les habían contado.

—¿Y qué tuvieron que ver esas joyas en que Ángela se salvara?

—Porque gracias a que esos sinvergüenzas quedaron fascinados por las joyas desparramadas en el piso, no se percataron de que yo estaba llegando con mis hombres y no revisaron si Ángela aún estaba con vida. De alguna manera, ese tesoro, también fue la causa de que hoy estés aquí, mi amor.

—Ah... esas joyas... esa vieja historia. Al fin y al cabo, estaban destinadas a salvar vidas, como hubiese querido la negra Luisa. Sí, a ellas les debo estar con vida y encontraré la manera de retribuirlo. Sé lo que debo hacer, y un día lo haré.

—Lo haremos, mi amor. Es una promesa —le aseguró dándole un beso.

CAPÍTULO LXXIII

ÁNGELA

1827

Si bien habían puesto cuidadores en la Estancia, no habían querido tomar posesión ni instalarse allí hasta que las heridas sanaran, no sólo las del cuerpo, sino aquellas más indelebles: las del alma. Finalmente, Felicia, había insistido en que esa tierra era de ellos por legítima herencia y que ahora que Ángela esperaba al segundo heredero o heredera de la familia, era necesario aceptar la responsabilidad que correspondía sobre ellas. La mujer no había vuelto a hablar, ya que los daños en su garganta y cuerdas vocales habían sido irreversibles y prácticamente le era imposible emitir sonido. Se había acostumbrado a dirigirse a todos por señas y el pequeño Simón era el que más comprendía el extraño código que parecía formar parte de la vida cotidiana de ambos. Sólo en raras ocasiones, Felicia emitía algún murmullo inteligible o hablaba en voz muy baja, prefiriendo siempre escribir.

—En esa Estancia, Ángela hay muchos recuerdos tristes. Pero también el más hermoso de mi vida. El día en que tu padre y yo nos casamos y juramos ante Dios que nada ni nadie nos separaría. Y así fue, hasta su muerte. Entonces, es hora de sanar, perdonar, olvidar y de volver —le había escrito, insistiendo con señas y murmullos, pero dejando en claro que no daría lugar a réplica a sus argumentos.

Lo había conversado con Darío y el hombre accedió y aunque no pensaba instalarse allí, al menos creía, debían darle el gusto a Felicia de permanecer un tiempo en el lugar. Además estarían más cerca de la ciudad a la hora del parto del segundo hijo que esperaban.

Habían vuelto al fin al lugar que conocía más por los relatos de su madre que por sus recuerdos de niña. El paisaje, seguramente había cambiado tanto como ellos, los Álamos crecidos e inclinados por el viento sur parecieron saludarlos con sus ramas inquietas y los Paraísos con sus ropajes lilas de flores, impregnaron el aire mientras recorrían el camino de ingreso. La distancia le pareció más corta que en su infancia, como los espacios resultaron ser más chicos que las imágenes que atesoraba del lugar. Es extraño como los recuerdos de la infancia no siempre son fidedignos con la realidad, pero se

sintió emocionada y al borde de las lágrimas.

Allí, su padre Simón, había llorado la desaparición de Felicia; allí la habían dado por muerta a ella misma y sus abuelos, habían inventado una tumba para sepultarla; allí sus padres se habían casado y jurado amor eterno; allí casi pierde la vida el pequeño José y había muerto su tío, que había resultado ser un delincuente y asesino; allí regresaban ahora para sanar el pasado y empezar una nueva vida. Como la Sankofa: “regresa y tómallo”. Y eso es lo que estaban haciendo.

—Aquí nacerá nuestro segundo hijo —le decía esa noche a Darío mientras estrenaban cama, habitación y besos. Porque cada vez que estaban juntos, Ángela sentía que todo era nuevo, por estrenar. Que cada momento junto a ese hombre al que amaba, era único.

Darío se acercó a ella y la abrazó mientras deslizaba sus manos por sus pechos crecidos y desnudos, y de allí bajaba hacia su vientre hinchado por el avanzado embarazo, suave y terso. Ella había apoyado sus nalgas, sobre sus firmes muslos ovillándose en el interior de su abrazo. Disfrutó sus manos, recorriéndola mientras la piel se le erizaba y su pelvis se bamboleaba con urgencias imprevistas, hasta que llegaron al centro de su intimidad. Abrió un poco más las piernas, con esfuerzo, ya que la panza pesaba demasiado y suspiró profundamente, dispuesta a recibirlo. Entonces se empujó hacia atrás mientras el hombre, con suavidad y expertos movimientos, la transportaba a ese mundo tan de los dos, hasta saciarse.

Permanecieron abrazados en silencio disfrutándose los aromas, las pieles, los roces. La vida les había enseñado a no dar nada por sentado. A no mirar tanto hacia adelante y vivir intensamente cada momento como se presentaba.

—Mañana necesito me acompañes al convento —dijo ella de pronto para su sorpresa cuando estaba a punto de dormirse.

—¿Al convento? ¿En este momento? ¿Te parece apropiado, amor?

—¿Crees que me traerá malos recuerdos?

—Creo que no es necesario ahora.

—Sí lo es. Debe ser ahora. Hay cosas que ya esperaron demasiado tiempo, además me lo prometiste —afirmó y Darío no se atrevió a disuadirla. Sabía muy bien que Ángela no le temía a la muerte, pero ahora sabía que cada día era precioso y que no se debía dejar para más adelante algunas cosas, porque la muerte es la única carta segura que el futuro tiene para jugar con nosotros.

—Un gusto volver a verla Ángela —dijo la madre Superiora un poco sorprendida por la presencia de la mujer y su esposo.

—Seguramente no entenderá qué hago acá.

—La verdad es que no, pero tome asiento. ¡Qué bueno, veo que volverá a ser mamá!

—Así parece, Madre.

—Se va una vida y viene otra. El círculo de la naturaleza y de las almas de Dios prosigue su tránsito inevitable.

—Ana... Sor Escolástica dio su vida por mí —dijo Ángela.

—Lo hubiera hecho por cada alma de este planeta. Así era Sor Escolástica. Usted sólo fue el alma que ese día, ella debía proteger y salvar. Y mírese. Por algo ocurrió.

—Por esto y por mucho más —dijo Ángela acariciando su vientre.

La mujer la miró como si no comprendiera y entonces la muchacha abrió un bolso que traía vaciándolo en el escritorio de la mujer.

—Pero, ¿qué es esto...? —murmuró sorprendida y mirándolos a ambos sin comprender.

—Tengo una deuda con Ana. Una deuda que jamás podré pagar. Pero al menos trataré de cumplir su sueño.

—No es necesario... Se aceptan donaciones, por cierto, pero esto es... esto es... demasiado... no creo...

—Escúcheme Madre, esto no es mío. Son los ahorros de la negra Luisa. ¿Se acuerda de ella?

—¿La negra Luisa? Pero... Sí, claro que la recuerdo. Ella se fue de aquí al rancherío, cuando yo aún era joven y era una novicia más. Claro que la recuerdo...

—Ella había escondido esto en las letrinas. Para salvar la vida de quién fuera. Y también gracias a este tesoro estoy viva. Sería muy largo de explicar. A lo que quiero llegar, es que Sor Escolástica se había hecho una promesa a sí misma y era ayudar a todas esas jóvenes que no tienen posibilidades de escapar de una mala vida.

—Lo sé.

—Esta es sólo una parte de ese tesoro, una contribución para ese proyecto que han empezado: educación y salud para las jóvenes pobres y huérfanas. La otra parte la estamos usando con mi esposo y mi madre en nuestro pequeño poblado.

—Oh, Dios... gracias —murmuró la mujer con lágrimas en los ojos y llevándose ambas manos a la boca en actitud de oración— no sabe cuántas, cuántas niñas y jóvenes han llegado al convento después de la guerra.

Huérfanas, abandonadas, golpeadas, ultrajadas, incluso con sus hijos sin padre, o producto de esas vejaciones.

—Sé que es poco para la ardua tarea que les espera. Pero estas joyas están bendecidas por Sor Escolástica.

—Y por nuestro Padre, Ángela. Que Dios la bendiga —finalizó la monja abrazándola.

Salieron de allí y caminaron lentamente por las calles hasta el carruaje. Ángela se movía lentamente y con cierta dificultad.

—¿Estás cansada? Vamos hasta la casa del doctor Ferreira. Estás muy cerca de la fecha y quiero quedarme tranquilo de que todo está bien.

—Vamos, sí, pero antes quiero que me lleves a otro sitio —le dijo haciéndole un guiño de picardía.

—Oh, Ángela, mejor lo dejamos para otro día. Lo importante es que te vea el doctor. A eso vinimos al centro, además de visitar el convento.

—Quiero que me acompañes al lugar donde era la zapatería de mis padres.

—No, Ángela, por favor...

—Quiero ver ese lugar por última vez —le dijo y Darío asintió.

—No nos bajaremos del carruaje.

—Sólo quiero verlo.

El lugar había cambiado mucho en ese año después de la venta efectuada por Darío para recuperar parte de las terribles pérdidas sufridas con el robo de los animales. Ángela había insistido en que ya no tenía sentido conservar ese lugar y había sido la primera en pedirle que lo vendiera, por eso ahora no entendía cuál era el sentido de volver, pero no discutió con su mujer. La muchacha miró el frente, la calle, los vecinos y luego se apoyó en él.

—¿Sabías que en este lugar comenzaron y terminaron todas mis pesadillas?

—¿Cómo es eso?

—Desde muy pequeña, me contó mi madre Felicia, que yo sufría de espantosas pesadillas con un hombre que me atacaba. Las recuerdo muy bien, porque luego se cumplieron casi con exactitud. En este mismo lugar. Ese fue el sentido del balangandán que le regaló Rosario a mi madre y luego ella a mí. Para protegernos del hombre malo.

—Siempre me lo pregunté. Por qué no te separabas de él y de la muñeca.

—Ambos objetos han sido mi protección. Creencias de mi sangre, tal vez, de mis ancestros, dirás. Pero así fue. Al final, me protegieron de verdad. Necesitaba volver y agradecer porque no hay más pesadillas.

—Te creo, amor.

—¿Y me crees ahora, si te digo, que estás por ser padre otra vez?

—¿Quéee...?

—Acabo de romper bolsa, amor... Vamos al médico... —añadió con una sonrisa enorme y radiante, como si el dolor que en ese momento, apretaba su vientre en realidad fuera una maravillosa sensación, única, inexplicable. Porque ese era el dolor que anunciaba la vida.

Ahora, Darío las miraba extasiado. Ángela y la hermosa niña, de cabello rizado y ojos claros, descansaban una junto a la otra en una gran cama, en la casa del Dr. Ferreira que no podía creer que esa mujer, incluso en los momentos más difíciles del parto, había estado sonriendo. Por supuesto la joven gritó, pero no como si sufriera, sino como si luchara contra lo inevitable para derrotarlo. Era un grito de batalla, un aullido de guerra ganada. Y cuando el pequeño cuerpecito del bebé salió de su interior con otro aullido de guerra ganada, la joven volvió a sonreír pidiendo que se lo pusieran en sus brazos.

—Es bella —dijo.

—Como tú. ¿Qué nombre le pondremos?

—Se llamará Ana —dijo quitándose su balangandán y colocándolo en el brazo de la pequeña, donde quedaba enorme. Darío sonrió y asintió emocionado.

—No hay ningún otro nombre, más justo, ni más adecuado para nuestra hija, pero el balangandan deberá esperar, le queda enorme —finalizó con una sonrisa.

Una vida por otra vida.

EPÍLOGO

Sobre el horizonte de las sierras el sol pareció disfrazarse de mendigo, agachando su faz entrecortada de nubes y recostándose con timidez para dar pasos a las sombras. Felicia había jugado con Simón en los corrales de las aves y recogido huevos y verduras en las huertas hasta que el niño cayó rendido pidiendo su cena. Le cocinó un huevo que él mismo recolectó en los nidos y una sopa y se adormeció antes de terminarla. Lo llevó a su cuarto y lo acompañó hasta que se terminó de dormir. Sobre la mesa vio la muñeca que había acompañado primero la infancia de su hija Ángela y luego la de su nieto y sonrió, recordando a Simón.

“La tallaste con tus manos” pensó imaginando los dedos de su amado, raspando y acariciando la madera negra hasta darle forma a ese bello rostro, y ese cuerpo esbelto de la muñeca, pintando sus rincones con colores intensos y embelleciéndola con adornos dorados y ornamentos africanos. La acarició lentamente mientras se retiraba de la habitación y notaba que el tiempo había deslucido su belleza y redondeado sus formas.

“El tiempo también nos talla a su manera y a veces no tenemos idea de qué madera estamos hechos hasta que nos toca enfrentar las circunstancias de la vida” pensó.

Salió al jardín y el aroma de los azahares y limoneros impregnó sus fosas nasales, mientras los últimos vestigios del sol herrumbraban las altas cumbres.

—Siempre olías a naranjas —murmuró al viento y por primera vez en ese año, la voz pareció responder a su intención y se derramó en el aire, áspera y llena de reminiscencias.

Carraspeó varias veces sorprendida de volver a escucharse a sí misma y miró hacia las sierras. Apretó la muñeca de madera en su pecho y se sentó en la galería con una añoranza inmensa. Otro niño venía en camino y esa era la mayor felicidad que se podía esperar y tal vez también jugaría con ella. Un pensamiento le llegó intenso, real, inevitable: “es una niña, y debería llamarse Ana”, pero no supo si era un simple pensamiento o en algún momento lo había conversado con Ángela. Por un momento hasta pudo imaginar a su hija con una bella niña en sus brazos.

Un intenso dolor en el pecho la sorprendió. Se dobló en dos hasta que

disminuyó la presión.

—Perdón, mi Ángela querida... Debo... debo seguir el camino mi camino, mi brújula... No llegaré a conocerte, Ana... —murmuró como para sí misma con la vista perdida en la distancia.

El cielo se tornó oscuro y todo a su alrededor se llenó de murmullos de insectos, pjar de pájaros y roces de hojas.

“Es la hora, mi amor. Acá nos unimos, acá envejeceríamos, acá viviríamos. Acá te espero, como siempre” le dijo a la noche que llegaba, como si alguien a lo lejos, pudiera escucharla. Como si pudiera arrastrar su débil voz hacia esa enorme Cordillera.

—Viniste por mí, amor —dijo ya sin fuerzas mientras la puntada en el pecho se extendía hacia su brazo y luego hacia sus piernas.

A lo lejos divisó la silueta por el camino acercándose a ella con la seguridad de siempre y lo reconoció enseguida. Era Simón, con su andar firme, su presencia imponente y enigmática, su altura, su cabello largo y ondulado, sus ojos inmensamente claros. Estaba vestido de soldado, un granadero de San Martín, como tantas noches, lo había soñado. Pero era joven, fuerte, bello, tal como el día que lo despidió. Tal como lo imaginó cada noche desde su partida.

Intentó incorporarse con mucho esfuerzo, porque el dolor ahora, era insoportable, mientras lo veía acercarse, mientras sentía su aroma. La muñeca de ébano, cayó desde sus manos al piso y el dolor cesó.

Le sonrió como siempre y abrió los brazos. Simón había regresado por ella, como le había prometido.

Entonces sintiéndose otra vez joven, insustancial y blanda como el algodón se dejó llevar, flotando feliz. Y voló con sus pies de seda, por última vez hacia él.

—Nos vamos, mi amor —le respondió él, también insustancial, mientras la recibía en sus brazos y se perdían juntos en la línea del horizonte.



REFERENCIAS

[1] **Balangandán:** Pulsera de origen africano, formada por cadenas y diferentes dijes o talismanes protectores, sujetos por una base denominada “inaveí” que los une. Se le adjudica el poder de cuidar a quién lo posee pero también de modificar o determinar su vida. Estas piezas fueron traídas por los esclavos desde su tierra de origen, pero fueron modificándose en los diferentes lugares donde vivían adaptándose a nuevas creencias.

[2] **José María Sancho:** Profesor del Colegio de Nuestra Señora de Monserrat que en 1809 se animaba a promulgar ideas revolucionarias entre sus alumnos, anunciando una posible y futura separación de España.

[3] **Buhonero:** expresión para referirse a los vendedores ambulantes que ofrecen pequeñas baratijas y objetos de poco valor.

[4] **Mercachifle:** palabra despectiva para referirse al pequeño mercader, o vendedor de objetos poco valiosos y que pregona sus ventas por la calle.

[5] **Aduana Seca:** Córdoba era la “aduanaseca” porque estaba en el centro del país y por ella pasaban todos los productos. El puerto de Buenos Aires era sólo para cambiar de barcos y no se podían desembarcar esclavos, el gran puerto de la época era Asunción. Cuando los esclavos llegaban a Córdoba se los enviaba a Potosí, el centro urbano más importante de las Américas, era la París local, allí se producía la moneda que circulaba por todo el Imperio Español, la moneda que se acuñaba en Bolivia circulaba en Manila. Córdoba era un gran centro negrero. No sólo se los llevaba a Potosí para trabajar en la mina, sino además para producir, para cuidar el ganado, las mulas, porque Potosí consumía mucho y eran la mano de obra barata. En todo este comercio potosino se producía para la ciudad, y por la calidad de vida que tenía el esclavo, moría rápido, en unos 4 años, y se necesitaba mucho tráfico, de ahí la vía Brasil-Córdoba. Córdoba era además el centro de los jesuitas, que tenían dividido el mundo en provincias. Acá se llamaba la Paracuaria, que comprendía Paraguay, Bolivia, Argentina, Brasil y en un momento también Chile. El centro de este movimiento negrero es Córdoba, por eso en las Estancias Jesuíticas, no sólo había aborígenes, sino que trabajaban principalmente esclavos. Las estancias eran unidades productoras. Cuando se dan los levantamientos calchaquíes en la época colonial, desde Córdoba se reprime ese levantamiento y se pide como forma de pago aborígenes, porque no tenían. Desde el primer censo, en 1778, la población resulta ser, en gran

parte africana o de afro-descendientes.

[6] **Plata Piña:** era una masa esponjosa formada por el sobrante de plata después de la extracción del rico mineral en las minas de Potosí.

[7] **Carimbas:** nombre que recibieron las marcas grabadas a fuego en los cuerpos de los esclavos comprados. Y **carimbados** eran ellos, los marcados que podían tener muchas marcas de acuerdo a los diversos dueños por los que fueron pasando a través de sus existencias. **Carimbo:** hierro que se utiliza para marcar las reses y que durante la época de la esclavitud se empleó para la misma función aplicada a los negros. (Néstor Ortiz Oderigo, diccionario de africanismos en el castellano del río de la plata). Todo esclavo comercializado legalmente era marcado con un hierro candente llamado “carimba”, era el signo de propiedad y o comercialización o introducción legal del esclavo que, recién arribado al puerto de embarque, era denominado negro “bozal”. En cuanto a la cantidad de marcas impresas en el cuerpo, por lo general y sin importar su condición de “muleque”, los esclavos eran marcados en el pecho, espalda o el cachete con la marca del puesto de embarque o responsable de asiento, con la “marquilla real”, signo de la comercialización e introducción legal, y por último con la marca del comprador o “amo”, hecho que habilitaría el uso de nuevas marcas en la medida que éste era nuevamente vendido.

Las presencias de afrodescendientes e inmigrantes africanos conforman con los pueblos originarios otras diversidades. Se trata, hoy, de recuperar la historicidad de sus luchas que las políticas estatales han tenido como objetivo “ocultar”, “tapar”, “ignorar”, “negar”, conformando así el imaginario de pueblo — nación, ese paradigma en que nos hicieron creer -pensar: una argentina blanca, europea llegada de los barcos, “olvidando” así esos barcos que llegaron antes, repletos de negros de África quienes se mezclaron en el encuentro con los pueblos originarios. Pero sí generaron una cuestión de clase, cuyo ejemplo extremo podría ser el de Santiago del Estero, donde solía repetirse: “acá no hubo ni negros, ni indios”; expresión que perduró por muchísimo tiempo en la población. Eso es echar un manto de olvido sobre la trama de la población, que se fue generando a través de políticas estatales. Así se conforman las estrategias de blanqueamiento de la población. Sin embargo la diversidad olvidada y negada emerge con toda su fuerza a través de las prácticas culturales heredadas en la danza, música, comidas, literatura, que conforman nuestro cuerpo identitario.

[8] **Convento de Santa Catalina:** El monasterio cordobés, fue fundado en el año 1613 es el más antiguo del actual territorio argentino. Entre el centenar de hombres que acompañaron a Jerónimo Luis de Cabrera, el fundador de Córdoba, llegó a estas tierras el segoviano Tristán de Tejeda, quien junto a su esposa Leonor Mexía y Mirabal, se establecieron en la entonces pequeña aldea.

Tuvieron siete hijos, de los cuales dos fueron promotores y fundadores de los primeros monasterios de clausura en estas tierras: Leonor de Tejeda y Mirabal y Juan de Tejeda.

La primogénita, que nació en 1574 practicó desde muy pequeña la devoción a Santa Catalina de Siena y a los 24 años se casó con don Manuel de Fonseca caballero que descolló en tiempos de la conquista.

El matrimonio quedó sin descendencia, luego de que muriera el único hijo y siempre abrigaron el propósito de construir un monasterio para doncellas. De hecho, doña Leonor se dedicó a enseñar a las jóvenes cordobesas el camino de la vida virtuosa y los quehaceres para que se convirtieran en ejemplo de la ciudad, buenas esposas, madres o bien consagradas a Dios.

La vivienda familiar que estaba ubicada en la manzana comprendida entre las actuales calles Rivera Indarte, Colón y 9 de Julio terminó finalmente en monasterio al fallecer Manuel de Fonseca. Fue su viuda, Leonor de Tejeda y Mirabal, quien le comunicó al obispo Fernando de Trejo y Sanabria, su decisión de fundar en el lugar el convento de Santa Catalina de Siena e ingresar ella misma como monja.

Así se hizo, con el aval del obispo y de acuerdo al criterio adoptado en los territorios americanos, Leonor ocupó el cargo de primera priora del establecimiento de clausura.

[9] **Ermita:** lugar de oración y recogimiento. Palabra que hace alusión a ermitaño, propiciaba la soledad necesaria para el encuentro con Dios.

[10] **Refectorio:** palabra proveniente del latín refectus (refresco), refiriéndose a la sala destinada a las comidas de los monjes en los monasterios y conventos. Tiene, generalmente, forma rectangular, y se halla situado en la galería opuesta a la iglesia.

[11] **Chinongas:** mozueltas, término para referirse a las jóvenes.

[12] **Sobre la condición de la negritud en Córdoba:** Hay que tener en

cuenta que no todo negro o afro-descendiente era esclavo. Desde 1811 se prohíbe el tráfico, los barcos negreros, la trata. Este proceso se da en toda América: primero el tráfico, luego la “libertad de vientres” y después la abolición. La libertad de vientre lo que produce es el liberto, una categoría jurídica adonde no se es libre pero tampoco esclavo. Una condición jurídica diferente a la del esclavo, que se vendía y se compraba, pero no tenías los mismos derechos que los ciudadanos “libres”. Recién en 1853, con la Constitución, son libres. Para acceder a estudios superiores en Córdoba, que desde 1853 había abolido la esclavitud, se debía mostrar un certificado de “limpieza de sangre” africana. Esto, de los estatutos, recién se saca con la Reforma Universitaria de 1918, más allá de que en la práctica no se llevaran a cabo juicios de sangre. De Córdoba hacia el norte, los censos y empadronamientos que se fueron haciendo en la región, en el ámbito urbano muestran que se mantiene el porcentaje de negros y en el campo, con un menor control social, disminuye, simplemente porque al ir aclarándose la piel con las mezclas de razas, se iban adquiriendo privilegios. Incluso, si una negra se casaba con un blanco, adquiría el estatuto de blanca aunque tuviera piel negra. En los papeles y socialmente era blanca. Entonces, no es que desaparece la condición de negro, sino que se oculta y se blanquea.

[13] **Blandengues:** antecedentes de los Cuerpos Milicianos en el Virreinato del Río de la Plata

[14] Archivo General de la República Argentina. Período de la Independencia. Citado por Caillet-Bois

[15] **Tasajo:** En los saladeros, se producía carne salada y seca, conocida como tasajo(cecina) o charque (charqui) Estos establecimientos surgieron a comienzos del siglo XVIII y proliferaron en los actuales territorios de Argentina, Uruguay y Bolivia, hasta el siglo XIX. Fueron de las primeras industrias establecidas en estos países.

[16] **Bandeirantes:** El nombre "bandeirante" proviene de la palabra portuguesa "bandeira"(bandera) ya que se refería a agrupamientos con una intención, y en sentido figurado luego fueron llamadas "bandeiras" las bandas armadas que incursionaban en los territorios para apropiarse de aborígenes para esclavos en un comienzo, y luego para obtener ganado cimarrón.

[17] **Matarife:** persona que tiene por oficio matar y descuartizar el ganado destinado al consumo.

[18] **Sankofa:** La Sankofa es uno de los Símbolos Adinkra, comunes en varias culturas y civilizaciones del oeste de África, y si bien representan conceptos complejos, durante muchos años se vieron en diferentes artesanías, rejas de las viviendas coloniales, pinturas, ornamentos de uso cotidiano, objetos y tejidos, en toda Latinoamérica, sin saber su significado. El símbolo de la Sankofa, específicamente, y el más usado en las viviendas y en las rejas de la época colonial, significa: “regresa y tómallo”, símbolo de la importancia de aprender del pasado. Actualmente su uso simboliza la recuperación de las raíces africanas siendo empleados además como logotipos, símbolos de entidades (asociaciones, partidos políticos, empresas, etc.), iconos de Internet e incluso tatuajes y escarificaciones.



[19] **Sobre los ejércitos independentistas:** A partir de las invasiones inglesas y luego la Revolución de Mayo de 1810, los negros participaron en todas las acciones militares del país, en defensa de la Independencia y fueron muy valorados por San Martín para llevar a cabo la independencia de Chile y Perú. Lucharon en todo el territorio nacional, en el Alto Perú, en Paraguay, la Banda Oriental, asombrando por su alto grado de heroísmo y dejando la vida en los campos de batalla. Los batallones de negros fueron infaltables en las luchas de la Independencia y fueron tratados como verdadera “carne de cañón”, diezmada en los enfrentamientos internos.

Tradicionalmente el ejército colonial español disponía de batallones de negros divididos en castas de esclavos y libres, y San Martín creyó más difícil aun reunir soldados de color y blancos combatiendo como tropa de la misma unidad. El origen de la recluta de soldados, y principalmente de la gente de color, era geográficamente diverso, pero de casi todas las provincias y se componía de esclavos o libertos negros (africanos o negros criollos) y además de castas libres, pardos y morenos en una cifra estimativa de 1554 esclavos. La edad para el reclutamiento impuesta osciló desde los 14 a los 55 años.

